EL CLUB DEL CRIMEN DE LOS JUEVES

RICHARD OSMAN



UNA FORTUNA DE MUERTE

Un código inquebrantable. Un tesoro oculto.
Cuatro jubilados con muy poca paciencia.



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. Joyce

Jueves

2
3
4
5
6. Joyce
7

Viernes

8
9
10
11
12
13
14

15
16
17
18
19
20
21

Sábado

22
23
24
25
26
27
28
29. Joyce

Domingo

30
31
32
33
34

Lunes

35
36
37
38

39. Joyce
40
41

Martes

42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52

Miércoles

53
54
55
56. Joyce
57
58

El jueves siguiente

59
60
61
62

63. Joyce
64
65
66
67
68
69
70

Las seis semanas y cuatro días siguientes

71
72
73
74. Joyce
75
76

Agradecimientos

Créditos

UNA FORTUNA DE MUERTE

Una novela del Club del Crimen de los Jueves

Richard Osman

Traducción de Albert Fuentes

Planeta

Para Mat y Anissa

En internet te enseñan cómo se hace una bomba. Si sabes dónde buscar.

El material que hay que comprar y a quién comprárselo. Cómo armar el rompecabezas. Incluso hay vídeos. Hombres con pasamontañas y destornilladores. Soldando cables en pulcras mesas de trabajo, en garajes con paredes de bloques de hormigón.

No te hablan de los riesgos. Aunque esos riesgos son obvios. Tampoco es que haga falta poner un cartel que advierta: «Tenga cuidado con los explosivos», ¿no? No hace falta que te digan: «No lo intente en casa», ¿verdad?

Hay instrucciones para bombas grandes y para bombas pequeñas, para bombas de clavos y para bombas químicas, todas las bombas que te apetezca fabricar.

En este caso, el tamaño pequeño-mediano era la opción indicada. Lo bastante estable para transportarla, lo bastante potente para matar.

Al final, sin embargo, opté por lo fácil y me metí en una de esas páginas web que se ocupan de hacer todo el trabajo por ti. Encargas la bomba según tus necesidades, la recibes en casa e incluso, si lo necesitas, te prestan un poco de ayuda para ponerla. La compañía elegida tenía muy buenas valoraciones. También se comprometía a devolverte el dinero si el artefacto no estallaba. Garantía «Bomba o nada», así lo llamaban.

No es barato, cuando le sumas el asesoramiento técnico, los costes de fabricación, la entrega y la parte más cara, que es garantizar el secreto de toda la operación. Si tienes curiosidad por saber cuánto cuesta realmente una vida humana, te diré que ahora

mismo su precio ronda las veintisiete mil libras. Pero libres de impuestos. Por motivos obvios.

Aunque vale la pena pagar un poco más. Cuando la bomba estalle, el dinero no va a ser ningún problema, ¿verdad?

Desde luego no se trata del dinero. De hecho, el dinero no tiene ninguna importancia, según se mire.

Ha empezado la cuenta atrás. También la de la bomba.

1

Joyce

Hace mucho que no escribo. Lo sé. Me sabe requetemal.

Debéis de preguntaros dónde me he metido todo este tiempo. ¿Me habré escapado a las Bahamas con un adiestrador de perros policía? Eso fue lo que soñé hace un par de noches. Luego me desperté porque Alan le estaba ladrando a una ardilla que había visto por la ventana.

El caso es que he estado muy liada con la boda y no he tenido tiempo para ponerme a pensar. Esto ha sido una locura.

Primero, la floristería; luego, la tarta... ¿Cómo puede ser tan cara una tarta? Pero si solo hacen falta huevos, azúcar y un poco de margarina, ¿no? Ya sé que hay que decorarla, pero aun así no lo entiendo. Después, el tema del vestido de novia, eso sí que fue divertido, nos tomamos todos un cóctel, un Buck's Fizz. Incluso fui a un salón de uñas. A ver, no es que no hubiera visto nunca un salón de uñas, pero siempre me había dado vergüenza entrar. Las chicas fueron muy simpáticas, y no descarto volver a que me hagan las uñas si me invitan a otra boda.

Mañana será el gran día. ¿Una boda en jueves? Sí, ya lo sé. Qué obsesión nos ha dado a la pandilla con los jueves, ¿verdad?

Aunque no todos los días se casa la única hija que tienes, ¿no? Aquí, en la comunidad de jubilados, hay gente a la que se le casan los nietos. Con Joanna ha sido distinto, mi niña se lo tomó con calma, y la verdad es que creo que ha hecho muy bien. Y eso que no paré de darle la lata durante años. Pensar que hace un año, por estas fechas, seguía saliendo con el presidente del club de fútbol...

Y luego llegó Paul.

Joanna y Paul se conocieron por internet. La gente —bueno, solo Ron— me dice a menudo que debería buscar pareja en esas aplicaciones de citas, pero me da miedo que solo quieran sonsacarme los datos de la tarjeta de crédito. Ibrahim me

dijo que no debo dar el nombre de Alan a la gente que me encuentro en el parque porque podrían aprovechar esa información para robarme la contraseña. Aunque le contesté que no uso el nombre de Alan en ninguna de mis contraseñas, él siguió insistiendo. Por eso, cuando alguien me pregunta cómo se llama Alan, respondo que se llama Joyce. Y si me pregunta cómo me llamo yo, le doy educadamente los buenos días y me marcho.

Os he hablado de las flores, la tarta, el vestido y todo lo demás, pero lo que no os he dicho es que Joanna y yo nos hemos enfadado por cada una de esas cosas y por muchas más. Por ejemplo, en la boda no se cantarán himnos, solo una canción de los Backstreet Boys. La cosa se puso tan fea que tuve que decirle a mi hija: «Si no quieres que te eche una mano, no tienes más que decírmelo», a lo que Joanna repuso: «No quiero que me eches una mano, mamá», y eso hizo que me pusiera a llorar, lo cual hizo que ella se pusiera a llorar también y me dijera enseguida que claro que quería que la ayudara, a lo que yo me excusé diciendo que sabía que era una metomentodo, y en esas llegó el pobre Ibrahim y, al ver el numerito que teníamos montado, se retiró sigilosamente. Nunca me cansaré de repetirlo: Ibrahim no tiene un pelo de tonto, salvo cuando se trata de perros y contraseñas.

Joanna y yo discrepamos en materia de bodas, y no es de extrañar. Si discrepamos sobre el gluten, es normal que también lo hagamos sobre casi cualquier tema. Yo hago las cosas a mi manera (después de toda una vida larga y feliz afinando mis métodos) y Joanna las hace a la suya. Ron lo llama «la manera de Londres».

La primera bronca fue unos cuarenta y cinco segundos después de que Paul me dijera que iban a casarse. Me puse muy contenta. A ver, se habían conocido hacía relativamente poco, y en Netflix ves todo tipo de historias, ¿no?, pero aun así me puse como unas castañuelas. Paul es un chico encantador, nada que ver con los novios que suele echarse Joanna, que casi siempre resultan ser millonarios de Estados Unidos. Bueno, no tengo nada en contra de los millonarios ni de los americanos, ni mucho menos, porque no hay más que ver a George Clooney, por ejemplo, pero en la variedad está la salsa de la vida, y Paul es profesor de universidad (en Middlesex, que tampoco es para echar las campanas al vuelo, pero bueno). Y ser profesor es un trabajo seguro para toda la vida, cosa que no puede decirse de ser presidente de un club de fútbol o millonario.

En fin, vamos con la primera bronca.

Le había dado un abrazo a Joanna, y también le había dado uno a Paul, y le pregunté a Joanna si sería una boda por todo lo alto, y ella me contestó que no,

que de ninguna manera, que quería una ceremonia discreta e íntima, a lo que yo le dije, no recuerdo exactamente con qué palabras, algo en el sentido de: «Oh, qué pena, pero no importa», un comentario muy neutro, ya sabéis cómo soy, y ella me dijo: «¿Por qué es una pena?». Lo dijo con toda la educación del mundo, porque Paul estaba con nosotras, pero aun así vi que venían curvas, así que pensé: bueno, voy a enfriar la situación, y le dije: «Ay, no me hagas caso, solo pensaba que, como eres una novia entrada en años, mucha gente querrá asistir a la boda», a lo que ella contestó: «¿Una novia entrada en años?», sin perder la serenidad, y yo pensé: ya has metido la pata, Joyce, y le dije: «No, entrada en años no. Me refería solamente a que habrá muchos invitados. Si alguien se casa a tu edad, es una segunda boda, después de un divorcio». Y me di cuenta otra vez de que volvía a liarla. Paul dijo algo en ese momento, pero nosotras no le hicimos caso porque sabíamos que nos encontrábamos en una fase muy delicada de la discusión. Joanna sonrió (aunque no con los ojos, y ese es el detalle que siempre nos delata, ¿no?) y dijo que una boda pequeña era lo que quería, y que era ella la que iba a casarse, y que la ceremonia iba a ser así. Yo entendí su punto de vista, pero ya me conocéis, tenía la cabeza llena de damas de honor, apuestos mayordomos, ramos de flores y bailes. Algo al estilo de *Los Bridgerton*, si habéis visto la serie. Me imaginaba un montón de amigos felices, con los ojos empañados de emoción, diciéndome que el sombrero me quedaba de maravilla. Me imaginaba a Elizabeth, Ron e Ibrahim sentados a mi lado. Yo estaría en la primera fila; ellos quizá se sentarían justo detrás. Podrían asomarse a mi banco y decirme lo guapa que estaba. Todas esas ideas me bailaban en la cabeza cuando le dije: «Seguro que tomarás la mejor decisión. Siempre lo haces, ¿no?». Y fue entonces cuando Joanna le pidió a Paul que se marchara a la cocina a hacernos un té.

Escrito así, me doy cuenta de que podría haber manejado mejor la situación.

Joanna se me acercó mucho y me dijo que no iba a perder los nervios, porque Paul nunca le había visto perder los nervios de verdad y pensaba que era mejor esperar a que pasaran dieciocho meses de matrimonio antes de que la viera subiéndose por las paredes (no era el momento oportuno, pero me dieron ganas de decirle que en eso tenía más razón que una santa. La primera vez que Gerry me vio perder los estribos, vivíamos en un piso de tres habitaciones en Haywards Heath, y estaba embarazada, así que ya era demasiado tarde para que le diera un tembleque y se echara atrás). Joanna me dijo entonces que sería una boda discreta, sin grandes alharacas, pero con mucho amor, a lo que yo le contesté, y sé muy bien que calladita habría estado más guapa, que una boda por todo lo alto no eran alharacas, y que quizá se estaba confundiendo, y Paul regresó y preguntó

dónde estaba la leche, y ambas le contestamos a la vez que en la nevera, sin dejar de mirarnos ni un instante.

Sabía que Joanna tenía razón, que quede dicho. De verdad que sí. Pero me había hecho tanta ilusión su boda desde el día que nació, y me la había imaginado como si fuera una película tantas veces, que por eso se me fue un poco la cabeza. Ahora lo entiendo todo, pero ese día no fui capaz. Cuando nos casamos Gerry y yo, no pudimos permitirnos una gran boda. La ceremonia fue preciosa, pero discreta, con pocos invitados. Solo nuestros padres, nuestros vecinos del número 17 (pero no los del número 13, a causa de un incidente que hubo con un cortasetos), el padrino de Gerry, que era un compañero de trabajo suyo, algunas de mis amigas enfermeras y dos primas que no aceptaban un no por respuesta. Luego nos tomamos unos sándwiches en el pub (en un salón privado) y los dos volvimos a nuestros trabajos al día siguiente.

En fin, que le conté todo eso a Joanna. Como sabía que llevaba las de perder, pensé que si le mencionaba a Gerry podría ganar algo de tiempo. Y entonces se me acercó otra vez, me abrazó y me dijo: «No hay día que no me imagine a papá llevándome al altar», y, bueno, yo no tuve que imaginármelo, porque me lo he imaginado tantas veces que para mí ya es una realidad, y le devolví el abrazo, y entendí que la vida no siempre puede ser como en *Los Bridgerton*.

Así que Joanna estaba llorando, mientras pensaba en su padre, y yo lloraba, pensando en él también, y Paul volvió con dos tazas de té y dijo: «Tampoco he encontrado el azúcar, pero me daba apuro preguntar», que es justo lo que Gerry habría dicho en la misma tesitura, y fue entonces cuando me di cuenta de que me importaba un bledo que la boda fuera grande o pequeña, que solo me importaban mi hija preciosa y ese hombre encantador. Eso sí, boda grande o pequeña, Joanna no pudo evitar que me comprara un sombrero nuevo.

Paul nos alargó las tazas de té y un pañuelo de papel a cada una, y le dije a Joanna que la quería, y ella me dijo que me quería a mí, y Paul dijo: «Para futuras ocasiones, ¿dónde está el azúcar?», a lo que respondí que estaba en el armario de encima del microondas, y Joanna preguntó si guardaba joyas o cocaína en el microondas, o quizá un arma, y yo le respondí que no. En este aspecto, hemos tenido un año tranquilo.

Seguimos reuniéndonos los jueves, claro, Elizabeth, Ron, Ibrahim y yo, y nos hacemos visitas a diario en nuestros apartamentos (al de Elizabeth vamos un poco menos; todavía necesita un tiempito). Aun así, diría que nos las hemos arreglado para no meternos en problemas serios desde hace más de un año.

Le dije a Joanna que Elizabeth, Ron e Ibrahim se pondrían contentísimos por ella, y que entenderían que, siendo una boda pequeña, no hubiera invitaciones para ellos, y Joanna me dijo que claro que estaban invitados, faltaría más, a lo que yo dije: «Sería pasarse, una boda pequeña es una boda pequeña, y habrá otras personas a las que querrás invitar antes que a ellos», a lo que Joanna repuso: «Mamá, cuando dices que te gustaría una gran boda, ¿en cuántos invitados piensas?». Yo le dije: «Bueno, unos doscientos, ese es el número que me imaginaba», y ella se rio. Me dijo que su amiga Jessica (¿o se llamaba Jacinta?, ¿quizá Jemima?) invitó a ochocientas personas a su boda, en Marruecos.

Así que le pregunté a Joanna cómo se imaginaba una boda *pequeña*, y ella me respondió: «Unos doscientos invitados, mamá».

Conque en esas estamos. Joanna tendrá la boda pequeña que siempre ha querido, y yo voy a tener la gran boda que siempre he querido para ella. A veces vale la pena no parecerte a tus hijos.

Luego le pregunté si Bogdan y Donna también podrían asistir, y quizá Chris y Patrice, a lo que Joanna me dijo que no llevara el cántaro a la fuente, pero que si les apetecía podían ir a la fiesta de la tarde, para la que calculaba unos cuatrocientos invitados. Ríete tú de las bodas pequeñas.

En fin, ya tengo la ropa planchada para la boda y bien ordenadita sobre la cama del cuarto de invitados. Mi sombrero nuevo está en una caja. Mark, el chico de Robertsbridge Taxis, ha conseguido un microbús y mañana nos llevará a todos a la ceremonia. No se celebrará en una iglesia, que es como yo la había soñado, evidentemente, sino en una casa de campo preciosa en Sussex, un sitio que, en realidad, es mucho más bonito de lo que habría podido ser una iglesia, lo que me ha hecho aprender que no debes confiar a ciegas en tus sueños. O, en todo caso, que debes permitir que los demás tengan los suyos.

Así que la próxima vez que tengáis noticias mías ya seré suegra. Además, el padre de Paul, que se llama Archie, es viudo, a punto de cumplir los ochenta años, lleva bigote y se gasta el aire de alguien que necesita que lo cuiden. En el plano de distribución de los invitados he visto que me toca sentarme a su lado en la mesa principal.

Porque en estos últimos tiempos los problemas han escaseado en la misma medida que el amor.

Así que brindemos por el día de mañana, y brindemos también por el amor y por que no haya problemas.

Jueves

2

Elizabeth ha vuelto a tener sensaciones. Aunque no tiene del todo claro qué es lo que ha empezado a sentir en concreto. Sin embargo, hay algo ahí, y no es solo el brandy. Está en alerta, pero, de momento, no tiene la menor idea de por qué.

A su izquierda, Ron levanta una pinta de cerveza en honor al crepúsculo en la campiña de Sussex.

—He ido a un montón de bodas —comenta—, casi todas mías, pero esta es la mejor. Por Joanna.

—Por Joanna —dice Ibrahim, alzando un vaso de whisky. Durante la ceremonia ha llorado incluso más que Joyce.

—Y por Paul —añade Joyce—. No os olvidéis de él.

—El discurso de su padrino de boda ha sido tremendo —dice Ron.

El padrino de boda. Elizabeth ha estado pensando en él.

—Se le veía nervioso —apunta Joyce.

—Eso no lo justifica —insiste Ron—. ¿Con qué derecho te pones a vomitar? No es tu boda, amigo.

—Ha conseguido ser el centro de atención —conviene Ibrahim.

Incluso antes de la desafortunada vomitona, ya habían notado algo extraño en ese hombre. ¿Era eso lo que Elizabeth estaba intuyendo? Habría podido jurar que ese hombre la había mirado un momento. Fue solo una mirada pasajera, pero intencionada.

—¿Has llegado a alguna conclusión, Elizabeth? —pregunta Ibrahim.

Ella piensa unos segundos y finalmente consigue esbozar una leve sonrisa. La sonrisa es sincera, lo sabe, como sabe también que algún día volverá a ser más amplia.

—Ha sido precioso. Se los veía muy felices. Y a Joyce también se la ve muy feliz.

—Lleva media botella de champán entre pecho y espalda —comenta Ron.

Joyce hipa un poco. Los cuatro amigos contemplan la puesta de sol en silencio, disfrutando a sus anchas de la terraza de piedra de la gran mansión. Del interior de la casa llegan música y risas.

Elizabeth mira a sus amigos y piensa en Stephen. Joyce se da cuenta —porque no se le escapa nada— y le pone la mano en el brazo.

—Gracias por venir, Elizabeth —le dice—. Sé que todavía es difícil.

—Tonterías —responde ella, lista para soltarle un sermón sobre la importancia de ser independientes. Pero Joyce no se equivoca: sigue siendo difícil. Casi imposible, de hecho. Toma otro sorbo de brandy y baja la vista—. Tonterías.

Elizabeth se vuelve cuando Joanna sale a la terraza por una puerta doble.

—Por fin. Me preguntaba dónde os habíais escondido. ¿Qué hacéis? ¿Os estáis drogando?

Ron se pone de pie y le da un abrazo.

—Solo buscábamos cinco minutos de paz. ¿Cómo está el padrino?

—¿Nick? —dice ella—. Está rehidratándose.

Nick, sí, así se llamaba. Nick Silver.

—¿Y el mantel? —pregunta Ibrahim.

—Insalvable —responde Joanna—. Nos lo restarán de la fianza. Bueno, ¿quién se viene a bailar? ¿Mamá? Todos quieren bailar contigo. Por lo visto les pareces encantadora.

—Porque lo soy —replica Joyce, antes de volver a hipar—. De casta le viene al galgo.

Ron la ayuda a ponerse de pie.

—Es posible que el padre de Paul quiera un baile, ¿no crees, Joyce?

—No me interesa.

—A ver —comenta Ibrahim—, te has pasado toda la comida con la mano sobre su rodilla.

—Era una forma de darle la bienvenida a la familia.

—Primera vez que oigo llamarlo así —repone Ron, antes de apurar su pinta de cerveza.

—Ibrahim —dice entonces Joanna—. ¿Te apetecería bailar una canción conmigo?

—Será todo un placer —contesta él, levantándose también—. ¿Qué será? ¿Un foxtrot? ¿Un quickstep?

—Cualquier cosa que consigas hacer con *Like a Prayer*, de Madonna —comenta Joanna.

Él asiente.

—Habrá que improvisar.

Ya están todos de pie y empiezan a desfilar hacia la puerta. Pero Elizabeth no se mueve. Joyce se acerca a su amiga y le pone una mano sobre el hombro.

—¿Vienes con nosotros?

—Dame diez minutos. Entrad y pasadlo bien.

Joyce le aprieta el hombro. Qué cariñosa ha sido Joyce con ella desde que murió Stephen. Nada de discursos, ni de sermones, ni de palabras vacías. Solo su presencia cuando intuía que la necesitaba, y su ausencia cuando entendía que necesitaba tiempo. Ron ha estado a su lado con abrazos; Ibrahim, estupendo psiquiatra, ha procurado animarla de distintas maneras, siempre discreto, pensando que ella

no se daría cuenta. Pero ¿Joyce? Siempre supo que Joyce poseía una inteligencia emocional de la que ella carecía, pero la pura elegancia con la que se ha conducido durante este último año es extraordinaria. Los compañeros de la pandilla desaparecen por la puerta doble y Elizabeth vuelve a estar sola.

¿Vuelve a estarlo? No. Elizabeth siempre está sola ahora. Siempre sola y nunca sola: eso es estar de duelo.

El sol ha desaparecido detrás de las colinas de los South Downs. Siempre sola, pero nunca sola. Elizabeth nota que sus sentidos se desperezan. Pero ¿qué es lo que intuye?

A su izquierda, oye un ruido procedente de un sendero flanqueado por árboles que se extiende por debajo de la terraza. Y un hombre sale de detrás de un roble alto y camina hacia ella.

Era eso: había alguien ahí fuera, en la penumbra. Esa presencia ha despertado sus sentidos. Cuando el hombre empieza a subir por los escalones de piedra que llevan a la terraza, la figura, ya conocida, de Nick Silver, el padrino de boda, sale a la luz. Señala con la cabeza la silla que hay al lado de Elizabeth.

—¿Le importa?

—En absoluto —dice ella. Del interior de la casa llega una salva de hurras. Será Ibrahim bailando, seguro.

Nick toma asiento.

—Usted es Elizabeth —afirma él—. Su nombre no le será desconocido.

—Eso me temo —responde ella, antes de fijarse, aliviada, en que Nick se ha cambiado de camisa—. ¿Hay algo que le preocupe, señor Silver?

Nick asiente. Mira al cielo y luego a ella otra vez.

—El caso es que alguien ha intentado matarme esta mañana.

—Entiendo —asiente Elizabeth. Algo da un brinco dentro de ella. Durante el último año, su corazón ha latido como una máquina, una bomba hidráulica que la ha mantenido con vida en contra de su voluntad, pero ahora vuelve a sentirlo en su carne—. ¿Está seguro?

—Absolutamente —dice Nick—. Eso es algo que se sabe, ¿no cree?

—¿Y tiene alguna prueba? La gente de su generación suele tener la piel muy fina.

Nick levanta su móvil.

—Tengo pruebas.

Elizabeth nota que una fuerza conocida empieza a tirar de ella, como la gravedad. ¿Debería escapar de un salto mientras esté a tiempo?

—¿Alguien tiene buenos motivos para asesinarle? —pregunta. No, no va a saltar para escapar. Claro que no lo hace. ¿Adónde la llevaría ese salto? Hace tiempo que se quedó sin suelo firme.

Nick asiente.

—Sí, muy buenos motivos, si le soy sincero.

Un viejo camino se abre en la mente de Elizabeth. Está cubierto de maleza, pero ahí sigue.

—¿Y sabe de quién se trata?

—Lo que voy a decirle debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo? ¿Puedo confiar en usted?

—Esa pregunta debe responderla usted, señor Silver. No yo.

El hombre está tiritando, pese a la calidez del atardecer.

—Puedo darle nombres, sí.

—¿Más de una persona quiere matarle? —se sorprende ella, levantando las cejas—. Y eso que parece usted una persona bastante inofensiva.

—Gracias —replica él.

—¿Por qué ha acudido a mí? —pregunta Elizabeth—. ¿En lugar de, por ejemplo, a nuestra querida policía?

—Yo... —empieza a decir Nick—. No quiero decírselo a la policía, por múltiples motivos, y oí hablar de usted, por Paul. De su fama...

—Estoy segura de que Paul exagera —declara Elizabeth. A veces nos olvidamos de que tenemos una fama que nos precede.

—Sencillamente me preguntaba... —continúa Nick, mirándola con un gesto de temor que Elizabeth ha visto muchísimas veces a lo largo de los años. El miedo de un hombre que tiene un pie en vilo sobre el borde de un precipicio—. Si se lo cuento todo, ¿conoce a alguien que pueda ayudarme?

Elizabeth estuvo a punto de decir que no a acudir a esta boda. De quedarse en casa leyendo. Y contemplando la butaca de Stephen. De fustigarse a sí misma. Pero al final había dicho que sí. En algún rincón de su ser algo le susurraba que había llegado la hora de volver a empezar. Pensó que quizá se debía a la perspectiva de ver con sus propios ojos un momento de amor, pero no, al final había resultado mucho mejor que eso. Se trataba de un padrino de boda amenazado de muerte.

Los problemas se parecen mucho al amor: a su debido tiempo, te encuentran. Y por eso estaba ella ahora en la boda.

¿Que si sabe de alguien que pueda ayudar a este hombre? Elizabeth mira a Nick, asiente con la cabeza y toma su mano.

—Señor Silver, sí que conozco a alguien.

3

—¿Y si hay seguratas? —pregunta Connie Johnson, dando un mordisco a su *pain au chocolat*.

—¿Pues me los cargo? —aventura Tia.

Connie asiente con gesto pensativo. A ver, no suena descabellado. No es lo que haría ella, pero en todo caso no puede reprocharle a Tia no haberlo pensado a fondo. La chica trata de causarle una buena impresión.

—¿O tomo a su familia como rehenes? —añade Tia, y salta a la vista que espera haber dado con la respuesta correcta.

Todo fue idea de Ibrahim. A lo mejor no había salido exactamente según lo había previsto el viejo, pero a ver quién es el guapo que le echa la culpa a Connie de eso ahora.

Cuando aún estaba en prisión preventiva en la cárcel de Darwell, antes del «desafortunado» juicio nulo y su posterior puesta en libertad, Ibrahim le había hecho una propuesta. «Tienes que devolverle algo a la sociedad, Connie», le había dicho. Luego tuvieron una breve discusión, durante la cual Ibrahim tuvo que aclararle que ese «devolver» no consistía en dar dinero o cualquiera de las propiedades que pudiera haber acumulado en su dilatada y provechosa carrera criminal. Se refería, Ibrahim, a ayudar a personas menos afortunadas que ella —«Insisto, no se trata de ayudar con dinero, que no cunda el pánico»—, y le explicó por qué creía que podía ser una excelente mentora para alguna de sus compañeras más jóvenes en la cárcel de Darwell. «Transmitir algo

de sabiduría —le había dicho Ibrahim—, algunas enseñanzas vitales.» Él le había prometido que le sentaría bien.

A Tia Malone la había conocido en las clases de arte, donde a la muchacha la habían pillado robando pegamento. Se le acercó un día a la hora de comer y enseguida ya estaban charlando. Ibrahim se sentía feliz con las novedades, y vaticinó que esa relación sería muy gratificante para Connie.

—Cincuenta mil para ti —dice Tia—. Y cincuenta mil para mí.

Connie da un sorbo a su *flat white*. Sumándolo todo, había cumplido siete meses de prisión preventiva en Darwell, después del desgraciado negocio en los muelles de Fairhaven con la cocaína, saldado con unos cuantos hombres muertos cuyos nombres había olvidado. Tampoco puede quejarse, porque las cosas podrían haber salido peor. Gracias a sus contactos con el mundo exterior, era la única mujer en toda la cárcel con una máquina de pilates en la celda y una suscripción a Netflix.

—Podría sacarme cincuenta mil libras con una sola llamada telefónica —dice Connie—. No voy a meterme en esto.

—Por favor —le ruega Tia—. Te prometo que será divertido. Y además me dijiste que en la vida los sueños están para cumplirlos.

Muy cierto. Se lo había dicho. Fue en su primera sesión como mentora. Tia le cayó muy bien, le gustaba que tuviera ambición. La chica había empezado su vida criminal robando relojes Rolex a los turistas ricos que se aventuraban por el West End. Trabajaba en un grupo de cuatro, yendo y viniendo en bici, serpenteando entre los coches, eligiendo a las víctimas. Hechas las amenazas y con los Rolex robados, desaparecían por las callejuelas del barrio y se plantaban en el territorio seguro de Vauxhall antes de que se oyera la primera sirena de policía. Tia era la única chica de la banda y no decía esta boca es mía durante los atracos, para que nadie lo

descubriera. Al final, cazaron a toda la banda después de que un repartidor de Deliveroo los siguiera hasta los bloques y le enseñase a la pasma dónde tenían el almacén. El dichoso repartidor quería que le pusieran una medalla o algo así. De todos modos, el día de la redada, solo dieron con tres chicos y suspendieron la búsqueda del cuarto porque no lo encontraron por ninguna parte.

—Pero si fueran cien mil, Tia... —propone Connie—. A ver, dime qué te he enseñado. Seguro que puedes soñar más a lo grande.

Connie no podía negar que estaba disfrutando de su papel como mentora. El caso es que Tia había continuado con esos robos en bicicleta durante una temporada, después de haber reunido a un nuevo trío de chicos, que le harían una vez más de escudo. Sin embargo, pronto tuvo una revelación, la clase de revelación que Connie admiraba.

Por eso siguen viéndose una vez a la semana, normalmente en la cafetería vegana más nueva de Fairhaven, Locos por la Soja. En Fairhaven ahora hay más cafeterías veganas que cafeterías no veganas, aunque a Connie le ha encantado comprobar que, por implacable que sea la gentrificación de la ciudad, la demanda de cocaína sigue gozando de muy buena salud.

—¿Más de cien mil? —pregunta Tia. Frente a ella, una barrita de avena con coco.

—Dime cómo lo teníais montado —dice Connie—. Cuando te dedicabas a los atracos en bici.

—Ya sabes cómo lo teníamos montado —responde Tia.

—Es verdad —reconoce Connie—. Pero cuéntamelo igualmente.

Esa técnica se la ha copiado a Ibrahim. El viejo conseguía que Connie se escuchara a sí misma. Sabía adónde quería llevarla, pero era ella la que debía encontrar el camino. Si encuentras tu camino

adonde sea, puedes regresar a ese sitio cuando se te antoje. Al menos así lo veía Ibrahim, aunque seguro que era una bobada.

—Alguien compraba un Rolex en la tienda —explica Tia—. Era una joyería en Knightsbridge que teníamos vigilada. Y entonces, con mis amigos, lo seguíamos, le robábamos el reloj y luego lo vendíamos.

—¿Y? —dice Connie, esperando más. Era muy cargante cuando se lo hacía Ibrahim, pero no lo era para nada cuando lo hacía ella. Ibrahim hoy está de boda. Le ha enviado una foto. A Connie le encantaría casarse. ¿Igual debería ponerse manos a la obra? Lo que de verdad le iría de perlas es un Tinder para criminales. Los usuarios podrían utilizar la foto de su última detención en el perfil.

—Pues que lo hicimos como quince o veinte veces —dice Tia—. Nos pasábamos en bici, identificábamos a la víctima, hacíamos el atraco, corríamos el riesgo, nos volvíamos pedaleando. Quince o veinte atracos distintos, quince o veinte ocasiones distintas de que nos detuvieran. Buen ejercicio de cardio, aunque muy arriesgado.

—¿Y qué pensaste entonces? —El mejor amigo de Ibrahim, Ron, también sale en la foto. Connie prometió que no se lo cargaría, pese al papel que ese viejo había tenido en su detención. Ya veremos cómo acaba la cosa. Connie, cuando le guarda rencor a alguien, no lo suelta a las primeras de cambio. A veces piensa que, sin el peso de todo el rencor que le guarda a la gente, el viento se la llevaría volando.

Tia se termina la barrita de avena con coco.

—Bueno, lo que pensé fue, mira, todos esos ricachones compran los relojes en la misma joyería. ¿Por qué no atracar la joyería directamente? Robar los quince relojes del tirón. La misma recompensa, pero solo una oportunidad de que te detengan.

Connie va asintiendo con la cabeza. Se echa mucha mierda sobre los jóvenes de hoy, pero Tia tiene las ideas claras y piensa con

inteligencia. Es dinámica, currante, no se anda por las ramas. Eso sí, todavía no ha dado el paso final. Aunque a eso tendrá que llegar sola.

—¿Y los contras de esa estrategia? —La verdad, a veces parece que sea Ibrahim quien habla por ella. El martes pasado tuvo una reunión en la que un importador de cocaína recibió un disparo en la pierna, y a ella, para su propio pasmo, no se le ocurrió otra cosa mejor que decir: «El dolor es efímero, pero la lección que aprendes del dolor es eterna». No se lo ha comentado a Ibrahim. Aunque él estaría orgulloso de que hubiera citado sus palabras, siguen pareciéndole mal sus actividades empresariales.

—La cosa exige más planificación, habrá más seguridad, la investigación del atraco será más exhaustiva —dice Tia—. Pero me gusta. Me gusta planificar. Es la parte que más disfruto.

—¿Y funcionó? ¿El nuevo plan?

—A pedir de boca —responde Tia—. Hasta que nos detuvieron.

—Pero os habrían detenido de todos modos, ¿no? Por cualquier despiste. Tarde o temprano. Son gajes del oficio. Ya puestos, más vale que te pillen por algo grande. Así que continúa. ¿Qué has aprendido? ¿Cómo es el nuevo plan?

—He aprendido la lección —afirma Tia—. Esta vez, cuando salte la alarma, tengo dos minutos. Ni un segundo más. Da igual si en la siguiente vitrina están las joyas de la corona. Cuando se agoten los dos minutos, me largo.

Connie asiente.

—¿Eso es lo que has aprendido?

Tia se queda mirándola, con la misma expresión con la que Connie ha mirado a Ibrahim infinidad de veces. Tia sabe que es una pregunta trampa. Sabe que debería haber aprendido algo más, y es lo bastante despierta para intentar averiguarlo.

—Bueno —dice Tia, pensando sobre la marcha. O más bien pensando mientras está sentada sobre un incómodo taburete artesanal—. Antes robaba los Rolex de uno en uno.

—Ajá... —Connie la anima a seguir.

—Y luego me di cuenta de que siempre los compraban en la misma joyería, así que podía ir a la tienda y birlar quince de una sentada.

—¿Y...?

Una madre pasa con un cochecito de bebé al otro lado de la cristalera de la cafetería y echa un vistazo al interior del local. «¿Qué habrá visto?», se pregunta Connie. Una rubia con un chándal caro, sentada con una adolescente negra, pelando la pava tan ricamente. Lo que esa mujer no sabe es que Connie le está cambiando la vida a Tia, aquí y ahora.

—Y... —Tia intenta ganar tiempo.

—Te lo tengo dicho, Tia —le recuerda Connie—. Los sueños están para cumplirlos. Cien mil libras no son nada.

—Y... —vuelve a decir la joven, mientras baraja respuestas mentalmente, hasta que por fin da con la correcta—. ¿De dónde sacan los Rolex las joyerías?

Bingo.

Tia lo está pensando a fondo.

—La joyería de Fairhaven que quiero atracar tiene quince Rolex. Pero seguro que habrá otra en Lewes con quince más. Y otra en Brighton, con otros quince. Y todos esos relojes tienen que haber llegado de algún sitio.

—A ver, eso sería lo lógico, ¿no? —asiente Connie. Ahora entiende por qué Ibrahim disfruta tanto de su trabajo. El subidón cuando consigues abrir una brecha, hacer progresos.

Tia asiente moviendo la cabeza como un tentetieso. Se deleita en el trabajo que hace su cerebro.

—Un almacén, cerca del puerto. Puedo averiguarlo. Seguro que sí. Y no nos sacaremos cien mil libras. No, un millón es lo que vamos a sacarnos. De una sentada.

—Aunque atracar un almacén es complicado —dice Connie.

—Atracar cualquier sitio es complicado —repone Tia—. Así que, si vas a robar algo...

—Que sea a lo grande —termina Connie por ella—. Vale, cuenta conmigo.

Tia sonríe feliz y saca un cuaderno de su mochila. Connie echa un vistazo a la mochila. Seguro que la cría esta la tiene desde el instituto. Debió de ir con ella a los exámenes para sacarse el graduado escolar, debió de echársela al hombro coquetamente mientras hablaba con chicos en la parada del autobús. Y ahora mírala.

—Lo primero que necesitamos es una banda —dice Tia, escribiendo en su cuaderno—. Gente que sea de fiar.

Qué alegría siente Connie. Hay que reconocérselo a Ibrahim. Cuando el viejo tiene razón, es que la tiene.

4

Ibrahim está bailando con Joanna. Siente una fluidez, una elegancia ligera, que echa de menos en su vida cotidiana. Le duelen las rodillas cuando sube las escaleras. Todavía le duelen más cuando las baja. Y aquí está, pese a todo, en esta tarima, con la música a todo trapo, bajo una lluvia de luces, sin sentir ningún dolor.

Hay más gente bailando: Chris y Patrice (Chris, como os podéis imaginar, con movimientos patosos). Donna trata de mover a Bogdan por la pista de baile, pero con dudosos resultados. Bogdan será muchas cosas —buen amante, buen luchador, buen pintor de brocha gorda y buen decorador—, pero no es un buen bailarín.

Con todo, Ibrahim es consciente de que se ha formado un círculo en torno a Joanna y él. Sabe que la gente los mira bailar. Unas palmas acompasadas empiezan a acompañar sus movimientos.

—¿Crees que es demasiado pronto? —le pregunta Joanna al oído.

—¿Demasiado pronto para qué?

—Conocí a Paul hace solo seis meses —responde ella.

Ah, por eso están bailando. Joanna quiere sus consejos. Le parece bien. Le encanta bailar y le encanta dar consejos.

—Bueno, ¿cuándo te enamoraste? —pregunta.

—Hace seis meses —dice ella—. Fue inmediato. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Sí —responde él.

Madonna sigue cantando. Ibrahim siente que el ritmo de la canción recorre su cuerpo. Joanna le dice algo, y él hace un gesto

para indicarle que no la ha oído bien.

—¿Te sientes solo? —repite Joanna.

La pregunta le pilla por sorpresa.

—Cada cual tiene su propia idea de lo que es la soledad —responde. Y no le falta razón.

—Eso es verdad —acepta ella—. Pero no has contestado a la pregunta.

—Tengo a Ron —responde él—. Y tengo a tu madre. E incluso a Elizabeth, a veces.

Joanna asiente. El círculo que los rodea se ha hecho más grande, las palmas son cada vez más fuertes. Pues claro que se siente solo.

—Entonces —insiste ella—, ¿crees que esto es un error?

Ibrahim sonríe. Esa es fácil.

—¿Le has preguntado a Joyce si te estás casando demasiado pronto?

Joanna niega con la cabeza.

—Pues ahí tienes la respuesta —dice él.

—Pero si precisamente no se lo he preguntado...

—Eso es lo que quiero decir. La respuesta a cualquier dilema reside en a qué persona acudes en busca de consejo.

Joanna da una pirueta y las luces de la pista de baile giran en torno a ella. Vuelve a mirarlo de frente.

—Continúa, profesor.

—Tienes un dilema —dice Ibrahim—. ¿Es demasiado pronto? ¿De veras ha sido amor a primera vista? Ay de mí, he de conocer la respuesta. ¡Exijo la verdad! ¿A quién se lo pregunto? ¿Quién puede ayudarme en esta hora incierta?

Joanna mira por encima del hombro de Ibrahim.

—Tu amigo policía, Chris, acaba de tropezarse con una silla de ruedas.

Ibrahim se gira para verlo. Chris, que por cierto está formándose ahora en el uso de armas de fuego, se deshace en mil disculpas con el ocupante de la silla. Ibrahim se vuelve de nuevo hacia Joanna.

—Así que necesitas consejos sabios. Tu madre sería un buen punto de partida, pero no se lo has preguntado a ella. ¿Cuál crees que es el motivo?

—Bueno, ya conoces a mi madre —dice Joanna.

—La conozco —afirma Ibrahim—. La única aspiración de Joyce es verte feliz. Eso es mucha presión. Quién sabe qué consejos podría darte tu madre. Le aterrorizaría meter la pata, darte un mal consejo. Así que no acudes a tu madre. Y, obviamente, tampoco puedes acudir a tu padre.

—No —conviene Joanna.

—Porque está muerto —añade Ibrahim—. Ya falleció.

Joanna suelta una gran carcajada.

—Me parece increíble que te ganes la vida con esto.

—Pero tu padre te habría dado el mejor consejo —prosigue Ibrahim—. ¿Tu padre habría visto la verdad?

Joanna asiente, con la cabeza apoyada en el hombro de su compañero de baile.

—Y, a falta de él, yo soy la mejor opción —dice Ibrahim—. Un hombre mayor, dotado de una sabiduría que nadie se atreve a cuestionar. Pregúntaselo a quien quieras. Todos te dirán lo mismo.

Joanna vuelve a reírse. A lo largo de los años, Ibrahim ha visto que la gente tiene por costumbre reírse en los momentos más inoportunos.

—En fin, tienes una pregunta. Madre mía, piensas, ¿me estaré precipitando? ¿Es Paul el hombre ideal para mí? ¿Se lo pregunto a mi madre, que se morirá del susto, o se lo pregunto a mi padre, que me mirará a los ojos y verá la verdad? Se lo pregunto a mi padre,

porque ya sé la verdad y solo necesito que alguien me la diga en voz alta. Desde luego que no es precipitado. Has encontrado el amor y lo has sabido con la misma seguridad con la que sabes reconocer un diamante. O un KitKat en el que una de las barritas está hecha solamente de chocolate, que es lo que me pasó una vez...

—Céntrate, Ibrahim —le ruega Joanna.

—Cuando tenemos un dilema... —La historia del KitKat no es inventada, de hecho, pero quizá sea mejor aparcarla para otra ocasión—. Ante un dilema, siempre preguntamos a la persona que nos dará la respuesta que ya conocemos. Y por eso me has preguntado a mí. Paul es maravilloso, tú eres maravillosa, este día es maravilloso.

Su baile está llegando al final, como ocurre con todos los bailes.

—¿De quién te enamoraste tú? —pregunta Joanna.

—De un chico que se llamaba Marius —dice Ibrahim—. También está muerto, como tu padre.

Joanna lo abraza con más fuerza.

—Por eso te sientes tan solo. Estás esperando a volver a verlo.

—Puedo verlo ahora mismo —confiesa Ibrahim, mientras se van apagando las últimas notas de *Like a Prayer*—. Estuvo sentado a mi lado durante la ceremonia. Debería ir a ver si Chris se ha lesionado de gravedad.

Joanna le señala con un gesto el corro de mirones que se ha formado a su alrededor.

—Creo que vas a estar muy solicitado.

Ibrahim también echa una mirada. Un tropel de mujeres parece desfilar hacia él.

Joanna le da un beso en la mejilla.

—Gracias.

Su lugar lo ocupa de inmediato Patrice. Le tiende la mano a Ibrahim para que él le acepte el baile.

—No tienes por qué sentirte obligada —le dice él.

—¿Obligada? —responde ella—. He tenido que apartar de un codazo a una dama de honor para que no se me adelantara.

5

Elizabeth mira las fotografías en el móvil. Un coche plateado, a las puertas de una casa preciosa. Y algo que no debería estar ahí. Luego unos primeros planos. Unas imágenes muy convincentes.

—¿Me cree? —pregunta Nick.

—Le creo —responde Elizabeth. Hay una caja negra adherida a los bajos del coche, y las fotos de detalle revelan que se trata con toda probabilidad, según Elizabeth, de una bomba lapa fabricada con un alarmante nivel de profesionalidad—. ¿Puedo preguntarle cómo es posible que la haya detectado?

—Medidas de seguridad —responde Nick—. Es mi trabajo. Estaba buscando geolocalizadores.

—¿Y dónde está la bomba ahora? —pregunta Elizabeth.

—¿Ahora? —dice Nick—. La he dejado donde estaba. No iba a meterla en el cubo de reciclaje, ¿no?

—¿La ha dejado tal cual? ¿Su coche sigue con una bomba lapa activa?

—Tenía una boda a la que asistir —alega Nick, señalando con la cabeza a su espalda.

Elizabeth asiente.

—Y si le da por explotar durante el día, que es lo que suelen hacer las bombas, por cierto, usted no tendrá inconveniente en que mate a uno de sus vecinos...

—Vivo en Hampton Road —dice Nick.

Elizabeth lo entiende. Grandes mansiones, grandes terrenos. Si la bomba estallase, lo peor que podría pasar es que alguien se quejara del ruido.

—Además —continúa Nick—, no conoce usted a mis vecinos.

—Cuénteme su historia. Ya habrá tiempo luego para ocuparnos de su bomba sin estallar.

Nick empieza a hablar, pero su cerebro se detiene en seco. Está nervioso. Ese detalle emociona un poco a Elizabeth. ¿Quién le causará esos nervios?

Permanece completamente inmóvil en la silla y espera. Pueden hacerse de rogar, pero, si te quedas quieta el tiempo suficiente, al final siempre terminan viniendo: bebés inquietos, gatitos veloces, hombres con secretos. Sin nada contra lo que rebotar, su energía nerviosa acaba por parecerles ridícula y acuden trotando hacia ti.

—Solo se lo hemos comentado a dos personas —dice Nick.

—Comentado, ¿el qué? —pregunta Elizabeth.

Nick resopla y mira a su espalda dos veces, por la izquierda y por la derecha.

—Cuéntemelo todo —pide ella—. Pero dese prisa: la vida es breve. Y lo digo sin mala intención.

—Todo comenzó en la universidad —dice Nick—. Paul y yo teníamos un...

—No —lo corta Elizabeth—. No empiece por ahí. Empiece por esta semana.

—Para entender de verdad lo que... —se defiende él.

—No —insiste Elizabeth, con un poco más de firmeza. A veces hay que ponerse firmes con los aficionados. Es algo que ha aprendido de su trato con Joyce, aunque a estas alturas su amiga ya podría pasar por una profesional—. Empiece por el titular y, si lo considero oportuno, nos iremos remontando en el tiempo. Tiene diez palabras.

Una más, y me vuelvo a la fiesta. Supongo que en algún momento pondrán una canción que me suene.

—Toda esta historia me supera —dice Nick.

—Eso ya son cinco palabras —replica Elizabeth, poniéndose de pie.

Nick le pone una mano sobre la manga.

—Quieren algo que tenemos nosotros.

—Eso está mejor —acepta Elizabeth, volviendo a sentarse. Al final resulta que no murió con Stephen. Está viva. Cierra los ojos con un gesto silencioso de disculpa a su marido. Sigo aquí, tesoro. Sigo aquí, cuando tú ya no estás. Supongo que no me queda otra que aprovecharlo mientras dure.

—¿Y qué es lo que tienen ustedes? ¿Esa cosa de la que solo han hablado con dos personas?

—Un código —dice Nick—. Un código de seis dígitos. Yo tengo uno y mi socia comercial tiene otro.

—¿Cómo se llama esa socia comercial suya? —pregunta Elizabeth.

—Holly —responde Nick—. Holly Lewis.

—¿Y ciertas personas quieren hacerse con esos códigos que tienen ustedes dos?

—Son muy valiosos, sí —contesta él—. Le aseguro que no exagero.

—¿Y dónde guarda su código? —pregunta ella.

—En mi cabeza —dice Nick.

—¿En ningún otro sitio?

—Bajo llave en un bufete de abogados a ciento cincuenta kilómetros de aquí —responde Nick—. Si Holly o yo morimos, el que viva recibirá el otro código. Pero ni siquiera el abogado sabe lo que tiene. El único sitio en el que alguien podría encontrarlo es aquí. —Nick se señala la cabeza.

—¿Así que alguien pretende asesinarle por un código que solo existe en su cabeza? ¿Y por otro código que solo existe en la cabeza de Holly?

—Eso es —responde él—. No sé a quién más puedo acudir. No puedo permitirme que un coche de la policía se acerque al Complejo.

—¿El Complejo? —pregunta Elizabeth. Este cuento es cada vez más emocionante. Aunque sigue habiendo algo que no le encaja...

—Ay, Dios —exclama Nick—. Suena idiota cuando lo digo en voz alta. De verdad le ruego que me deje empezar por el principio. Soy dueño de una empresa. Una empresa de seguridad.

—Una empresa de seguridad, vale —repite Elizabeth. Bueno, esto sí que es interesante. Pocas cosas son tan peligrosas en este mundo como la seguridad.

—Estamos especializados en el almacenamiento en frío —continúa Nick—. ¿Sabe qué es?

Elizabeth no lo sabe, pero aun así ha de reconocer que le gusta cómo suena.

—Sospecho que no se dedican a las neveras y los congeladores...

—No —contesta Nick—. Holly y yo tenemos algo muy valioso allí. A principios de esta semana, se lo comentamos a dos personas.

—Entiendo.

—Y de pronto aparece una bomba lapa debajo de mi Lexus.

—¿Los nombres de esas dos personas? —inquiere Elizabeth.

—¿Ha oído hablar de Davey Noakes?

—Creo que nunca he conocido a nadie que se llame Davey —responde ella.

—Dave de la Rave, así lo llamaban. Si hubieras comprado éxtasis en los noventa, seguro que habrías oído hablar de él.

—Se lo preguntaré a Ron —dice Elizabeth.

—Luego, ese juego se volvió más peligroso —explica Nick—. Y Davey decidió pasarse a los chismes tecnológicos de alta gama.

—¿Chismes tecnológicos de alta gama legales? —pregunta Elizabeth.

—No —responde él.

«Vamos mejorando», piensa Elizabeth.

—¿Y el otro nombre?

—Lord Townes —responde Nick—. Es un banquero. A él también se lo dijimos.

—¿Así que piensa que uno de esos dos hombres le ha puesto una bomba debajo del coche esta mañana?

—No hay otra explicación —dice él—. Son las dos únicas personas que saben lo que escondemos.

Las puertas de la terraza se abren de nuevo, dejando escapar la música a todo volumen de la fiesta. El recién casado, Paul, acaba de salir.

—¡Nico, te hacíamos durmiendo la mona debajo de un seto! Ven conmigo. Vamos a cortar la tarta.

Nick mira a Elizabeth. Ella le indica la puerta inclinando la cabeza.

—Mi amiga Joyce ha encargado la tarta. Más nos vale que le hagamos los honores porque, de lo contrario, me matará antes de que alguien lo mate a usted.

—¿Podría pasarse a verme? —pregunta Nick—. ¿Mañana? Por favor. Le diré exactamente por qué quiere asesinarme uno de esos dos.

—Uno de esos tres —lo corrige Elizabeth.

—¿Tres? —pregunta él.

—Bueno, Davey Noakes sabe lo que tiene escondido usted. Y lo mismo puede decirse de lord Townes. Pero sospecho que su socia

comercial, Holly Lewis, también sabe lo que tiene escondido, ¿no? Así que a mí me dan tres.

Nick se queda mirándola.

—¿Nos acompaña su socia hoy aquí? —pregunta Elizabeth.

—No —responde él—. No ha querido... —Niega con la cabeza—. No.

Elizabeth se encoge de hombros.

—Nos vemos mañana, entonces.

Se verán al día siguiente, sí. Ese es el problema de salir de fiesta. Una cosa te lleva a la otra y, sin comerlo ni beberlo, ya tienes más compromisos que te obligarán a salir de casa. Sin que te lo esperes, la vida real vuelve por sus fueros. Elizabeth no quiere que la vida real haga acto de presencia. Porque si algo sabe de la vida real es que Stephen ya no está en ella. Hasta la última fibra de su ser le dice que rechace la propuesta.

Pero es que hay un código, y una bomba, y tres sospechosos... Eso no pasa todos los días.

—¿Mañana? —insiste Nick.

—No veo la hora de empezar —dice ella—. Me alegra ver que se encuentra un poco mejor. Y no se atreva a permitir que lo asesinen antes de que nos veamos.

—No pasará. Esta noche nos quedamos todos aquí —comenta Nick, antes de apuntar algo a toda prisa en el reverso de una tarjeta de visita. Se la tiende—. Sé que puede parecer ridículo, pero ¿podría memorizar esto y quemarlo?

«Este hombre ha leído un montón de novelas de espías, eso hay que reconocérselo», piensa Elizabeth. Acepta la tarjeta y ve como Nick vuelve a perderse entre los invitados a la boda.

En el anverso de la tarjeta se lee: NICK SILVER. SOLUCIONES DE ALMACENAMIENTO EN FRÍO. DISCRECIÓN ABSOLUTA GARANTIZADA. Bueno, eso de

que la discreción pueda ser «absoluta» es una quimera, Nick. En el reverso de la tarjeta se lee una dirección y «13:00, mañana».

¿Memorizarlo y quemarlo? Bah, eso está tirado.

Hay una luz nueva en el horizonte de Elizabeth.

Son solo unos primeros pasos dubitativos. Meter el pie en el agua. Códigos y almacenamiento en frío. Aun así, Elizabeth mira al cielo y le habla a Stephen.

—Un narcotraficante, un lord y una bomba lapa, ¿cómo lo ves, tesoro? Por lo visto me necesitan de nuevo.

Echa un vistazo al salón, donde sigue la música. Se pone de pie y vuelve a mirar a Stephen, en el cielo.

—¿Bailamos?

6

Joyce

En fin, ha sido un día preciosísimo. Un día preciosísimo de verdad.

Mark, el empleado de Robertsbridge Taxis, acaba de dejarnos en casa. Alan se ha puesto loco de contento. Karen, que es la hija de Gordon Playfair, se ha pasado por aquí para darle un paseo hace un rato y luego lo ha dejado en casa con la ITV 3 en la tele, que es su canal favorito, pero aun así me ha echado de menos. Cuando he llegado, ha querido volver a salir a la calle conmigo, pero hay algunos zorreznos cerca de Tennyson Court y necesitan un poco de paz y tranquilidad para explorar el entorno de noche.

Aun así, es bonito que alguien te eche de menos, ¿no?

Joanna estaba guapísima hoy. A ver, siempre lo está, salvo durante una temporada bastante larga, mediada la veintena, en la que se hizo algo raro en el pelo. Hoy ha iluminado la sala con su presencia. Y eso que la sala no era pequeña precisamente.

Tengo un trozo de tarta aquí delante. Es un bizcocho de limón y frambuesa. Me tomé un trozo en la boda y estaba delicioso. ¿A lo mejor debería guardar esta porción como recuerdo del gran día? ¿Meterla en una caja de galletas? Supongo que sería la mejor solución. Si me la como, tendré un minuto de felicidad. Si la conservo, la felicidad durará toda la vida.

Ha habido una «oficiante», en lugar de un pastor anglicano, aunque la mujer lo ha hecho de maravilla y me han asegurado que tiene la misma autoridad que un vicario de verdad. Por lo menos puedo decir que se ha mostrado muy amable conmigo cuando se lo he preguntado, y me ha dicho que siempre puedo buscar los detalles legales en internet si de verdad me preocupa el tema. Lo he hecho, desde luego, y todo parece correcto.

Hace unas semanas me llevé un buen disgusto cuando Joanna me dijo que le habría gustado que Gerry la acompañase al altar. Me sentí como si la hubiera

defraudado, pero ella me dijo que me dejara de tonterías y que la culpa era de Gerry por haberse muerto. Con aquel comentario quiso hacerme reír, claro, pero al ver que no me hacía ni pizca de gracia dijo entonces que la culpa era suya por casarse «entrada en años», y lo cierto es que esto último sí me hizo sentir un poco mejor, porque tenía razón. Si se hubiera casado a los veintiséis años, como, qué sé yo, la hija de Barbara, una antigua compañera de trabajo mía, entonces Gerry habría podido llevarla del brazo.

Aunque la hija de Barbara se divorció el año pasado, así que donde las dan las toman, ¿no, Barbara?

En fin, todavía no habíamos resuelto el tema de quién la llevaría al altar. Yo propuse que lo hiciera el padre de Paul, porque por lo menos es un padre, y estaría ahí de todos modos, así que no habría necesidad de poner más sillas. Joanna me dijo que, aun siendo sin duda padre, no era su padre. Entonces propuse el nombre de Ibrahim, pero ella me dijo que Ron me lo reprocharía toda la vida, lo cual es verdad. Así que estuve devanándome los sesos un buen rato, hasta que vi que Joanna me miraba. De pronto se echó a reír sin que yo entendiera el motivo, y no soporto que la gente se ría sin saber yo por qué, así que me eché a reír también. Y entonces me soltó: «Mamá, serás tú la que me lleve al altar», y, bueno, entonces se me quitó la risa de golpe, porque las madres no llevan a las novias al altar, las madres se sientan en primera fila para que todo el mundo pueda verlas. Eso fue lo que le recordé.

Entonces Joanna me preguntó si cada vez que la miraba veía a Gerry en ella, y yo le dije que sí. Y entonces me dijo que ella también lo veía en mí cada vez que me miraba. En fin, que quería que la acompañara al altar, porque así podría ver a su padre.

Y en esas me eché a llorar. Con Joanna, todo ha sido siempre una montaña rusa. A decir verdad, también conmigo las cosas siempre son una montaña rusa. Aunque, cuando estás montada en tu propia vagoneta, tampoco es que te percates de los tumbos que das.

Lo que sí me preocupaba era que a la gente le pareciera una solución poco tradicional que la llevara yo al altar, pero luego he visto que a nadie le importaba en lo más mínimo, aunque también he de decir que no he podido ver gran cosa porque estaba llorando a mares. Han puesto *Backstreet's Back* cuando hemos ido del brazo al altar y creo que le ha gustado a todo el mundo también. Por un instante me ha preocupado que no me guardaran asiento en primera fila, pero sí lo han hecho.

No se han cantado himnos religiosos, ya os lo dije, y ¿sabéis qué? No los he echado de menos. Uno de los amigos de Paul ha recitado un poema que no conocía, y Ron y yo nos hemos dado cuenta de que rimaba, lo cual no puede darse por descontado últimamente, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, Paul besaba a la novia y yo me había convertido en suegra.

Hablando de suegras y suegros, no ha habido nada que hacer con el padre de Paul, por más que lo haya intentado. Hace unos días dieron un reportaje en *This Morning* sobre la «asexualidad», es decir, personas a las que no les interesa el sexo para nada. Se notaba que Alison Hammond, la presentadora, no daba crédito. En cualquier caso, estaba ya medio convencida de que Archie era asexual cuando Elizabeth ha vuelto al salón en el momento de cortar la tarta y he visto que el hombre salía disparado hacia ella. No es la primera vez que la veo causar este efecto. Muéstrale un par de pechos como los de Elizabeth a ciertos hombres y verás cómo pierden el norte. No siempre puedes ganártelos a todos. Uno de los tíos de Paul me ha pasado con discreción su número de teléfono, pero Paul me ha dicho que ese tío suyo todavía está felizmente casado con su tía, que había salido a vapear, y que si ella llegaba a enterarse del asunto se iba a armar la de san Quintín. Salta a la vista que al tío de Paul no lo van a invitar a *This Morning* para que hable de la asexualidad.

Una familia muy curiosa, chapada a la antigua, la de Paul, pero él es un hombre maravilloso. Ahora me doy cuenta de que los novios que ha tenido Joanna a lo largo de los años por lo general no eran de mi agrado. Hubo un jardinero paisajista bastante majo cuando tenía veinte años, pero la universidad dio al traste con la relación. Y luego un arqueólogo barbudo al que había visto en la tele, así que durante unos meses estuve bastante emocionada. Pero la verdad es que Paul es el único hombre con el que lo supe al instante desde el primer día que lo trajo a casa. Intenté que no se me notara la alegría cuando me lo presentó, porque ya sé cómo es Joanna, pero a la que se metió Paul en el cuarto de baño me eché a llorar, y Joanna me lanzó una mirada y dijo: «Lo sé, mamá. Me pasa lo mismo».

Cuando Paul volvió a la sala de estar, se fijó en que había llorado, de modo que no tuvimos más remedio Joanna y yo que hacer ver que tenía glaucoma. La segunda vez que vino a casa trajo un prospecto sobre nuevos tratamientos para el glaucoma, y me los explicó con tanta paciencia que desde entonces hemos tenido que mantener la mentira, Joanna y yo. Es posible que un día de estos se presente con el susodicho tratamiento milagroso.

Es tan dulce, Paul, que al principio me preocupó, porque sé que a Joanna nunca le ha ido eso, realmente. Siempre le han gustado los hombres ambiciosos e

implacables, ¿sabéis a qué me refiero? Hombres con una meta. Incluso a ese arqueólogo lo echaron de Channel Five porque había robado una urna de una iglesia. Y también porque le había enviado una foto de sus genitales a una operadora de cámara.

Con Paul, en cambio, cuanto más lo conoces, más ves que es un hombre con ambición, pero no solo de dinero. Su ambición es la felicidad. Para él y para los demás. Con algunos de sus novios, se notaba que les sentaba mal el éxito de Joanna; no les gustaba que trabajara más horas que ellos o que ganara más dinero. A Paul, por el contrario, se le ve orgulloso de ella. Tiene un dinero invertido en la empresa de su amigo Nick (se dedica a las neveras, o los congeladores, algo así), pero por lo demás está más que satisfecho con su sueldo de la universidad.

Así que es muy posible que Paul no sea presidente de un club de fútbol, y que le falte instinto asesino, y que tenga un gusto más bien cuestionable cuando se trata de elegir padrino de boda. Pero en la ceremonia ha estado hablando de dardos con Ron (o de snooker, o qué sé yo), y con Ibrahim ha charlado de un programa que habían escuchado los dos en Radio 4; y con Elizabeth ha estado sentado un rato, tranquilamente, y le ha pedido que adivinase cuáles de sus familiares habían estado en la cárcel; y cuando me ha dado por hablar por los codos, y la verdad es que casi no he parado de hacerlo en ningún momento, él ha tenido el detalle de asentir todo el rato con la cabeza mientras me iba diciendo «Uy, ya me lo figuro», o «¿Y luego qué pasó, Joyce?», o «¿Te apetece que te sirva otra copa?».

Así que creo que este chico resultará, ¿no os parece? A Alan le ha caído muy bien. Aunque lo cierto es que he tenido sicarios en este apartamento que trataban de matarme, y a Alan también se le veía encantado con ellos, así que no siempre puedes fiarte de su criterio.

La pandilla también me ha parecido que disfrutaba del día. Ibrahim ha sido la estrella de la función: ha bailado con todo quisqui. En un momento dado, Patrice ha intentado bailar dos canciones seguidas con él. Una tía de Paul se lo ha impedido aplicándole una llave de judo.

Joanna y Paul no harán viaje de novios en el sentido estricto del término. «La gente ya no se va de luna de miel, mamá», me ha dicho Joanna. Me han dado ganas de discutir con ella, pero era su boda. Le habría dicho que claro que la gente todavía se marcha de viaje de novios. De hecho, en todo el mundo hay gente haciendo cola para hacer cosas que Joanna me dice que ya no hace nadie. Ir de viaje de novios, beber leche normal, ver la tele. Una vez le dije que hay más gente que vive como yo que gente que viva como ella. Por toda respuesta, señaló mi tostadora con el dedo y me dijo: «Lo dudo mucho».

En cualquier caso, pasarán un par de días en un hotel no sé dónde. Hay *spa* y te llevan a todas partes en carrito de golf. Si me sobrara el dinero como a ella, me iría al Caribe. Estoy segura de que la gente todavía va al Caribe, porque la mujer que se ha mudado a Wordsworth Court hace poco acaba de volver de allí y no se cansa de decírselo a todo el mundo. Nos invitó a todos a su casa a tomar unas piñas coladas y Ron se despertó debajo de un seto a las dos de la mañana. Uno de los zorreznos se le había acurrucado encima de la barriga.

Vale, creo que os debo total sinceridad, así que os diré que acabo de comerme la porción de la tarta de boda. No debería haberlo hecho, pero así ha sido. Siendo justos, Alan también se ha comido un trocito.

Tengo muchas ganas de ver a Joanna y Paul cuando vuelvan. Ya me veo entrando con ellos en el restaurante y diciéndole a todo el mundo: «Este es mi yerno». Casi tengo ochenta años y nunca he tenido la ocasión de decirlo.

Si pienso en estos últimos años, la verdad es que he conseguido vivir muchas cosas que hasta ahora se me habían resistido. He resuelto mi primer asesinato, he conocido a Mike Waghorn, he tenido diamantes en mi microondas y ahora tengo un yerno. Incluso vi hace poco una película francesa (gracias a Ibrahim). Nunca es tarde si la dicha es buena. Dicho esto, la película no me gustó, ni siquiera después de que Ibrahim me explicase por qué debería haberme gustado. Y Mike Waghorn parece haber cambiado de dirección de e-mail.

En fin, sé que lo importante de hoy era la boda, pero antes de acostarme y revivir en sueños el día entero, tengo que anunciaros algo. Es otro de los motivos por los que he abierto el diario.

Elizabeth está muy misteriosa.

No deja de ser un alivio, claro, porque hacía mucho tiempo que no le daba por ponerse misteriosa. Me ha dicho que mañana a primera hora cogeremos el minibús para ir a Fairhaven, y también hace bastante tiempo desde la última vez que lo hicimos. ¿A qué vamos allí? Sigo a la espera de los detalles. «Daremos un agradable paseo junto al mar», es lo que me ha dicho Elizabeth. A estas alturas, todavía se cree que me chupo el dedo.

Amores y problemas. Lo mejor de la vida.

Y, en esa misma línea, Alan acaba de vomitar un poco del glaseado real de la tarta.

7

No es la primera vez que a Danny Lloyd le apuntan con un arma. Sí es la primera que lo hace una mujer. «No hay grandes diferencias», piensa para sus adentros. Lo importante es el arma. Bueno, para ser más precisos, lo importante son las balas que contiene el arma, ¿no?

Que las balas no salgan del arma, esa es la clave del asunto.

El arma es suya, desde luego. ¿De dónde la habría sacado si no Suzi? ¿De su club de lectura? Tenía una pipa escondida en un ladrillo suelto del vestuario de la caseta de la piscina, y es evidente que ella la ha encontrado. Tiene cuatro o cinco más repartidas por la casa, pero esta la reconoce. Es una Beretta.

¿Suzi lo matará? Tampoco podría reprochárselo, si lo hace, pero al mismo tiempo le parece que sería una exageración. Lo cual resultaría, en todo caso, típico de ella. Es una moneda al aire. Quizá lo mate. Quizá aparte la vista un instante, y él aprovechará para arrebatarle el arma de las manos y hacérselo pagar.

En cualquiera de los dos casos, Danny entiende que su matrimonio probablemente esté acabado.

—Te lo dije —comenta Suzi.

Se lo había dicho. Cantidad de veces. Pero las mujeres dicen muchas cosas que no piensan en realidad. Empieza a vérsele la hinchazón en el ojo izquierdo. El hematoma está servido. Las otras veces ella se echaba a llorar un poquito, no salía de casa en un par de días, quizá se ponía unas gafas de sol para llevar al niño al colegio. Pero hoy no. A saber por qué.

—Baja el arma, Suze —dice Danny—. Vamos a hablarlo.

Suzi niega con la cabeza.

—No quiero oírte pedir perdón. No. Esta vez, no.

Le parece justo. Y, de todos modos, no se arrepiente.

—Tampoco quiero oírte decir que no lo volverás a hacer, porque no es verdad.

Tiene razón: lo hará otra vez. De hecho, ya estaría haciéndolo si no lo tuviera encañonado. El impacto de ver el arma va menguando y siente que la furia empieza a apoderarse de él. ¿Quién se ha creído Suzi que es? ¿De quién cree que es la casa en la que vive? ¿Quién ha pagado la piscina? ¿Quién paga las vacaciones? ¿Las cuotas del colegio? ¿Qué aporta ella? Hay mil mujeres que se cambiarían por ella. Lo sabe porque muchas se lo han pedido. Y ahora le toca verse en esta situación. Tantas molestias para esto.

—Nena —dice Danny—. Se me ha ido la pinza. Ya sabes lo estresado que estoy.

—¿Tú? ¿Estresado? —dice ella—. Llevo quince años soportando tus palizas. Escondiendo los moratones que me dejas. Se los escondo a nuestro hijo, a mis amigas, a mi familia.

La familia de Suzi. Eso es lo único que le ha preocupado siempre a Danny. El hermano, sobre todo. El hermano de Suzi acabaría con él si se enterase. Querría matarlo y podría matarlo. Pero Suzi también lo sabe, y por eso nunca le ha contado nada a su hermano.

—Te entiendo, nena. Te juro que te entiendo. Baja el arma. Vamos a pedir que nos traigan algo para cenar y así calmamos los ánimos.

No va a dispararle. Danny no tiene dudas al respecto. El niño duerme arriba. Oiría el disparo. Si Suzi hubiera encontrado el arma del desván, que tiene un silenciador, estaría más preocupado. Además, la bala de la Beretta armaría un buen estropicio. Arrastrar su cadáver al coche y enterrarlo en algún lado tampoco sería muy

complicado, pero tarde o temprano aparecería la poli por casa y no iba a ser nada fácil quitar todas las manchas de sangre de este sofá comprado en Habitat. Imposible. Suzi no podría dejar esta escena del crimen como una patena. Su chica lleva suficiente tiempo dedicándose a esto como para saberlo a la perfección.

—No vas a dispararme —le dice Danny. Suzi se tranquilizará. Siempre lo hace. Un ramito de rosas mañana, poner cara compungida durante el desayuno, quizá hasta podría llorar un poquito... Eso siempre parece funcionar con ella.

—No, no voy a dispararte —dice ella—. Pero tú te vas a largar.

Él asiente. Vale, la cosa mejora. Está desahogándose.

—Buena idea, nena. Así podremos tranquilizarnos los dos.

—No tengo que tranquilizarme —repone Suzi—. Yo estoy perfectamente. Y tú lo que vas a hacer es marcharte y no volver nunca más.

Danny se ríe al oírlo. En realidad, nunca viene mal soltar un poco la tensión.

—Pero, nena, esta casa es mía.

—¿A nombre de quién está, nene? —pregunta ella.

—A tu nombre —responde él—. Por los impuestos. Y porque te quiero. Pero esta casa es mía y no vas a dispararme. Mira, ¿qué te parece si me marcho ahora, paso la noche en casa de Eddie y tú te tranquilizas, y luego fingimos que esto no ha ocurrido?

Ella sonríe.

—Llevo demasiado tiempo fingiendo, Danny.

—Nena, oye, esto no es propio de ti.

—Lo sé —dice ella—. Llevo años sin ser yo misma. Antes era fuerte, Dan.

—Sigues siéndolo.

—Antes sonreía, ¿te acuerdas? Y ahora solo sonrío en público o en las fotos.

—Pues sonríe más. No me eches la culpa a mí de no sonreír.

Ella sonríe.

—Mira qué fácil es —dice él.

Ahora es ella la que suelta una carcajada.

—¿Sabes qué he hecho antes de coger tu arma?

A Danny no le gusta ni un pelo el tono con el que lo ha dicho. ¿Y si ha hecho alguna tontería como llamar a la policía? No habría que pedirles dos veces que registraran la casa. Hay armas, un par de bolsas de cocaína aquí y allá, unas cincuenta mil libras en efectivo, veinte o treinta pasaportes. No se habrá atrevido, ¿no? ¿La policía? Suzi no viene de la clase de familia que se sabe el número de teléfono de la pasma.

—Te he hecho una maletita —anuncia ella.

Ahora es él quien sonríe. A ese juego sí le apetece jugar.

—Vale, Suze, capto el mensaje. Pero estaré de vuelta mañana por la mañana, para que podamos hablar como Dios manda. Nos daremos un beso y haremos las paces.

Ella niega con la cabeza.

—Te largas para siempre. Me lo recomiendan todos desde hace años, y yo venga a poner excusas, pero hasta aquí hemos llegado. Ya me he hecho mayor, Danny, y no pienso criar a mi hijo en una casa dominada por un matón. Me has destrozado la vida, pero no voy a permitir que se la destroces a él también.

—Estás cansada —dice Danny.

—Sí —reconoce ella—. Lo estoy.

—Baja el arma. Voy a buscar la maleta, me iré a dormir a algún lado, y mañana todo irá mejor. —Esta noche hay partido del Arsenal en la tele: podría ir al pub a verlo. Ya habrá tiempo mañana para

darle una lección. Por lo general, Suzi es más buena que el pan, salvo cuando le da por abrir el grifo de los ojos, pero esto no se lo va a permitir, ¿no? Mañana se las pagará. Llevarán al niño juntos al colegio, harán el teatrillo de la familia feliz y luego, en casa, le recordará quién tiene la sartén por el mango.

No se ha fijado hasta ahora en que Suzi tiene el móvil en la mano izquierda. A ver, estaba concentrado en el arma, ¿no? Ahora sí se fija, porque ella se lo acerca al ojo amoratado.

—Nena...

Oye el clic de un selfi.

—¿Qué ha sido eso? —dice Danny—. ¿Una prueba? A la policía le encantará.

Ella niega con la cabeza y pulsa otro botón en el móvil.

—¿Cuánto se tarda en venir desde Fairhaven? —pregunta.

—¿Qué?

—Fairhaven, Danny. ¿Cuánto crees? Si alguien está cabreado y conduce rápido. ¿Unos veinte minutos?

—¿Qué hay en Fairhaven? —pregunta Danny.

—Mi hermano —responde ella—. Acabo de enviarle la foto.

El hermano. Jason Ritchie. Al final lo ha hecho.

—Tienes la maleta en la puerta. Solo te doy la oportunidad de desaparecer porque no quiero que Jason termine en la cárcel por haberte hecho picadillo. Si vuelvo a verte el pelo, si te lo ve Kendrick, o si nos pasa algo a alguno de los dos, eres hombre muerto.

Kendrick. Danny debería llevarse a su hijo, ¿no? Esto sí que le destrozaría el corazón. Pero Kendrick no es que le caiga demasiado bien. Y el crío tampoco lo quiere demasiado. Estaría tirándose piedras sobre su propio tejado. En fin, se largará a Portugal en

avión. Tiene conocidos allí. A tomar el sol un ratito. El arma sigue apuntándole.

Suzi lo lamentará. Ya se encargará Danny de ello. Solo necesita un par de días. Encontrará a alguien que le ajuste las cuentas a Jason y que se las ajuste a ella también. Alguien que los entierre tan hondo que será como si nunca hubieran existido. ¿Y Kendrick? El crío puede irse a vivir con su abuelo. Así le hará compañía al izquierdoso de Ron cuando sus dos hijos hayan sido asesinados. Danny sonríe.

Se oyen unos pasos en la escalera. Danny vuelve la cabeza y ve a Kendrick. El niño mira a su madre y ve que tiene un arma en la mano.

—¿Es una pistola de verdad? —pregunta.

—No, es de juguete —le responde su madre.

—Entonces ¿estáis jugando a algo?

—Exacto, es solo un juego —contesta ella.

—Es de verdad —la corrige Danny—. Porque tu madre es una psicópata. Los dos sois unos psicópatas.

—No es de verdad —insiste Suzi—. Nada de esto es verdad.

—Bueno, a veces pienso que soy neurodivergente —dice Kendrick, bajando la escalera—. Me lo dijo una de las maestras. ¿Te duele el ojo?

—Sí, Kenny —responde Suzi—. Pero el dolor desaparecerá cuando papá se marche.

—¿Papá se marcha?

Su madre asiente.

—¿Y cuándo volverá?

—No va a volver, Kenny —le dice su madre.

Kendrick mira a su padre y luego se centra de nuevo en su madre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Kendrick asiente.

Danny empieza a verle el lado positivo a esto. Un poco de libertad. Será un hombre soltero, oficialmente soltero. Volverá para reclamar su casa, desde luego, y el resto de sus activos. Quizá incluso asista a los dos funerales, el de Suzi y el de Jason, pero unos mesecillos en Portugal le vendrán de perlas.

—Largo de aquí, Danny —dice Suzi—. Antes de que llegue Jason.

—¿Viene el tío Jason? —pregunta Kendrick.

—Está al caer —responde su madre.

—¿Puedo quedarme despierto para verlo? Porfaaa...

—Solo esta vez —dice su madre—. Es una ocasión especial.

Suzi acompaña a Danny al pasillo y le señala la maleta con el arma.

—¿Te has acordado de meter un pasaporte? —pregunta él.

—Tienes un par —contesta ella.

—Volveré —afirma Danny—. Y te voy a matar. Y a Jason también.

—Eso ya lo veremos —replica Suzi.

Danny ve que Suzi levanta el brazo para pasárselo a Kendrick por el hombro, pero el niño se le adelanta y lo hace él. Siempre como uña y carne, este par. Le dan ganas de vomitar.

Coge la maleta y abre la puerta de casa. De su casa. A ver, con la vida nunca se sabe, ¿no? Un día estás mirando camas solares en internet y al siguiente te echan de tu casa a punta de pistola. Siempre hay sorpresas a la vuelta de la esquina.

Suzi y Jason Ritchie lo comprobarán muy pronto.

Viernes

8

Elizabeth sube los tres escalones para entrar en el minibús. Hace tiempo de la última vez, pero Carlito sigue ahí, en el asiento del conductor, con el añadido de un bigote.

—Bienvenida de nuevo —dice Carlito.

—Gracias —responde Elizabeth.

Ve a Joyce al fondo del minibús, saludándola con la mano.

—Por el amor de Dios, Joyce, no hace falta que me digas dónde estás. Esta tartana solo tiene doce asientos. Creo que te habría encontrado. Al fin y al cabo, en mis tiempos fui espía.

—Yo también —dice un hombrecillo sentado en primera fila.

Elizabeth lo estudia un momento y sospecha que quizá no mienta. Recorre el pasillo y se sienta junto a Joyce.

—¿Lista para la acción, Joyce?

—Tengo un termo de té, unos orejones de albaricoque y resaca —dice ella—. Estoy lista. ¿Alguna noticia sobre lo que vamos a hacer?

—Vamos a ver a Nick Silver —responde Elizabeth.

—¿El padrino de boda de mi yerno?

—El padrino de boda de Paul, sí —confirma Elizabeth. Algún día dejará de decir «mi yerno», ¿no?

—¿Y por qué vamos a verlo? —quiere saber Joyce.

—Por unas cosillas —contesta Elizabeth cuando el minibús se pone en marcha.

Joyce asiente. Elizabeth repara en que su amiga ha mejorado mucho en lo que a no hacer preguntas intranscendentes se refiere.

Guardan silencio un rato, mientras Elizabeth se adapta al ajetreo del mundo y Joyce apoya una mejilla ruborizada sobre el frescor de la ventanilla. Joyce se vuelve para mirarla.

—¿No tienes resaca? Pero si bebiste lo mismo que yo.

—En cuanto llegué a casa me tomé dos huevos crudos con tabasco —dice Elizabeth.

Joyce asiente.

—Yo comí un poco de tarta y luego me tomé un Baileys.

Elizabeth se pregunta por qué se ha llevado a Joyce. Nick Silver le había hablado en confianza y le había pedido que fuera a verlo. Podría haberlo hecho sola perfectamente. Siendo sinceros, eso es lo que debería haber hecho. Tener una charla con ese hombre, conocer los detalles y averiguar qué escondían esos códigos con exactitud. Dejar que su mente cribara toda la información y diseñar un plan.

¿Quizá no haya nada? De ser así, el día se resumirá en dos señoras mayores que van de excursión a la costa. Pero ¿y si hay algo? Eso es lo que una espera, de verdad que sí. Las fotos de la bomba parecían muy reales. Elizabeth conoce a alguien que lo sabrá a ciencia cierta.

¿De veras hace bien en incordiar a Joyce con toda esta historia? A fin de cuentas, Nick Silver es amigo de su yerno. ¿Está siendo justa con Joyce al implicarla en esto? Si al final ha decidido volver a complicarse la vida, es asunto suyo, pero ¿por qué meter a una amiga cuando no hay necesidad de ello?

Elizabeth mira a Joyce, que mastica con aire taciturno un orejón de albaricoque.

—¿Realmente conoces bien a Nick Silver, Joyce?

Joyce aparta la mejilla del cristal y engulle el albaricoque. Exhala un suspiro con la lentitud de alguien que no sabe si podrá contener las ganas de vomitar.

—Paul lo conoció en la universidad —dice a la postre—. Paul estudió sociología, pero creo que Nick se sacó una carrera de verdad. Matemáticas, o algo así.

—¿Y luego montaron un negocio?

—No, Nick tiene una empresa con una amiga suya. Paul solo puso un poco de dinero al principio.

—¿Holly Lewis?

—Holly no sé qué —dice Joyce—. No la conozco. Me estás haciendo muchas preguntas.

«Son muchas preguntas, sí», reconoce Elizabeth para sus adentros. Y entonces, claro está, entiende a la perfección por qué le ha pedido a Joyce que la acompañe en el viaje. Porque, por más que Elizabeth haya echado de menos meterse en problemas, todavía extrañaba más estar con Joyce.

—Fairhaven —anuncia Carlito desde el asiento del conductor—. Os recojo aquí a las tres. No os muráis, no hacemos reembolsos.

Cuando desfilan, Carlito le estrecha la mano a Elizabeth.

—Es un placer verte de nuevo por aquí —dice. Entonces, señala con la cabeza una foto que tiene en el salpicadero. Son él y una mujer, ambos sonrientes. Se nota el paso del tiempo tanto en el estilo de la ropa que llevan como en la foto en sí. ¿Será de hace unos diez años?—. No mejora nunca, pero sí se hace más llevadero.

Elizabeth le da un apretón en la mano y luego sale del minibús siguiendo a Joyce. Ya va siendo hora de calar a Nick Silver.

9

Ron, con los ojos bien cerrados, está hurgando en el baúl de los recuerdos.

Recuerda una tarde en concreto, a principios de los setenta, en la que tuvo unas palabras con un joven agente de policía en prácticas durante un piquete en West Midlands.

Qué estaba haciendo allí, lo ha olvidado. Para qué habían montado aquel piquete, quién sabe. Lo que sí recuerda es que, tras aquel sincero intercambio de pareceres con el agente, durante el cual Ron cuestionó su parentesco, y el agente manifestó la estima en que tenía a Ron con una poética referencia a sus orígenes en los bajos fondos de Londres, lo había retado a que le golpeara con la porra.

Había un periodista cerca, y Ron pensó que la cosa daría para una buena foto. Como el agente se hacía el remolón, Ron mencionó que había compartido un pasado romántico con su madre. El poli le asestó un buen porrazo en la sien izquierda. Bingo. Oyó el clic del obturador de la cámara unos instantes después.

Ron tenía en aquella época una cabeza muy dura, y recibía elogios por haber encajado porrazos sin que los golpes le impidieran continuar a lo suyo sin rechistar, así que tampoco fue una novedad. Esas escenas le daban aires de héroe, y los agentes de policía también disfrutaban, así que todos felices. Si Ron regresaba de algún piquete sin porrazos a su nombre, siempre le quedaba la sensación de que el viaje había sido una pérdida de tiempo.

De hecho, si a alguien le diera por escribir una tesis doctoral sobre la transición desde las porras de madera a las de aluminio en los cuerpos policiales del Reino Unido, no le vendría nada mal entrevistarse con Ron Ritchie. Había recibido muchos golpes en la cabeza a finales de los sesenta y principios de los setenta. De ellos guardaba una cicatriz, que los barberos tenían que evitar cuando le cortaban el pelo, pero, aparte de eso, no le habían quedado secuelas importantes.

Sin embargo, en esa ocasión en concreto, el agente no pensó que con un porrazo fuera suficiente y le descargó cuatro o cinco más en la cabeza (porra de aluminio, más ligera pero también más resistente), y Ron, extraño en él, sintió la necesidad de dejarse caer al suelo. No lo hacía a menos que fuera estrictamente necesario, tanto por una cuestión de orgullo como por mera supervivencia. Mientras se hacía una bolita en el suelo y sentía que la sangre del corte en la sien le chorreaba sobre los ojos, se consoló pensando que las fotos que publicarían los periódicos serían estupendas. Sin embargo, cuando levantó la cabeza al ver que cesaban los golpes, atisbó que el policía arremetía con la porra contra la cámara y luego contra el propio fotógrafo. Eran tiempos distintos. Con sus cosas buenas y sus cosas malas.

Ron había elegido un mal día para hacerse el héroe. La policía de West Midlands no estaba de humor para dejar tendido en sus dominios de asfalto, poniéndolo todo perdido de sangre, a ese grandullón, a ese londinense barriobajero con un tatuaje del West Ham. Sin comerlo ni beberlo, vio que dos agentes lo incorporaban a duras penas y lo metían en la parte trasera de un furgón policial, mientras le descargaban una lluvia de porrazos detrás de las rodillas. En lo que no deja de ser un detalle interesante, una de las porras era de madera y la otra de aluminio, lo que hace de este incidente

un fascinante caso de estudio. Lo arrojaron de cabeza al interior del furgón, tosiendo sangre y con una lesión de rodilla a la que aún hoy achaca tener que echar mano de un bastón para andar cuando nadie lo ve.

Tras un recorrido que apenas duró unos minutos, el furgón se detuvo y los tres agentes lo sacaron a rastras en medio de un solitario camino de campo. Los uniformados procedieron entonces a patearle la barriga y los testículos hasta que se quedaron sin fuelle, momento en el cual lo hicieron rodar a una zanja llena de barro y se marcharon a almorzar.

Aunque entendía que esos tres agentes sencillamente cumplían con su cometido como mejor sabían, se hallaba en medio de la nada, bocabajo en una zanja, rebozado de sangre y barro, y lamentando, no por primera vez, que sus testículos no fueran tan resistentes como su cráneo a los golpes. Esa noche se había citado con una chica, y, si bien la herida en la sien le sería útil, no podía decirse lo mismo del estado en que habían quedado sus gónadas.

¿Había llorado de dolor? Ron cree recordar que sí. ¿Podía respirar con tres costillas rotas? Bueno, sí, pero no sin tener la sensación de que lo habían acuchillado. ¿Era el dolor tan atroz como para que hubiera empezado a pensar que dejar de respirar era el menor de los males? Recuerda que sí.

No piensa a menudo en esa zanja. En el dolor físico que un ser humano puede llegar a soportar. Pero ahora sí piensa en ello, con los ojos bien cerrados, acurrucado en el suelo de su cuarto de baño, mientras Ibrahim le pone un trapo frío en la nuca. Intenta medir si la resaca que tiene le provoca más dolor que el que sintió en aquella zanja.

—Fue una boda preciosa —masculla Ron.

—¿No crees que quizá bebiste demasiado? —le pregunta Ibrahim —. En retrospectiva.

—Había que brindar por la feliz pareja —dice Ron. ¿Podía abrir los ojos? ¿Debería?—. Habría sido una grosería no hacerlo. ¿Cómo volvimos a casa?

—Nos trajo Mark en su coche —contesta Ibrahim—. Y quise ayudar a Pauline a meterte en la cama, pero insististe en dormir en el suelo del cuarto de baño.

—Un lecho de reyes, el suelo del lavabo —comenta Ron. Decide entonces que abrirá los ojos, pero enseguida descubre que ha sido un error. El mundo se despeña por un acantilado y rueda sin parar. Cierra los ojos y se jura que no los volverá a abrir—. ¿Pauline sigue aquí?

—Está preparando el desayuno —le informa Ibrahim—. Entiendo que no nos acompañarás.

—Solo un par de huevos —dice Ron, con la boca pegada al suelo. ¿Morirá? Si es así, por favor, Dios, que sea rápido—. Con salsa Worcester. Y un poco de beicon. También hay salchichas en el congelador. Y champiñones, si tenemos. Y alubias. ¿Lo pasaste bien en la boda?

—Lo pasé de maravilla —contesta Ibrahim.

—Entonces ¿por qué no estás en el suelo del lavabo?

—Principalmente porque, cuando el tío de Paul propuso tomar unos Jägerbombs a las tres de la mañana, decliné la invitación con educación.

—Muy listo —dice Ron—. Por eso estáis bien Pauline y tú.

—Oh, Pauline también se tomó los Jägerbombs —lo corrige Ibrahim—. Lo que pasa es que ciertas personas encajan mejor el alcohol, ¿no?

Alguien llama al timbre. Pauline les grita desde la cocina:

—Voy yo. ¿Está vivo?

—Lo está —responde Ibrahim—. Así que he perdido la apuesta.

Ron oye que Pauline habla por el interfono y abre el portal. Lo último que necesita Ron es tener visitas. ¿Quién será? ¿Joyce? Se le despeja la memoria en grado suficiente para recordar que Joyce también se pimpló unos cuantos Jägerbombs. Así que no será ella.

—Jason ha venido a verte —le grita Pauline. Vale, podría haber sido peor. Jason está curado de espanto.

—¿Te adecentamos un poquito? —le propone Ibrahim.

—A Jason le dará igual verme así —dice Ron.

—Bueno, los pantalones sí que te los subiré, si te parece —propone Ibrahim—. Siento ser tan formal.

Ron asiente sin decir ni mu y nota que Ibrahim le sube los pantalones. Sí, mejor así, quizá.

Sabe que todavía tardará un buen rato en poder moverse o incluso en abrir los ojos. ¿Cómo va a desayunar entonces? Cada cosa a su debido tiempo, Ronnie. Todo se andará, viejo. En ese preciso instante, Ron es muy consciente de lo afortunado que es por tener a Pauline e Ibrahim a su lado. Estar comatoso en el suelo del cuarto de baño no es una hazaña de la que convenga abusar. Desmáyate en el suelo de un cuarto de baño todos los viernes por la noche y pronto descubrirás que no hay nadie en casa que te prepare el desayuno o te ayude a subirte los pantalones.

Así que se lo perdonarán por esta vez y él se lo compensará.

Al cabo de un rato, Jason y Pauline podrán ayudarlo a levantarse y lo dejarán como un saco en el sofá, donde podrá comerse el beicon, los huevos y ver los programas matinales de la tele con las cortinas corridas. Alguien, probablemente Ibrahim, lo tapará con una colcha para que se eche una siesta de seis o siete horas. Y todos podrán hacer como si esto de hoy no hubiera pasado nunca.

Mientras sigue tumbado en el suelo, se siente como una ballena varada en la arena, arponeada, desesperada por que la arrastren de regreso a mar abierto. Aun así, Ron siente que ha exprimido su vida al máximo y que se ha visto en peores situaciones.

Oye que abren la puerta de su apartamento e imagina que Jason entrará en el cuarto de baño y se burlará de él. ¿Qué debería decirle? ¿«Tendrías que haber visto cómo quedó el otro»? Sí, con eso bastará.

En cambio, lo que oye es que Pauline suelta un gritito de alegría y sorpresa, y luego unos pasitos que corren hacia la puerta entornada del cuarto de baño.

Una manita la abre del todo.

—¡Abuelo! —exclama Kendrick—. Soy yo. ¿A qué vamos a jugar?

Kendrick. El ser humano más extraordinario del planeta, sin lugar a duda. Pero un ser humano que exige en todo momento una enorme cantidad de energía.

—¿Por qué estás en el suelo? ¿Qué buscas?

Hoy no habrá colcha para Ron. No le darán mimitos hasta que se recupere. A veces, no te queda otra que salir a rastras de una zanja llena de barro y caminar seis kilómetros con las piernas maltrechas.

Ron saca fuerzas de flaqueza, se sienta en el suelo y sonríe a su nieto.

—Le he dicho a Ibrahim que si pones la oreja en el suelo del lavabo se oyen los trenes. No me ha creído.

—¿Y se oyen?

—Sí —dice Ron—. El tío Ibrahim no tenía razón.

Kendrick mira a Ibrahim.

—Qué mala pata, tío Ibrahim. Vale, si habéis terminado con esto, igual podríamos jugar con los Lego.

Ron se pone de pie. La hazaña le requiere tanta fuerza de voluntad que ni siquiera se para a pensar por qué diablos Jason y Kendrick se han pasado por casa un viernes por la mañana.

10

—Lo siento mucho, pero voy a comprarme una barrita —le dice Joyce a Elizabeth—. Y no voy a permitir que me lo impidas.

«Es curioso cómo cambian las relaciones», piensa Joyce, mientras entra en El Alma de la Almendra, la quinta cafetería vegana más grande de Fairhaven. En otro tiempo, se le habrían acumulado las dudas: «¿Qué vamos a preguntarle, Elizabeth?», «¿Por qué llevas un arma en el bolso, Elizabeth?», «¿Quieres una gominola de frutas, Elizabeth?». Hoy, en cambio, ha guardado silencio, pues sabía que no iba a servir de nada atosigarla. La excursión tenía que ver con Nick Silver, y Joyce recibiría la información oportuna sobre los motivos de la visita cuando fuera necesario, no antes. Y, siendo honestos, esta mañana el silencio congeniaba bien con su estado de ánimo: la ferocidad de la resaca que llevaba encima la tenía más que sorprendida. No debería estar permitido tener resacas a los ochenta años, debería haber alguna ley que lo prohibiera. Ojalá tuviera la constitución de Ron, piensa. Está convencida de que él no lo estará pasando tan mal como ella esta mañana.

Tampoco se habría limitado en otro tiempo a anunciarle que iba a comprarse una barrita. Ni en sueños. Lo habría planteado como idea y luego habría esperado a que su amiga le diera permiso. Cuando Elizabeth tiene algo entre manos, no le gusta que la distraigan. Lleva un horario mental del que no tienes conocimiento, pero que no te dejará alterar bajo ningún concepto. Elizabeth no habrá incluido la

pausa para la barrita en la misión de hoy, de eso a Joyce no le cabe duda, pero aun así van a disfrutar de la pausa para la barrita.

Joyce ha terminado entendiendo que, de uvas a peras, no está de más hacerle saber a Elizabeth quién manda aquí.

—Una barrita de almendras y dátiles, y también una tartaleta de cereza —le dice al chico que atiende en el mostrador. La barrita de almendras y dátiles es para ella; la tartaleta será para Elizabeth. No se la ha pedido, aunque Joyce no descarta que a su amiga pueda entrarle hambre a media mañana. En efecto, a veces le dice cosas del estilo de «¿Crees que me entraba hambre cuando guiaba a disidentes a pie a través de la frontera checoslovaca durante nueve horas en 1968, Joyce?». Ahora, sin embargo, Joyce es valiente porque ha entendido que Elizabeth no siempre lleva razón.

Vuelve la cabeza un instante y la ve en la entrada del local, consultando su reloj. Su expresión de fastidio alegra a Joyce, porque es la misma expresión de fastidio que Elizabeth habría puesto antes de que muriera Stephen. Su amiga sigue siendo la misma de siempre.

Joyce paga acercando el teléfono móvil al lector de tarjetas. Por milagroso que parezca, ese gesto saca la cantidad necesaria de su cuenta bancaria y la deposita en la de El Alma de la Almendra. Ron sigue negándose a pagar con nada que no sea dinero contante y sonante, y ahora los únicos sitios en Fairhaven donde puede comprar algo son las casas de apuestas y los pubs. Ron no le ve ningún inconveniente.

Elizabeth echa a andar con paso decidido en cuanto Joyce regresa con ella, como si quisiera decirle: «Ahora tenemos que recuperar esos dos minutos de la pausa para la barrita». Joyce trota alegremente detrás de ella. A ver, en las relaciones de pareja

siempre es importante ser tolerante con los ritmos de cada cual, ¿no? Ahora le toca a Elizabeth tomar el mando un ratito.

—¿Tienes la dirección? —pregunta Joyce.

—El número 8b de Templar Street —responde Elizabeth, sin dignarse a volver la cabeza—. Está muy cerca del paseo marítimo.

—¿Y es ahí donde nos espera Nick Silver? —Joyce percibe que Elizabeth baja el ritmo un poco, permitiendo que llegue a su altura. La pausa para la barrita ya ha quedado olvidada. Joyce sabía que sería así.

—Sí —contesta Elizabeth—. Me pidió que nos viéramos allí.

—¿Y pidió que yo también fuera? —pregunta Joyce.

—Vamos como equipo —dice Elizabeth.

—¿Y se ha metido en algún lío? —indaga Joyce, esquivando una gaviota que se niega a apartarse.

—Alguien quiere matarlo.

—¿Alguien quiere matarlo? —repite Joyce—. ¿Cuándo lo has sabido?

—Ayer —responde Elizabeth—. Vino a verme a la terraza. Le pusieron una bomba lapa en el coche.

—Ay, Elizabeth —se lamenta Joyce—. Se suponía que era una boda...

Elizabeth se encoge de hombros.

—Muchos crímenes se fraguan en bodas, Joyce.

—La verdad es que tuve la impresión de que te subían los ánimos en el banquete —dice Joyce—. Debería haberme imaginado que había algún asesinato de por medio.

Doblan a la derecha y enfilan por Ontario Street, una calle con una hilera de preciosas casas adosadas de tres plantas con las fachadas estucadas en color crema en la que el mar, al final de la perspectiva, forma un amplio muro azul grisáceo.

—Me dijo que tenía información —comenta Elizabeth.

Joyce asiente.

—Lo que yo sé es que una noche jugamos todos al *Trivial* y se le daba muy bien.

Doblan ahora a la izquierda, por Templar Street, una callejuela flanqueada por los muros traseros de grandes mansiones y con hileras de cubos de reciclaje a cada lado. La clase de calle en la que una ciudad bulliciosa esconde sus trapos sucios y sus secretos inconfesables. Hasta las gaviotas parecen guardar las distancias.

Pasan junto a una farola a la que hay atados con candado dos cuadros de bici herrumbrosos. Luego, Elizabeth y Joyce levantan la cabeza y miran un edificio de oficinas de dos plantas y construcción barata. Las ventanas de arriba están cegadas con tablones. Tiene una puerta azul vivo en la que hay un número 8 escrito chapuceramente con pintura blanca.

—No parece muy elegante, ¿no? —comenta Joyce—. Muy desastrado. ¿Estás segura de que no nos hemos equivocado de sitio?

Elizabeth agita las manos en el aire y Joyce ve una cámara de vigilancia que se mueve en respuesta al gesto.

—Mucho me temo que no —contesta Elizabeth.

Junto a la puerta, hay un panel de acceso con dos timbres. El inferior ha sido arrancado de cuajo y el superior tiene un adhesivo encima en el que se lee NO PULSAR.

Elizabeth lo pulsa.

Esperan, y Joyce aguza el oído esperando oír algún ruido del interior del edificio. Nada.

Elizabeth vuelve a pulsarlo y, una vez más, recibe silencio a cambio.

—Joyce, hazme el favor de ir por el pasaje lateral y mira si hay alguna forma de que podamos colarnos.

Joyce se recoge el faldón del abrigo y se interna por un callejón estrecho y mohoso que recorre todo el lateral del edificio. No hay puertas; solo dos ventanas en el piso más alto, ambas cubiertas por unas recias rejas de metal. Al final del callejón, hay un muro bastante alto coronado con alambre de espino que impide el acceso a la parte trasera del edificio. Sí que observa, sin embargo, un detalle interesante. Regresa con Elizabeth y la ve pasando una fina lima metálica por el quicio de la puerta.

—Cerrado a cal y canto —anuncia Elizabeth, sacando la lima. No es de extrañar que el tal Nick llamara «el Complejo» a este sitio.

—Tampoco hay manera de entrar por el otro lado —dice Joyce—. Pero he visto una rejilla de calefacción que sobresale de la pared.

—¿Estás proponiendo que una de las dos se cuele por un conducto de calefacción?

—No —responde Joyce—. Y no hace falta que te hagas siempre la graciosilla conmigo. Lo que he visto es que salía vapor por la rejilla. Así que o bien hay alguien dentro o bien ha habido alguien hace muy poquito.

—Muy bien, Joyce —la felicita Elizabeth.

—¿Y Nick Silver te esperaba a la una en punto?

—Eso es.

—¿Y de verdad alguien le puso una bomba debajo del coche?

—Muy emocionante, ¿verdad?, en cierto modo...

—No digas eso, Elizabeth —le reprocha Joyce—. Ahora es de mi familia.

—Joyce, el padrino de boda de tu yerno no es de tu familia —replica Elizabeth.

—En estos tiempos cada cual decide la familia que quiere tener —dice Joyce—. Lo vi en Instagram. Deberíamos ser precavidas y volver en otro momento, ¿no crees?

—Eso es lo que deberíamos hacer —conviene Elizabeth.

—Pero no es lo que haremos, ¿verdad?

—No —dice Elizabeth.

—Entonces ¿cómo entramos? —pregunta Joyce.

Elizabeth estudia los pisos superiores del edificio. Luego saca el móvil.

11

Tia ha hecho un croquis del plano de los almacenes en la contracubierta de lo que, según ve Connie ahora, es un cuaderno de ejercicios escolar. Le está explicando la distribución.

—Entonces el camión pasa por esta verja. Hay dos garitas, separadas por unos diez metros. Una vez dentro, avanza unos treinta metros más o menos, baja por esta rampa hasta una especie de plataforma de hormigón y de ahí va a las puertas de los muelles de carga. Unos noventa segundos de principio a fin.

Connie está distraída. Un veinteañero trajeado acaba de sentarse en la mesa de al lado y está viendo un vídeo en su móvil. Toda la cafetería puede oírlo, pero al tipo parece darle igual. Connie levanta el dedo para pedirle a Tia que espere un momento. Se vuelve hacia el hombre.

—Podrías usar los auriculares, ¿no?

El hombre la mira como si no entendiera nada.

—¿Eh?

—Los auriculares —repite Connie, y acto seguido se señala los oídos por si el tipo necesita más ayuda—. Es que todo el mundo puede oír lo que estás viendo.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —dice el joven—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—¿No te parece de mala educación? —le pregunta Connie. Ciertamente, tiene interés en saberlo. El hombre está viendo un

vídeo de un hombre que se ríe viendo otro vídeo de otro hombre que juega a un videojuego.

—Estoy comiendo —alega el joven, como si con eso pudiera zanjar el asunto.

Connie se queda mirándolo un segundo y después asiente.

—Vale, tengo algunas cosillas que hacer, así que dame un minuto y luego me ocupo de ti. Si quieres seguir viendo eso sin los auriculares, tú mismo.

—Eso haré —dice el joven.

Connie se vuelve hacia Tia. Cada cosa a su debido tiempo.

—Lo siento, Tia. Un aparcamiento subterráneo.

—La verja de seguridad estará abierta. El conductor y dos seguratas descargan los relojes. Tardan cuatro o cinco minutos en hacerlo. Las cajas las ponen en palés, y un toro se lleva adentro los palés, hasta un pasillo de servicio. Son dos minutos como máximo. La cámara acorazada está al final de ese pasillo.

Connie sigue los pasos de Tia en el croquis. Trabaja bien, la chica. El hombre del vídeo se ríe ahora a carcajadas.

—Una vez dentro de la cámara acorazada —continúa Tia—, si te he visto no me acuerdo.

—Pero el material hace el mismo camino cuando lo sacan de la cámara, ¿no? —aventura Connie—. Cuando llevan los relojes a las tiendas...

—Sí, pero en lotes más pequeños —responde Tia—. Si quieres el máximo retorno por la inversión, hay que aprovechar esos nueve minutos entre la llegada del camión al control de acceso y el momento en el que meten las cajas en la cámara acorazada.

El vídeo de la mesa de al lado sigue desconcentrando a Connie, pero ella se toma su papel como mentora muy en serio y Tia reclama toda su atención. Ibrahim llegará en unos minutos para su

sesión de terapia. De hecho, ya se retrasa; por lo visto ha tenido una emergencia, un amigo que se ha puesto enfermo.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunta a Tia—. ¿Sobornar a los guardas?

Tia abre el cuaderno y va directa a una página. En ella, hay una lista de números apuntados.

—¿Qué es lo que estoy viendo? —pregunta Connie.

—Son los sueldos de toda la gente que trabaja en la instalación —contesta Tia—. Los tengo todos. La directora general es la que más gana. Lo normal. Los guardas de la cámara acorazada tampoco se sacan un mal sueldo. Al camionero le pagan las sobras, y los guardas en el control de acceso están con el salario mínimo.

—Hay que pagar bien a los guardas —dice Connie—. Porque si no...

—Y luego, al final de la lista, tenemos al operador del toro y al personal de limpieza que se ocupa del aparcamiento y del pasillo de servicio. Estos no llegan ni al salario mínimo, después de que las agencias de ocupación se queden con su parte. Trabajan por ocho libras y media la hora.

—¿Cómo has conseguido saber sus sueldos?

—Los gordos están en LinkedIn —responde Tia.

Un montón de traficantes de cocaína usan LinkedIn ahora, según ha podido comprobar Connie. No para de recibir solicitudes de contacto.

—¿Y el operario del toro y la gente que limpia?

—Bueno, esos los conseguí porque ahora soy una de las limpiadoras, y Hassan es uno de los que lleva el toro. —Tia saca un sobre de su bolso y se lo pasa a Connie sobre la mesa—. Mi nómina.

—Esto está muy bien, Tia, muy pero que muy bien. ¿Empezaste a trabajar ayer? —pregunta Connie.

—Sí —dice Tia—. Y ya soy una de las limpiadoras más veteranas.

—¿Os registran antes de entrar?

—Eso hicieron, sí. Pero me escondí un poco de coca en el bolsillo para que me la encontraran. Ahora solo quieren comprarme coca, y no creo que vayan a molestarse en cachearme.

—¿De dónde sacaste la coca? —pregunta Connie. Pura deformación profesional.

—Un tipo al que le falta un brazo. Trabaja en un parking abierto las veinticuatro horas —responde Tia.

—Ah, ese es Dan Hatfield —aclara Connie. Se acuerda de cuando el bueno de Dan conservaba los dos brazos. La de pasta que se gastó en los tatus del brazo que le falta.

—¿Así que has aprovechado para sondear la situación?

—Eso es. Y la verdad es que me lo paso bomba, voy a echarlo de menos. Hay una entrega este martes. Serán unas doscientas mil libras. Por ahí andará la cosa. ¿Crees que podrás arreglártelas?

—Me las arreglaré —afirma Connie. A veces, te da la risa con estos jovencitos. Connie recuerda los días en que doscientas mil libras le parecían una fortuna. Eran días más dulces, en cierto modo.

—Estupendo. Voy a colar dos pistolas y a esconder...

—Buenos días, Connie —las interrumpe Ibrahim. Tia cierra el cuaderno escolar—. Perdona el retraso, por favor.

—Ibrahim Arif, te presento a Tia —dice Connie.

—Ah, Connie es tu mentora —comenta Ibrahim—. ¿Qué tal va la cosa?

—Está siendo muy provechoso —responde Tia.

—Ya ha encontrado trabajo —interviene Connie.

—Anda, enhorabuena —dice Ibrahim—. Sabía que Connie sería una buena influencia.

—Tia, encárgate tú del asunto —dice Connie, poniéndose de pie—. ¿Por qué no nos vemos en mi almacén el martes que viene, si puedes escaparte del trabajo?

—Perfecto —contesta Tia—. Un gusto conocerle, señor Arif.

—Lo mismo digo, Tia —responde él—. Y la mejor de las suertes con ese trabajo.

Connie coge a Ibrahim del codo y empieza a llevárselo fuera de la cafetería. Se para en la siguiente mesa, donde el joven ve ahora un vídeo de dibujos animados japoneses en el que dos huevos se gritan el uno al otro. Connie le indica a Ibrahim con un gesto que vaya saliendo y la espere un momento. Se sienta a la mesa del joven, saca una pistola del bolso y se la clava en la bragueta, por debajo de la mesa. Él levanta la vista, con la boca desencajada.

—Te juro por Dios que te meto un balazo como no apagues el móvil ahora mismo. Y cuando me juzguen les explicaré por qué lo hice, y el juez y los doce miembros del jurado me aplaudirán y me sacarán a hombros del juzgado.

Algo asustado, el hombre cierra el vídeo. Connie le hunde el cañón aún más en la entrepierna.

—Sé que es tu pausa para comer —continúa Connie—. Pero debo decirte que eres el peor hombre del mundo, y solo me pregunto si, en lo sucesivo, podrás ponerte los auriculares cuando una señora mayor te lo diga.

El joven asiente, callado. Connie ve que una mancha oscura empieza a extenderse por los pantalones de su traje.

—Buen chico —dice Connie, antes de guardarse el arma en el bolso y reunirse con Ibrahim, que está echando un vistazo a los merengues.

Connie vuelve a cogerlo del brazo.

—¿Ya sabes de qué te gustaría hablar esta semana? —le pregunta Ibrahim—. ¿Me he perdido alguna novedad interesante?

—Nunca te pierdes nada —responde Connie.

—Eso es muy cierto —dice Ibrahim—. Soy un halcón. En serio, ¿has visto lo grandes que son estos merengues?

12

Donna de Freitas no está contenta. Debería estar disfrutando de un día libre con Bogdan. Anoche estuvieron en un banquete de bodas: la hija de Joyce se casaba con un hombre que parecía muy majo, pero que tenía una familia de lo más interesante si le echabas un vistazo en el ordenador de la comisaría, que es precisamente lo que Donna hizo. Siempre consulta los antecedentes de la gente. Paul Brett, se llama el recién casado.

Debería estar todavía en la cama con Bogdan, viendo *Casas subastadas*, oyendo cómo le grita: «¡Hay amianto en el techo de ese cuarto de baño, idiota!» a un agente inmobiliario novato de Swansea. A veces, muy de tarde en tarde, a Bogdan puede darle por asentir con la cabeza lentamente y decir: «Ese revoque de yeso está muy bien». Suele pasar cuando el comprador de la casa es polaco, pues el enyesado, según estimaciones de Bogdan, es un arte que se hunde en la miseria a unos treinta kilómetros al oeste de Gdansk.

Esta semana Chris no está en la comisaría. Sigue yendo a ese curso para manejar armas de fuego, y a Donna la corroe la envidia. Si hay algún sitio en el que le gustaría estar incluso más que en la cama con Bogdan viendo *Casas subastadas*, es recibiendo formación en armas de fuego. Chris no paró de darle la tabarra en la boda. El otro día le permitieron probar un subfusil. ¿Un subfusil? ¿A Chris? A veces la vida no es justa.

Para colmo de males, en vez de dejarla tranquila mientras espera a que regrese, a Donna la han convocado para «tareas

extraordinarias». La han enviado a las calles de Fairhaven para hacer «patrulla de vigilancia». La semana que viene hay una visita real, y han echado mano de todas las fuerzas disponibles para peinar y rastrear Fairhaven en busca de posibles amenazas. Alguien que se comporte de manera extraña, un coche aparcado donde no debería. La mitad de la comisaría está patrullando las calles con cara de amargura. Nadie ha filtrado qué miembro de la familia real viene de visita a Fairhaven, pero, después de arruinarle su día libre, más le conviene que sea uno importante, tipo el rey, y no alguien del estilo del príncipe Eduardo, faltaría más.

Están entrando pocos mensajes de radio mientras Donna hace la ronda por la calle principal y comprueba el interior de las papeleras. Se ha armado algo de lío hace un rato, cuando un cliente de Locos por la Soja ha dicho que alguien le había encañonado con una pistola. Sin embargo, cuando se ha personado un agente, el hombre ha decidido que se había equivocado y se ha disculpado por haberles hecho perder el tiempo.

Le vibra el móvil en el bolsillo. Lo saca y ve que es Elizabeth.

Elizabeth también asistió a la boda. Estuvo bastante callada, pero fue bonito verla salir de casa. Bogdan se pasa tres o cuatro veces a la semana a verla, y de vez en cuando a Donna también la convocan a las reuniones. En esas visitas, le habla de los últimos asesinatos que se han cometido, y Elizabeth le explica en qué se equivoca. Pero ya no es la misma mujer de siempre. Ahora es más educada, y está a la defensiva. El dolor que siente le hace guardar silencio. Donna echa de menos que Elizabeth vuelva a tratarla con condescendencia y la subestime. Bogdan echa de menos a Stephen, pero no lo dice. Así son los hombres. Donna responde a la llamada.

—Hola, Elizabeth. —Habrá que andarse con tacto.

—¿Estás patrullando la ciudad por la visita real?

Directa al grano. Un síntoma alentador.

—¿Cómo te has enterado de la visita real? —pregunta Donna—. Es confidencial.

—Estoy de luto —replica Elizabeth—. No muerta.

Donna tienta a la suerte.

—Imagino que no sabes quién será, ¿no?

—El duque de Edimburgo —responde Elizabeth.

Oh, el duque de Edimburgo, vale, buena carta de la baraja. Donna apuntará con sumo gusto los números de las matrículas de los coches aparcados durante media hora si, a cambio, tiene la oportunidad de conocer al duque de Edimburgo. Es todo un personaje.

—¿Es una llamada personal, Elizabeth? ¿O necesitas algo y Bogdan no te coge el teléfono?

—No, he pensado que igual estarías por la zona. Y quería informar de un allanamiento de morada.

—¿Un allanamiento en Fairhaven?

—No, un allanamiento en la luna, Donna —se mofa Elizabeth—. Lo que hay que oír.

Ah, aquí está de nuevo el viejo tono desdeñoso. Otro síntoma alentador.

—Ya veo —dice Donna—. ¿Y qué te hace pensar que se ha producido un allanamiento?

—Lo hemos visto —responde Elizabeth—. Un hombre que se metía por una ventana. En el número 8b de Templar Street. Es posible que el delincuente todavía esté en el edificio, así que tendréis que entrar. Os esperamos.

—¿Estáis ahí?

—Claro que estamos aquí. Somos ciudadanas preocupadas —repone Elizabeth—. ¿Y dónde os íbamos a esperar si no?

—Elizabeth, puedes llamar a la policía, sencillamente.

—Tú eres la policía, querida —replica Elizabeth.

—Pero estoy protegiendo al duque de Edimburgo.

«Un momento —piensa Donna—, ¿el duque de Edimburgo no murió hace unos años?» Donna no ve mucho las noticias, pero eso sí que le suena.

—Oye, ¿no está muerto? —pregunta.

—El que se murió era el antiguo duque de Edimburgo —le informa Elizabeth—. El que viene es el nuevo.

—¿Hay un nuevo duque de Edimburgo? —pregunta Donna.

—Claro que hay un nuevo duque de Edimburgo —contesta Elizabeth—. Antes lo llamaban el príncipe Eduardo.

Donna niega con la cabeza. Todo esto por el príncipe Eduardo.

—Vale. Voy para allá enseguida.

—Fabuloso. Nos vemos en un rato.

—Por cierto —comenta Donna, emocionada por el retorno de la Elizabeth de siempre. Ha tenido una idea—. No habrás estado en Locos por la Soja hace media hora, ¿verdad?

Pero Elizabeth ya ha colgado, y la grosería del gesto, ese ir directa al grano tan propio de ella, hace que una gran sonrisa aparezca en el rostro de Donna.

13

Los graneros en los campos más cercanos al mar se van desmoronando de uno en uno. Años atrás, lord Townes habría mandado a una cuadrilla de trabajadores a que los reparasen, o quizá habría apoquinado un dinerillo para levantar un granero nuevo. De la cuadrilla hace tiempo que no queda nada, y del dinero, tres cuartos de lo mismo. Así que a los graneros les aguarda ahora el mismo destino.

En tiempos de su bisabuelo, Headcorn Hall se situaba en el corazón de una finca de mil seiscientas hectáreas en la campiña de Sussex que se extendía desde los acantilados, pasando por las blancas colinas de caliza del condado, hasta llegar a los valles de Kent. Su abuelo fue vendiendo pedacitos de terreno, más que nada como favor a los amigos. Más tarde, su padre dividió lo que quedaba de la finca y vendió casi ochocientas hectáreas, fundiéndose el dinero obtenido en frecuentes visitas a los casinos de Mayfair. Habría liquidado el asunto más deprisa si le hubiera regalado la tierra directamente a esos casinos. En realidad, las tierras se las vendió sobre todo a promotores inmobiliarios, con lo que habían aparecido pueblos nuevos en la comarca; otras tierras fueron a parar al Ministerio de Defensa, que, como es costumbre en el gobierno, había pagado por ellas muchísimo más de lo que valían. Esto último había sido, muy brevemente, una gran noticia para su padre, aunque, a su debido tiempo, lo terminaría siendo para el Grosvenor Casino.

Así pues, lord Townes, o Robert, si no hay más remedio, había heredado una finca y una montaña de deudas, y se había arremangado para administrar con esmero ambas cosas. Headcorn Hall tiene hoy tan solo unas treinta hectáreas a su nombre, y lord Townes podría recorrer el perímetro de la finca en su *quad* en menos de una hora si no hubiera vendido también ese chisme motorizado.

Se había ganado un muy buen sueldo durante sus años en la City de Londres, pero había tenido que abonar gran parte de lo ganado en los trabajos para adecentar la finca. Luego, se había dedicado una temporada a labores de consultoría, pero en el nuevo mundo de la City no había mucha gente que quisiera el asesoramiento de un señor de cincuenta y nueve años que no sabía manejar un ordenador.

Solía alquilar Headcorn Hall para rodajes de cine, lo que era tremendamente divertido. Una vez habían tenido a Joanna Lumley filmando en la mansión, y en el gran salón de baile también se grabó un anuncio de Snickers. Al final, dejó de alquilar la casa cuando descubrió que una empresa en concreto la usaba para grabar películas pornográficas. Se enteró del asunto porque un amigo de Londres le contó muerto de vergüenza que había reconocido las cortinas de damasco que colgaban en una de las habitaciones de invitados.

Sin embargo, es posible que ahora las cosas pinten un poco mejor. La visita de Holly Lewis y Nick Silver ha sido inesperada. ¿Podría darles consejo?, le preguntaron. Hombre, pues claro. Asesorar a gente con dinero siempre ha sido su trabajo. Eso sí, desviando un poco del dinero del asesorado a sus bolsillos.

En cualquier trato entre dos hay oportunidades, y tu única misión es descubrir más que la otra parte. Robert Townes nunca ha sido un hombre especialmente despiadado en los negocios. Habría

conseguido muchas más cosas de haberlo sido. Algunas de las peores personas con las que ha colaborado eran también algunas de las más ricas. Gente de la peor calaña, casi sin duda, pero sus graneros no se venían abajo.

Cuando empezó en el Culpepper Ward Bank a mediados de los ochenta, el mantra era «Puedes hacer amigos o puedes hacer dinero», y, como Robert ya tenía dinero, prefirió dedicarse a hacer amigos. Lo cierto es que parecía caerle en gracia a la gente.

Pero ahora que se ha quedado sin blanca, ¿en qué agujero se han metido todos esos amigos?

En los últimos doscientos años, Headcorn Hall ha ido menguando poco a poco, a medida que los sucesivos lord Townes iban empequeñeciendo la finca. Tanto poder y tanta riqueza que fueron desapareciendo bajo el mazo del subastador mucho antes de que Robert naciera.

Lord Townes se sirve un whisky. Por una vez, opta por el más caro. Porque ¿quién dice que la suerte de la familia no está a punto de dar un vuelco?

14

—En fin —dice Elizabeth, estudiando el estado calamitoso en el que se encuentra el despacho de Nick Silver en el número 8b de Templar Street—. Esto no es en absoluto ideal.

—¿Crees que lo han asesinado? —pregunta Joyce. Hay un escritorio volcado en medio del despacho. Han sacado los cajones y están por todas partes. También han forzado dos archivadores y hay un montón de papeles tirados por el suelo. Si Nick Silver estuvo en el despacho aguardando a Elizabeth, no cabe duda de que ahora no está aquí.

—¿A quién, dices? —pregunta Donna. No es una pregunta desatinada, según lo ve Elizabeth.

Donna se ha opuesto un buen rato a forzar la puerta, lo cual era de esperar, e incluso digno de aplaudir: todos necesitamos hacernos respetar de vez en cuando. «¿De verdad has visto a alguien colándose aquí, Elizabeth?», «¿No crees que tengo mejores cosas que hacer?», «¿Te obliga Elizabeth a hacer esto, Joyce? Parpadea dos veces si es que sí». Pero al cabo ha dado su brazo a torcer: ver tan desvalida a Elizabeth y el cabreo que lleva con el príncipe Eduardo porque le ha costado una semana de trabajo tranquilo la han movido a ello.

A la postre, Donna ha reclutado a un cerrajero de Fairhaven, quien se ha mostrado encantado de poder prestar ayuda; los cerrajeros no siempre tienen tratos rectos con la ley, de ahí que aprovechen cualquier oportunidad de estar a buenas con la policía. Sin embargo,

el cerrajero no ha podido hacer lo que se le pedía: la puerta estaba hecha de una pasta más dura que la suma de sus herramientas y pericia. Así que Donna ha terminado llamando a Bogdan, que estaba en la zona, echando una mano en la reforma de las instalaciones de la comunidad polaca de Fairhaven. Bogdan ha acudido al instante. En unos cuarenta y cinco segundos ya estaban dentro.

—La pregunta es si esto ha sido un robo o un secuestro —dice Elizabeth.

¿La violencia desatada contra el despacho había alcanzado también a Nick Silver?

Elizabeth estudia la sala.

—Buscad indicios de enfrentamiento físico.

—Hay una lámpara rota —señala Joyce.

Elizabeth observa la lámpara.

—Quizá la han volcado cuando tiraban los archivadores y los cajones.

Joyce prueba de nuevo.

—¿La alfombra? Está llena de cristales rotos...

—Son de la claraboya —dice Bogdan, mirando hacia arriba.

—Que es el sitio por el que presumiblemente se entró —comenta Elizabeth.

—¿Puedo preguntar qué está pasando aquí? —inquiere Donna.

—Madre mía —farfulla Elizabeth—. Siempre tan impaciente...

Donna mira a Bogdan.

—No le hables así a Donna —dice Bogdan, con la boca pequeña.

—Deja de sonreír como un bobo, Bogdan —le espeta Elizabeth—. No te pega.

—Esto tiene toda la pinta de que debería investigarlo la policía —dice Donna, mirando a su alrededor.

—Nada de policía —repone Elizabeth—. Suerte tienes de estar aquí, así que no te quejes. Si me lo hubiera pensado mejor, habría llamado a Bogdan directamente, así que no insistas.

—Pero a Chris sí que se lo puede contar, ¿no? —interviene Joyce.

—Sí, con Chris no hay problema —contesta Elizabeth—. Pero nada de policías normales. Tenemos mucho en que pensar. Se presentan dos posibles hipótesis. O bien es un vulgar robo con allanamiento, tal vez buscando el código. O bien alguien ha seguido a Nick Silver, lo que le ha permitido descubrir este sitio, y ese alguien ha aprovechado la oportunidad para cargárselo o secuestrarlo... ¿Quizá porque se enfadó al ver que la bomba no había estallado?

—Tú te habrías enfadado —asiente Joyce—. Un día tuve que devolver la freidora de aire porque el termostato fallaba. Se portaron muy bien.

—¿Puedo hacer tres simples preguntas? —salta Donna.

—Te dejo hacer una, cariño —responde Elizabeth—. Lo último que me apetece es tener que aguantar quejas de policías.

—No le hables así a... —empieza a decir Bogdan, antes de que Donna le indique con un gesto que lo deje pasar por esta vez.

—Bueno, vale, te voy a hacer las tres, pero muy deprisa —dice Donna.

—Una decisión inteligente —señala Bogdan.

—¿Qué código? —dice Donna, contando las preguntas con los dedos—. ¿Qué bomba? Y ¿quién es Nick Silver?

—También si está muerto —añade Bogdan.

—Los códigos son códigos, y las bombas son bombas —responde Elizabeth.

—Y Nick Silver era el padrino de boda de Paul, mi yerno —completa Joyce.

—¿El que potó? —pregunta Donna.

—Y quizá está muerto, Bogdan, sí —dice Elizabeth—. Quién sabe...

—Lo que sí sabemos es que te esperaba aquí —comenta Joyce—. Y no estaba cuando hemos llegado.

En eso precisamente está pensando Elizabeth.

—¿A qué se dedica el tipo? —pregunta Donna.

—Almacenamiento en frío —dice Elizabeth.

—¿En plan neveras y congeladores?

—Por supuesto que no «en plan neveras y congeladores» —responde Elizabeth.

—Entonces ¿qué?

—Almacenamiento —repite Elizabeth—. Un sistema de almacenamiento, pero muy especial. No tradicional.

—Ah, conque no lo sabes —infiere Donna—. ¿Sabes que a veces no está mal aceptar que no conoces todas las respuestas?

—Donna —replica Elizabeth—. Lo sé. Lo que pasa es que no lo sé todavía.

—Oh, eso ha estado bien —dice Joyce.

Elizabeth vuelve a tomar el mando.

—Joyce, tenemos que hablar con Holly Lewis.

—Ya te lo comenté —dice Joyce—. No la conozco en persona, pero...

—¿Dónde podemos encontrarla? —la interrumpe Elizabeth.

—Se lo preguntaré a Paul —dice Joyce. Luego se vuelve hacia Donna—: Es mi yerno.

—¿Puedo marcharme ya? —pide Bogdan—. He dejado a un lituano haciendo el revoque de las paredes.

Elizabeth desestima la pregunta dando un manotazo al aire y sigue hablando con Joyce.

—Habla con Paul y pregúntale si a Holly le apetecería venir a cenar esta noche. Y pídele también que nos informe si Nick Silver se

pone en contacto con él. Si lo hace, sabremos que ha decidido poner tierra de por medio. Si no lo hace, entonces...

—Entonces estará muerto —dice Joyce.

Guardan silencio un momento.

—¿Sabes? —interviene Donna—. Esto tiene toda la pinta de ser un caso para la policía.

—Un poquito sí —conviene Bogdan—. Hasta yo lo pienso.

—Donna, no podemos permitirnos que corretees por el condado resolviendo asesinatos cuando podrías estar protegiendo al príncipe Eduardo —dice Elizabeth—. Y Bogdan, tienes un techo que reparar, de modo que todos tenemos trabajo que hacer, ¿me equivoco? Si alguien ha sido asesinado, os aseguro que os lo haré saber. Entretanto, tenemos que marcharnos o perderemos el minibús.

Entre el caos del despacho, Elizabeth ve una carpeta escondida con cuidado detrás de un radiador. Al sacarla, descubre que no es una carpeta cualquiera: su nombre aparece escrito en la tapa. Se la mete en el bolso.

Elizabeth encabeza el grupo bajando la escalera. ¿Hay algún indicio de que hayan arrastrado a alguien hasta la calle? ¿Manchas de sangre en la barandilla? ¿Huellas de manos en la pared? No hay nada que Elizabeth pueda detectar a primera vista.

¿Quizá Nick la esperaba en el despacho, ha oído ruidos en el tejado y, asustado, se ha marchado pitando para ponerse a salvo? Eso explicaría por qué le ha dejado la carpeta. Y, de ser así, seguro que se pondrá en contacto con Paul, ¿no? O tal vez incluso con ella...

Aprovechando que Donna no puede verla, Elizabeth saca la carpeta del bolso. Dentro solo hay un post-it con el siguiente mensaje:

Ayúdame, Elizabeth. Encontrarás la manera de hacerlo.

Le muestra la nota a Joyce un instante y se lleva un dedo a los labios.

—Entonces ¿está vivo? —le susurra Joyce.

—Joyce, esto no nos permite saber que sigue vivo —responde Elizabeth, también susurrando—. Lo único que nos dice es que estaba vivo cuando escribió la nota.

—Claro, lo siento —dice Joyce.

Con Elizabeth al frente, salen todos a Templar Street. Entonces, sorprendida, Elizabeth se da cuenta de que tiene hambre. ¿Cuándo tuvo hambre por última vez? Últimamente ha tenido que obligarse a comer y ahora, de pronto, la asalta esta hambre feroz.

El regreso de las ganas de comer. Esto no lo vio venir.

—Antes de subir al bus —dice Joyce, metiendo la mano en su bolso—, he pensado que te apetecería un tentempié. Es una tartaleta.

No, claro que no lo vio venir.

Elizabeth acepta el regalo de su amiga.

Joyce se detiene.

—¿Sabemos quién le puso la bomba debajo del coche?

—No —responde Elizabeth—. Aunque nuestra lista actual de sospechosos consiste en un estafador online llamado Davey Noakes, un banquero llamado lord Townes y la socia de Nick, Holly Lewis.

—Un lord no asesinaría a nadie —apunta Joyce—. Menuda ocurrencia, Elizabeth.

Elizabeth da un mordisco a la tartaleta.

—Oye, Joyce —dice Elizabeth—. ¿Has visto alguna vez una bomba?

—No —contesta ella—. Aunque una vez sí que vi a alguien con una boquilla de aspiradora metida por el trasero.

Elizabeth asiente.

—Gracias por el dato, Joyce. Llama a Ron para que nos recoja en Hampton Road. Tenemos que echar un vistazo a los bajos de ese coche.

15

Kendrick está montando la Estrella de la Muerte de Lego mientras Ron descansa echado en el sofá. Jason le ha preparado una taza de té. Antes le ha ofrecido una cerveza, y Ron ha estado tentado de aceptársela, pero si algo se aprende con la edad es que debes conocer tus límites. Pauline se ha marchado al trabajo fresca como una rosa, o eso le ha parecido. Ron comprueba que Kendrick no los escuche.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has traído a Kenny?

Jason le habla despacio y en voz baja.

—Me ha llamado Suzi. Dice que Danny la ha abandonado. Que ha dado la espantada.

—¿La ha abandonado? —pregunta Ron. No son malas noticias.

—Eso dice ella —continúa Jason—. Me ha comentado que tiene que organizarse y me ha pedido que cuide de Kenny un par de días. Nada más.

—¿Y se ha largado para no volver? —pregunta Ron—. ¿Danny?

—Esperemos —responde Jason.

Ron oye un gruñido de enfado. Es Kendrick, sentado a la mesa del comedor. Lo llama.

—¿Pasa algo, Kenny?

—No pasa nada —contesta el niño—. Solo pensaba en Darth Vader. ¿Por qué es así la gente? ¿Puedo tomarme un vaso de agua?

—Claro que sí —dice Ron—. Sírvete del grifo.

Kendrick salta de la silla y corre a la cocina. Ron se vuelve hacia Jason.

—¿Y qué pasará con la casa?

—Se la queda ella, o eso me ha dicho —responde Jason—. Danny se la regala.

—No sería muy propio de Danny —comenta Ron. Aquí hay algo que no encaja—. ¿Me lo has contado todo? ¿No han tenido una bronca de las gordas? ¿Se ha marchado sin más?

—Nada, papá —dice Jason—. Los matrimonios fracasan, ¿no? Seguro que te acuerdas.

Jason le está mintiendo, salta a la vista, piensa Ron. Le miente para protegerlo, pero Ron no necesita que nadie lo proteja. Algo ha pasado, una pelea, un incidente... Si no, no tiene explicación que todo haya sido tan rápido. Es posible que Jason intente mentirle, pero quien no le mentirá es Kendrick. El niño vuelve de la cocina.

—Conque día de fiesta en el colegio, Kenny —dice Ron—. Qué suerte la tuya.

—Mucha —conviene Kendrick—. Me gusta ir al cole, pero a veces tienes que tomarte un descanso para recargar las pilas.

—Ahí le has dado —dice Ron—. ¿Hubo mucho lío anoche en tu casa? ¿Con mamá y papá?

Kendrick fija un cañón láser a la maqueta.

—Nada de lío.

Ron mira a Jason. El rostro de su hijo no delata ninguna información.

—¿Así que tu padre también se ha tomado un descansito? —pregunta al niño.

—Sí —contesta Kendrick—. Se marchó con una maleta, y le dijimos adiós desde la puerta.

Otra cosa no, pero este crío sabe mentir. Ron lo intenta con un enfoque distinto.

—Aunque a tu padre le gusta gritar a veces, ¿no? ¿Anoche gritó?

Ron vuelve a mirar a Jason. Lo ve tomarse una cerveza como si todo le diera igual.

—Bueno, tú también gritas a veces, abuelo —dice Kendrick.

—Yo no grito —replica Ron.

—A la tele sí le gritas —matiza el niño.

—Ah, a la tele sí —reconoce Ron—. A la tele hay que gritarle, porque, si no, no te oyen. Pero ¿anoche no hubo gritos? ¿En casa?

Kendrick niega con la cabeza.

—No vi ni oí nada.

Ron asiente. Los Ritchie son una familia en la que chivarse está muy mal visto, pase lo que pase. Y Kendrick es un Ritchie. Un Ritchie peculiar, qué duda cabe, pero un Ritchie al fin y al cabo. Vale, vuelve a cambiar de estrategia, Ron.

—¿Sabes, Kenny? Cuando voy a mi banco...

—¿Tienes un banco? —pregunta Kendrick.

—No es todo mío —dice Ron—. Los bancos son una herramienta del Estado.

—Vale —dice Kendrick, asintiendo con la cabeza—. ¿Igual que los periódicos y la compañía del agua?

—Exacto, buen chico —declara Ron—. En cualquier caso, cuando voy al banco y quiero sacar dinero para algo, siempre me preguntan para qué lo necesito. Si es para pagar a un albañil o algo así.

Ron ve cómo el niño lo mira, preguntándose adónde quiere llegar con todo esto.

—Así que les digo para qué es y ellos me dicen: «¿Alguien le ha dicho que nos mienta o le ha dado instrucciones para que nos dé

esa respuesta?». Lo hacen para asegurarse de que no sea una estafa, ¿sabes?

—Pues me parece una buena idea —dice Kendrick—. Me alegra que lo hagan.

—Más vale prevenir que curar —conviene Jason.

—En fin, Kenny, ¿puedo hacerte la misma pregunta? Cuando has dicho «no vi ni oí nada», ¿alguien, que quizá se encuentre en este mismo salón, te ha dicho que mientas o te ha dado instrucciones para que me des esa respuesta?

—No, abuelo —contesta Kendrick.

—¿Aunque sea para protegerme? —insiste Ron—. ¿El tío Jason no te ha pedido que digas eso?

—El tío Jason me habría dicho: «Al abuelo le cuentas que no te has coscado de nada».

Jason se ríe y levanta la botella de cerveza mirando a su sobrino.

Ahora Ron tiene la sensación de que ambos le mienten. De ello saca tres conclusiones.

En primer lugar, que lo ocurrido ha de ser muy grave. Danny Lloyd no es la clase de hombre que se marcha de noche sin rechistar, con una maletita bien hecha, dando las gracias por quince años de matrimonio, estrechando la mano a su mujer y despidiéndose con un «ya nos veremos». ¿Tuvieron una bronca? ¿Fue grave? ¿Llegaron a las manos?

En segundo lugar, que se siente querido. Le mienten por su bien, porque Jason y Suzi, y por lo visto ahora también Kendrick, no quieren hacerle daño.

Pero sobre todo, y en tercer lugar, que todo esto le hace sentirse viejo. Antes, era él quien se ocupaba de proteger a los demás. Su obligación era proteger a Suzi y Jason, y ahora la de sus hijos es protegerlo a él. ¿Cuándo cambiaron las tornas? Ahora, incluso su

nieto está metido en el ajo. ¿En qué momento dejó Ron de ser el león de la casa para convertirse en un cachorro indefenso?

Ron ignora qué pasó anoche, y qué puede pasar a continuación, pero sí sabe una cosa: se siente débil. ¿Es esto lo que le espera en adelante? ¿No le queda más remedio que aceptarlo? Para la familia de la que cuidó durante tantos años —como sostén, protector, cocinero de barbacoas, trinchador de pavos y principal agitador—, ¿es ahora un anciano sentado en una mullida butaca en un rincón? ¿Así están las cosas?

Mira a Jason y a Kendrick y piensa en Suzi. ¿Por qué no ha venido ella? ¿Por qué tiene que «organizarse»? ¿Por qué no ha ido Kenny al colegio?

Danny Lloyd es un hombre muy peligroso, lo ha sido siempre, y Suzi cometió un error enorme casándose con él. Pero la madre de Suzi también lo cometió al casarse con Ron, así que no está en condiciones de tirar la primera piedra. Ron ya sabe que esta historia no ha terminado y que aún no han oído la última palabra de Danny Lloyd. Sin embargo, sea cual sea el combate que se avecina, le da miedo que no cuenten con él para estar en el centro del cuadrilátero.

—¿Quieres quedarte un par de días conmigo, Kenny? —pregunta Ron.

—¿Puedo?

—Esta también es tu casa. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Es un detalle, papá —interviene Jason—. Solo será el fin de semana.

Ron asiente mirando a su hijo.

—Lo que necesitéis. Eres un buen hijo, Jason. No creas que no lo sé.

—Aprendí del mejor —responde Jason.

—Y quizá aún me queden un par de ases en la manga —dice Ron —. Por si me necesitas.

Jason asiente.

—¿Otra taza de té?

—Mataría por una —contesta Ron, y vuelve a recostar la cabeza. ¿De verdad le quedan todavía ases en la manga? Sospecha que no tardará en saberlo.

Suena el móvil de Ron. Un mensaje de Joyce. Seguramente acaba de despertarse, la pobre, y debe de necesitar que alguien le lleve un plato de sopa y unos analgésicos.

> Ron, soy Joyce, pero eso ya lo sabes, porque te habrá aparecido mi nombre en la pantalla, esto del móvil me parece un poco engorroso, ¿a ti no? He estado con Elizabeth en Fairhaven esta mañana y acabamos de colarnos en una oficina y, en fin, que es posible que alguien esté muerto. ¿Nick Silver? ¿Te acuerdas? El que vomitó. Por cierto, Bogdan se
> ha cortado el pelo. Bueno, te lo contaré todo cuando nos veamos. ¿Por qué cuesta tanto escribir un mensaje de texto? ¿Puedes bajar a Fairhaven y recogernos en Hampton Road? Ya sabes, esa calle con todas esas casas.

Vale, Joyce no acaba de despertarse. ¿Y puede que el padrino de bodas esté muerto? ¿Y Elizabeth ha bajado a Fairhaven? Jason regresa al salón con la taza de té.

—¿Puedo hacer algo más por ti, papá? ¿Una sopa? ¿Analgésicos?

Ron se incorpora en el sofá.

—Tengo cosas que hacer, Jase. No puedo tirarme todo el día tumbado a la bartola. Chicos, podéis quedaros por aquí, si os

apetece. ¿Y si vais a ver las llamas?

—Abuelo, eres el mejor —dice Kendrick, poniéndose de pie de un salto.

Ron sonríe para sus adentros. Tiene una jaqueca terrible, las rodillas le duelen, su constitución es evidentemente más débil que la de Pauline o la de Joyce, pero sigue vivo. Está vivo, lo quieren y es posible que haya lío en Hampton Road. ¡Vamos!

—La Estrella de la Muerte seguirá aquí cuando vuelvas —le dice Kendrick.

—La Estrella de la Muerte siempre está aquí —responde Ron—. El truco es aprender a vivir con ella.

—¿Adónde vas, papá? —pregunta Jason.

—Pues adonde siempre últimamente —dice Ron, poniéndose de pie, alto y orgulloso—: Adonde me dicen que debo ir.

16

Elizabeth aparece avanzando a gatas entre los matorrales. Se pone en pie y vuelve a la acera.

—No —dice—. No es este.

Joyce ha cazado algún detalle de Hampton Road desde la ventanilla del minibús, pero es más divertido ver la calle a pie. Las casas son recoletas y están todas apartadas de la calzada. Cada vez que pasas una verja de seguridad, puedes echar un vistazo y ver un tejado a dos aguas o una torrecilla entre los árboles. Cuando las verjas de seguridad son demasiado altas, Elizabeth se cuela como un zorro entre los matorrales para tener una mejor perspectiva. Están buscando la casa que aparecía en las fotos que Nick Silver le envió a Elizabeth.

De momento no les ha sonreído la suerte, pero, aun así, lo están pasando de maravilla.

Hace poco Joanna le ha explicado a Joyce qué es Rightmove. Se trata de una página web en la que puedes consultar casas a la venta. ¡Clicas en la casa y te dejan echar un vistazo dentro! ¡Miles de casas de desconocidos! Hay veinte, treinta y a veces incluso cuarenta fotos. Puedes ver sus sofás, los armarios de la cocina, dónde han puesto los letreros de madera con el consabido VIVE, RÍE, AMA, qué han hecho con sus jardines y tantas otras cosas. ¡Y todo gratis! A Joyce no le convencen todas las formas de progreso —por ejemplo, no le gustan las cajas de autoservicio—, pero sin duda le hace feliz que alguien haya inventado Rightmove.

Ahora puede pasarse horas en la página. Sin ir más lejos, el otro día estaba mirando una serie de detectives ambientada en el condado de Devon, le gustó el aire de la ciudad en la que vivía el detective canoso y alcohólico, y pensó que a ella quizá también le gustaría vivir allí. Así que buscó la serie en Google y descubrió que estaba rodada en un sitio llamado Budleigh Salterton. ¡Bingo! Escribes «Budleigh Salterton» en la barra de búsqueda de Rightmove y ya puedes prepararte para una horita de entretenimiento, ya sea imaginándote una nueva vida en ese sitio o juzgando las decisiones de interiorismo de la gente. Un bonito apartamento de tres habitaciones frente al mar salía por 475.000 libras. Pudo imaginarse a la perfección sentada en ese balcón con una copa de vino, pero... ¿475.000 libras? ¿Con ese linóleo en el suelo del cuarto de baño?

En los viejos tiempos, cuando era una novata en Rightmove, Joyce solo miraba las propiedades que hipotéticamente habría podido permitirse, pero Joanna la sacó de su error, y, ahora que Joyce ha eliminado el precio máximo en las búsquedas, se le ha abierto todo un mundo desconocido. Tienen casas allí por diez millones de libras si sabes dónde buscar. Esas casas pueden ser mansiones con veinte hectáreas de terreno y vestíbulos de mármol y oro o bien pisos de cuatro habitaciones en el centro de Londres. Rightmove te enseña muchas cosas sobre el mundo y también sobre los gustos de la gente en materia de cortinas.

Por ello, en este mismo instante, está consultando en su móvil casas en Hampton Road mientras van subiendo por la colina en busca de la mansión de Nick Silver.

—La de las torrecillas en el número 16 se vendió hace poco por 2,75 millones de libras —dice Joyce—. Y tiene una fuente en el jardín.

Un poco más arriba en la calle, un Daihatsu aparca junto al bordillo. Ron sale del coche con aspecto muy desmejorado. Abraza a Joyce.

—Apestas a alcohol, Joycey. Así me gustan las mujeres.

Elizabeth ha cruzado la calle y está de puntillas junto a una doble verja de madera. Los llama.

—¡La he encontrado! ¡Es la casa de Nick Silver!

Joyce y Ron cruzan también para reunirse con ella.

—¿Cómo entramos? —pregunta Joyce.

Elizabeth se encarama a la verja, salta al otro lado y les abre desde dentro.

—Ah —exclama Joyce—. Así de fácil.

—¿Así que dices que Nick Silver está muerto? —pregunta Ron cuando echan a andar por el camino de acceso a la casa.

—No —responde Joyce—. Solo digo que podría estar muerto. Alguien le puso una bomba en los bajos del coche.

—Ya veo —dice Ron—. Una bomba, ¿eh? ¿Y dónde está el coche?

—En su casa —contesta Joyce.

—Pero esto es su casa... —señala Ron.

—Sí —dice Joyce.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Elizabeth quiere echar un vistazo —explica ella—. Ya sabes que le chiflan las bombas.

—Lo que quiero hacer es cogerla para que la analicen —dice Elizabeth—. Saber quién la puso.

—¿Vamos a llevarnos la bomba? —pregunta Ron.

—Por eso te hemos llamado, Ron —responde Elizabeth—. Necesitábamos un coche. Un viejo amigo mío, Jasper se llama, ha accedido a estudiarla. Y en Coopers Chase estará a buen recaudo.

—Pero... —dice Ron.

—Las bombas son bastante resistentes, Ron —lo corta Elizabeth—. Si no pasas por badenes, estaremos bien.

Recorren una curva, y la casa de las fotos se alza ante ellos.

—No le ha ido mal, al tal Nicky Silver —dice Ron—. Menudo casoplón.

El coche está aparcado frente a la casa. Una vez más, tal cual aparecía en la foto.

Salvo por un detalle.

Elizabeth lo observa con más detenimiento. Se pone en cuclillas y luego se mete debajo del coche.

—Por favor, no saltes por los aires —le dice Joyce.

Tras ponerse de pie, Elizabeth mira a Joyce y Ron y hace un gesto negativo con la cabeza.

—¿Seguro que es la casa que buscamos? —pregunta Ron.

—Sí, Ron. Es la casa que buscamos —responde Elizabeth.

—¿Y seguro que es el coche que buscamos? —añade Joyce.

—Sí, Joyce —contesta Elizabeth.

Es la casa que buscan y es el coche que buscan.

Pero la bomba no está por ninguna parte.

17

Joanna está en mitad de la escalada de un muro y no le hace la menor gracia. Paul trepa por encima de ella, agarrándose de los asideros fluorescentes con elegante facilidad. Como una gacela macho por la que beben los vientos todas las gacelas hembras.

Joanna, en cambio, está encallada.

La culpa es suya. En su primera cita, Paul había dicho que le encantaba hacer escalada, y Joanna tenía tantas ganas de acostarse con él que le dijo que a ella también le chiflaba. Le salió así, sin pensar. También le dijo: «¿En serio? ¡Mumford & Sons también es mi grupo favorito!». La típica noche. Sea dicho con todo el respeto por Mumford & Sons.

Las mentiras piadosas en los rollos de una noche caen fácilmente en el olvido, desde luego, pero a la tarde siguiente Paul le escribió pidiéndole una segunda cita. Tras esperar las cuarenta y ocho horas de rigor en estos casos, ella le contestó diciéndole que le encantaría, y él le propuso a continuación quedar en un rocódromo urbano debajo de la Westway, una de las autovías de circunvalación de Londres.

Volviendo la vista atrás, habría sido un buen momento para sincerarse. Pero todavía no se hallaba en la situación mental exigible para pensar atinadamente, de modo que le dijo que sí, que le encantaría ir al rocódromo, que igual estaba un poco oxidada, pero que contara con ella.

Lo habitual es que la segunda cita sea una cena en un restaurante un poco más fino que el de la primera cita. Aun así, Joanna era de la opinión de que cada relación nueva era una puerta de entrada a una nueva versión de uno mismo. ¿Y quizá la nueva Joanna tendría afición por la escalada?

Tan difícil no podía ser escalar un muro, ¿no? Además, igual después del ejercicio se ducharían juntos...

—¿Vas bien ahí abajo? —le grita Paul volviendo la cabeza. Está a un par de agarres de coronar el muro.

—Tú preocúpate de lo tuyo —dice Joanna—. Estoy probando algo nuevo.

Paul encadena los dos últimos agarres y se sienta en lo alto del muro.

La víspera de la cita, Joanna había contratado una lección de escalada *indoor*, había descubierto lo difícil que era y había arrojado la toalla casi al instante. ¿Qué hacer, pues? Se metió en una farmacia al volver de la oficina, se compró un vendaje, se vendó la muñeca, le envió una foto a Paul en la que salía poniendo una cara dolorida y señalándose la muñeca, y le ofreció reservar mesa en un buen restaurante como alternativa.

Funcionó de maravilla. No hubo escalada esa noche, pero sí se ducharon juntos después.

Misión cumplida.

Desde entonces, Joanna había logrado esquivar el tema, hasta que Paul descubrió con alegría que el hotel en el que estaban se encontraba a cinco minutos en coche del Centro Nacional de Escalada Indoor. Como no cabía volver a colarle el numerito de la muñeca, aquí estaba ahora, con todos los músculos doloridos y habiéndose separado tan solo dos metros del suelo.

La escalada de Joanna y el glaucoma de Joyce. Las cosas que hacemos por amor.

Paul también tendrá sus secretos, a Joanna no le cabe duda. Mentiras piadosas que irán saliendo con los años. Ni siquiera puede decirse que sean mentiras, ¿no? Pequeñas reinvenciones. Correcciones de rumbo. Un día le dirá a Paul que no le gustan los Mumford & Sons, y un día Paul le dirá que en realidad no le gusta que ella le lea artículos del *Financial Times* en la cama.

Joanna ve que Paul baja hacia ella. Se suelta de los agarres y se queda colgando en el aire, esperándola. La liebre de la escalada ha saltado definitivamente. Es un alivio, la verdad. Se acabaron las mentiras.

Ve que sonríe de oreja a oreja cuando llega a su altura.

—¿Conque te encantaba escalar?

—Me encanta —contesta Joanna—. Es la primera vez, pero me encanta.

—Súbete a mi espalda —dice Paul—. Yo te bajo.

—Peso demasiado —repone Joanna.

—Súbete —insiste Paul.

Joanna le hace caso y él la baja los dos metros que la separan del suelo.

—Ya sabía que no hacías escalada —dice Paul—. Las uñas no mienten.

Por supuesto que lo sabía. Los dos lo sabían. Esas mentiras piadosas son parte de la gracia. Con las mentiras de verdad, las grandes, sí que hay que tener cuidado, y Joanna no le ha dicho ninguna sobre sí misma. Él sabe quién es, en qué cree, qué es importante para ella. De eso se trata, ¿no?

¿Le ha contado Paul alguna mentira importante sobre sí mismo? Nunca se sabe, ¿no? Paul parece un hombre tan sencillo, tan

apasionado y cariñoso... Pero quién sabe, en realidad. Está todo lo segura que se pueda estar. No se puede hacer más. Supo que Ibrahim tenía razón: que Paul era su hombre ideal. Que la completaba de tal forma que por fin le encontraba el sentido a su propia vida.

—¿Champán en el *jacuzzi*? —le propone Paul, mientras le desabrocha el arnés.

—Sí, por favor —contesta Joanna.

—¿Estás segura? —inquiere Paul—. Igual el champán no te gusta de verdad...

—Quería acostarme contigo —dice Joanna—. Deberías sentirte halagado.

—Me sentí halagado —afirma Paul—. Aunque también deberías aprender a ponerte bien un vendaje en la muñeca. Daba pena.

Joanna saca el móvil de su taquilla.

Un mensaje de su madre. Joanna le echa un vistazo.

—Mamá me pide el número de Holly.

—¿Holly? —dice Paul.

—Quieren invitarla a cenar —explica Joanna—. Pobre Holly.

Paul resopla sin dar su opinión. No es nada propio de él. Pero acaba de escalar un muro y seguramente esté reventado.

—¿Se lo enviarás de mi parte? —le pide Joanna.

—¿Eh? —dice Paul.

—El número de Holly —dice Joanna—. ¿Se lo enviarás a mi madre?

—Claro —responde él, aunque sin entusiasmo.

Aquí hay algo que no encaja.

Si Joanna ha descubierto una de las mentiras de Paul, espera que sea piadosa, y no una de las gordas.

18

A Joyce nunca le amarga una excursión a Londres, aunque sea en estas extrañas circunstancias. Le gusta darse un garbeo por las calles más exclusivas, con sus tiendas de paraguas y sus palacios; por las calles más bulliciosas, con sus puestos de comida marroquí y las preciosas tiendas de telas, y por las calles modernas, con esos altísimos bloques de apartamentos con piscinas colgantes. ¿Qué calles visitarán hoy?

Es una pena no tener la bomba —a saber dónde se encuentra en estos momentos—, pero Elizabeth sí tiene las fotografías y, según dice ella, a falta de pan, buenas son tortas. A Joyce no le cuesta imaginar que las analizan en cualquiera de los sitios por los que van pasando. ¿Quizá una estantería falsa de una centenaria tienda de puros gire sobre sí misma para descubrir un cuarto oscuro? ¿O en la trastienda llena de humo de ese pequeño restaurante libanés habrá un hombre con un visor calado, un microscopio y cara de pocos amigos? ¿O en una sala de juntas con las paredes de mármol en la trigésimo quinta planta de un rascacielos proyectarán un holograma de datos sobre una mesa infinita?

Ha sido hacia la mitad de esa última ensoñación cuando Elizabeth ha despertado a Joyce para hacerle saber que se apearían del tren en Purley, a tres paradas y una distancia sideral de las calles más de moda y cosmopolitas del verdadero centro de Londres.

Aun así, ¿quién sabe? A lo mejor las calles soñolientas de ese municipio del extrarradio londinense ocultan abismos insondables.

¿Una casa de apuestas clandestina? ¿Un almacén gestionado por la yakuza? Joyce ha visto hace poco una serie de Netflix sobre la yakuza, y la verdad es que esos mafiosos aparecían en los sitios más insospechados. Uno de ellos estaba en España, sin ir más lejos.

Sin embargo, han echado a andar por esas calles de extrarradio hasta que han encontrado una calle en forma de medialuna flanqueada por chalés que Joyce, la verdad, podría haber encontrado en cualquier otro sitio. El chasco no supone ningún juicio de valor sobre la calle en sí ni por asomo: Purley le ha parecido un sitio encantador, y los chalés se cotizaban por encima del precio habitual. Lo que pasa, simplemente, es que esperaba vivir una aventura, de la clase que fuera, y esa calle, Birch Drive, no parecía que fuera a proporcionársela.

El número 17 de Birch Drive todavía se le ha antojado menos halagüeño en este sentido. Un jardín delante, con el césped bien cuidado y recortado, con las flores bien ordenaditas, y en el que el único rastro de personalidad propia era un gran gato anaranjado de porcelana que custodiaba la puerta de color beis.

Quizá el interior de la casa le brinde una sorpresa. Esa ha sido su última esperanza. Un exterior absolutamente normal y corriente que encerrase una guarida en su interior, un laboratorio, una instalación informática repleta de pantallas brillantes escondida a plena luz del día.

En cambio, el premio ha sido un «viejo amigo» de Elizabeth llamado Jasper, que llevaba una camisa con pajarita al cuello, pero también unos pantalones de chándal. En la sala de estar no había peceras con pirañas, ni monitores centelleantes ni probetas de las que salieran tenues volutas de humo. No, lo que había eran más gatos de porcelana, unos cincuenta quizá. Había gatos de porcelana que jugaban al snooker, gatos de porcelana montando en tándem,

gatos de porcelana que cantaban villancicos y gatos de porcelana con gafas de sol que fumaban lo que Joyce, tras su larga exposición a los hábitos de Pauline, ha entendido que son porros de marihuana. Sin embargo, todavía no ha visto ningún gato de verdad.

Pero aquí están y, por más decepcionada que se sienta, siempre hay que procurar aprovechar las circunstancias al máximo.

—¿Tiene gatos de carne y hueso? —inquiere Joyce.

—¿Gatos? —se extraña Jasper. Mira a Elizabeth en busca de orientación, antes de volverse de nuevo hacia Joyce—. No. ¿Por qué lo pregunta?

Cada vez que conocía a un excolaborador de Elizabeth, este tenía alguna peculiaridad.

—Perdonad el desorden —dice Jasper, sentándose a la mesa del comedor—. Mi mujer era la que sabía atender a las visitas. A mí nunca se me ha dado bien. En fin, las famosas fotos, ¿qué pasa con ellas?

Elizabeth se sienta a su lado y le muestra la pantalla del móvil.

—A mí me parece auténtica, pero no soy una experta, ¿verdad, Jasper?

—No, no —le da la razón Jasper, antes de volverse hacia Joyce—. Ese soy yo. Yo soy el experto.

—Ojalá fuera yo una experta en algo —se lamenta Joyce—. Aunque fuera en bombas. ¿Se mantiene al día de todos los avances en explosivos?

—¿Si me mantengo al día? —dice Jasper—. No sé... Deme un momento para pensarlo. Cada cierto tiempo me invitan a la orilla sur de un río. Es posible que haya oído hablar de él. Se llama Támesis.

—Eso está muy bien —comenta Joyce. Jasper parece un hombre muy jovial—. Sí, he oído hablar del río. Hay tiendas muy bonitas en esa zona.

—Digamos solamente que esa tienda en concreto es de tipo clandestino —añade Jasper—. Y no diremos más sobre el asunto. Jasper, cierra el pico, chico malo.

—Ah, entiendo —contesta Joyce. En realidad no lo entiende, pero no hay necesidad de ofender a nadie.

—Lo que quiere decir es que todavía lo dejan entrar en el MI6 —le explica Elizabeth—. La sede está en la orilla sur del Támesis, en el barrio del South Bank de Londres.

—Disculpe —le dice Joyce a Jasper—. No lo había pillado.

Jasper agita las dos manos dándole a entender que el malentendido no puede importarle menos.

—Me dejo caer por ahí de vez en cuando, para ver cómo van las cosas. Aunque no debería hablar de ello.

—Elizabeth ya me tiene acostumbrada a los secretillos —indica Joyce—. Al final, cualquiera diría que soy la única que ha tenido que ganarse la vida trabajando...

Jasper va pasando las imágenes del móvil.

—¿Qué crees que tenemos aquí? —le pregunta Elizabeth.

—Oh, es auténtica —opina Jasper—. Y es rusa. O por lo menos de fabricación rusa, aunque eso no quiere decir nada. Un chisme muy sólido, estable. ¿No estalló?

—Nuestro hombre la vio a tiempo —responde Elizabeth—. Decidió pillar un taxi esa mañana.

—Sabia decisión —afirma Jasper—. Muy sabia, sin duda. En fin, ¿dónde está la bomba ahora? ¿Puedo echarle un vistazo? Me encantaría. Solo la toquetearía un poquito... Intentaría no despertar a los vecinos.

—Por lo visto ha desaparecido —le informa Elizabeth.

—Ah, ya. Una bomba que desaparece. Son cosas que pasan, ¿no? Aunque a menudo terminan haciendo acto de aparición, tarde o

temprano. —Se ríe—. No está bien bromear con las bombas, desde luego. Las bombas son un asunto muy serio, Joyce.

—Entendido —contesta ella.

—¿Estás seguro de que es auténtica? —inquiere Elizabeth.

—¿Quién puede estar seguro de nada? —cavila Jasper—. Pero, si no es auténtica, alguien se ha tomado muchas molestias en que lo pareciera.

—¿Y es lo bastante potente para matar? —pregunta Elizabeth—. ¿O solo para mandar un recado?

—La carga es suficiente para matar —dice Jasper—. De sobra. Te haría atravesar el techo del coche con el volante en las manos. Y te dejaría casi en órbita. —Se ríe de nuevo—. En fin, como os decía, las bombas no hay que tomárselas a guasa, no.

—¿Crees que es la clase de bomba que un criminal con contactos podría conseguir? —pregunta Elizabeth.

—Oh, sí, le sería muy fácil —responde Jasper—. Estos chismes los puedes conseguir en internet hoy día.

El móvil de Elizabeth empieza a sonar. Lo coge y se marcha a un rincón para contestar.

—Donna, ya era hora. ¿Qué has averiguado sobre el Complejo?

Jasper mira a Joyce.

—Por cierto, ya sé que no debería llevar estos pantalones con la camisa. Lo sé perfectamente. Hay una parte de mí que quiere esforzarse, pero, luego, la otra parte... Bueno, quizá sepa de qué le hablo.

—Lo sé, sí —dice Joyce.

Elizabeth sigue caminando de un lado a otro mientras escucha las explicaciones de Donna. Joyce cae de pronto en que podrían haber liquidado todo este asunto con una simple llamada, pero Elizabeth ha preferido tener una reunión presencial. ¿Por qué? ¿Está

redescubriendo acaso las emociones de perseguir a delincuentes? Bravo por ella, si es así.

Joyce vuelve a echar un vistazo a la sala de estar.

—Jasper, tiene muchos gatos por aquí, ¿no? ¿Cuál es su favorito?

—¿Favorito? No los soporto.

—Entiendo —dice Joyce.

—Una tía mía me regaló uno por Navidad hace años —le explica —. Y ya sabe cómo exagera uno su alegría cuando recibe un regalo que no le gusta...

Joyce asiente.

—Joanna me compró un purificador de agua y la sonrisa que puse casi me mata.

—Desde ese día, todas las Navidades y todos los cumpleaños llega uno nuevo —continúa Jasper—. Ah, este le encantará al viejo de Jasper. Este es ideal para Jasper. A mi mujer, toda esta historia le parecía tronchante y empezó a animarla. Era divertido, lo reconozco.

—Pero ¿por qué los tiene todos expuestos todavía? —inquiere Joyce.

—Nunca se sabe cuándo vas a recibir visitas en casa, ¿no? —dice Jasper—. Y si no vieran su regalo expuesto, ¿qué iban a pensar?

Elizabeth ha acabado la llamada.

—Vamos, Joyce, tenemos trabajo. ¿Alguna noticia de Paul sobre Holly Lewis?

Joyce mira a Jasper. Ve que está intentando disimular la desilusión que le causa que sus invitadas se marchen.

—¿Cree que podría prepararnos una taza de té, Jasper?

—No hay tiempo, Joyce —salta Elizabeth.

—Siento decirle que no tengo té —responde Jasper.

—No pasa nada —dice Joyce.

—Ni tazas.

—Quizá debería comprarse un par de tazas... —sugiere Joyce—. ¿Y tener unas bolsitas en el armario de la cocina por si acaso?

Jasper asiente.

—Aunque tampoco sé dónde podría comprar las tazas...

—He visto una tienda benéfica preciosa en la calle mayor del pueblo —comenta Joyce—. Cerca de la estación de tren. Es de la Fundación Británica del Corazón.

Jasper pone una mueca, como si la idea le pareciera un desatino. Joyce le da un abrazo y percibe que la resistencia inicial del hombre se ablanda un poco.

—Nos veremos pronto, Jasper —le dice.

Él asiente.

—Quizá, si encontrarais la bomba, ¿podríais traérmela? Me encantaría coger el destornillador y echar un vistazo a las tripas.

Joyce mira los pantalones de chándal de Jasper. Son viejos y están dados de sí. Luego mira sus ojos, claros y acuosos, en los que se mezcla la alegría por tener compañía y la tristeza por ver que se marchan.

Joyce sabe que un día volverá para ver a Jasper de nuevo, y se asegurará de que Elizabeth la acompañe.

¿Cuántos hombres como Jasper se ocultan detrás de las puertas beis de chalés tranquilos, sin saber cómo han de vestirse, qué han de comer ni qué hacer con sus vidas? Hombres que lo único que quieren es no ser una molestia para los demás... Joyce desearía poder salvarlos a todos.

19

—Y aún puedo hacer abdominales —dice Ibrahim, sirviéndose otra copa de vino en el lujoso restaurante contemporáneo de Coopers Chase—. Todavía tengo la masa muscular y la flexibilidad necesarias.

—Ya veo —dice Holly.

A Ibrahim no hay nada que le guste más que tener alguien nuevo con quien conversar, pero Holly Lewis no está resultando ser una perita en dulce. Aunque, todo sea dicho, acaba de ser convocada a esta cena por cuatro pensionistas, así que tal vez sea comprensible.

Elizabeth lo ha puesto al día antes de la cena. Nick Silver tenía información. Alguien colocó una bomba debajo de su coche, y luego Nick desapareció sin dejar rastro. La mujer que tienen enfrente, Holly Lewis, es la socia comercial de Nick, aunque Elizabeth sigue sin aclarar del todo la naturaleza del negocio. Almacenamiento. Una actividad comercial muy rentable, sí. La gente siempre necesitará almacenar cosas, ¿no? Por ejemplo, Ibrahim tiene unas cazuelas y no sabe qué hacer con ellas.

Además, piensa Ibrahim, si Elizabeth está en lo cierto, Holly Lewis figura entre los tres sospechosos principales de la tentativa de asesinato de Nick Silver, así que es posible que ahora mismo esté charlando con una psicópata.

No sería la primera vez.

—Has sido muy amable en venir a vernos, Holly —dice Joyce.

—No sé si *amabilidad* es la palabra —repone ella—. Quiero encontrar a Nick. He pensado que tal vez podrían ayudarme.

—Igualmente es de agradecer —insiste Joyce—. Te he hecho unos *brownies* para compensártelo.

Joyce le da un táper. Ibrahim observa que el recipiente parece pesar bastante.

—Me han quedado un poco mazacotes, lo siento —dice Joyce—. Pero no he tenido mucho tiempo antes de saber que venías y me he pasado de harina sin querer.

Holly le da las gracias inclinando la cabeza y se guarda el táper en el bolso. Ibrahim observa que el asa del bolso, colgada de la silla, se tensa cuando recibe el peso de los *brownies*.

—¿Es usted Joyce? —inquiere Holly.

—Para mi desgracia —contesta ella.

—¿La madre de Joanna?

—Exacto. A ver, soy algo más que la madre de Joanna, soy una mujer por derecho propio, pero sí, soy su madre. ¿Sois amigas?

—No —contesta Holly—. La conozco por su fama.

—¡Espero que sea buena! —dice Joyce.

Holly no responde.

—Desde luego, el entrenamiento de fuerza también tiene importancia —sigue en sus trece Ibrahim—. ¿Puedo servirte otra copa de vino blanco, Ron?

—No, esta noche no, gracias —rechaza Ron—. Jaqueca de boda.

—Fue una boda estupenda, Holly —comenta Ibrahim—. Una pena que no pudieras venir.

—Tenía trabajo —dice ella—. Y vista una boda, vistas...

—¿No estás casada, Holly? —inquiere Joyce.

—¿Llevo alianza? —repone Holly.

—A ver, no. Pero Joanna me ha dicho que hay gente que no la lleva, así que no he querido hacer suposiciones.

—¿Y Joanna lleva alianza? —pregunta Holly.

—Sí —responde Joyce.

—Me lo figuraba —comenta Holly—. Me alegro por ella.

Ibrahim no recuerda la última vez que Joyce conoció a alguien que se resistiera a sus encantos.

—¿No tienes hijos, Holly? —pregunta Ron.

—No es obligatorio tenerlos —replica ella.

—No te culpo —dice él.

—¿Tal vez no has conocido al hombre adecuado? —aventura Ibrahim.

—Algo así. —Holly se vuelve hacia Elizabeth—. Me dijeron que podría ayudarme a encontrar a Nick...

—En efecto. Si nos puedes ayudar, creo que nosotros podremos ayudarte a ti —dice Elizabeth—. Nick me contó que os dedicabais al «almacenamiento en frío». La verdad es que no me queda del todo claro qué es eso. En mi ramo, «almacenamiento en frío» era la expresión con la que nos referíamos al sitio en el que dejabas los cadáveres hasta que se dieran las condiciones políticas convenientes para transportarlos a su país de origen. Sospecho que no es eso a lo que os dedicáis, ¿no?

Holly deja el tenedor en su quiche de brócoli.

—No, no nos dedicamos a eso. Trabajamos para empresas y particulares. Nos ocupamos de la seguridad de sus ordenadores o de sus archivos informáticos. De cualquier cosa que quieran mantener en secreto.

—Ah —interviene Ibrahim—. Eso es lo que sospechaba. Seguridad online, cortafuegos, la nube. Algo he leído sobre el tema.

—Es justo lo contrario —replica Holly.

—Sí, sí —conviene Ibrahim—. Eso pensaba, justo lo contrario. Los famosos trescientos sesenta grados.

—¿Qué quieres decir con «justo lo contrario»? —pregunta Elizabeth.

—La gente está más que acostumbrada a que la seguridad sea online —dice Holly—. Datos financieros, secretos empresariales, criptomonedas, todo escondido detrás de muros.

—Criptomonedas quiere decir Bitcoin —explica Joyce, hincando el tenedor en su pastel de carne—. No se lo digas a Joanna, pero perdí catorce mil libras.

—Joanna y yo no nos conocemos —repone Holly—. Ya se lo he dicho.

—Ah, pues es una chica estupenda —comenta Ibrahim.

Holly no le hace caso y retoma el hilo de su pensamiento.

—Pero en los niveles más altos de seguridad, por culpa de los *hackers*...

—Piratas informáticos —dice Ibrahim, asintiendo con gesto sabio.

—Hay empresas y particulares que necesitan recurrir al «almacenamiento en frío». Tienen datos sensibles, de la naturaleza que sea, y quieren asegurarse de que no estén depositados en sistemas conectados. De ahí que acudan a empresas como la nuestra, donde pueden almacenar sus documentos y también, lo que es más habitual, sus discos duros. Nosotros nos encargamos de ponerlos bajo llave, en el sentido más literal de la expresión.

—¿Y qué ganan con eso vuestros clientes? —pregunta Ron.

—Es más fácil mantener a raya a los ladrones que a los *hackers* —responde Holly—. Por más seguro que estés de tener tu información bien protegida detrás de un cortafuegos, siempre habrá alguien en Rusia, Dubái o Brasil empeñado en descubrir la manera de acceder a ella. En cambio, si la tienes en una caja cerrada con una combinación imposible de descifrar y en un sitio desconocido, es mucho más fácil proteger tus datos.

—Entonces, si quieres robar esos secretos —dice Ron—, ¿tienes que robarlos físicamente?

—Exacto. En eso consiste el almacenamiento en frío. Y con los sistemas que tenemos instalados, diría que robarlos físicamente es imposible.

—Muy buena exposición, Holly, gracias —la aplaude Ibrahim—. Confirma muchas de mis ideas.

—Hoy ha sido un día duro, ¿lo entienden? —dice Holly—. Descubro que mi socio comercial se ha esfumado, que incluso podría estar muerto. Luego me entero de que la madre de Joanna y sus amigos podrían ayudarme a encontrar a Nick.

—Desde luego, podemos intentarlo —interviene Elizabeth—. Nick pensaba que Davey Noakes o lord Townes querían verlo muerto. ¿Te cuadra?

Holly aparta la vista, luego vuelve a mirarlos y al final asiente.

—Me cuadra mucho. Esos dos lo sabían.

—¿Qué sabían? —pregunta Elizabeth—. Esa es la pieza del puzle que nos falta.

Llegan los postres. En compañía de otra botella de vino. Ibrahim hace los honores.

—¿Estás segura de que no me permites tentarte, Holly? —insiste.

Holly pone la mano sobre su copa.

—He de conducir.

Ibrahim asiente. Sabia decisión.

—Toda esta historia tiene que ver con una sola caja fuerte —les explica Holly—. El Complejo es una sala, una cámara acorazada. Hay cajas fuertes del suelo al techo, en las paredes. Son del tamaño de una caja de zapatos. Nick y yo tenemos una.

—¿Qué contiene? —pregunta Joyce, disfrutando de su postre, un Eton Mess—. ¿Joyas?

—Estás obsesionada con las joyas —le dice Elizabeth.

—Uno de nuestros primeros trabajos —responde Holly—. Fue para una empresa que...

—¿Qué empresa? —la corta Elizabeth.

—Nunca preguntamos el nombre —dice Holly—. Es uno de nuestros ganchos comerciales. A esa empresa le guardábamos algunas cosillas, y la tarifa anual, en esa época, rondaría las veinte mil libras. Nos preguntaron si podían pagarnos en Bitcoins. Lo hablamos. A mí me interesaba ese rollo, y a Nick también, conque nos dijimos ¿por qué no? Tenemos doscientas unidades en la cámara, ¿por qué no jugárnosla con una?

—¿De qué fechas estamos hablando? —pregunta Elizabeth.

—Sería en 2011, algo así —dice Holly—. Y el precio de veinte mil libras equivalía por aquel entonces a unos cinco mil Bitcoins, por ahí andaría la cosa. De vez en cuando leías algo sobre el tema, pero, en realidad, nos olvidamos del asunto. Además, dejamos de trabajar con esa empresa...

—Terminaron en la cárcel, ¿no? —pregunta Elizabeth.

—Es lo más probable —responde Holly—. El caso es que dejaron de necesitar nuestros servicios. Y encima teníamos esos cinco mil Bitcoins, o más bien una serie de números que representaban nuestra propiedad sobre ese capital. Y los teníamos escritos, literalmente, en un papel que guardábamos en una de nuestras cajas.

—Es así como funciona —interviene Joyce—. Es una serie de números, no una moneda de verdad. Lo llaman «clave».

—Eso ya lo sé —dice Ibrahim.

—Pues a mí me parece un chanchullo —tercia Ron—. Unos números en un papelito...

—El dinero siempre ha sido eso, números en un trozo de papel —dice Holly—. Al cabo de un par de años las cosas empezaron a ponerse interesantes. Y esos Bitcoins, que cotizaban a cuatro libras la unidad cuando nos pagaron, de pronto valían cuarenta, con lo que teníamos doscientas mil libras en nuestras manos. Hablamos de venderlos a la de ya, pero siempre nos ha gustado arriesgar, así que decidimos quedárnoslos. De todos modos, decidimos, por si acaso, utilizar una de las cajas fuertes del Complejo para guardar la clave. La gente casi siempre las guarda online, pero hay *hackers* que se dedican a robar Bitcoins, y, ya lo saben, nuestra empresa se dedica justo a eso, así que los guardamos bajo llave. En fin, hubo muchos vaivenes, la cotización era muy volátil, pero un par de años después la cotización subió a quinientas cincuenta libras, y ese papelito de pronto valía 2,75 millones de libras.

Ron resopla.

—De todos modos es un chanchullo —insiste.

—Entonces me digo que ha llegado el momento de vender —continúa Holly—. Pero Nick me dice que esperemos. Siempre ha funcionado así la cosa. Uno dice que vendamos y el otro dice que todavía no. Como les explicaba, había mucha volatilidad, y a veces perdía la mitad de su valor en una semana, pero los picos de cotización cada vez eran más altos. Como ya éramos plenamente conscientes del valor de lo que teníamos en la caja, acordamos dos cosas. Venderíamos solo cuando los dos lo quisiéramos y nos ingeniaríamos una manera de evitar que uno de los dos desplumara al otro. Así pues, a partir de 2016, más o menos, la caja ya no se podía abrir sin la autorización previa de los dos. Nick no puede abrir nuestra unidad sin mí y yo no puedo abrirla sin él. Eso fue lo que acordamos.

—¿Son los códigos de seis dígitos de los que nos habló Elizabeth?

—Parece que Nick se quedó a gusto cuando habló con ustedes —dice Holly—. Espero que no se equivocara en darles su confianza...

—¿Puedo preguntarte cuál es el valor actual? —interviene Elizabeth—. Si entonces valían cerca de tres millones de libras, ¿cuánto valen hoy?

—Varía según el día —responde Holly—. Hace unos años subió por las nubes, hasta las setenta mil libras por moneda.

—Fue cuando compré yo —dice Joyce.

—Pero en menos de un año había bajado otra vez a las dieciséis mil.

—Fue cuando vendí yo —dice Joyce.

—Pero es lo que les decía. Cada vez que se hunde, los picos que vienen después son todavía más altos, y en 2024 volvía a rondar las setenta y cinco mil libras por moneda. Si vendiéramos hoy, esa clave valdría unos trescientos cincuenta millones de libras.

La cifra los deja a todos sin palabras.

—¿Por qué no habéis vendido? —pregunta Ibrahim.

—Nick insistía en que no había necesidad —responde Holly—. Decía que el negocio iba de maravilla, que teníamos unas casas y unos coches preciosos. Pero cambió de idea a principios de esta semana.

—¿A principios de esta semana? —dice Elizabeth.

—Comimos juntos y, en la sobremesa, que fue larga, Nick me dijo: «Ahora es el momento, Holly».

—¿Y vendisteis? —pregunta Joyce.

—Al pastel de carne me vas a invitar tú, Holly —comenta Ron.

—No —contesta ella—. Aunque acordamos hacer caja. Así que empezamos a movernos, a preguntar, para que la gente supiera que queríamos vender.

Elizabeth parece pensativa.

—Y de pronto Nick y Holly se volvieron muy populares.

—Holly y Nick —la corrige ella—. Siempre Holly y Nick. «Nick y Holly» suena a una pareja de pesados que has conocido estando de vacaciones.

—Entonces —continúa Elizabeth—, ¿las personas a las que preguntasteis por ello fueron Davey Noakes y lord Townes?

—Exacto. Lord Townes trabajó en un banco y conoce la forma tradicional de gestionar estas cosas...

—¿Y Noakes conoce la forma no tradicional? —dice Ron.

Holly asiente.

—Pensamos que era una buena combinación.

Pero Ibrahim ya adivina el problema.

—¿Les comunicasteis la cantidad?

—Es posible que se nos escapara, sí —responde Holly.

—Así que Nick accede a hacer caja con esos trescientos millones de nada y, de pronto, alguien trata de asesinarlo —resume Ron.

—Y luego desaparece —dice Holly.

Elizabeth tiene algo en mente.

—¿Puedo hacerte una observación, Holly?

—¿Si le digo que no servirá de algo? —replica ella.

—Pareces muy interesada en encontrar a Nick, ¿no?

—Claro que me interesa encontrarlo.

Elizabeth continúa:

—Pero no pareces muy preocupada por que alguien intente acabar también con tu vida... Si yo me encontrara en tu situación, no me lo quitaría de la cabeza. De hecho, pediría protección a gente como nosotros, por ejemplo.

—No me conocen de nada —replica Holly—. No me asusto con facilidad.

—Si lord Townes o Davey Noakes pusieron una bomba en el coche de Nick —dice Elizabeth—, ¿por qué no iban a poner una también debajo del tuyo?

—¿Pues quizá porque encontraron el código de Nick? —aventura Holly—. No han averiguado el mío, así que no tienen motivo para matarme.

—Pero ¿ese código no lo tienes escrito en alguna parte? —pregunta Joyce—. Los míos siempre los apunto.

—Códigos, contraseñas, claves —dice Ibrahim, intentando parecer enigmático.

—Los tiene nuestro abogado —explica Holly—. Por si alguno de los dos se muere.

—Entonces ¿tu abogado también sería sospechoso? —la interroga Ibrahim.

—El abogado no sabe que los tiene —contesta Holly—. Lo único que sabe es que, en caso de muerte de uno de los dos, tiene que transmitirle algo al otro. Ese hombre es un pobre diablo.

—A ver si lo entiendo. Si Nick muere, ¿recibes su código? —pregunta Ron. Ibrahim se alegra de que su amigo lo haya preguntado. Holly no asistió a la boda; Holly parece ser la única persona que podría beneficiarse de la muerte de Nick; y Elizabeth tiene razón: no se la ve preocupada por que el responsable, hombre o mujer, de haber puesto la bomba en el coche de Nick pueda hacerle lo mismo a ella. ¿Podría deberse a que Holly fue quien la puso?

—No está muerto —afirma Holly—. Lo encontraremos juntos.

«¿Y luego qué, Holly Lewis?», piensa Ibrahim.

—No quiero ser macabra —dice Joyce—, pero ¿quién recibiría los códigos si morís los dos? ¿A quién se los pasaría el abogado en tal caso?

Holly se vuelve hacia Joyce.

—¿Por qué me pregunta eso?

Joyce no se espera tal reacción.

—Yo solo... Lo siento en el alma. No quería ofender. Solo me lo preguntaba.

—No —dice Holly—. La pregunta es por qué lo quiere saber usted en concreto, y no cualquiera de sus amigos.

—Yo solo... —balbucea Joyce—. Solo he pensado que llevaba un buen rato sin decir nada. Intentaba ayudar.

—Ya ayudabas, Joyce —interviene Ibrahim—. Holly está muy estresada ahora mismo. Estoy seguro de que ha saltado sin mala intención.

—Bueno, ¿quién recibe los códigos? —pregunta Elizabeth.

—Para ser sincera, no lo sé —responde Holly, que parece recobrar el aplomo—. Ni idea.

Si se le preguntara a Ibrahim, a quien no hay nada que le guste más que descifrar las claves del alma, diría que Holly miente. Eso sí, por qué motivo en concreto, eso no sabría decirlo.

—Si de verdad no lo sabes —insiste Elizabeth—, deberíais empezar a plantearos apuntar esos códigos en un sitio de la máxima seguridad, para que alguien de la confianza de ambos pueda encontrarlos si morís los dos.

—Igual es un poco tarde ya para Nick —señala Ron—. Pero, si te apetece, puedes darme tu código...

—Nadie va a morir —zanja Holly—. Y, si me disculpan, voy a dejarlo aquí por esta noche. Les he dado toda la información de que dispongo. Tienen mi número, si Nick da alguna señal.

—Por supuesto —dice Ibrahim—. Ha sido todo un detalle que hayas venido a vernos.

Holly se pone de pie y se pasa el asa del bolso por el hombro. Ibrahim ve que Joyce se siente culpable por el peso de los *brownies*. Es lo que ocurre cuando uno se pone a cocinar con resaca, Joyce.

Holly estrecha la mano con gesto envarado a Elizabeth e Ibrahim, y luego rechaza los abrazos de Joyce y Ron. Se dirige a la salida, escorada hacia un lado por el peso del bolso. La pandilla la observa mientras se marcha. Esperan hasta que no pueda oírlos.

—Yo ya sabía lo que era el almacenamiento en frío —afirma Ibrahim.

—Alguien quiere hacerse con esos Bitcoins —dice Elizabeth.

—Y está dispuesto a matar por ellos —añade Ibrahim.

—Pero Holly tenía razón —señala Joyce.

—¿Razón en qué, Joyce? —A Elizabeth no le gusta que le corten el hilo de los pensamientos.

—¿Por qué iban a intentar matar a Nick si no conocen su código? ¿Por qué ponerle una bomba en el coche? Si fuera yo, lo secuestraría y lo torturaría.

—Qué tiempos cuando todavía eras una cándida, Joyce —comenta Ibrahim.

—Si quisieras robar el dinero —continúa Joyce—, no lo intentarías matar. Intentarías sonsacarle el código.

—A menos que asesinarlo fuera la manera de conseguir el código —sugiere Elizabeth.

Y eso es exactamente lo que Ibrahim está pensando. Todos están en la misma onda.

—El abogado —interviene Ron mientras coge la chaqueta del respaldo de su silla—. Es una solución inteligente. Al final todo queda en manos de esos picapleitos, ¿no? No me extrañaría que fuera el mismo que se ocupó de mi primer divorcio.

Bueno, quizá Ron no esté en la misma onda.

—Creo que me largo a casa —sigue él—. Pauline está cuidando de Kendrick. Podéis encargaros vosotros de atrapar al abogado.

—Ron, los abogados no siempre son malvados —dice Joyce. Luego añade—: Si Holly ha matado a Nick, entonces es que ya se ha hecho con su código.

—Un código que vale trescientos cincuenta millones de libras —recuerda Ibrahim—. Se me ocurren pocos móviles mejores.

—Un momento, ¿la bomba la puso Holly? —se extraña Ron, que no acierta a ponerse la chaqueta y descubre ahora que tiene una manga del revés—. ¿La misma mañana de la boda?

—La verdad es que me he preguntado por qué no asistió —dice Joyce—. Supuestamente son todos amigos. Aunque imagino que no iría a una boda al rato de haber puesto una bomba debajo del Volvo del padrino del novio, ¿no?

—Es un Lexus, Joyce —la corrige Ibrahim—. Pero tienes toda la razón.

—Y ahora —le sigue el hilo Elizabeth—, después de haber fallado, Holly nos pide que la ayudemos a encontrar a Nick Silver.

—O que se lo entreguemos en bandeja de plata —puntualiza Ibrahim.

—Sin duda, si el código era secreto —continúa Elizabeth—, no tendría ningún sentido que Davey Noakes hubiera puesto la bomba. Ni tampoco lord Townes.

Joyce asiente.

—Fue Holly Lewis quien puso la bomba.

Ron no se lo traga.

—Apuesto a que fue el abog...

Sienten la explosión antes de oírla. Una ráfaga de aire los derriba de sus sillas. Y luego los ruidos, un gran trueno, seguido de una serie de estruendos. En la calle, el cielo nocturno queda iluminado

por llamas de un intenso naranja. Elizabeth es la primera en ponerse de pie, y avanza a todo lo que dan las piernas hacia la puerta y el calor abrasador que llena el aire de la noche. Los vecinos asoman la cabeza desde las ventanas de sus casas y todos miran lo mismo. Los restos de un coche reventado a unos pasos del aparcamiento para visitantes. Y Elizabeth sabe de qué visitante ha de tratarse. Joyce e Ibrahim están detrás, muy cerca. Ron se ha quedado un poco rezagado. El calor se torna insoportable cuando Elizabeth llega a los restos de lo que fue el Volkswagen Beetle de Holly.

Y el dolor, a medida que se acerca, también se vuelve insoportable, pero hace tiempo que Elizabeth siente el dolor de una forma distinta. Lo insoportable es la norma en su vida.

—¡Apártate! —le grita Ibrahim—. ¡Está muerta!

«Ya sé que está muerta —piensa Elizabeth—. Puedo ver que está muerta.» Habrá sido instantáneo. Algo es algo.

—No vas a poder salvarla, Elizabeth —le grita Joyce.

«No intento salvarla. Intento resolver un crimen.»

Y entonces lo ve, fundiéndose ya con la carrocería derretida del coche.

El móvil de Holly. Envolviéndolo con su pañuelo, agarra el móvil, caliente como el fuego, y lo arroja lejos de las llamas. El móvil está destruido, pero, si ha llegado a tiempo, la tarjeta SIM habrá sobrevivido. Siempre contienen algún detalle útil.

Entonces ¿también querían matar a Holly Lewis?

Elizabeth sabe lo que le ha dicho Nick y sabe lo que le ha dicho Holly. ¿Quizá el teléfono le cuente una historia distinta? Necesita información. Sobre el Complejo. Sobre Davey Noakes. Sobre lord Townes.

Alguien está dispuesto a matar por esa fortuna. Pero ¿quién?

20

Paul Brett sale de debajo del agua y Joanna sonríe al ver a su guapo marido.

Joanna y Paul están tomándose el prometido champán en el prometido *jacuzzi*, en la terraza de una cabaña de lujo escondida en los bosques de un gran hotel de campo. La finca es tan grande que el *jacuzzi* se encuentra en el norte del condado de Dorset y el bufé del desayuno en el sur del condado de Somerset.

—Pero ¿estás preocupado? —pregunta Joanna—. ¿Por Nick?

—No sé —responde Paul—. En realidad no es mi mundo, todo eso.

Joyce ha llamado a Joanna hará una hora y, después de una interminable divagación sobre gatos de porcelana, le ha hablado de la bomba que alguien puso debajo del coche de Nick.

—Seguro que me escribirá enseguida —dice Paul—. Estará en alguna actividad de formación o algo por el estilo, para poner a prueba las debilidades de su sistema.

—¿En el Complejo? —pregunta Joanna—. No me ha quedado del todo claro qué es.

—Almacenamiento en frío —dice Paul—. En lugar de almacenar los secretos en ordenadores, donde los *hackers* podrían piratearlos, los metes en una cámara acorazada subterránea donde sea imposible robarlos. Es muy habitual.

—¿Un búnker subterráneo en el que puedes enterrar tus secretos? —reflexiona Joanna—. Me figuro que será habitual entre criminales, ¿no?

—Supongo —conviene Paul—. O quizá entre gestores de fondos de cobertura...

Joanna le saca la lengua.

—Quien más quien menos tiene algún secreto, ¿no? —dice Paul—. Por eso el negocio les ha funcionado tantos años. Son muy rigurosos en su trabajo, Nick y Holly.

—¿Y no has tenido noticias de Holly? —pregunta Joanna—. Una cena con esos cuatro puede ser un calvario.

—Holly puede con todo.

—¿Seguro? —inquiere Joanna—. ¿Por qué no la he conocido? Me has presentado a casi todos tus amigos. Y siendo ella tan maravillosa como cuentas...

—Cosas que pasan —responde Paul—. No se ha dado la ocasión, simplemente.

Joanna apura la copa de champán y alarga la mano para coger otra botella.

—¿Es guapa y está coladita por ti?

—No —dice Paul.

Joanna descorcha la botella.

—¿No, no es guapa? ¿O no, no está coladita por ti?

—Ni lo uno ni lo otro —contesta Paul—. Su aspecto físico es irreprochable, según los estándares femeninos. Aunque, por más impresionante que sea, tendría que ser una mujer de una magnitud completamente distinta para plantearse siquiera enamorarse de mí. Tendría que ser una enajenada de alguna clase. O un monstruo. Ya sabes de qué tipo de mujer te hablo.

Joanna pasará un par de horas esta noche en internet para ser ella la que dicte sentencia al respecto. Ahora sonríe.

—No quería chincharte. De verdad, tengo muchas ganas de conocerla.

—Pues tendrás que esperar sentada.

—Me levantaré para hacerle una reverencia cuando nos veamos —dice Joanna—. Y le diré que estoy encantada de conocer a la amiga de aspecto irreprochable de mi marido. —Llena la copa de Paul—. ¿Cuándo te preguntó Nick por Elizabeth?

—La mañana de la boda. Le había contado algunas historias de tu madre, de la pandilla. Quería saber si eran verdad.

—Me temo que lo son —afirma Joanna—. Si pueden ayudar, lo harán. Te lo aseguro.

Se deslizan un poco más bajo la espuma.

—Esto es vida —dice Paul.

—¿Sabías que los *jacuzzis* son criaderos de bacterias? —comenta Joanna.

—Feliz luna de miel, preciosa —dice Paul, y brindan con las copas.

El teléfono de Paul vibra sobre el lateral del *jacuzzi*. Ambos se miran. Paul se seca la mano con una toalla y lo coge. Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Te lo dije —murmura Paul—. ¿No te lo dije? Es Nick.

—Gracias a Dios —se alegra Joanna—. ¿Qué se cuenta? ¿Por qué no te ha llamado en vez de enviarte un mensaje?

> Paul, soy yo. Tengo que esconderme un tiempo,
> pero no estés preocupado. Sigo a salvo.

—Dios —dice Joanna—. ¿Dónde está? Contéstale.

Paul escribe:

> ¿Podemos ayudarte?
> En lo que sea.

—Le contaré a mamá que ha dado señales de vida —dice Joanna.

Llega otro mensaje.

No hace falta, querido gurú.
No pasa nada. Solo quería
que supieras que estoy vivo.

—Dile que te llame —insiste Joanna—. Elizabeth querrá detalles.

Paul envía otro mensaje a Nick. Joanna empieza a teclear un mensaje a su madre para darle la buena noticia. Nick responde a Paul.

No puedo llamarte esta noche. Más adelante, sí.
Eterna no será la espera.

—De hecho, voy a llamar a mamá —dice Joanna—. Igual todavía están con Holly. Todos se alegrarán de saberlo.

Paul levanta un dedo.

—Un segundo.

Joanna espera.

—Él nunca me llama Paul. Ya lo sabes, me llama Paolo. Yo lo llamo Nico. Lo hacemos desde la universidad.

Es verdad. Da vergüenza ajena, la típica cosa a la que intentas no dar importancia al principio de una relación y esperas que, con los años, te resulte entrañable.

—Pues ahora te llama Paul —dice Joanna—. A ver, la situación es seria. Quizá piensa que llamarte Paolo es un poco frívolo, ¿no?

—Esto es rarísimo —dice Paul—. Igual no es él. ¿Te parece una locura pensarlo? Quizá alguien tiene su móvil...

Joanna reflexiona, con el champán en una mano y el móvil en la otra.

—Pregúntale algo que solo sepáis los dos —propone—. Lo que sea. Aunque sea una bobada. Pero que te sirva para confirmar que es él. Y así te quedas tranquilo.

Paul asiente y empieza a escribir en la pantalla.

Nico, solo por precaución. Sé que lo entenderás. ¿Qué nombre le pusimos a nuestro primer coche, el Vauxhall Nova?

—Lo llamábamos Imán de Chicas —le explica Paul a Joanna, un tanto avergonzado.

—¿Y lo era?

—No mucho —admite Paul—. No mucho.

Se oye otro aviso de mensaje entrante. Paul lee la respuesta en voz alta.

Esa pregunta no es inocua, tronco. ¿Pones a prueba nuestra amistad? ¿Te hago saber que estoy bien y me lo pagas así?

—Esto no me gusta nada —dice Joanna.

—A mí tampoco —conviene Paul, mientras vuelve a escribir.

Vamos, Nico. Solo quiero asegurarme de que seas tú. Sígueme el juego.

—Si es él de verdad, no hay ninguna razón para que no te lo diga —afirma Joanna.

—Exacto.

Otro aviso.

Hostia, Paul. Ya te lo insinué. Vete al cuerno. Cuando más te necesito, ¿vas y me vienes con estas? Los dos sabemos el nombre del coche. Deja de hacer el idiota y dile a la gente que estoy bien.

—No es él —dice Paul.

—No es él —repite Joanna.

—Lo que significa que alguien se ha apoderado de su móvil —señala Paul.

—Y ese alguien que tiene su móvil también lo tiene a él —aventura Joanna—. Voy a llamar a Elizabeth.

Se oye otro pitido. Es otro mensaje de Nick.

> Lo siento si te he ofendido, Paul. Pensaba que éramos amigos, desde los tiempos de nuestro fancín. ¿Cómo es posible que ya no pueda confiar en ti? Voy a desconectar del todo.

Joanna y Paul se miran. Ella toca la pantalla de su móvil.

—Elizabeth no me ha contestado. Voy a probar con mamá.

Paul envía otro mensaje mientras ella le escribe a su madre. El mensaje da error.

—Madre mía —dice Paul—. ¿Quién me ha enviado estos mensajes?

—Mamá tampoco contesta. ¿Dónde estarán? En fin, haz una captura de esos mensajes. Tenemos que encontrar a Nick.

—Ya estoy haciendo las capturas —dice Paul—. Las enviaré directas a la policía.

Joanna le pone una mano sobre la suya.

—Si te soy sincera, sin ánimo de desprestigiar a la policía, todo irá mucho más rápido si se los enseñamos a Elizabeth.

21

El armazón del coche sigue despidiendo un fulgor anaranjado en la oscuridad de la noche mientras se enfría, pero las llamas ya han desaparecido, igual que la mayoría de los curiosos que las contemplaban. El espray de las mangueras de los bomberos permanece suspendido en los haces de luz enfocados a la puerta del conductor.

Los cuatro amigos se hallan detrás del cordón policial, observando las siluetas agachadas de los policías que escudriñan los restos del coche. Al otro lado del vehículo, un poco más lejos, hay una pequeña carpa, iluminada desde dentro, en la que muy probablemente estarán examinando el cadáver de Holly Lewis. Holly, la mujer que hace tan solo un par de horas estaba bebiendo del vino al que la habían invitado y respondía a regañadientes las preguntas que ellos le hacían.

Ron le ha pasado un brazo a Joyce por la espalda. Su amiga tiene frío, pero también está conmocionada. Ron mira a Elizabeth y sabe que se muere de ganas de pasar por debajo del cordón policial y sumarse a la investigación. Los policías tal vez encuentren muchas cosas en el coche, pero él sabe que no encontrarán el móvil de Holly, porque lo que queda de este está actualmente en el interior del bolso de Elizabeth.

Dos agentes se acercan al grupo. Le da pena comprobar que no son Chris y Donna, sino un chaval pelirrojo y una mujer asiática. Ninguno de los dos parece muy interesado en hablar con ellos. La

mujer asiática, con pinta de tener más rango, los interroga sin preámbulos.

—Soy la inspectora Varma. Me han dicho que la víctima estaba cenando con ustedes cuatro esta noche.

Elizabeth levanta una mano para indicar a los demás que no hablen.

—¿Y bien? —dice la inspectora Varma.

—¿Y bien, qué? —replica Elizabeth—. No nos ha hecho ninguna pregunta.

—Sí lo he hecho.

—No, ha declarado algo que le han dicho.

La inspectora Varma asiente.

—¿Puede corroborar mi declaración?

—Habíamos pensado que podrían tocarnos Chris y Donna —interviene Joyce—. A menudo, cuando hay asesinatos, Chris y Donna los investigan. Nos conocen.

—Pues qué suerte la de mis compañeros —dice la inspectora.

—Chris está haciendo un cursillo de formación en manejo de armas de fuego —explica Ibrahim—. Pero a lo mejor ustedes dos nos sirven. Quizá deberíamos fraguar entre todos una hermosa amistad.

La inspectora Varma mira a su compañero pelirrojo y luego se vuelve de nuevo hacia Ibrahim.

—Me temo que no, caballero. No haremos eso.

—Eso fue lo que nos dijeron Donna y Chris al principio —replica Joyce—. ¿Les gustaría pasarse luego por mi casa a tomar un tentempié? He hecho *brownies*, pero me han salido un poco mazacotes...

—Somos la policía —repone la inspectora Varma—. No sus cuidadores. Solo necesito información y he pensado que este sería el

sitio más rápido donde recabarla. Así que no necesito que sean encantadores conmigo. Lo que necesito es que sean rápidos.

—Holly Lewis, cuarenta y cinco años, vecina de Lewes —enumera Elizabeth—. Ha venido a Coopers Chase a cenar con algunos de los residentes.

—¿Ustedes cuatro? —Esto lo ha dicho el compañero pelirrojo.

—¡Anda, pero si sabes hablar! —dice Elizabeth—. Sí, nosotros cuatro.

—¿Y de qué hablaron? —pregunta la inspectora.

—Madre mía, de esto y...

—Y de lo otro —completa Joyce.

—¿Nada que pueda explicar lo ocurrido? —inquiere la inspectora.

Ron está muy a favor de no hablar con la policía en general. Aunque, eso sí, se pregunta ahora si, dados los insólitos acontecimientos de esta noche, deberían tener una charla con Chris y Donna en algún momento. Y eso, a su vez, le hace imaginarse a Chris Hudson con un arma y se le escapa una carcajada involuntaria.

—¿Le resulta esto divertido, caballero? —pregunta el pelirrojo—. ¿Quizá le apetezca echarse unas risas en el furgón policial?

—Ay, colega —dice Ron—. No les llegas ni a la suela de los zapatos a los muchos maderos que me han hostiado en furgones policiales.

La inspectora Varma se vuelve, para gran sorpresa del mocoso pelirrojo, y luego les hace un gesto a los cuatro.

—Es la una de la madrugada. Tenemos que marcharnos directamente a la comisaría para iniciar la investigación. Estoy cansada y una mujer acaba de morir, así que no puedo perder el tiempo de esta manera. Lo siento. ¿Qué estaba haciendo la fallecida aquí y qué saben todos ustedes de ella que yo no sepa? En frases cortas.

—Inspectora Varma —dice Elizabeth—. Lo siento, pero no tenemos ni idea de nada. Era una reunión social.

Ron debería llevarse mañana a Kendrick a los columpios o a algo divertido, lo que sea, pero sabe que tendrán la reunión del Club del Crimen de los Jueves. Porque esté donde esté esa instalación de almacenamiento, Elizabeth querrá encontrarla antes de que lo hagan la inspectora Varma y Ed Sheeran. En ese sitio, en alguna parte, hay trescientos cincuenta millones de libras y, casi con toda seguridad, la respuesta de quién mató a Holly y dónde está ahora Nick Silver.

—Me han contado que ha sido usted muy valiente —comenta la inspectora a Elizabeth—. ¿Ha intentado sacar a Holly del coche?

—He llegado demasiado tarde —contesta Elizabeth—. Ha sido la adrenalina. No pensaba que me quedara.

—Imagino que no habrá encontrado el móvil de Holly, ¿no? —inquiere la inspectora—. Seguramente es lo que mejor nos vendría localizar ahora mismo. Teniendo en cuenta lo poco que sabemos.

—Se derriten —dice Elizabeth—. Estoy segura de que encontrarán todo lo que necesiten en los ordenadores de su casa.

A esta dupla le llevará un tiempito recorrer ese camino. Entretanto, Elizabeth disfrutará de lo lindo con la tarjeta SIM de Holly.

Ron ve que Joyce saca su móvil del bolso y da un respingo discretísimo. El pelirrojo también se fija.

—¿Hay algo que quiera contarnos, señora?

Joyce vuelve a guardar el móvil y dice que no con la cabeza.

Se han alejado un poco y el coche ya no se ve. Unas pocas volutas de humo sobre Ruskin Court, el zumbido grave del generador de la policía y el regusto metálico del aire son los únicos vestigios del horror de esta noche. Ron ve que Pauline camina hacia él. Lleva de la mano a Kendrick, con cara de sueño. Los abraza a los dos.

—No se dormía —dice Pauline.

—Ha sido por el ruido —explica el niño—. Hola a todos. ¿Os acordáis de mí?

Todos coinciden en que se acuerdan de él y Kendrick queda satisfecho.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunta—. Pauline no lo sabía.

—Una bomba de la guerra —contesta Ron. Mira a los agentes de policía y estos por lo menos tienen la decencia de asentir.

—A veces estallan después de muchos años —afirma la inspectora Varma.

—¿Y por eso ha venido la policía?

—Sí, para asegurarse de que todo el mundo está bien —dice Joyce.

—¿Y todo el mundo estaba bien? —pregunta Kendrick.

—Todo el mundo está perfectamente —responde Joyce—. Pero a Alan no le ha gustado el ruido.

—A los perros no les gustan los ruidos fuertes —le comenta Pauline a Kendrick.

—A mí tampoco —contesta él.

—¿Te llevamos a casa? —pregunta Ron—. Igual te apetece un chocolate a la taza...

—Mmm... ¿Un chocolate a la taza a la una de la madrugada? —dice el niño—. ¿Está permitido?

La inspectora Varma se da cuenta de que la pregunta va dirigida a ella y asiente para dar su autorización.

—Nos vemos por la mañana, Ron —dice Elizabeth—. A primera hora.

Claro que se verán, piensa Ron. Coge a Kendrick de la otra mano y con Pauline lo lleva de vuelta al apartamento, dejando atrás a los demás miembros de la pandilla.

¿Así que a Kendrick lo ha asustado un ruido fuerte? Eso es una novedad. Suzi todavía no ha aparecido. Jason recogerá a Kendrick el domingo. ¿Por qué no puede venir Suzi y llevárselo ella?

Kendrick tira de su mano.

—¿Has estado en una guerra, abuelo?

—La huelga de los mineros de 1974 —contesta Ron.

Kendrick asiente.

—Pero ¿por qué hicieron huelga los mineros?

Ron siente que se le hincha el pecho.

—Deja que te cuente algunas cosas sobre el tardocapitalismo, Kenny.

—¡Bieeeen! —exclama Kendrick.

Sábado

22

Nada sería más natural que pensar que reina la felicidad en el mundo.

Luce el sol y los pájaros trinan mientras Ron y Bogdan aguardan sentados en unas sillas de jardín florales en la terraza de uno de los traficantes de éxtasis más prolíficos de la historia criminal del Reino Unido.

—¿Estás soltero? —inquiere Davey Noakes cuando su mayordomo saca tres botellas de cerveza en una bandeja. Mal que le pese, Ron advierte que en la bandeja también trae una pistola.

—¿Yo? —pregunta Ron—. No, lo siento. Y soy hetero.

—Nadie lo es realmente —replica Davey—. No en lo más hondo de su ser.

—Pues creo que yo sí lo soy —dice Ron, y se encoge de hombros como si se disculpara por ello.

—Supongo que me alegro por ti —contesta Davey—. A la larga te ahorra muchos problemas en la vida. Te pediría salir, te sentirías obligado a decir que sí...

—O me matarías —dice Ron, mirando la pistola. Coge una cerveza y le da las gracias al mayordomo con una inclinación de la cabeza.

—O te mataría —confirma Davey, pasándole otra botella a Bogdan.

—Salud —dice Bogdan.

—Jugaría contigo un par de semanas —prosigue Davey—. Luego me aburriría, te echaría la culpa y seguramente contrataría a alguien

para que te atropellara. La idea no sería matarte, pero sí dejarte un motivo para que te acordaras de mí. Dicen que las relaciones de pareja han cambiado, pero ciertas cosas no cambian nunca.

—Yo tampoco estoy soltero —comenta Bogdan.

—Eso ya lo sé, príncipe grandullón. —Davey coge su botella y la pistola de la bandeja. El mayordomo se retira—. Sales con esa agente de policía, ¿no? Los opuestos se atraen, ¿eh? ¿Le has dicho que veníais a verme hoy?

—Le he dicho que tenía un asunto con Ron —responde Bogdan—. No tengo la obligación de contárselo todo. Soy un hombre independiente.

Ron se ríe al oírlo.

—Entonces, cuando aparezcáis los dos en un canal con una bala en el cráneo —dice Davey—, ¿ella no se presentará aquí preguntando por Dave de la Rave? Me alegra saberlo.

La gente no suele asustar a Ron, pero este hombre sí lo hace. Es una suerte que Bogdan lo haya acompañado. No los matará a los dos, ¿no? No de una sentada, por lo menos.

Davey señala las botellas con la cabeza.

—¿Alguien tiene inconveniente en desayunar cerveza?

Todos las levantan para brindar. No, nadie tiene inconveniente en desayunar cerveza.

—¿Cómo le va a tu hijo, Ron? —pregunta Davey.

—Todo bien —dice Ron. Ya se ha acostumbrado a que cada delincuente de la costa sur del país conozca en persona a Jason. Prefiere no darle demasiadas vueltas. Jason se ha matriculado en un cursillo de teatro en Hastings. No se habría apuntado a teatro si todavía estuviera ganando dinero con asesinos y narcotraficantes, ¿verdad?—. Se ha apuntado a teatro este año.

—Antes era un tío genial —comenta Davey—. Pero eso nos pasa a todos, ¿no? Os doy cinco minutos para que despertéis mi interés, chicos. Perdonad lo de la pistola, pero ambos tenéis fama, cada cual a su manera.

—Holly Lewis —declara Ron—. Vino a verte.

—Sí —reconoce Davey—. Esa mujer es de lo que no hay.

—Y anoche murió —añade Bogdan—. Le pusieron una bomba.

—Eso he oído —dice Davey—. La noticia, claro, no la explosión.

—Y nos preguntábamos —continúa Ron— si quizá había una relación entre ambos hechos.

—Yo no voy matando a todo el mundo —dice Davey—. No tendría tiempo suficiente... Esa mujer solo quería que la aconsejara. Acudió al tío Davey.

—¿Quería consejo sobre los Bitcoins? —pregunta Ron.

Davey mide a Ron con la mirada. No es la primera vez que lo «miden», pero esta vez tiene la sensación de que le están tomando las medidas para el ataúd.

—Eso dependerá de lo que sepas del asunto —dice Davey—. Y de cómo te hayas enterado.

—Sabemos que hay trescientos cincuenta millones de libras esperando en un papelito en el Complejo —cuenta Ron—. Sabemos que Holly y Nick se plantearon finalmente hacer caja y que acudieron a ti y a otra persona en busca de asesoramiento.

—Y ahora Holly va y se muere —concluye Bogdan—. Una explosión de cuidado. No hay mucha gente que se maneje tan bien con los explosivos. Yo sí, por supuesto. Me chiflan los explosivos... ¿A ti también, quizá?

—No odio los explosivos, desde luego.

—Y Nick Silver ha desaparecido —añade Ron.

Davey da un buen trago a su cerveza.

—¿Quién era la otra persona a la que fueron a ver?

—Ni idea —responde Ron.

—Vale —dice Davey—. ¿Y cuál sería el motivo? ¿Por qué la he matado?

—El motivo serían trescientos cincuenta millones de libras —dice Ron.

—Un gran motivo —añade Bogdan.

—No niego que esos milloncejos me vendrían de perlas —reconoce Davey—. Pero ¿cómo iba a hacerme con ellos?

—La caja fuerte está cerrada con una clave —explica Bogdan—. Holly tenía una mitad del código, y Nick, la otra mitad.

—Averiguaste la mitad de Holly —indica Ron—. Ella la tenía apuntada en algún lado. A ti no hay sitio que se te resista. Así que ahora solo necesitas la mitad de Nick. Quizá estés trabajándotela ahora mismo... Quizá tienes encerrado a Nick por aquí, con una pistola en la sien.

—Y entonces el dinero será todo tuyo —resume Bogdan.

Davey asiente.

—Habéis resuelto el caso, chicos. Pero ¿no os preocupa que os mate ahora? ¿Por haberlo resuelto todo?

—Sí, me preocupa un poco —admite Ron, mirando el arma.

—Si matas a Ron, te mato yo —dice Bogdan.

—¿Con qué? —pregunta Davey.

—Con estas manos —contesta Bogdan.

—Sí, por favor. Qué manera de palmarla —dice Davey—. ¿Y si te mato yo a ti?

—Entonces Elizabeth te matará —responde Bogdan.

—¿Quién es Elizabeth?

—No te conviene saberlo —dice Bogdan.

—Igual la mato también a ella.

—No podrás —replica Bogdan—. Solo Dios puede matar a Elizabeth.

—E incluso él se lo pensaría dos veces —añade Ron.

Davey los mira por turnos, como si estuviera barajando opciones.

—Me caéis bien —expone al final—. Sois unos idiotas, pero me caéis bien. Digamos que no os mataré por haberos presentado en mi casa a acusarme de un asesinato. Normalmente os habría liquidado solo por eso.

—Davey —dice Ron—, ¿cuándo vinieron Holly y Nick a verte?

Se lo piensa.

—El martes. Acababa de volver de la clase de aquagym.

—Así que el martes Holly te habla del dinero y anoche muere. Vamos... Es normal que sospechemos de ti.

—¿Esa es vuestra teoría? —pregunta Davey—. Vale, lo pillo. ¿Le veis algún punto flaco?

—No, ninguno —responde Ron, pero por dentro está empezando a vacilar. ¿Quizá sí que tiene puntos flacos? Ron no siempre es el primero en verles los fallos a las teorías. Eso sí, nunca te muestres inseguro. Si te muestras inseguro, el adversario ya te ha vencido.

—Te diré por dónde hace agua tu teoría —dice Davey. Ron se prepara para tomar notas mentales. Elizabeth querrá un informe completo—. Alguien le pagó a Nick y Holly veinte mil libras en Bitcoins hace más de diez años. ¿Y me estás diciendo en serio que no me enteré del asunto hasta este martes?

—Eso es lo que te estamos diciendo —contesta Ron. «No des un paso atrás», se dice para sus adentros—. Y que esos dos nunca se lo habían contado a nadie.

Davey asiente y toma otro trago de cerveza.

—¿Qué clase de persona podía haberles pagado veinte pepinos en Bitcoins hace tantos años? —pregunta Davey—. ¿Tú qué crees?

—Pues... —empieza a decir Ron, pero descubre inmediatamente que no podrá terminar la frase. Mira a Bogdan, y este se encoge de hombros.

—Tiene pinta de ser el tipo de cosa que haría un experto en ciberseguridad —opina Davey—. Tal vez con un pasado criminal, algunos secretos que necesitara ocultar. Alguien así... ¿No os parece?

—Y...

—Pues que el dinero se lo di yo —continúa Davey—. Hace todo este tiempo. Lo sabía entonces y lo he sabido desde hace una década. Cada vez que me encontraba con Nick o con Holly hablábamos del asunto. Ellos hacían sus sumas y yo les decía que aguantaran. No me enteré este martes, mis valientes colegas. Lo he sabido desde hace más de diez años. Si hubiera querido robarles para recuperar mis Bitcoins, habría tenido veinte años para hacerlo. No habría sido un trabajo precipitado.

—Ah —dice Ron. A Elizabeth no le va a gustar esto.

—Yo les pagué ese dinero. Ellos no tenían por qué correr el riesgo de aceptarlo, pero lo hicieron. Me pareció admirable en su momento y me lo sigue pareciendo. Holly y Nick sabían correr riesgos. Si hubiese querido robarles el dinero, habría encontrado la forma hace mucho tiempo. Pero no quería robárselo. Ni esta semana ni ninguna. Además, si hubiera matado a alguien, no habría dejado ni el más mínimo rastro. Porque es así como mato yo a la gente. No les reviento el coche. Si me conocierais un poco, lo sabríais.

—Lo siento —se disculpa Ron.

Davey levanta la mano para quitarle hierro al asunto.

—Estaremos en paz si me decís a qué otra persona fueron a ver Holly y Nick para preguntar por los Bitcoins.

—Ya te lo he dicho —responde Ron—. No lo sé.

—Ya —dice Davey, y coge la pistola y apunta a Ron—. Pero estabas mintiendo, y los amigos no se mienten unos a otros.

—De verdad que no lo...

Davey dispara al aire y luego vuelve a apuntar a Ron.

—Por favor, tengo clase de zumba a las nueve. No me amarguéis la mañana.

El mayordomo de Davey aparece en la terraza desde el interior de la casa.

—¿Señor?

—Un disparo al aire —responde Davey.

—Recuperaré el casquillo —dice el mayordomo, antes de perderse en unos matorrales cercanos.

—Dímelo y punto —le exige Davey—. No mataré a nadie.

—Un lord —contesta Ron—. Banquero, otro cliente suyo.

—¿Lord Townes? —pregunta Davey.

—Puede ser, sí.

—Vale —dice Davey—. Ya me lo conozco, a ese guaperas. Un pedigüeño. ¿Habéis ido a verlo?

—Todavía no —responde Ron—. Pero lo haremos.

Esa visita le caerá seguramente a Joyce. La disfrutará.

—Pues os lo recomiendo —dice Davey—. Porque alguien tiene que haberla matado, y es injusto que solo sospechéis de mí, ¿no os parece? ¿Por qué no ha podido ser lord Townes? ¿O es que los lores no matan a la gente?

—Todo el mundo mata —señala Bogdan.

—Exacto. —Davey se queda mirando a Bogdan un momento—. ¿Por casualidad estás buscando trabajo, Bogdan?

—No —contesta él.

—Una pena —dice Davey, justo en el instante en que el mayordomo reaparece de entre los matorrales con un casquillo de

bala en la mano—. Amigos, voy a tener que dejaros marchar. Tenéis un gran misterio que resolver.

—Si fuiste tú, encontraremos las pruebas —afirma Ron.

—Ay, Ron. Eres un oso precioso —dice Davey—. Mira mi casa. A mí no me pillan ni muerto. Levanta todas las piedras que quieras. Nunca encontrarás nada.

—Siempre quedan piedras sin remover —repone Ron.

Davey se mira el reloj.

—En fin, tengo que largarme a la clase de zumba. Si no llegas temprano, te ponen al final de la sala.

Ron observa a Davey mientras este se encamina a su casa. De pronto se detiene y se vuelve.

—Hablando de remover piedras —dice Davey—. ¿Estáis completamente seguros de que Nick está muerto? —Levanta una ceja y entra en su preciosa casa.

23

—Esta debe de haber sido la luna de miel más corta de la historia —dice Joanna—. Me siento como Liz Truss en el número diez de Downing Street.

Paul esboza una sonrisa tensa.

—Lo siento, solo intento animarte —dice ella.

No han encontrado tráfico en la autopista durante casi todo el viaje, una de las ventajas de circular a las siete de la mañana. El pobre recepcionista de noche del hotel al que le han devuelto las llaves un día antes de lo previsto estaba convencido de que habían tenido una bronca tremenda. Cuando se marchaban, le ha preguntado a Joanna en voz baja: «¿Está usted bien?». Ella ha asentido y le ha dirigido una sonrisa tranquilizadora. Más sencillo que decir: «El mejor amigo de mi marido recién estrenado ha desaparecido y su socia comercial ha muerto como consecuencia del estallido de una bomba que alguien le puso en el coche, así que nos vamos para estudiar ciertos mensajes de texto con mi madre y una exespía».

—Mamá y Elizabeth sabrán qué hacer con los mensajes —dice Joanna.

Desde hace un tiempo, Joyce sabe qué hacer con un montón de cosas. Sigue siendo muy cargante, pero Joanna ha terminado por aceptar que solo se lo parece a ella. Sus amigos en la boda se quedaron fascinados con ella. Siempre la han querido. Pero también es verdad que sus amigos dicen cosas espantosas sobre sus madres,

cuando algunas de ellas son un encanto. Y Paul quiere a Joyce («porque todavía no la conoces», le dice Joanna). Ayer mismo, dijo: «Me parece que el glaucoma de tu madre se está curando».

—¿Crees que el coche seguirá ahí? —pregunta Paul—. El coche de Holly.

Joanna le pone una mano sobre la pierna.

—Mamá dice que ya no está. Estuvieron trabajando en esto durante toda la noche.

¿Qué está sintiendo Paul por Holly? Joanna no lo atisba. Está muy afectado por lo de Nick, eso sí lo ve. ¿Quizá tiene la sensación de que todo es culpa suya?

De momento, los sentimientos de su marido hacia Holly son un libro cerrado. Paul es un hombre muy franco, y las pocas veces que no ves cómo se siente exactamente por la cara que pone, te lo explica en voz alta. A Joanna le gusta saber en qué situación se encuentra, y siempre sabe en qué situación está con Paul. Pero una buena amiga suya acaba de morir de una manera espantosa, y Joanna no acierta a identificar los sentimientos que esta muerte ha despertado en su marido.

—Puedes llorar, ¿lo sabes? —dice Joanna—. O gritar... No a mí, sino por la ventanilla. Es verdad que no llegué a conocer a Holly, pero sé que esto tiene que ser terrible para ti.

Paul mira por la ventanilla.

—Hacía mucho que no la veía. Lo intenté varias veces, pero no se dio la ocasión.

Joanna lo entiende. Tiene buenos amigos a los que no ve en un año, pero luego, cuando se encuentran, retoman la conversación justo donde la dejaron la última vez que estuvieron juntos. Recuerda haberlo comentado con su madre un día, y haberlo hecho como supone que todo el mundo hace: hablando como si ella fuera el

único ser humano en todo el planeta que hubiera experimentado un fenómeno perfectamente habitual. Ese día Joyce le había dicho: «Cuando muere un amigo de toda la vida, te pones furiosa porque no habías terminado de decirle lo que le estabas diciendo».

La pandilla al completo se reúne esta mañana en casa de su madre. Joanna le ha hablado a Joyce de los mensajes de texto de Nick, pero no se los ha reenviado. Prefiere enseñárselos con Paul. Nick fue el padrino de boda de Paul. Su marido lo conoce, sabe cómo se expresa, sabe que esos mensajes no los ha enviado él. Es importante que Paul les transmita este hecho: lo que los amigos de su madre deduzcan de ello es cosa suya. Joanna ha hecho todas las preguntas posibles sobre la empresa de Nick y Holly, pero Paul, haya invertido en ella o no, no parece saber nada. Joanna no cree que le esté ocultando algo. Piensa, más bien, que Holly y Nick le ocultaron muchas cosas a él a lo largo de los años.

—¿Y si los dos están muertos? —pregunta Joanna.

—No digas eso, Jo —responde Paul.

—Lo digo por el negocio —replica Joanna—. ¿Qué pasa con la empresa?

—Sé que intentas distraerte pensando en el dinero —dice Paul.

Es verdad. Joanna no quiere pensar en cadáveres que arden envueltos en llamas. Las hojas de cálculo y los saldos de caja son mucho más fáciles.

Pero Paul ahora es dueño de un cinco por ciento de la empresa, y jamás se le ha ocurrido preguntar cuánto puede valer. Mirándolo con perspectiva, no tiene mayor importancia, pero sin duda es algo en lo que habrá que pensar...

Así pues, una luna de miel breve, en efecto, pero no todo el mundo tiene la suerte de ir a ver a su madre para hablar sobre asesinatos, ¿no? Y además con el hombre al que quieres a tu lado.

¿Habría ocurrido nada de todo esto si su padre siguiera vivo? ¿Mamá y los crímenes? Difícil saberlo, ¿no? Tal vez mamá y papá se hubieran mudado juntos a Coopers Chase. Y quizá Joyce habría conocido de todos modos a Elizabeth. Y esta habría podido presentarle a Ibrahim y Ron. A lo mejor la vida de su madre habría estado plagada de ladrones de joyas, espías, narcotraficantes y hombres que empuñan armas. ¿Su padre, con los pantalones de jardinero, haciendo el crucigrama mientras se desataba la locura a su alrededor? «¿Un té, papá?» «Solo si lo estás preparando.» «Mamá ha salido, ¿no?» «Está esquivando balas en un almacén.» «Qué bien. ¿Necesitas ayuda con el crucigrama?» «Siete, vertical, seis letras, pescado que empieza con L y termina con A.»

Las conversaciones a las que no dabas importancia y que nunca volverán. Echa una mirada a Paul. Está sumido en sus pensamientos. Le quedarían bien unos pantalones de jardinero.

—¿Qué piensas? —le pregunta Joanna. No es una pregunta que debería hacérsele normalmente a un hombre. Como regla general, si un hombre piensa algo que sea medio aceptable, te lo dirá, y si no, seguirá pensando a lo suyo sin decirte nada.

—Estoy pensando... —empieza Paul—. Espero que no te moleste que te lo diga. Estaba pensando que todo esto sería insoportable sin ti.

«No, no me molesta que me lo digas. No me molesta en absoluto.»

Joanna gira a la derecha y pasa por un puente conocido.

—¿Te importa que te haga una pregunta? Es posible que no sepas la respuesta.

—Pregúntame lo que quieras —dice Paul—. Hazme siempre todas las preguntas. Sin secretos.

Pasan por una vieja parada de autobús con la marquesina de madera.

—¿Qué pescado es? Seis letras, empieza con la L y termina con la A.

—Fácil —dice él—. La lubina.

Joanna sonríe y entran en el recinto de Coopers Chase. Los dos amantes traquetean ruidosamente sobre el guardaganado de hierro.

24

Danny Lloyd sale a la terraza de la habitación. El calor danza sobre su piel. Oye las campanadas de una iglesia en un pueblo vecino mientras observa el *green* del hoyo 15, abajo, donde dos parejas de jubilados ingleses embocan sus respectivos *putts* en un *foursome*. Había volado el viernes por la noche desde Gatwick. Dedicó buena parte del día a decidir qué iba a hacer. Primero, una charla con su abogado. La casa está a nombre de Suzi; no hay mucho que hacer al respecto. También preguntó por el testamento: si ella muere, todos sus bienes volverán a él. O, siendo más precisos, cuando ella muera, pero ese fue el tema de otra reunión.

Sin embargo, por más que Suzi esté chiflada, no es una estúpida, de modo que ese testamento, en su redacción actual, no durará mucho tiempo. Quizá el tiempo suficiente para que él pueda quedarse con todo. Si Suzi lo cambia antes de morir, así sea. Si no lo cambia, la ganancia será doble.

Encontrar a alguien que asesine a Suzi no será fácil. Si muere en los próximos días, solo habrá un sospechoso: él mismo. Necesita poner un montón de barreras de seguridad entre él y el sicario, el dinero deberá pasar por muchas manos, y cada una de esas manos se quedará con un pellizco. Pero Danny confía en alguien que confía en alguien que confía en alguien... Y Suzi tal vez sufra un accidente que levante las sospechas de la policía, pero las pistas les harán perseguirse la cola durante semanas hasta que terminen mareados y dejen de correr.

Jason Ritchie es mucho más fácil. Se ha granjeado infinidad de enemigos a lo largo de los años y se ha encontrado en suficientes situaciones delicadas: cuando aparezca su fiambre, la pobre policía tendrá que enfrentarse a varias páginas de sospechosos. ¿Figurará él entre los primeros cincuenta nombres? Danny lo duda. Con Jason, puedes dispararle desde un coche en marcha, abandonar el vehículo en la granja de un amigo y sentarte a tomar una cerveza al mediodía.

Una de las caras en el *green* del 15 levanta la vista y mira hacia el balcón. Le grita un saludo, y Danny se lo devuelve moviendo la mano. Danny ha olvidado cómo se llama, un traficante de anfetaminas de Billericay que disfruta de su jubilación en Portugal. Se ven muchas caras amigas por aquí.

Amigas, sí, pero conviene tener cuidado de todos modos. Danny vuelve a meterse en su habitación y cierra las cortinas. No quiere que corra la voz de que está aquí. Suzi y Jason Ritchie estarán muertos pronto, pero no hay que olvidar que si Jason Ritchie descubre su paradero, posiblemente se le adelantará.

Menudo negocio este. No hay nada igual.

25

Desde la ventana del apartamento de Joyce, Ibrahim puede ver a la gente que se dirige a la capilla para la misa del sábado. Algunos en pareja, pero en su mayoría solos. Algunos jorobados o encorvados, otros con bastón, avanzando despacio rumbo a bancos duros y palabras reconfortantes. Hay gente que ha ido a misa todos los fines de semana sin falta durante noventa años. Hoy, algunas de esas personas pasan por el lugar donde se cometió el asesinato incomprensible de una joven. Pese a ello, nada las detiene. Ibrahim nunca ha encontrado respuestas en la iglesia, pero ¿quizá esas personas se plantean otras preguntas? Todos intentamos encontrar el sentido a las cosas, y si en algún sitio te lo ofrecen, no te queda más remedio que aceptarlo.

Alan coge un caramelo de menta Polo de la mano de Ibrahim y se revuelca en el suelo de pura alegría. Cada cual tiene sus necesidades.

Están disfrutando de un té con tostadas. Joanna ha pedido café, pero Joyce le ha dicho que pensaba hacer té, a lo que Joanna le ha respondido que le valía la misma agua del calentador para hacer las dos cosas, por el amor de Dios, a lo que Joyce ha objetado que era demasiado engorroso hacer té y café al mismo tiempo, así que Joanna le ha dicho que iba a la cocina a hacerse el café ella misma, pero entonces Paul ha intervenido diciendo que por qué no hablaban antes de esos mensajes de texto, y Joyce ha sentenciado que serían seis tés antes de desaparecer en la cocina.

Joanna se los ha reenviado a Joyce cuando han llegado, y Joyce acaba de hacer lo propio con todos los demás. Empiezan a leer. Esos mensajes tienen muy mala pinta. A Ibrahim no le gustan las cosas mal hechas y este trabajo es de ínfima calidad.

> Esa pregunta no es inocua, tronco. ¿Pones a
> prueba nuestra amistad? ¿Te hago saber que
> estoy bien y me lo pagas así?
> Hostia, Paul. Ya te lo insinué.
> Vete al cuerno. Cuando más
> te necesito, ¿vas y me vienes
> con estas? Los dos sabemos
> el nombre del coche. Deja
> de hacer el idiota y dile a la
> gente que estoy bien.
> Lo siento si te he ofendido, Paul. Pensaba que
> éramos amigos, desde los tiempos de nuestro
> fancín. ¿Cómo es posible
> que ya no pueda confiar en ti? Voy a desconectar
> del todo.

—Hasta Alan vería que son falsos —comenta.

Alan, al oír su nombre, mueve la cola y asiente con la cabeza.

—Me preocupé al tercer mensaje —explica Paul—. Fue idea de Joanna lo de preguntarle el nombre del coche.

—Buena agilidad mental —dice Elizabeth. Si Joanna ha captado el elogio, no lo demuestra—. Es su teléfono, pero no es él.

—Así que alguien finge ser Nick Silver —concluye Ron—. ¿Significa eso que ya lo han matado? Lo siento, Paul.

—Si queréis saber mi opinión... —empieza Joanna.

—Claro que sí —salta Joyce desde la cocina.

—Si estuviera vivo, podrían haberle preguntado el nombre del coche, en vez de cabrearse y luego desaparecer. Eso me dice que lo han matado. Lo siento, Paul.

Ibrahim ve que Elizabeth asiente. Es evidente que piensa lo mismo, pero aun así se alegra de que no haya sido ella quien lo ha dicho.

—¿Y ahora qué? —pregunta Paul.

—Tengo una pregunta para ti, Paul —dice Elizabeth—. ¿Puedo?

—Faltaría más —accede Paul—. Es la primera vez que me interroga una exespía.

—Un espía nunca deja de serlo por más que se haya jubilado —señala Elizabeth—. ¿Sabías que Holly y Nick tenían una caja fuerte en el Complejo que contenía trescientos cincuenta millones de libras en Bitcoins?

Paul mira a Joanna.

—¿Trescientos cincuenta millones? ¿Por eso han matado a Holly?

—¿No tenías ni idea? —le pregunta Elizabeth.

Paul niega con la cabeza.

—Sabía que les iba bien. Nick tenía dinero. Pero no sabía nada de los Bitcoins.

—¿No tenías ni idea de que tenían trescientos cincuenta millones guardados bajo llave? —lo presiona Elizabeth. Paul es demasiado educado como para revolverse, Ibrahim lo sabe, pero, si su amiga se excede, Joanna no se quedará callada—. ¿Nick no te lo insinuó nunca? ¿Holly no te lo comentó nunca? ¿Siendo amigos de toda la vida?

—Ni una palabra —responde Paul.

—Me resulta muy difícil de creer —replica Elizabeth.

Joanna tiene una mirada que a Ibrahim le recuerda a algo. No es capaz de identificar de qué se trata, pero lo hará.

Está mirando directamente a Elizabeth.

—Elizabeth, perdona, ¿puedo hacer una observación?

—¿Puedo impedírtelo? —le espeta Elizabeth.

—No.

—De tal palo tal astilla —murmura Elizabeth.

Esa era la mirada. Joanna ha puesto la misma cara que pone Joyce cuando otro perro empieza a perseguir a Alan. Una furia protectora. Un gesto amenazante y sereno al mismo tiempo.

—No toda la gente se pasa la vida obsesionada con saber a qué se dedican los demás, Elizabeth. —Joanna se muestra muy comedida, tal como hace muy a menudo su madre.

—El crimen te cambia la perspectiva, cariño —repone Elizabeth.

Ay, no, Elizabeth, no la llames «cariño», por el amor de Dios.

—Una de las amigas más antiguas que tenía Paul acaba de ser asesinada —dice Joanna—. Su amigo del alma ha desaparecido. Hemos viajado tres horas en coche un sábado por la mañana para echaros una mano, para enseñaros los mensajes que hemos recibido y daros toda la información que tenemos.

Joyce regresa con las tazas de té, sin ser consciente de la lucha entre pesos pesados que se está dirimiendo ante ella.

—Pues bien —continúa Joanna—, estás en el apartamento de mi madre, y mamá te adora, pero quiero que escuches lo que voy a decirte con mucha atención, Elizabeth. ¿Me oyes?

Elizabeth guarda silencio.

—Perdona —dice Joanna, inclinándose hacia delante en su silla—. Te he preguntado si me oías.

—Te oigo —dice Elizabeth.

—Bien —prosigue Joanna—. Yo no soy mi madre. Te juro que si vuelves a hablarle de esta forma a mi marido, nos largamos. Deberíamos haber llevado los mensajes a la policía, pero hemos decidido enseñároslos a vosotros. Y lo hacemos porque os respetamos. Por favor, mostradnos la misma cortesía.

Elizabeth asiente con la inclinación de cabeza posiblemente más leve en los anales de la historia de la humanidad.

Joanna vuelve a relajarse en la silla.

—Gracias, Elizabeth. Confío en que me hayas entendido.

Ibrahim está tan tentado de aplaudir que ha de ponerse a acariciar a Alan para asegurarse de que sus manos estén ocupadas.

Joyce le ofrece una taza de té a Joanna.

—¿Sabes? Quizá podría encontrar un poco de café instantáneo si de verdad te apetece.

Joanna dice que no con la cabeza y le guiña un ojo a su madre. Ella le devuelve el guiño.

—Pero tienes dinero invertido —insiste Ibrahim. Aunque ver otra pelea entre Joanna y Elizabeth sería un espectáculo glorioso, intuye que ha de empezar a hacer preguntas él también, aunque solo sea por el bien de Joyce—. ¿Nunca pensaste en entrar en la empresa?

Paul se encoge de hombros.

—Les di algo de dinero hace años, diez mil libras que heredé de mi abuelo. De vez en cuando, Nick me decía que las cosas marchaban bien. Un día venderían la empresa y yo sacaría un buen pellizco.

—¿Cómo de bueno? —inquiere Elizabeth—. Si me permites la pregunta...

—No me interesaba saberlo —dice Paul—. Les presté el dinero porque eran amigos míos y lo necesitaban. Si recupero algo de dinero, perfecto. Si no, perfecto también. Me gustaba ver que les iba bien. Nada más. No puedes permitir que el dinero se convierta en tu dueño.

Joanna se inclina hacia Ibrahim.

—Cuando el fondo de cobertura para el que trabajo organiza veladas sociales, no le dejo hablar —declara.

—Vamos a controlar lo que podamos controlar —dice Elizabeth—. Necesitamos encontrar el Complejo, y yo necesito que alguien me analice la tarjeta SIM de Holly. Averiguar si contiene algo sobre Davey Noakes o lord Townes. Puedo hacerlo esta tarde, si a alguien le apetece venirse conmigo de excursión a Londres. ¿Joyce?

—Paul y Joanna acaban de llegar, así que no creo que... —La frase de Joyce queda interrumpida por una mirada de Elizabeth—. Pero sí, me encantaría. Nos vamos a Londres. Hecho.

—Cuidaremos de Alan mientras estás en Londres, Joycey —dice Ron—. Kendrick se muere de ganas de sacarlo a pasear.

—¿También se queda hoy? —pregunta Ibrahim. Aunque siempre es agradable pasar el rato con el nieto de Ron, hay algo aquí que no encaja.

—He preguntado si podía quedarse hasta el domingo —dice Ron —. Mañana por la mañana vuelve a casa de su madre.

Solo ha mencionado a la madre. Ibrahim se guarda este dato.

La reunión toca a su fin. Ibrahim se alisa las arrugas del pantalón antes de ponerse de pie. Hay mucho que pensar.

¿Qué es lo que saben? Holly Lewis está muerta, y, si Nick Silver no lo está, entonces algo muy curioso está pasando con su móvil. Hay una enorme cantidad de dinero enterrado no muy lejos de donde se encuentran, en alguna parte, y se necesitan dos códigos de seis dígitos para hacerse con él.

Con esto debería bastar para ponerse manos a la obra, ¿no? De lo que no hay duda es de que él se lo pasará en grande pensando en esos códigos.

Aun así, Ibrahim se siente algo perdido. Elizabeth y Joyce se marchan juntas. Podría ir con ellas si de verdad le apeteciera, pero no le gusta pedir favores. Ron tiene a Pauline, Joanna tiene a Paul, e incluso Alan tiene a Kendrick. Ibrahim intuye el largo día que le

espera y se pregunta cómo puede llenar todas esas horas muertas que se extienden ante él.

Los crímenes están muy bien, pero ¿a quién tiene él?

26

Joyce está sentada en una silla del comedor, bajo la atenta mirada, una vez más, del nutridísimo ejército de gatos de porcelana.

Vuelven a estar en Purley, en el ronroneante extrarradio de Londres. Joyce está convencida de que no son muchas las personas que visitan este soporífero barrio dos veces en dos días. A ver, seguro que hay gente que trabaja o reside aquí, gente que va y viene a diario. Pero ¿personas normales como ella? ¿Dos veces? ¿Y en solo dos días? Joyce lo duda mucho.

Antes, cuando iban de camino a la casa de Jasper, han pasado por delante de la tienda benéfica de la Fundación Británica del Corazón. La verdad es que tienen unas tazas preciosas. Joyce ha pensado que tal vez estaría bien comprarle dos o tres a Jasper, pero al final ha concluido que quizá sería demasiado presuntuoso por su parte. Mejor darle tiempo.

Elizabeth está sentada al lado de Jasper. Él sigue llevando la camisa con la pajarita del primer día, pero hoy ha optado por unos pantalones de pana, lo cual es un pasito adelante. Elizabeth le da la tarjeta SIM.

—Está un pelín chamuscada —dice.

—He visto cosas peores —responde Jasper, y se saca un teléfono móvil del bolsillo, donde inserta la tarjeta. El teléfono es el doble de grande que uno normal, incluso que el nuevo de Ibrahim, y es de color negro, brillante, sin ninguna marca.

—Ese móvil no se ve todos los días —señala Joyce—. Joanna tiene un Samsung que no cambiaría por nada.

—Estos no los venden en las tiendas —contesta Jasper—. No sé si me entiende...

—Jasper, claro que entiende lo que dices —interviene Elizabeth—. Sabe que fuiste espía. Deja de darte humos.

—Dese todos los humos que le dé la gana, Jasper —lo anima Joyce.

El móvil de Jasper se enciende. Empieza a desplazar el dedo pantalla abajo.

—¿Hay algo? —pregunta Elizabeth.

—Podría ser mejor —dice Jasper—. Podría ser mejor. Esto es un cajón de sastre.

—Me gustan sus pantalones, Jasper —comenta Joyce—. Le quedan realmente bien.

—Los encontré en la contracubierta de una revista —dice él—. Son elásticos. Quince libras.

—Nos interesan en especial las llamadas y los mensajes recientes —indica Elizabeth. Joyce nota que su amiga está empezando a perder la paciencia. Elizabeth no siente tanta simpatía por los hombres solitarios como Joyce—. Ella murió en torno a las diez menos cuarto de anoche.

—¿A las diez menos cuarto de anoche? —pregunta Jasper.

—Sí —dice Joyce—. Acabábamos de cenar con ella. Le regalé unos *brownies*. No me salieron muy bien.

¡Brownies! Cae de pronto en que debería haberle preparado una bandeja a Jasper. Pero ¿de dónde habría sacado el tiempo? Desde la boda todo han sido prisas. Aun así, Joyce se fustiga por no haber tenido el detalle de pensarlo.

—Si murió a las diez menos cuarto —dice Jasper—, entonces tengo aquí una llamada que podría interesaros. Y mucho, me atrevería a decir. En la escala del interés, del uno al diez, le pondría un diez.

—Por el amor de Dios, Jasper —refunfuña Elizabeth.

—Vuestra amiga Holly Lewis —anuncia Jasper, disfrutando del teatrillo con que las obsequia—, fallecida en torno a las diez menos cuarto, hizo su última llamada a las 21:44.

—Justo después de despedirse de nosotros —dice Joyce.

—Justo después de despedirse de vosotros, sí —confirma Jasper —. Y justo antes de encontrarse con la bomba. Hola, señor Bomba. ¿O debería decir señora Bomba? ¿Las bombas son hombres o mujeres? ¿Cómo lo veis?

Joyce piensa que tal vez las bombas sean mujeres. Después de que hagan explosión, se acabó lo que se daba. Los hombres se parecen más a las pistolas, siempre llenando de nuevo el cargador.

Jasper apunta un número en un papel y se lo desliza a Elizabeth.

—¿Cuánto duró la llamada? —pregunta Elizabeth, mirando el número.

—No consiguió conectar, pero a fe mía que lo intentó —dice Jasper—. A lo mejor algo la interrumpió por las bravas. —Suelta una risita—. Ya, es verdad, lo sé, murió, es algo muy serio, lo siento. —Elizabeth mira a Joyce—. En fin, que Holly Lewis intentaba llamar a alguien cuando la bomba estalló.

Elizabeth ya está llamando a alguien.

—Voy a investigar el resto del material durante la semana —declara Jasper—. A ver si descubro algo que pueda seros de utilidad. Habéis venido a verme en un buen momento. Vivo sin novedad en el frente.

Hay un calendario de gatos colgado de la pared del comedor. El mes de Jasper es un páramo. Lo único que hay apuntado es la palabra BASURA, en mayúsculas, escrita con dolorosa pulcritud todos los miércoles.

—Tengo un número —dice Elizabeth al teléfono—. ¿Puedes pasarlo por la base de datos ahora mismo?... Bueno, porque te lo pido yo... Ya sé que es sábado, Clive... No tengo la menor idea de qué es eso de la calificación para el Gran Premio de Malasia... ¿Lunes a primera hora? Por el amor de Dios, Clive, no eres funcionario de correos, eres espía... Un espía nunca deja de serlo por más que se haya jubilado... Dile a tu mujer que baje el fuego de las patatas un momento... Clive Baxter, necesito saber a quién pertenece el número que acabo de darte. No te llevará más que unos segundos. Anoche mataron a una joven, y se te agradecería mucho que echaras una mano, tanto como se me agradeció a mí que la echara cuando te estrangularon y te dejaron medio muerto en Odesa en 1974... Gracias, Clive. Sí, espero.

Elizabeth empieza a pasearse por el comedor. Joyce vuelve a observar los gatos de uno en uno. Los gatos que Jasper detesta. Los gatos que siguen aquí, contra viento y marea, por si acaso su ausencia pudiera ofender a cualquiera de las personas que le regalaron uno.

—Jasper —dice Joyce, con ternura—. ¿Cuántas de las personas que le compraron un gatito en todos estos años están vivas?

Jasper mira la colección, asignando mentalmente un nombre a cada uno de los especímenes que la componen.

—Bueno, mi primo John sigue dando la tabarra, supongo, pero creo que nadie más.

—¿Y dónde está el primo John?

—En Nueva Zelanda —responde Jasper.

Joyce asiente.

—¿Por qué no recogemos algunos?

—¿Algunos gatos?

—Podría guardarlos en algún sitio —dice Joyce—. Así, podría hacer que esta casa pareciese su casa, ¿no cree?

Jasper mira a su alrededor como si viera por vez primera el comedor de su hogar.

—¿Unas estanterías con libros, quizá?

—Podría convertir este espacio en un comedor como es debido —sugiere Joyce—. E invitar a amigos.

—¿Quién vendría? —pregunta Jasper.

—Nosotras —contesta Joyce, señalando a Elizabeth. Justo en ese instante su amiga empieza a asentir con la cabeza mientras apunta algo en una libretita.

—Un trabajo excelente, Clive —lo felicita Elizabeth por el teléfono —. Excelente. Jill Usher. Excelente, gracias. Dale recuerdos a lady Helen de mi parte. —Se vuelve hacia ellos—. Ya tengo el nombre. Jasper, lo siento muchísimo, pero debemos marcharnos a toda prisa.

—Sí, desde luego —dice Jasper—. Lo entiendo perfectamente.

—Dame un minuto —salta Joyce—. Por favor.

Joyce se dirige a la cocina de Jasper y encuentra lo que buscaba. Cajas de cartón vacías. Oye que Jasper dice: «No quedamos muchos del grupo ¿no? ¿Te has enterado de que Charlie murió?».

Cuando se dispone a salir de la cocina, Joyce ve que hay tres tazas de dudoso gusto en la encimera. Una dice «Me encanta pescar»; la otra «Conferencia Anual de la Junta Eléctrica del Sur 1998»; en la última se lee: «El mejor nieto del mundo». Todas ellas tienen una etiqueta con el precio de la Fundación Británica del Corazón. Al lado, dispuestas como si de un regimiento militar se tratara, hay tres bolsitas de té. Joyce se lleva las manos a la boca.

Vuelve al comedor con los ojos anegados en lágrimas y dos cajas de cartón vacías en la mano.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Joyce? —pregunta Elizabeth—. Tenemos que volver a casa.

Joyce niega con la cabeza. No es que no esté emocionada por lo que ha descubierto Elizabeth. Holly se marchó del restaurante y estaba haciendo una llamada cuando murió. Ese dato podría abrir de par en par la investigación. Pero hay otras cosas importantes en la vida. No le sorprende que ninguno de los dos haya reparado en las lágrimas que bañan sus ojos.

—Elizabeth, Jasper ha sido un gran amigo para ti, así que, hasta que este comedor no quede despejado, tú y yo vamos a estar guardando gatos de porcelana en estas cajas de cartón.

—Joyce —dice Elizabeth—. Tenemos un trabajo que hacer.

—Desde luego que sí —responde ella mientras le alarga una de las cajas de cartón—. Y cuanto antes te pongas a hacerlo, antes cogeremos el tren. Jasper, ¿podría prepararnos un té?

—Por supuesto que sí —dice Jasper, con una alegría que a Joyce le parte el corazón en dos. Se marcha corriendo a la cocina.

Joyce echa una mirada a Elizabeth y ve que está enfurruñada. Luego, coge un gato que lleva una cinta en la cabeza y que sujeta una raqueta de tenis. Lo coloca con cuidado en la caja. Por algún sitio hay que empezar.

27

—Señor Benson —dice Davey Noakes.

—Señor Noakes —responde Bill Benson, cerrando la puerta de la jaula—. Todos a bordo.

El ascensor del Complejo empieza a descender. Es un viejo minero, Bill Benson. Una novela de John Grisham le asoma por el bolsillo de un plumas muy grueso. Un tipo bastante majo. Cumple sus turnos de doce horas diarias en las profundidades. Sin su visto bueno, no hay quien baje.

¿Cuántas veces ha estado Davey aquí abajo desde que conoció a Holly y Nick? Tantas como secretos tiene.

Y Davey tiene muchos secretos.

Consulta su cuaderno y sonríe. ¿Cómo es posible que recuerde lo ocurrido hace cuarenta años como si fuera hoy mismo?

Davey era un tipo peculiar a finales de los ochenta. Los traficantes de aquella época, si llevaban una contabilidad, solían hacerlo con una libretita como la que tiene Davey ahora en las manos. Apuntaban todos los números, todos los tratos. Luego, guardaban esas libretitas en algún cajón con llave y se tiraban largos años en la cárcel cuando la policía las encontraba.

Davey, en cambio, siempre había ido un paso por delante. Su contabilidad la llevaba en un ordenador. Un IBM PS/2. Hoy día, una pieza de museo. La gente se reía de él y le ponía todo tipo de motes, como el Friki de los Disquetes, pero Dave de la Rave era tan potente que eclipsó a todos los demás.

Y Davey estaba en lo cierto. Su humilde ordenador era en realidad el sitio más seguro en el que depositar sus secretos.

A medida que fueron pasando los años, los demás criminales se fueron poniendo al día. Cosas del progreso. Podías ver a atracadores en tugurios del East End con un ejemplar de *What Computer* bajo el brazo. Davey se pasó a los Mac. Con el cambio de siglo, todo el mundo utilizaba ya ordenadores para guardar su información. Introducían los datos, los encriptaban, levantaban un cortafuegos para protegerlos, luego otro para mayor seguridad. En torno al año 2000, si sabías manejarte con un ordenador, la policía no podía ni toserte.

Pero entonces los ordenadores empezaron a conversar entre ellos y, sin comerlo ni beberlo, tu teléfono comenzó a hablar con tu ordenador y tu nevera se puso a hablar con tu móvil, y pagabas de buena gana por un dispositivo que grababa todo lo que decías y lo enviaba a una granja de servidores en pleno desierto de Nevada, solo porque era más fácil que encender la radio para estar al tanto de las noticias.

Davey fue uno de los primeros en darse cuenta de que el leal iMac que tenía en el escritorio de su casa en Sussex también podía estar al mismo tiempo en un cibercafé de Vladivostok. Si Davey podía penetrar en los sistemas informáticos de un banco en Adelaida y en los sistemas informáticos del gobierno en Kinshasa —y había hecho ambas cosas—, sabía que habría ejércitos de gente en todo el mundo que podrían hacer lo mismo con su ordenador cuando les viniera en gana. Los ordenadores ya no eran seguros.

Así pues, hace unos veinte años, justo cuando sus competidores se lanzaban a comprar ordenadores más potentes y sofisticados, confiados en que eran unos visionarios, Davey se compró un montón de libretitas y empezó a apuntarlo todo de su puño y letra.

Fue como volver al principio, y Davey, como siempre, iba un paso por delante.

Pero ¿dónde podía guardar esas libretitas?

Fue entonces cuando conoció a Holly y Nick. En aquella época, brillaban con la luz de los recién llegados, pero lo más importante es que sabían lo que él sabía: que si querías proteger un secreto, no lo guardabas en un ordenador.

Le cayeron bien. También le gustó lo que ofrecían.

Habían comprado un agujero en el suelo y lo habían convertido en una mina de oro.

Pero el Bitcoin... Eso sí que era adelantado para su época. Davey necesitaba dos cajas fuertes para dos empresas distintas. Siempre guardaba cada cosa en su sitio, sin mezclarlas. Y para una de las cajas los Bitcoins le parecieron una buena idea, una alternativa buena, bonita y barata, y una apuesta divertida para todos los implicados. Cuando se pasó de las drogas recreativas al fraude online, Davey empezó a recibir algunos pagos en Bitcoins. Le parecía fascinante. Y se preguntó si a Holly y Nick también podría parecérselo. Así fue. Esos chicos se las sabían todas y les encantaba arriesgar.

Fueron veinte mil libras de la época, ¿no? Y mira ahora...

Holly y Nick debían de pensar que el riesgo que habían asumido en su momento les había dado unos beneficios espectaculares. Las sonrisas que ponían cuando iban a verlo. No eran pocos los días felices de paga que había tenido Davey a lo largo de su vida, pero nada que pudiera compararse a trescientos cincuenta millones de libras. Les decía que eran unos cochinos con suerte, pero que se lo merecían porque en su momento habían arriesgado. Así que no era cuestión de suerte, sino de apostar por uno mismo. A ver, quizá les

había sonreído un poco la fortuna, y eso nunca viene mal, pero el mérito era todo suyo.

Sea como fuere, la reunión con la pareja le había dado mucho que pensar. ¿Cómo iba a jugar sus bazas? ¿Qué paso iba a dar? A fin de cuentas tampoco era para tanto, son gajes del oficio. Si fuera fácil ser Davey Noakes, todo el mundo podría hacer lo mismo que él y entonces no se habría ganado la vida ni la mitad de bien, ¿no?

La jaula culmina su descenso y Bill Benson abre las puertas. Invita a Davey a salir.

—Usted primero, señor Noakes.

—Muy amable, señor Benson.

Ambos colocan la huella del pulgar en una almohadilla y, después de que la máquina les escanee las retinas, la puerta de la cámara acorazada se abre. Una sala de reducidas dimensiones, que contiene unas doscientas cajas fuertes. A saber qué hay en ellas, piensa Davey, aunque apuesta a que en su mayoría albergan una fortuna o una condena de cárcel.

La reunión con Holly y Nick había sido el martes. Disponía de un día más o menos para pensarlo bien. Para decidir cuál sería su siguiente paso.

Y entonces recibió esa llamada telefónica. Y con ella recibió también un verdadero golpe de suerte.

28

Ya están todos reunidos.

—Joanna —dice Pauline—, siempre llevas unos zapatos preciosos.

—Gracias —responde Joanna—. ¿Me permites decirte lo mismo de tus pendientes?

—Es verdad —coincide Joyce, quitándose la chaqueta—. Siempre llevas unos pendientes preciosos, Pauline. Mis lóbulos no me lo permiten. Y tengo los pies demasiado anchos para los zapatos.

—No para todos los zapatos, mamá —dice Joanna—. Ahora mismo llevas zapatos.

—No, no para todos los zapatos, claro. Quería decir el tipo de zapatos que me gustaría llevar. Claro que no para todos los zapatos, Joanna.

—¿Por qué no llevan zapatos los perros? —pregunta Kendrick.

—Vaya horas, ¿eh? —le dice Ron a Elizabeth, cuando esta se sienta con ellos a la mesa. El apartamento de Ron está de bote en bote, como a él le gusta.

—Joyce me obligó a meter unos gatos en cajas —se excusa Elizabeth, y le echa una mirada fulminante a su amiga, que también toma asiento.

—Los gatos no llevan zapatos —dice Kendrick—. Los únicos animales que van calzados son los caballos.

Ibrahim se inclina hacia Kendrick.

—Aunque a un gato bien puedes calzarle con la pantufla si se porta mal.

—Ese chiste ha sido buenísimo, tío Ibrahim —dice Kendrick.

Ron echa un vistazo a los rostros que rodean la mesa. Esto es vida, ¿no?

Esta mañana, después de despedirse de Ibrahim y encaminarse a su apartamento, algo le ha hecho volver la cabeza. No sabría decir qué ha sido. ¿Por qué desafió Ron al presidente de la Junta Nacional del Carbón a un pulso en un debate televisado en directo en 1978? A veces sigues lo que te dicta el instinto, ¿no?

Lo que ha visto al volverse ha sido a Ibrahim, inmóvil en el mismo punto exacto donde lo había dejado. Miraba a un lado y a otro, como si no tuviera claro qué hacer a continuación.

Ron ha bajado de nuevo la colina, como si se hubiera olvidado de algo. Ibrahim, ensimismado en sus pensamientos, no ha reparado en él hasta el último instante.

—Ib —le ha dicho a Ibrahim—, se me ha olvidado comentártelo, pero Pauline quiere que te vengas a cenar esta noche. Le he dicho que no era plan avisarte con tan poco tiempo, que estarías ocupado, pero si no te invito, me corta el cuello.

—Bueno, pensaba... —ha empezado a contestar Ibrahim—. Tenía algo, pero supongo que no hay nada que no pueda aplazarse. Porque imagino que Pauline se lo tomaría a mal si no fuese, ¿no?

—Ya conoces a las mujeres —ha aducido Ron.

—Hasta cierto punto.

Pauline lo ha entendido, e incluso le ha parecido bien, y ha dicho además que a Joanna y Paul tal vez también les apetecería cenar con ellos. Elizabeth y Joyce acaban de regresar, por lo visto con información sobre el asesinato de Holly. Y Kendrick ha vuelto de pasear con Alan, lo que quizá complique un poco la conversación sobre Holly. Aunque con Kendrick nunca se sabe.

—Tenemos dos nombres —dice Elizabeth—. Donna me ha dado el número de un tal Bill Benson, setenta y siete años, con domicilio en Fairhaven. Podría estar relacionado con el Complejo. La escasa información biográfica que tenemos de él apunta a que podría ser un exminero, así que, Ron, ¿podrías ocuparte tú del tema?

—Los mineros son el pueblo de Dios —contesta Ron.

—Aunque si sabe qué material tienen ahí bajo llave, ¿quién nos asegura que no ha sido él quien ha matado a Holly? —le recuerda Elizabeth.

—¿Un minero? —salta Ron—. Lo dudo.

—¿A quién han asesinado? —pregunta Kendrick.

—A nadie, Kenny —lo tranquiliza Ron.

—A una señorita que se llamaba Holly, que había escondido trescientos cincuenta millones de libras —lo informa Pauline—. Oye, Ronnie, que el niño tiene nueve años, no tres.

—¿Y dónde los ha escondido? —pregunta Kendrick.

—Eso es lo que nos preguntamos —le responde Ron—. En una caja fuerte en alguna parte. Por lo visto, hay códigos para entrar.

—Me gustan los códigos —afirma Kendrick.

—Menuda sorpresa, Kenny —dice Ron.

—Bueno, Ron —continúa Elizabeth—, Bill Benson sabrá dónde está el Complejo. Y quiero que te lo diga. ¿Entendido?

—Sí, jefa —contesta Ron. A ver, es agradable que Elizabeth vuelva por sus fueros, peleando como la gladiadora que siempre ha sido, pero Ron había olvidado lo grosera que podía llegar a ser con él. En sus tiempos, Ron se sentaba a la mesa de algunas de las disputas industriales más importantes de la historia de Inglaterra. Y aunque, ahora que lo piensa, casi nunca tuvo éxito en las negociaciones, sin duda sabrá abordar una entrevista con un minero sobre un asesinato. Además, Ibrahim podría acompañarlo...

—¿Y el otro nombre? —pregunta Ibrahim—. ¿Habéis podido averiguar algo sobre Davey Noakes o lord Townes?

—Nada —dice Elizabeth—. La tarjeta SIM estaba prácticamente en siniestro total, así que no hemos encontrado nada sobre ellos. Aunque es posible que hayamos descubierto algo mucho más interesante.

—Holly hizo una llamada justo después de despedirse de nosotros —añade Joyce.

—¿Justo antes de morir? —pregunta Ibrahim.

—Unos segundos antes —responde Elizabeth.

—Llamó a una tal Jill Usher —prosigue Joyce—. De Mánchester. Es maestra como tú, Paul... —Joyce le hace un gesto con la cabeza a su yerno. Ron sabe que quiere que se sienta uno más del grupo.

—Bueno, yo soy catedrático de sociología, pero, en fin, sí —dice Paul dándole la razón a medias.

—Trabaja en una guardería, treinta y cinco años, tres hijos. Parece muy maja en Facebook. Participó en una marcha benéfica por los enfermos de alzhéimer.

—Así que Joyce y yo viajaremos a Mánchester —anuncia Elizabeth —. Entretanto, tenemos que redoblar los esfuerzos para encontrar a Nick Silver. He puesto a gente a investigar todo lo que hace y todas sus propiedades, y no han encontrado ni rastro de él. Paul, te voy a pedir que te estrujes la sesera a fondo. ¿Adónde crees que podría haberse marchado?

—¿A Ibiza? —aventura Paul.

Elizabeth niega con la cabeza.

—He puesto bajo vigilancia todos los puertos y aeropuertos.

—Asúmelo, Elizabeth —dice Pauline—. Es muy probable que esté muerto.

—¿Quién es Nick Silver? —pregunta Kendrick—. ¿Y de verdad está muerto?

—¿Muerto? Madre mía, qué va, Nick se ha... —Ron se interrumpe —. También ha escondido todo ese dinero y sí, es posible que también esté muerto.

—Si está vivo, más pronto que tarde irá a buscar el dinero —opina Elizabeth—. Con un poco de suerte, el tal Bill Benson nos hará el favor de ocuparse del asunto. Paul, ¿estás absolutamente seguro de que no lo sabes?

—No tengo ni idea —responde Paul—. A algún sitio seguro, eso es todo lo que sé. Nick me dijo que, si me lo decía, tendría que matarme. En su momento, como os podéis imaginar, pensé que lo decía de guasa.

—Quizá esté bajo tierra —dice Kendrick—. Si yo quisiera esconder algo, lo haría así.

Todos empiezan a dar cuenta de la comida.

Ron mira las caras reunidas en torno a la mesa. Ha sido un año extraño, después de todo. Han estado esperando a que Elizabeth regresara con ellos. Se siente rodeado de una alegre pandilla de viejos, y la fuerza de la personalidad de Elizabeth es el pegamento que la mantiene unida.

Paul está sentado junto a Joyce, y Ron le oye decir: «Ah, ¿y qué ocurrió después?».

Kendrick está enfrascado en una conversación con Elizabeth, y esta va asintiendo con gesto serio. Es posible que el niño sea la única persona a la que Elizabeth haya tratado como a un igual en toda su vida.

Ibrahim parece feliz: está contándole algo a Joanna, y esta le dice: «Sí, no estoy segura de que funcione exactamente así, pero quizá tengas razón».

Ron pone la mano sobre la de Pauline y le da un beso en la mejilla.

—Esto es muy agradable —le dice—. Siento que haya sido tan de sopetón.

—La vida te da sorpresas, Ronnie —responde Pauline—. Y a mí me gustan las sorpresas.

—¿Quieres acompañarme mañana a conocer a ese minero?

Pauline niega con la cabeza.

—Mañana me tocan las noticias del mediodía. Las maquilladoras nunca duermen. Podrías llevarte a Ibrahim...

Ron asiente. Así lo hará. Bill Benson es un minero, ¿eh? ¿Y está cerca de cumplir los ochenta años? Seguro que trabajó en uno de los pozos de Kent. Ron se pregunta si alguna vez se cruzaron sus caminos.

Al otro lado de la mesa, Elizabeth le está mostrando a Kendrick una foto de Stephen que lleva en un relicario colgado del cuello. Ahora es Kendrick quien asiente con gesto serio.

29

Joyce

Mañana nos vamos a Mánchester. Nunca he estado. He visto la ciudad en la tele, claro, pero eso no basta para hacerte una idea, ¿no? También tuve una compañera de trabajo que era de Mánchester, y le tocó la quiniela y se plantó en un quirófano y le dijo a un cirujano particularmente desagradable que se fuera a tomar por donde la espalda pierde su nombre y luego nos invitó a todas al pub después del trabajo. Ya sé que tampoco sirve para hacerse una idea de cómo es Mánchester, pero sí que me causó una grata impresión.

Elizabeth le ha dicho a Jill Usher que somos investigadoras genealógicas y que tenemos noticias muy emocionantes sobre su familia. Me ha pedido que me invente algo porque dice que yo soy «la que tiene imaginación».

Vaya semanita que llevamos. Alan está agotado, y no le culpo.

¿Quién asesinó a Holly? ¿Ese alguien también habrá matado a Nick? De verdad espero que no, porque no son formas de empezar la vida de casado para Paul, ¿no? Creo no exagerar si lo considero un mal augurio...

Aunque lo cierto es que me temo lo peor. Ibrahim nos ha hecho unas copias a todos de los mensajes que el supuesto Nick envió a Paul. Cuanto más los leo, más obvio me resulta que no los escribió él. Lo que nos lleva a una desafortunada conclusión.

Joanna y Paul se han vuelto a Londres. Paul se pondrá en contacto con nosotros si tiene noticias de Nick. Me ha sorprendido que la muerte de Holly no le afectara tanto como había imaginado. A lo mejor no estaban tan unidos como pensaba. Ella no vino a la boda, por algo será. Eso sí, la desaparición de Nick lo tiene muy preocupado, y se le nota. Quiere que lo encontremos a toda costa. Holly también lo quería, ¿no?

Cuando ha llegado la hora de que se marcharan, los he acompañado al coche de Joanna, pero en ese momento no había nadie en la calle y no he tenido la

oportunidad de presentar a Paul como «mi yerno Paul, el profesor». Todo se andará. Joanna me ha dado un beso al despedirse y me ha dicho que me quiere, y se me ha pasado por la cabeza que debía responderle con las mismas palabras, pero entonces he pensado que es obvio que la quiero y solo se me ha ocurrido decirle: «Pues claro».

Joanna le ha pedido a Paul que iluminara con su linterna los bajos del coche para comprobar que no hubiera ninguna bomba, lo cual me ha parecido un poco exagerado. Él ha obedecido de muy buena gana, todo hay que decirlo. Ya veremos si le hace tan feliz comprobar que no le hayan puesto una bomba en el coche dentro de siete u ocho años. A mí, por ejemplo, me gusta que el césped esté bien cuidado, así que Gerry salía a cortarlo todos los domingos con una gran sonrisa en la cara. Luego, al cabo de unos cinco años de sonrisas, me dijo: «¿Te importa si me salto una semana?». Más tarde me diría: «Siempre he odiado hacerlo». Y yo pensé: «¿Sabes qué? No pasa nada». Bueno, lo que hice en realidad fue salir yo y cortarlo el primer domingo para demostrarle que no era para tanto, pero descubrí que tenía más razón que un santo: es una tarea insufrible. Así que a partir de entonces Gerry solo lo cortaba cada tres semanas y yo aprendí a que me gustara el césped más alto.

En fin, no había ninguna bomba debajo del coche, y han llegado sanos y salvos a casa hace media hora más o menos. Mañana saldremos temprano en tren para ver a Jill Usher. Ron, por su parte, bajará a Fairhaven a buscar al tal Bill Benson. Le ha pedido a Ibrahim que lo acompañe, pero Ibrahim le ha dicho que tenía que verse con alguien. Jason vendrá a recoger a Kendrick mañana por la mañana, así que todos nos despedimos en la puerta. Pobre Alan, se pondrá tristísimo cuando se dé cuenta de que el niño se ha marchado. Cuando las amiguitas de Joanna venían a merendar a casa, lo primero que hacía era subir corriendo a su cuarto con ellas para enseñarles sus juguetes. Y así es como está Alan con Kendrick, entrando y saliendo del cuarto, dejándole juguetes en los pies sin parar.

Sigo sin saber muy bien por qué ha pasado Kendrick unos días aquí en lugar de estar en casa con su madre. ¿Debería preguntar si todo va bien? ¿O no es asunto mío?

Al final, Elizabeth se lo ha pasado estupendamente metiendo en cajas todos esos gatos. Se le notaba. También hemos echado una mano con otros cachivaches y hemos dejado las cajas en el garaje de Jasper. Mientras recogíamos, los dos iban contándose batallitas de guerra. El día en que Jasper dinamitó un puente, esa fue una de las historias que contaron. Me tomé mi té con la taza de la Junta Eléctrica del Sur. Jasper no tenía leche en casa, pero poco a poco.

En el trayecto de vuelta en tren, Elizabeth se ha quedado dormida, lo cual no es nada propio de ella. Al final ha recostado la cabeza sobre mi hombro, así que no podía moverme. Tampoco quería hacerlo. Dios mío, cuanto más viejos nos hacemos, más niños somos.

Domingo

30

—¡No me jorobes, pero si es Ron Ritchie!

Ron había pensado que Bill Benson quizá no sabría quién era, pero por lo que parece podía haberse ahorrado el temor.

—El mismo —dice Ron, y señala con la cabeza una silla vacía junto a ese hombre calvo y grueso, Bill Benson—. ¿Eres Bill?

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta este.

—Reconozco a un minero a la legua —dice Ron—. Por las manos.

Bill le indica con un ademán que tome asiento a su lado y Ron deposita lentamente su cuerpo en la silla de madera, al tiempo que deja la pinta que lleva en la mano sobre la mesa, también de madera. Los vecinos de Bill le dijeron que al exminero le gustaba tomarse una birra los domingos en el Dove, un pub del paseo marítimo.

—Es todo un honor —dice Bill—. A la siguiente pinta invito yo.

—No es la primera vez que nos vemos, ¿no? —pregunta Ron. Está disfrutando del momento. Ya no lo reconocen tanto como antes. Es comprensible. Pero mete a Ron en un pub de toda la vida, con unos cuantos parroquianos bebedores de toda la vida, y pensarías que el mismísimo Harry Styles acaba de entrar por la puerta.

—Fue en 1974 —cuenta Bill—. No te acordarás, pero estaba en un piquete en Betteshanger y diste un discurso que nos mantuvo a todos calientes.

A Ron solo había que darle en esos tiempos una caja de madera para que la plantara en el suelo y se subiera a ella. Ahora siente ese

mismo chute de adrenalina. El gentío, los puños alzados en el aire, las llamas que saltaban de los barriles de petróleo, las sirenas de la policía. Dios, cómo le gustaba a Ron ir de piquetes.

—Te di un apretón de manos —dice Bill—.Y luego un poli te metió un porrazo.

Ron levanta la pinta de cerveza.

—Eran tiempos más felices.

Bill se muestra de acuerdo y brinda con él.

Dan fútbol en la tele y se ve el mar por la ventana. Una camarera va sirviendo platos de carne asada con pudin de Yorkshire de guarnición. Todos los domingos la misma comida. No hay música ni nadie que tenga menos de cincuenta años. Es la gloria. Ron podría pasarse el día entero en este pub y ser feliz: cinco o seis pintas de cerveza, buena conversación con buenos parroquianos. Pero tiene un crimen que investigar.

¿Cuál es la relación de Bill con el Complejo? Este pedazo de hombre, de facciones prominentes, cinceladas, como el frente de una mina de carbón.

—¿Qué te trae por el Dove? —pregunta Bill—. Tu chico está por estos pagos, ¿no?

Ron asiente.

—¿Jason? Sí. Y yo tampoco vivo muy lejos. Estoy cerca de Robertsbridge.

—¿Ah, sí? —dice Bill—. ¿No estarás en esa residencia de ancianos? Esa que es como un palacio...

—Qué va —repone Ron, sin saber muy bien por qué lo niega. Quizá le parezca absurdo ser tan viejo después de haber hablado de cómo era la vida en 1974—. Yo no. Y creo que lo llaman «aldea de lujo para jubilados». No, Bill. He venido a verte.

—¿A mí? —pregunta él, deleitándose con su pinta—. ¿El gran Ron Ritchie ha venido a verme a mí?

Zafarrancho de combate.

—Sí, quiero hablar contigo sobre Holly Lewis.

—Holly Lewis —repite Bill, negando con la cabeza—. Pues te has equivocado de hombre. Conozco a un Len Lewis, de los bolos sobre hierba. Nunca he oído hablar de una Holly Lewis.

Ron escruta a Bill Benson. Se le da bien mentir, es de justicia reconocérselo. Pero ¿por qué miente?

—¿Confías en mí, Bill?

Bill lo mira y deja la cerveza sobre la mesa. Echa un vistazo rapidísimo a su espalda.

—Ron, no me conviene saber nada sobre Holly —dice—, y mucho menos hablar de ella. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Que calladito estás más guapo? —pregunta Ron.

—Eso es. Calladito estoy más guapo —responde Bill.

Ron echa un vistazo al partido de fútbol que dan en la gran pantalla. El Arsenal juega contra el Manchester City, y espera que los dos equipos pierdan.

—Háblame de ella.

Bill vuelve a coger la pinta. Mira a Ron con recelo.

—No creo que sea asunto tuyo. Lo siento, Ron.

En el rincón más alejado del pub, hay una mesa con seis comensales que dan cuenta de su asado dominical. Son tres parejas. Una mujer canta las alabanzas de la salsa mientras uno de los hombres permite que su esposa le ponga la servilleta en el cuello de la camisa. No sería muy difícil encontrar una foto del sexteto hace treinta años, bronceados y sonrientes, brindando con vasos de sangría, mirando a la cámara con la que un camarero español les hacía la foto. Hace treinta años no habría manos de mujer que le

pusieran un babero al hombre, pero las amistades serían las mismas, y estos seis jurarían ahora que no han envejecido hasta que les enseñaras esa foto.

—Empecemos por el principio —dice Bill. Ron nota que intenta conservar la calma—. Nadie sabe que conozco a Holly. Y el hecho de que tú lo sepas me hace sospechar. Aunque seas tú. ¿Lo entiendes?

«No es de extrañar», piensa Ron. Él habría reaccionado de la misma manera en circunstancias parecidas. ¿Cómo abordaría Ibrahim esta conversación? Ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, pero también de dejarse llevar por el instinto.

—Que quede entre nosotros, Billy, pero he oído que quizá tengas relación con un sitio llamado el Complejo. ¿Puede ser?

Bill se encoge de hombros.

—Y, como Nick Silver ha desaparecido —continúa Ron—, tenemos mucho interés en dar con él.

—¿Ha desaparecido? —dice Bill, aparentemente sorprendido.

—El día antes de que Holly muriera —confirma Ron, volviendo a echar un vistazo al fútbol—. Alguien le puso una bomba en el coche a él también, y todo tiene que ver con el Complejo, aunque no sabemos qué podría...

A Ron todavía le queda mucho trecho por recorrer en su discurso, pero se interrumpe de pronto porque observa en el rostro de Bill un gesto de profundo horror.

—¿Una bomba? —repite Bill. Se arrima a Ron y le coge el brazo—. ¿Una bomba?

Bill no sabía que Holly había muerto. Se ha enterado porque a Ron siempre le ha gustado darse pisto. Por eso siempre conviene ir acompañado de Ibrahim.

—¿Alguien la ha matado? —Bill escruta el rostro de Ron en busca de algún indicio de que no sea cierto. No lo encuentra—. ¿Holly está

muerta?

—Necesitamos toda la ayuda posible, Billy —dice Ron.

En la gran mesa, el hombre de la servilleta en el cuello se mira los pantalones. Se le ha caído comida encima. Su mujer la recoge con una mano mientras le acaricia el pelo con la otra. El resto del grupo sigue con la conversación como si no los vieran.

Bill le hace un gesto con la cabeza.

—¿Puedo confiar en ti?

—Soy Ron Ritchie, claro que puedes confiar en mí —responde Ron.

—¿Nada de policía? —pregunta Bill.

—Nada de policía —contesta Ron—. Nunca.

—Vale —dice Bill—. Vamos al Complejo.

31

—Fue su tío bisabuelo —dice Joyce—. Harry Ablett. Era mago. Viajó con distintos circos por Alemania.

—No tenía ni idea —repone Jill Usher, con un bebé que moquea en el regazo y dos niños pequeños correteando por el salón.

—Es muy habitual que la gente no sepa nada sobre sus familias —explica Joyce—. Elizabeth le dirá lo mismo. Descubrimos historias que quitan el hipo y luego nos presentamos en las casas de personas tan agradables como usted, que se quedan pasmadas cuando se las contamos. ¿No es verdad, Elizabeth? ¿A que nos pasa muchas veces?

Elizabeth asiente. No le queda más remedio que aceptar que fue ella quien le dijo a Joyce que usara la imaginación. Magos, circos. La norma habitual era que tu tapadera fuera lo más sencilla posible. A la vista está que Joyce ha preferido obviarla.

—Murió en un accidente de globo aerostático —dice Joyce—. En Suecia.

—Primera noticia. —Jill niega con la cabeza.

Jill Usher. La mujer a la que llamó Holly Lewis justo antes de morir. Pero ¿por qué? ¿Cuál era la relación? La misión de hoy es recabar toda la información posible.

—¿Tiene algún pariente en el sur de Inglaterra, señora Usher? —pregunta Elizabeth.

Jill vuelve a decir que no con la cabeza.

—Trabajé en la zona unos cuantos años, en Brighton, pero soy nacida y criada en Mánchester.

Brighton. Una posible conexión. Jill debe de ser unos diez años más joven que Holly Lewis, aunque esa diferencia de edad tampoco es infrecuente entre amigos. A Elizabeth le encantaría poder pronunciar el nombre «Holly Lewis», pero ¿y si no eran amigas? ¿Y si eran todo lo contrario y Jill está implicada en la muerte de Holly? La clave aquí, de momento, es no asustar a esta mujer. A veces hay que ir retirando las capas que recubren la verdad de una en una. Elizabeth tendrá que ser paciente.

—No quiero que se emocione demasiado —dice Joyce. Está disfrutando de lo lindo con esto—. Pero el señor Ablett no tuvo hijos y su herencia no fue reclamada, de modo que o bien deberá distribuirse entre los familiares que le han sobrevivido o bien deberá pasar a la Corona.

Joyce le ha asegurado a Elizabeth que vio un programa sobre herencias no reclamadas y que sabe perfectamente lo que debe decir.

—Así que preferimos encontrar a esos parientes —continúa Joyce — antes que permitir que el gobierno ponga sus sucias zarpas en el dinero.

Gran parte de lo que Joyce dice en situaciones de tensión procede de sus hábitos televisivos.

—En fin —dice Elizabeth— cuantos más detalles pueda darnos sobre usted, mejor para todos. La historia de su familia. Eso nos ayudará a despejar las incógnitas y podremos asegurarnos de que el dinero se reparta con justicia y termine en buenas manos.

Jill asiente.

—Desde luego. También hablaré con mi madre. Se pondrá muy contenta.

—No es mucho dinero —puntualiza Joyce—. Sobre todo si tenemos que repartirlo entre las cincuenta ramas de la familia, pero, como le decía, preferimos que se lo quede la familia antes que el gobierno. Despilfarrándolo en... en hospitales, y vete a saber qué...

—La mayoría de los parientes a los que hemos localizado residen en el condado de Sussex —explica Elizabeth—. Así que es posible que en algún momento le pidamos que baje al sur.

—Eso sería divertido —dice Jill. El bebé ya duerme en su regazo. Un gran estruendo sobre sus cabezas las informa de que los dos pequeños han subido a su cuarto.

—¿Quizá le quede alguna amistad de sus tiempos en Brighton con la que podría alojarse? —pregunta Elizabeth. Vale la pena intentarlo.

—Una o dos personas —contesta Jill. Buena señal—. ¿Tienen alguna foto?

—¿Perdón? —se extraña Elizabeth.

—De mi tío bisabuelo.

—No, lo siento...

—Claro que tenemos fotos —salta Joyce, metiendo la mano en su bolso. Nunca se sabe lo que Joyce puede guardar allí. Saca un sobre grande, que Elizabeth reconoce de inmediato como los que compra Ibrahim, lo abre y extrae una serie de fotos fotocopiadas de un caballero con chistera y atuendo victoriano junto a una ayudante cortada por la mitad en dos cajones. Elizabeth se los imagina perfectamente, a Joyce e Ibrahim, buscando en internet fotos de magos victorianos.

En el MI6, en los viejos tiempos, podías meterte por cualquier pasillo y asomarte a las puertas para ver gente enfrascada en todo tipo de cosas. De pronto le viene a la mente una imagen: Joyce e Ibrahim, encorvados sobre uno de los viejos escritorios, chupando la punta de un lápiz mientras van provocando guerras.

—Son maravillosas —dice Jill, mirando las fotos. El supuesto Harry Ablett está en el escenario en todas ellas—. ¿Puedo quedármelas?

—Desde luego —responde Joyce con una gran sonrisa. Elizabeth sabe que, cuando regresen a casa, le contará a Ibrahim lo ocurrido con todo lujo de detalles. «Misión cumplida», le dirá.

Mientras Jill vuelve a mirar las fotos, con una dulce sonrisa dibujada en los labios, Elizabeth empieza a temerse lo peor. A lo largo de los años ha visto a criminales de casi todos los tamaños, formas y colores, pero en Jill no hay indicio alguno que apunte a nada distinto de una discreta maestra de Mánchester. Lo que solo puede significar una cosa. Jill Usher y Holly Lewis eran buenas amigas, y a Elizabeth no le apetece lo más mínimo ser quien le dé la desagradable noticia. Pero ha de hacerlo. Porque de este modo podrá por lo menos hacerle algunas preguntas útiles para la investigación y regresar de Mánchester con alguna pista.

¿Estaba esperando Jill una llamada de su amiga?

¿Habría llamado Holly a Jill si estuviera en un brete?

Tiene que haber algo.

Elizabeth todavía no ha recibido noticias de Ron, pero espera que esté teniendo más fortuna con Bill Benson.

Mientras se prepara para dejar caer el nombre de Holly, oyen que la puerta de la casa se abre. El bebé, o la bebé, se despereza. Joyce le ha preguntado hace un rato si era niño o niña, pero Elizabeth no estaba prestando atención.

—Será Jamie —dice Jill. Luego, arrimándose a Joyce, añade—: Mi alma gemela.

Un hombre alto con un polo descolorido de manga larga aparece en el salón. Mira a Elizabeth y a Joyce, y luego se vuelve hacia su mujer.

—Son de la empresa Cazadores de Herencias —explica Jill—. Ya te hablé de ellas.

—Salimos en la tele —dice Joyce.

El hombre asiente.

—¿Los niños están arriba?

—En su cuarto —responde Jill, antes de volverse hacia Joyce—. Te presento a Joyce.

En realidad nunca deberías dar tu nombre real, pero a Joyce le cuesta horrores recordar cualquier nombre inventado, así que Elizabeth suele ponerle las cosas fáciles.

Joyce sonríe, pero Jamie Usher no le devuelve la sonrisa.

—¿Tienen alguna tarjeta? ¿Algo que las identifique?

—Somos *freelance* —contesta Elizabeth, tendiéndole la mano. Jamie se la estrecha. Ella le da una tarjeta de visita—. Creo que va siendo hora de que dejemos de molestar a los Usher en domingo más de lo que ya hemos hecho, Joyce.

—Ha sido un gusto conocerlas —se despide Jill—. Espero recibir pronto noticias suyas.

—Las acompaño afuera —dice Jamie, llevándolas al pasillo.

Cuando se asegura de que su mujer no puede oírlos dice:

—Si esto es una estafa, me enteraré y se arrepentirán.

Joyce está poniéndose su chaqueta de verano.

—¿Le parece un fraude?

Jamie mira primero a Joyce y luego a Elizabeth, y debe reconocer que no lo parece.

—¿Es usted también maestro, señor Usher?

—No —responde Jamie, abriendo la puerta.

Elizabeth se detiene en el umbral.

—¿Me permite preguntarle a qué se dedica?

—No —dice Jamie—. No se lo permito.

La puerta se cierra detrás de ellas.

32

—Quienquiera que la haya asesinado —dice Bill Benson, guiando a Ron hacia un sótano en una oscuridad total—, lo ha hecho por esto.

Se encuentran a unos ocho kilómetros de Fairhaven. Por un momento Ron ha pensado que los esperaba una larga caminata. Por eso se ha relajado cuando ha visto que Bill se detenía en la parada de autobús que hay frente a la librería del paseo marítimo. Se han subido al 270, que los ha llevado por la empinada carretera costera que sale en dirección oeste de la ciudad. Se han apeado junto a los acantilados de Branscombe, llenos de excursionistas y de gente de pícnic. Luego, se han apartado de la multitud y han cruzado la calzada para meterse en un bosquecillo, donde han encontrado un camino cuesta abajo que los ha llevado a una casita de dos plantas. Se han parado frente a una verja con un cartel en el que se leía PROPIEDAD DEL MINISTERIO DE DEFENSA. PROHIBIDO EL PASO. Bill ha marcado un código en el teclado metálico del control de acceso y se ha abierto una puerta recortada en la verja. Bill le ha señalado varias cámaras de seguridad instaladas en las copas de los árboles. Finalmente han llegado a la casita, y Bill ha pulsado otro código.

Mientras bajan la escalera del sótano, Ron se toma un momento para ponderar que se halla en una casa aislada, sin cobertura de móvil, y que lo lleva a un sótano un hombre al que acaba de conocer, por muy minero de Kent que sea.

—De perdidos al río —murmura para sí.

Bill enciende la luz.

Ron se lleva un chasco al ver que no hay ninguna gran revelación. El sótano está lleno de la clase de cosas que cabría esperar en un sótano lleno de cosas. Columnas inclinadas de cajas apiladas criando polvo, tablones de madera apoyados en las paredes, latas de pintura con las tapas cubiertas de pintura reseca, un sofá viejo embutido en un rincón y una lavadora oxidada en la esquina. Es como cualquier sótano en Inglaterra.

Con la salvedad, detecta Ron, de que este sótano tiene unas cámaras extremadamente caras en las cuatro esquinas.

—Siéntate —le dice Bill, señalando el sofá.

Ron lo hace con mucho gusto. Los ochocientos metros de paseo desde la parada de autobús han sido demasiado para él. Durante el trayecto, rodeados de veraneantes y vecinos, han charlado sobre los temas de siempre, la brutalidad policial en la década de 1970, si Jarrod Bowen era mejor rematador que Tony Cottee, amigos a los que les habían tenido que poner una prótesis de cadera. De todo han hablado menos de la muerte de Holly Lewis en una bola de fuego instantánea. Ahora Bill parece dispuesto a hablar. Se sienta al lado de Ron.

—¿Confiamos el uno en el otro?

—No nos queda otra —responde Ron—. Yo te cuento todo lo que sé y tú me cuentas todo lo que sabes.

—Trabajé para Holly Lewis —comienza Bill—. Me encargaba de la seguridad del Complejo.

Ron mira a su alrededor.

—¿Y esto es el Complejo?

Bill niega con la cabeza y se ríe.

—No, esto es el sótano. Pero hay que pasar por aquí para ir al Complejo. Desde aquí se tarda media hora más o menos en llegar.

Ron mira el suelo en busca de alguna trampilla.

—No encontrarás nada —le dice Bill—. Dime qué le pasó a Holly.

—¿No sabes nada? —pregunta Ron.

—Lo que sé es que no tengo noticias ni de Holly ni de Nick desde hace un par de días —responde Bill—. Nick es el otro jefe. Pero tampoco es raro. A menos que haya una cita, nos dejan en paz.

—¿Os dejan en paz? ¿Sois más de uno? —inquiere Ron.

—El otro es Frank —contesta Bill—. Frankie East. También trabajó en Betteshanger. Alternamos turnos. Cuando le diga que te he conocido no se lo va a creer, se volverá loco...

—¿Algún motivo para que hayan contratado a dos exmineros para encargarse de la seguridad?

Bill asiente.

—El mismo motivo por el que se tarda media hora en llegar al Complejo desde aquí. Si quisieras robar en este sitio, más te valdría que no te diesen miedo los espacios angostos y la oscuridad. ¿Sabes si Nick Silver está bien?

Ron suelta un suspiro.

—Lo que sé es que ha desaparecido. Podría estar muerto. No lo sabemos. Nos llegaron unos mensajes de su móvil, pero los envió alguien que no era él.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Bill.

—Por un coche que se llamaba Imán de Chicas —dice Ron—. No preguntes. Nick desapareció a primera hora del viernes pasado, así que Holly vino a vernos. Luego, muerta.

—Hostia. Qué desastre. ¿Y ahora quién está al mando de esto?

Ron se encoge de hombros.

—¿Tú?

—Yo no quiero estar al mando de nada —replica Bill.

—Holly nos contó que en el Complejo hay mucho material valioso —dice Ron.

Ve que Bill desvía la mirada un instante brevísimo hacia la lavadora herrumbrosa que hay en la esquina del sótano. Así que se entra por ahí, ¿eh? El tambor debe de conducir a una especie de túnel... Muy inteligente. Elizabeth se quedará impresionada con su capacidad de observación. A Ron le encantaría ser Colombo, de verdad que sí.

—No te puedo contar nada —dice Bill—. Todo eso me lo tengo que callar.

—También nos contó que ella y Nick tienen algo aquí abajo —continúa Ron—. Y Nick Silver creía que alguien quería robárselo.

Bill niega con la cabeza.

—Nadie podría sacar nada de aquí abajo. ¿Sabes cuándo será el funeral de Holly?

Ron se lo preguntará a Paul.

—Te lo diré en cuanto me entere.

—Gracias, Ron —dice Bill—. Holly y Nick tienen una unidad aquí abajo. Pero llevo diez años trabajando aquí y nunca vi que la abrieran.

—Sabemos que tenían dos códigos para entrar —afirma Ron—. Nick tenía seis números y Holly otros seis. ¿Y si alguien pudiera hacerse con esos números de alguna forma? ¿Qué le impediría bajar aquí y abrir la caja?

—Bueno, para empezar tendría que encontrar el sitio —responde Bill—. Eso sería lo primero.

—¿Y un cliente que ya supiera dónde está?

—Sí —asiente Bill—. Pero si baja y lo veo abrir una caja que no sea suya, cierro a cal y canto todo esto.

—También podrías llevártelo crudo tú, ¿no?

—No puedo entrar en la cámara si no me acompaña un cliente. A Frank y a mí solo se nos permite entrar como acompañantes. Un

escaneado de retina para el cliente, otro para mí. Una verificación de huella del pulgar para el cliente, otra para mí.

—Imagina que un cliente viene armado —plantea Ron—. Y te obliga a ayudarlo.

—Escaneado de cuerpo completo —dice Bill—. Puedo ver las imágenes desde abajo y, si no me gusta lo que veo, no envío arriba la jaula.

—Entonces pongamos que te soborno —insiste Ron—. O que soborno a Frank. Soy un cliente, te conozco. Me dejas pasar, miras hacia otro lado cuando abro una caja que no es mía, me vuelves a subir, me reparto el premio contigo.

—Inténtalo —dice Bill—. A ver qué consigues.

A Ron siempre se le ha dado bien pensar como un delincuente. Casi lo hace por costumbre.

—Pues pongamos que soy un cliente, que he conseguido los códigos de Holly y de Nick y que he sobornado a Frank, digamos, y no a ti. ¿Qué me impide presentarme aquí mañana por la noche y llevarme el dinero de Nick y Holly?

Bill se lo piensa un buen rato.

—Nada. Aunque eso es mucho suponer.

—Vale —sopesa Ron—. Vale, por lo menos sabemos que no es descartable. Si un cliente concertase cita en los próximos días, ¿lo sabrías? ¿Normalmente sería en tu turno o en el de Frank?

—La mayoría de las citas son cuando yo vigilo —dice Bill—. Pero de vez en cuando te cae algún pájaro noctámbulo. Tengo una cita programada para dentro de dos días.

—¿Sabes el nombre? —pregunta Ron.

—Lord Townes —responde Bill Benson—. Hace siglos que no lo veo por aquí, pero es un tipo bastante majo.

«Un tipo bastante majo», piensa Ron. Elizabeth tendrá algo que decir al respecto. Parece demasiada coincidencia, ¿no?

—¿Y seguro que no puedes enseñarme lo que hay abajo? —pregunta Ron.

—Tendría que acompañarnos un cliente —dice Bill—. La única manera de que pudieras bajar sería convencer a un cliente de que te llevara y convencerme a mí de que te permitiera que lo acompañaras.

Ambos se quedan callados un momento.

—¿Qué es lo que tienen en su caja? —pregunta Bill—. Me refiero a Holly y Nick.

—Algo que valdría la pena robar —dice Ron—. ¿Hay alguna manera de que puedas cambiar su código? ¿O algo parecido?

Bill niega con la cabeza.

—Solo ellos podrían cambiarlo.

—¿Así que la cosa está ahí, criando polvo?

—A ver, está detrás de cincuenta puertas, identificadores de retina y escáneres de huellas dactilares —repone Bill—. Pero, aparte de eso, sí... Está ahí criando polvo.

—Gracias por confiar en mí —dice Ron.

Bill asiente.

—Gracias a ti por confiar en mí. Hostia, me parece increíble que esté muerta. ¿Quién lo ha hecho?

La pregunta del millón. Ron piensa.

Ambos se quedan absortos en sus pensamientos unos segundos.

—Necesitamos abrir esa caja —insiste Ron—. Antes de que alguien más lo haga.

—Pues te deseo la mejor de las suertes, Ronnie —responde Bill riéndose—. Necesitas cuatro cosas. A este servidor, la mitad del

código de Holly, la mitad del código de Nick y un cliente. De momento, solo me tienes a mí.

—Bill. —Ron coloca una mano sobre el hombro del grandullón—. ¿Te acuerdas de la huelga de 1974? Teníamos a todo el mundo en contra. El gobierno, los polis, los jueces... Gente poderosa. Unos matones. Nos echaron a los pies de los caballos, pero nunca nos doblegamos, nunca levantamos bandera blanca, nunca cedimos.

Bill asiente, alentado, pero se le presenta otra idea enseguida.

—A ver, la huelga la perdimos.

—Claro que la perdimos —dice Ron—. Nosotros siempre perdíamos. Pero se las hicimos pasar canutas, ¿no?

33

Connie Johnson está sentada con las piernas cruzadas sobre una esterilla de fibra de coco, con los ojos cerrados. Por un motivo u otro ha sido una semana estresante, y la lista de reproducción «Sonidos de la Selva» que tiene en Spotify le está sentando de maravilla. Ha tenido que suscribirse al servicio Premium porque no puede meditar si los sonidos de la selva son interrumpidos cada quince minutos por los anuncios de los menús de oferta de Burger King.

Inspira hondo, despacio, por la boca, y cuenta hasta tres; luego suelta el aire por la nariz, también despacio, mientras cuenta hasta seis. Hay mucha gente cabreada porque ha vuelto a la calle. Desde su celda había podido controlar bastante bien su imperio. A veces el wifi fallaba, porque los muros de la cárcel eran muy gruesos, pero, en definitiva, los pedidos llegaban a la hora prevista, los proveedores cobraban cuando debían y el dinero seguía blanqueándose de manera ordenada. Pero a dos o tres traficantes se les subieron los humos durante su desafortunada ausencia y ahora no le queda otra que ocuparse de ellos, de uno en uno, lo cual le requiere tiempo, y además resulta estresante. Más estresante para los susodichos, sin duda, reconoce Connie, pero aun así no puede decirse que esos minutos de relax en su anexo para el yoga no sean bien merecidos. Aunque, eso sí, no es habitual que la acompañen dos invitados.

—Y encontrad vuestro centro —dice Connie—. Encontrad vuestro centro y dejad que florezca una flor. Dejad que los pétalos se abran y capten los rayos del sol. Sentid el calor y sentid la belleza. Dejad

que vuestra mente vuele impulsada por la brisa. Dejad que vuestros pensamientos se desvanezcan en la nada.

Oye a Tia suspirar satisfecha.

—Entiendo la tesis —comenta Ibrahim, también con las piernas cruzadas—. Pero no puedo dejar que mis pensamientos se desvanezcan en la nada sin pensar que mis pensamientos se desvanecen en la nada, así que se me aparece otro pensamiento en la cabeza, la idea de que mis pensamientos se desvanecen en la nada, y ¿qué se supone que he de hacer con ese nuevo pensamiento? Es un pez que se muerde la cola.

Connie abre los ojos.

—No te gusta «estar en el momento», ¿no, Ibrahim?

—No —reconoce él—. El problema del momento es que siempre viene otro momento de camino, y estar constantemente en los momentos se me hace agotador.

—Es verdad —conviene Tia.

—Pero tú siempre me dices que me relaje —replica Connie—, que encuentre una manera distinta de pensar y de ser.

—Es verdad, y me parece que esto puede sentarle de maravilla a mucha gente —reconoce Ibrahim—. Lo que pasa es que yo no soy capaz.

Connie no tiene muy claro qué hace Ibrahim aquí hoy. ¿Es posible que sea la primera vez que lo ve en domingo? Sí, es muy posible. Pero le pidió pasarse por su casa, y ella le dijo que lo recibiría encantada si no le importaba hacer con Tia y ella un rato de yoga mientras conversaban.

Connie se ayuda de los brazos para ponerse de pie.

—¿Qué tal un whisky?

—Creo que les iría bastante mejor a mis pétalos para que se abriesen, Connie. Gracias.

Connie sale con ellos de la sala de yoga. Los lleva por la piscina y el solárium, esquiva la sala de snooker, ataja por la sala de cine y finalmente llegan al salón de whisky.

—Tienes muchas habitaciones —observa Ibrahim.

—He vendido mucha droga —dice Connie, pasando detrás de la barra y sirviendo dos buenas medidas—. ¿Tia?

—Tengo que irme —responde ella—. He de ultimar algunos preparativos para el trabajo.

—Eres muy trabajadora, Tia —dice Ibrahim—. Prepararte para tu trabajo en tu día libre.

Tia se encoge de hombros.

—Si no te preparas, prepárate para fracasar —cita Connie.

—Confío en que tu trabajo esté resultando bien —dice Ibrahim.

—Ahí vamos —contesta Tia.

Ibrahim sonríe.

—Estoy seguro de que alcanzarás el éxito.

Ibrahim está emocionadísimo con el nuevo trabajo de Tia. Lo estaría menos si supiera que es un atraco a un almacén, pero ojos que no ven, corazón que no siente.

Tia le da un abrazo de despedida a Connie.

—Te veo el martes.

—Me muero de ganas —le dice Connie.

—Hasta otra, señor Arif —se despide Tia.

—No tengas reparo en preguntar si no sabes algo —le aconseja Ibrahim.

—Gracias —responde ella—. Así lo haré.

Ven que se marcha. Cuando ya no puede oírlos, Ibrahim dice:

—Te hará sentir orgullosa, lo sé.

«Me hará ganar doscientas mil libras, eso es lo que hará», piensa Connie.

—Cada vez que me llama «señor Arif», tengo ganas de decirle: «Llámame Ibrahim», pero al final he decidido que me gusta mucho cómo suena «señor Arif». Normalmente solo los médicos me llaman así. La última frase en la que alguien me ha llamado «señor Arif» fue: «Con más de ochenta años, era de esperar cierta incontinencia urinaria, señor Arif».

—¿En qué puedo ayudarte hoy? —pregunta Connie—. No estoy segura de haberte visto antes en domingo, así que sospecho que vienes a pedirme un favor...

—Bueno, la vida siempre es un toma y daca —contesta él—. Es verdad, hay un pequeño favorcillo de nada que sí podrías hacerme.

—Dispara —dice Connie. «Dispara» es una frase con la que a menudo debe andarse con cuidado. Si alguna vez te encuentras en una sala llena de hombres armados y alguien quiere darte su número de teléfono, es mejor decirle «adelante» que «dispara».

Ibrahim echa una mirada a su espalda.

—¿Has oído hablar de un tal Davey Noakes?

—¿Dave de la Rave? Claro que he oído hablar de él. No vivo en la luna.

—Ah —dice Ibrahim—. Yo no lo conocía.

Connie niega con la cabeza.

—Davey se tiró cuarenta años en el negocio. ¿Cómo es posible que no hayas oído hablar de él?

—Creo que eres la única traficante de la que he oído hablar —reconoce Ibrahim—. Vivimos terriblemente aislados, cada uno en su reducto, ¿no? En mi opinión se debe a las redes sociales, porque atomizan nuestro terreno compar...

Connie lo corta.

—¿Qué quieres saber de él?

—¿Lo conoces?

—Me lo he cruzado varias veces. No es tu tipo, diría, pero podría hablarle bien de ti. Hay tíos a los que les gustan los maduritos.

—Estás obsesionada con las aventuras románticas —replica Ibrahim—. Comerciaba con éxtasis, si no me equivoco, ¿no?

Connie, pasmada, niega con la cabeza.

—¿Que comerciaba con éxtasis? Decir que Davey Noakes comerciaba con éxtasis es como decir que Taylor Swift vende discos.

—Entiendo —dice Ibrahim—. ¿Y los vende?

—Davey fue un pionero —explica Connie—. Creó toda la industria desde cero. Se ganó sus millones, nunca lo enchironaron, se salió antes de que todos empezaran a matarse unos a otros. Un traficante de manual, de puro manual. No encontrarás otro como él.

—¿Y a qué se dedicó después? —pregunta Ibrahim.

—Cosas de internet. Contraseñas, ni idea. Pero sigue ganando un montón de dinero.

—¿Y cómo se cruzaron vuestros caminos? —se interesa él.

—Una vez le escribí una carta, como buena fan —dice Connie—. Y él me respondió, y eso que no tenía por qué. Y una vez asistí a un baile benéfico en su casa: había polis, criminales... Estábamos todos. Bradley Walsh también se pasó. El actor, ¿lo conoces? Uno que sale en la tele.

Ibrahim asiente.

—Por fin alguien de quien sí he oído hablar.

—¿Por qué te interesa? —pregunta Connie.

—¿Has oído hablar de un sitio llamado «el Complejo»?

—Pues claro —contesta ella. El Complejo, nada menos. Esta sí que no la ha visto venir. ¿En qué lío se habrá metido Ibrahim?

—Lo dirigían dos amigos nuestros —explica él—. Holly Lewis y Nick Silver. Los llamo «amigos» por decir algo. Nick vomitó en una boda a la que fuimos y Holly murió después de conocernos.

—Te acompaño en el sentimiento.

—En fin —continúa él—, ellos dos se reunieron con Davey Noakes poco antes del asesinato de Holly Lewis.

—¿Tienes alguna idea de lo que hablaron? —pregunta Connie.

—Creo que fue porque tenían un problema de seguridad —dice Ibrahim—. Solicitaron el asesoramiento de dos particulares. Uno de ellos era Davey Noakes.

—Bueno, así es —dice Connie—. Puede causarte problemas de seguridad o puede resolvértelos, dependiendo de para quién trabaje.

Ibrahim asiente.

—¿Me permitirías hacerte dos preguntas más?

—Adelante.

—Gracias —dice Ibrahim—. ¿Crees que Davey Noakes es el tipo de persona que, en el marco de un determinado conjunto de circunstancias, podría asesinar a alguien?

Connie se echa a reír.

—Pues claro.

Ibrahim asiente.

—Y ahora la segunda pregunta. ¿Eres clienta del Complejo?

Connie coge unos cubitos de hielo con las pinzas y los echa en los vasos de whisky. Luego se queda mirándolo.

—¿Nos retiramos a la sala de cine? ¿Te apetecería ver algo en concreto?

—¿Qué me recomiendas?

—¿Ves *Bajo cubierta*? —pregunta Connie.

—Recuérdame lo que era —pide él.

—Es un reality que sigue a la tripulación de un superyate —le explica ella.

—Todavía no he empezado a verlo —dice Ibrahim.

Connie lo conduce hacia la oscuridad de la sala de cine: dos filas de cuatro butacas de terciopelo encaradas a una pantalla gigantesca. Se sientan en la primera, y Connie ve que Ibrahim reclina la butaca.

—Bueno, ¿lo eres? —retoma él la conversación—. ¿Una clienta? ¿Tienes cosas que necesiten almacenamiento en frío?

—Me dedico al crimen —responde Connie—. Utilizo el almacenamiento en frío, el almacenamiento en caliente, el almacenamiento con hormigón para luego arrojarlo al mar... Todo mi trabajo consiste en eso, en almacenar. Dinero, drogas, pruebas, información.

—Pero ¿el Complejo, en concreto? —insiste Ibrahim—. ¿Lo utilizas? ¿Podrías entrar?

—¿En serio? —replica Connie—. ¿Te preocupa alguna vez que no tengamos los límites bien marcados entre nosotros? ¿Como terapeuta y cliente?

Connie ha leído sobre la importancia de los límites.

—Creo que tú y yo nos creamos nuestras propias reglas —responde él. A Connie le encanta que se invente cosas sobre la marcha. En Ibrahim, sabiduría y egoísmo forman una buena ensalada. Por eso congenian—. Yo, porque soy mayor y me he ganado el derecho a definir mis propias normas, y tú, porque se te da muy mal ceñirte a las normas. Así que nuestros límites son porosos.

Límites porosos. «Pues claro —piensa Connie—. Engáñate todo lo que quieras, Ibrahim.» Está hablando con una traficante todas las semanas, y disfruta. Le parece mal todo lo que hace Connie y, sin embargo, sigue volviendo, como un perro a su árbol favorito.

—El Complejo no es algo de lo que pueda hablarte, Ibrahim —dice Connie. Es importantísimo que zanje este asunto mientras esté a

tiempo—. Cuanto menos sepas, mejor.

—Solo somos dos amigos charlando —repone Ibrahim—. Porque somos amigos, espero.

Siendo tan inteligente como es, Ibrahim puede ser absolutamente transparente en sus intenciones. Quiere que le hable del Complejo, y ella no quiere. La ha abordado directamente y ella lo ha rechazado de la misma manera, de modo que ahora le espera toda una tarde viéndolo ensayar distintas estrategias para obtener la información que desea. Ha empezado con halagos, pero no terminará ahí la cosa. Al final se volverá insoportable. Connie no quiere que se inmiscuya con el Complejo. Demasiada gente mala, incluso para ella. Pero si Ibrahim de verdad quiere saber algo, hay muy pocos sitios en los que ella pueda esconderse de él.

—Te propongo un trato —le dice—. Si consigues ver un episodio entero de *Bajo cubierta* conmigo, te ayudaré a entrar en el Complejo.

Ibrahim hace girar el whisky en el vaso.

—Si acepto, ¿podemos tomarnos otro whisky?

—Claro.

—Entonces trato hecho —acuerda él—. Acabemos de una vez con el disparate este de *Bajo cubierta* y así podremos hablar.

34

—Me envió el nombre en un mensaje de texto —dice Donna—. Jill Usher. Me pidió que le echara un vistazo.

—Pero no es tu caso, Donna —replica Chris—. Se ocupa la inspectora Varma.

—La mujer murió en Coopers Chase —continúa Donna, mientras Patrice le sirve más vino—. Elizabeth fue la primera en llegar al cadáver. Eso lo convierte en nuestro caso, por lo menos moralmente, aunque no en la práctica. Creo que debería escarbar un poco, como mínimo.

—¿Así que vas a hacer lo que te diga Elizabeth? —pregunta Chris.

—De momento, sí —responde Donna—. Quizá, cuando por fin te den un arma, podremos plantarle cara.

—Si te pones a investigar —tercia Patrice, hundiendo un bastoncito de zanahoria en el hummus—, ¿quién va a ocuparse del príncipe Eduardo?

—De eso se trata precisamente —dice Donna, un tanto avergonzada—. Elizabeth sabía que me aburría. Nos colamos en una oficina y lo pasamos bien.

—En serio —se queja Chris—. Te dejo sola una semana y mira lo que pasa.

Es una agradable y amodorrada noche de domingo. Patrice ha cocinado pollo asado, Donna huele los aromas que salen del horno. Se podría decir que su madre ha estado viviendo con Chris durante las vacaciones de verano. ¿Van a casarse su madre y su jefe un día

de estos? Donna ya se preocupará de ello cuando llegue el momento. Chris lleva un rato obsequiándolas a ambas con anécdotas de su curso de formación en armas de fuego.

Primero les ha dicho que se ha pasado toda la semana disparando, aunque al cabo de un par de copas de vino ha reconocido que lo que más ha hecho en realidad es asistir a clases sobre cómo evitar a toda costa el uso de las armas. En todo caso, de vez en cuando han practicado el tiro al blanco.

—Pues ten cuidado —dice Chris.

—Lo que te pasa es que estás celoso porque Elizabeth me ha pedido ayuda a mí en vez de a ti.

—No es mi caso —replica él—. Vamos a dejar que sea otro quien se ocupe por una vez del Club del Crimen de los Jueves. A mí me toca disparar armas.

Donna levanta una ceja.

—Vale, me toca ir a clases sobre disparar armas.

—Tendré cuidado, te lo prometo —dice Donna—. No le pisaré los callos a nadie. Si averiguo algo sobre Jill Usher, lo transmitiré y punto. Aunque, a primera vista, la tipa estaba limpia.

—¿Y no harás nada más? —pregunta Chris.

—Nada más.

—¿No te ha pedido que hagas nada más?

—Absolutamente nada.

—¿Ni siquiera un favorcillo más?

—A ver —responde ella, encogiéndose de hombros—, me dijo que quizá estaría bien que hablara con el marido de Joanna.

—¿Quiere que hables con Paul Brett?

—Bueno, ella no puede —dice Donna—. Imagínate que Joyce se entera.

—¿Y vas a hacerlo?

—Podrías acompañarme, si te apetece. ¿Cuándo terminas el cursillo?

—No, aquí estoy bien, gracias —dice Chris.

—Pero seguro que te tienta echar una mano, ¿no? —le pregunta Patrice.

—¿Echar una mano al Club del Crimen de los Jueves? —inquiere él.

—Te tienen el corazón robado —afirma ella—. Los echas de menos. Creo que una vez te oí gritar «Joyce» en sueños.

—Deja que te cuente una historia —dice Chris.

—Ay, me muero de ganas de oírla, por favor —le responde Patrice con sorna, y se echa a reír con Donna.

—Hace un par de meses —empieza Chris—, Donna y yo recibimos una llamada. Fue a primera hora. Encontraron muerto al dueño de un garaje en Rye, en su taller. Un golpe muy feo en la cabeza, un par de horas antes. Un asesinato. No teníamos duda.

—¿Dices que fue Elizabeth quien lo cometió? —aventura Patrice.

Chris no hace caso del comentario. Está en racha.

—Fuimos Donna y yo al taller. La científica estaba allí, pero no encontraron nada que pudiera servirles, así que probablemente nos las veíamos con un profesional. De modo que nos volvemos a comisaría y nos ponemos a escarbar un poco, como siempre. Watkins, se llamaba el tipo. ¿Lo teníamos en el radar? ¿A qué personas conocía? ¿Quién podría tener un móvil? Y otra vez no encontramos nada. Pasa muy a menudo.

—Ese pollo huele que alimenta, mamá —comenta Donna.

—El secreto es matarlo con tus propias manos —dice Patrice—. Continúa, cariño. ¿Decías?

—Así que ni una pista forense ni una pista en la investigación de antecedentes. Vale. Tendríamos que hacer un poco de trabajo

policial de la vieja escuela. Ir de puerta en puerta...

—Bueno, en realidad fui yo la que fue de puerta en puerta —lo corrige Donna.

—Eso es verdad —reconoce Chris—. El rango tiene sus privilegios. En fin, Donna va de puerta en puerta con un pequeño equipo, pero nadie ha oído nada, de modo que todos se vuelven a la comisaría. Estamos almorzando y uno de los agentes nuevos nos cuenta que una anciana le ha soltado un sermón de veinte minutos después de llamar a su puerta. Le habían robado la leche, y ¿qué íbamos a hacer al respecto? El agente le dice que está investigando un asesinato y que la leche de la señora no está muy arriba en su lista de prioridades, pero ella le arrea un golpe con su bastón y le dice: «¿Y mis Cornflakes Crunchy Nut?», con lo que el chico consigue que nos partamos de risa, que es lo que pretendía conseguir.

—Ya me veo venir la moraleja del cuento —dice Patrice.

Chris asiente.

—Tienes razón. Estoy escuchando a ese agente, y echo una mirada a Donna. Quiero llamarle la atención, pero veo que ella ya está mirándome. Los dos nos levantamos de la mesa, volvemos a Rye y le hacemos otra visita a la señora de la leche robada. Está encantada de que nos lo tomemos en serio y nos invita a pasar. Le preguntamos a qué hora suele ser el reparto de la leche y ella nos responde que a las cinco y media de la madrugada. Le preguntamos si tiene alguna cámara de videovigilancia, y nos dice que no, pero que el vecino de enfrente sí tiene una.

—Nos dijo que la tenía porque era un pervertido. Palabras textuales —añade Donna.

—Conque vamos allí y echamos un vistazo a las imágenes. Y ¿qué vemos? Un hombre que baja caminando desde el taller de Watkins sobre las seis menos cuarto de la madrugada, todo de negro, con

guantes, lo de siempre. El tipo ve la leche en la puerta, se acerca trotando y se la lleva. Cuando vuelve a la calle desde la casa tenemos una imagen clara de su rostro. Es el hombre que buscamos, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver con el Club del Crimen de los Jueves? —pregunta Patrice.

—Hacemos circular la captura de la cámara de seguridad —continúa Chris—. Y un inspector de Worthing nos llama para decirnos que conoce al tipo, Johnny Jacks, una ficha larga como un día sin pan, matón a sueldo, lesiones corporales graves, así que allá que vamos para hablar con el tal Johnny Jacks. Se muestra tranquilo, siempre son así. Nunca ha oído hablar de Watkins, nunca ha oído hablar de Rye, solo a regañadientes reconoce saber qué es la leche. Registramos su coche y encontramos un recibo de una gasolinera de las afueras de Rye. También encontramos un martillo lleno de ADN de Watkins.

—Incluso encontramos una botella vacía de leche —añade Donna.

—Así que lo detenemos, ponemos la denuncia, lo metemos en prisión preventiva, y cuando llegue el juicio se pasará una larga temporada a la sombra. Y todo porque dedujimos que la clase de hombre que puede matar a sangre fría también es la clase de hombre que robaría una botella de leche de la puerta de una casa.

—Felicidades —dice Patrice—. Un trabajo extraordinario.

—Gracias —contesta Chris—. Pero cuento esta historia por un solo motivo. Este año he participado en ocho investigaciones de homicidio. Hemos resuelto cinco, sabemos quién cometió dos, pero sigo buscando pruebas. Mucho hincar codos, muchos pasos en falso, mucho trasnochar. Pero en todo este tiempo ni una sola vez me he visto en la situación de que un jubilado me exija información a mí, me haya ocultado pruebas, me haya desautorizado intelectualmente

o haya interferido en mis investigaciones de homicidio de una forma u otra. Y, si te soy sincero, no lo he echado de menos, y a ellos tampoco los he echado de menos.

Chris se recuesta en la silla. Parece agotado. Asunto cerrado.

Donna y Patrice se miran entre sí.

—Sí que los has echado de menos —dice Patrice.

—Es verdad —coincide Donna.

—Donna —dice Chris—, eres libre de acatar las órdenes de Elizabeth si es lo que te apetece. Pero yo estoy hecho de una pasta más dura. Soy un buen investigador. No necesito que el Club del Crimen de los Jueves me ayude.

—¿Y si son ellos los que necesitan que los ayudes? —pregunta Donna.

—Nunca han necesitado mi ayuda —zanja Chris.

Caso cerrado.

—Sea como sea, está demasiado ocupado disparando armas con los chicos —dice Patrice.

—También hay una mujer en el grupo —protesta Chris.

—Deja que lo adivine —dice Donna—. Todos la habéis subestimado y ahora resulta que es la mejor tiradora de la promoción.

—No me apetece entrar en discusiones de género con esto —contesta Chris—, pero resulta que va empatada en la duodécima posición de quince.

—¿Y en qué posición vas tú? —pregunta Donna.

—Pues también empatado en la duodécima posición —responde él —. Iría octavo, pero le disparé a una mamá con un carrito de bebé en vez de a un terrorista.

Lunes

35

Bogdan ha insistido en llevarlas en su coche y luego esperarlas fuera.

Joyce, por más que lo intente, no le ve el sentido.

—Podríamos haber ido en taxi, Bogdan. No hay necesidad de que pierdas la mañana por nosotras.

—Me quedaré esperando —sentencia él—. Por si acaso os mata.

—No va a matarnos, Bogdan —replica Joyce—. Es un lord.

—¿Te has olvidado de lord Duncan? —aduce él—. Asesinó a alguien. Lo vi en un documental.

—Una vez coincidí con lord Duncan —interviene Elizabeth.

—¿Mucho antes del asesinato? —pregunta Bogdan.

—Ah, no, después —responde ella, justo cuando Bogdan gira para entrar en el camino de acceso a Headcorn Hall.

La casa los espera agazapada al final del largo camino. Entre la grava, asoman hierbajos y flores silvestres, primer síntoma de que el camino empieza a perder la batalla contra el mundo natural que lo rodea. A Joyce le extraña que los jardineros no se hayan ocupado de ello. En *Downtown Abbey* sería impensable ver un hierbajo. Las extensiones de césped en torno a la casa también han vivido tiempos mejores, aunque quizá lord Townes sea ecologista y prefiera un estilo «silvestre» para su finca. Muchos ricos se han vuelto ecologistas últimamente. Ron dice que son los que ya no pueden permitirse tener un helicóptero. De hecho, fue Ron quien les dijo que lord Townes había concertado una visita al Complejo para el

miércoles por la mañana. Elizabeth tiene mucho interés en verlo antes de que vaya.

A Joyce le hace ilusión pensar que quizá los recibirá un mayordomo en la puerta. No se atrevería a decirlo en voz alta, pero de camino, mientras Bogdan y Elizabeth conversaban sobre las mejores opciones que tienes en tu mano si te secuestran, se ha imaginado un mayordomo de voz profunda que haya servido a la familia Townes durante generaciones pero que no haya encontrado el amor en la vida, después de que un romance efímero y condenado al fracaso con una sirvienta cuarenta años antes le obligara a echar el candado a su corazón. Muchos años después, ese hombre —se llamaría Henderson, tal vez, o Phillips, o Brabazon— conoce a una mujer vestida con un cárdigan malva, y es como si viajara atrás en el tiempo. No cruzan palabra, pero sí hay miradas, discretas, y cuando ella se marcha, él inclina la cabeza y dice: «Señora», a lo que ella inclina la cabeza también y dice: «Henderson». Lo que ocurre después es un misterio, ya que Joyce se ha quedado dormida, y no se ha despertado hasta oír la voz de Elizabeth diciendo: «La clave, si estás atado en un maletero, es dar patadas contra las luces de frenos».

Cuando se detienen con un rechinar de gravilla, Joyce ve que no los espera Henderson. En eso ha quedado su sueño. Lord Townes en persona ha salido a recibirlos. Desde luego, Joyce podría tener la fantasía de que se casa con un lord, pero eso seguramente sea mucho menos probable, y también menos divertido. Joyce decide conformarse. En realidad, conocer a un lord ya es emocionante de por sí.

—Elizabeth Best y Joyce Meadowcroft, supongo —dice lord Townes—. Es todo un placer.

—Lord Townes —responde Elizabeth, estrechándole la mano. Joyce le hace una reverencia.

—Puede ahorrarse esas tonterías —dice lord Townes, estrechándole la mano a Joyce—. Pasen, por favor. Mis amigos me llaman Robert, y, como ya veo que vamos a ser amigos, voy a ser Robert también para ustedes. ¿Su chófer necesita algo?

—¿Bogdan? —dice Elizabeth, volviéndose para mirar el coche—. No. Va a escuchar un pódcast sobre la caída de Cartago.

Lord Townes les abre la inmensa puerta de roble que protege la entrada y las sigue a un vestíbulo iluminado con una sola bombilla pequeña. Joyce alcanza a ver retratos, alfombras y jarrones repartidos al buen tuntún por el espacio, pero también detecta mucho polvo y varios desgarrones en el papel pintado, y, en este día de verano, siente un escalofrío instantáneo. Lord Townes (perdón, Robert) las hace pasar a un gran salón, y Joyce se sienta en la silla más limpia que encuentra.

—Les ofrecería un té —dice lord Townes—, pero la cocina está muy lejos. Me decían que querían verme por Nick Silver, ¿verdad?

—Sí —responde Elizabeth.

—Fue el padrino de boda de mi yerno —comenta Joyce—. Mi yerno, el profesor. Se llama Paul.

—Bueno, conozco mejor a Holly Lewis que a Nick Silver —señala lord Townes—, pero, por favor, disparen sus preguntas.

Por una puerta doble abierta a su derecha, Joyce atisba una mesa de snooker tapada con una funda manchada y la cabeza de un ciervo que cuelga de una pared revestida de roble. Al ciervo le falta un ojo.

—Pidió verle —afirma Elizabeth—. La semana pasada. ¿Puedo preguntarle con qué motivo?

—¿Puedo preguntarle yo por qué quiere saberlo? —replica lord Townes—. Fue una conversación privada.

—Alguien ha asesinado a Holly Lewis —dice Elizabeth—. Y Nick Silver ha desaparecido.

—¿Han asesinado a Holly? —A lord Townes se le queda la cara de alguien que ha sido víctima de una broma pesada.

—Pensé que quizá ya lo sabría —comenta Elizabeth—. Una bomba en el coche.

—No —contesta él—. No. Es imposible.

Joyce no se lo cree. Lord Townes por fuerza debía de estar enterado de la noticia.

—¿De qué hablaron? —insiste Elizabeth.

—¿Va en serio? —replica él.

—Robert, sabe quién soy yo —dice ella—. Conoce mis antecedentes.

Lord Townes había llamado a alguien «de muy arriba» antes de acceder a verlas. Esa persona había llamado inmediatamente a Elizabeth.

Él asiente a modo de respuesta.

—Nos gustaría mucho encontrar a Nick Silver y a la persona que asesinó a Holly —afirma Elizabeth.

El ciervo tuerto sigue distrayendo a Joyce. Pobre animal.

—¿Qué saben ustedes? —pregunta lord Townes—. Las informaré de cuanto pueda.

—Holly y Nick dirigen el Complejo —responde Elizabeth—. Acudieron a usted en busca de consejo sobre un asunto financiero, una suma de dinero muy importante en criptomonedas que habían conservado durante muchos años y que finalmente habían decidido vender para hacer caja.

—Un buen resumen —acepta él.

—¿Por qué vinieron a verle? —pregunta Joyce.

—Toda mi carrera la dediqué como quien dice a la banca —responde él—. Finanzas en la City de Londres, ya saben, gestión de valores de primer orden. Tengo entendido que también pidieron consejo a gente que quizá esté más al día con estas cosas. ¿Davey Noakes? Confío que lo tengan en el radar.

—Lo tenemos controlado, sí —confirma Elizabeth.

—Pero creo que también querían hablar con alguien que pudiera recomendarlos a algunos perros viejos que fueran de confianza. Hay muchos engaños en el mundo de las criptomonedas, y creo que, llegado el momento, querían hablarlo con alguien vestido de traje.

—¿Y le dijeron cuánto dinero había en juego? —pregunta Elizabeth.

—Algo más de trescientos millones —responde lord Townes—. O eso me pareció entender por lo menos. Para un banquero, tampoco se trata de una cantidad exorbitante, pero para dos particulares sin duda es suficiente para enseñar los colmillos.

Joyce mira por un gran ventanal. Una niebla ligera se ha posado sobre los jardines.

—¿Y qué consejo les dio? —pregunta Elizabeth.

—Me comprometí a conseguirles algunas reuniones en cuanto pudieran disponer del líquido —contesta lord Townes.

—¿Y habló usted con alguien? —inquiere Elizabeth.

—Se lo comenté a algunos viejos amigos de la City —responde él —. Pero no di nombres para ahorrarles cualquier molestia. Solo expliqué que a unos conocidos míos les había llegado inesperadamente una bonita suma de dinero y les pregunté que qué les parecía.

—De modo que no nombró el Complejo —dice Elizabeth—. ¿Tampoco mencionó los nombres de Holly y Nick, ni la cantidad que

había en juego?

—Solo dije que les merecería la pena —responde lord Townes—. Nada más.

—¿Y volvió a tener noticias de Nick o de Holly después de la reunión?

—Solo una nota de agradecimiento de Holly, con un «nos vemos la semana que viene». Le estaba preparando un documento con una lista de posibles candidatos y cosas así.

—Ha sido todo un detalle que nos ayude, Robert —dice Elizabeth. Es muy posible que haya reparado en lo mismo que Joyce. Un hombre con una gran casa y sin dinero suficiente para mantenerla de pronto es informado de la existencia de una enorme fortuna—. ¿Qué saca usted de todo esto?

—Ah, no hablamos de mis honorarios —repone lord Townes—. Pero lo habitual en estos...

—No, lo siento —dice Elizabeth—. Le preguntaba con qué impresión se ha quedado de este asunto. Del asesinato de Holly.

—Bueno, es todo un misterio, ¿no? —contesta Lord Townes—. Seguro que hay juego sucio.

—Pero ¿la coincidencia? —insiste Elizabeth.

—¿Qué coincidencia?

—Que Holly y Nick decidan hacer caja después de tantos años y que tan solo unos días después de dar noticia de su decisión a varias personas uno de ellos muera y el otro desaparezca. —Elizabeth le dirige una mirada pavorosamente neutra—. Esa coincidencia.

Lord Townes se recuesta en la silla y Joyce nota que está midiendo a Elizabeth bajo un prisma nuevo. Sonríe y baja los ojos.

—Su suposición, sospecho —dice, señalando con un ademán el estado calamitoso de la casa—, es que un hombre que anda justo de

dinero y de suerte descubre de pronto que tiene una mina de oro bajo los pies...

—Sin duda sería una manera de verlo —coincide Elizabeth— para una mente desconfiada.

Lord Townes asiente.

—¿Cómo ganan dinero los banqueros?

Esa pregunta se la ha hecho muchas veces Joyce. Ron se lo explicó una vez, pero, cuanto más se sulfura su amigo, más difícil es seguirle el hilo de pensamiento.

—El dinero se mueve como el agua de un cubo cuando lo agitas —dice lord Townes—. Se derrama en grandes cantidades a un lado y a otro. Peter paga a Paul, Paul paga a Mary, Mary adquiere con palancas la empresa de Harry, Harry convierte sus deudas en capital. Todo es un torbellino. Y en el centro del torbellino están los banqueros, repartiendo apretones de manos, presentando a Peter y Paul, y a Mary y Henry, y, cada vez que el dinero se mueve, se transforma o crece, se quedan con una pequeña tajada. Una tajadita de Paul, otra de Peter, todo el día, todos los días, hasta que pueden bajar esquiando por su propia montaña de dinero.

Es muy distinto de cómo se lo había explicado Ron, de eso no le cabe duda a Joyce.

—Así que le diré cómo veo yo la cosa —continúa lord Townes—. Holly Lewis y yo desarrollamos una relación de confianza a lo largo de los años. Y esa confianza era suficiente para que supiera que podía venir a verme cada vez que tenía una decisión importante que tomar. ¿Conocieron a Holly?

—Sí —responde Elizabeth.

—¿Pensaron que era una boba?

—No —responde Elizabeth.

—Y entonces Holly me ofrece un buen negocio. La oportunidad de negociar una venta por un importe de más de trescientos millones de libras. De los cuales yo podría sacarme, y se lo pueden preguntar a cualquiera que esté familiarizado con este tipo de operaciones, unos honorarios de un tres por ciento. En resumidas cuentas —lord Townes se inclina ahora hacia delante en la silla—, un negocio que me cae del cielo, en el que solo tengo que coger el teléfono, ponerme un traje y subirme a un tren que me lleve a Londres, lo que me granjeará una suma en torno a los diez millones y medio de libras. Y ese negocio, por lo que parece, podría estar a punto de volar por los aires, con perdón por la expresión.

Elizabeth asiente.

—En todo caso, Robert, la banca no siempre funciona así, como bien sabe. No siempre mordisquea los bordes de la tarta, dejando suficiente comida para que todos los demás puedan comer también. A veces despide al pastelero y se queda con toda la tarta.

—Nunca me ha gustado esa forma de hacer banca —manifiesta lord Townes—. De verdad les digo que creo que Davey Noakes podría ser un terreno más fértil para ustedes.

—Y desde luego eso sería lo que nos diría —aventura Elizabeth.

—Y con más razón que un santo, señora Best —responde lord Townes—, porque está hablando ahora mismo con un hombre que puede que haya perdido un negocio por valor de diez millones y medio de libras.

Joyce vuelve a mirar por el ventanal y decide que ella también tiene una pregunta que hacer.

—¿Y es usted además cliente del Complejo?

—El sitio más seguro del país —afirma lord Townes.

—¿Y qué es lo que guarda allí? —inquiere Joyce.

—Tendrá que perdonarme, pero eso no es de su incumbencia. Sí que le diré que es algo de valor, como cualquier otro cliente.

Algo de valor. Qué interesante. Cuando Joyce ha vuelto a mirar por el ventanal, se ha percatado de que no era niebla sobre el césped lo que había visto. Era sencillamente que hacía mucho tiempo que esos cristales no se limpiaban.

—¿Y tiene previsto ir allí en los próximos días? —se interesa Elizabeth.

—No —miente lord Townes. Joyce y Elizabeth ni siquiera intercambian una mirada. Saben lo que saben—. ¿Suponen que alguien quiere quedarse con el dinero? ¿Con toda esa fortuna?

—Es una hipótesis de trabajo —contesta Elizabeth.

—Si alguien intenta robar ese dinero, tiene que tratarse de alguien que sepa que existe —indica él—. Y les aseguro que ese alguien no soy yo. No conocerán persona que mienta peor que yo. Lo que solo les deja dos alternativas. La primera, Davey Noakes. Y la segunda...

—Nick Silver —se le adelanta Elizabeth.

—Quien, por lo que me cuentan, ha desaparecido muy oportunamente —dice lord Townes, poniéndose de pie—. Así que elijan su carta. Es uno de los dos.

Parece que la reunión ha concluido. Lord Townes ha sido un auténtico encanto con ellas, pero, cuando Joyce echa un último vistazo al ciervo tuerto y a este lord que ha mentido sobre su próxima visita al Complejo, entiende que él es la tercera alternativa.

Solo hay una cosa de la que esté segura. El crimen no lo cometió el mayordomo. Lo sabe porque no hay mayordomo.

36

El orden es importante cuando matas a más de una persona.

Hace años había una banda albanesa que operaba en el aeropuerto de Gatwick e inmediaciones. Tres hermanos. Uno era contable, otro era luchador de artes marciales mixtas, y el tercero, un demente diagnosticado. Estructura clásica, con todas las posibilidades cubiertas.

Los tres hermanos habían vulnerado algún código, birlando un dinero de un cargamento de heroína o algo por el estilo, Danny ha olvidado los detalles. Lo que sí recuerda es que habían puesto precio a sus cabezas y que un tipo a quien había conocido en karate recibió el encargo. Callum, se llamaba. Que Dios lo tenga en su gloria.

Lo ideal era matar a los tres hermanos a la vez, pero por distintos motivos logísticos —eran vacaciones escolares, recuerda Danny— no iban a coincidir los tres en el mismo sitio a corto plazo. De modo que Callum se carga al luchador en el gimnasio en el que entrena, y al contable lo liquida en una aldea turística de Center Parcs (la que queda en Longleat, cree recordar Danny). Luego, sube al Distrito de los Lagos para acabar con el demente diagnosticado, que ha ido allí a hacer excursionismo. En el trayecto de ida, el hermano demente se entera de que el hermano luchador ha sido asesinado. No le sienta bien la noticia, pero entre luchadores de artes marciales los asesinatos son el pan de cada día, así que no quiere que esa muerte le estropee las vacaciones. Después le llega la noticia de que el

hermano contable también ha sido asesinado, lo que solo puede significar una cosa. Alguien va a por el trío de hermanos.

Actualiza su estado en Facebook, mostrando la casita en la que se aloja con su esposa, y espera la llegada de Callum. Cuando ya se han calmado las aguas, la cabeza de Callum aparece flotando en el lago Windermere, y su torso, en el de Coniston, mientras que sus piernas y brazos son enviadas vía FedEx a sus padres. El hermano ya está de vuelta en Albania, y más tarde perderá la vida escalando el Everest para una campaña benéfica.

Desde luego, hubo algunas personas, no muchas, a las que les dio pena el pobre Callum —su calvario, según se supo más tarde, había durado varios días—, aunque en realidad él mismo había tenido parte de culpa. En amplios círculos se debatió y concluyó que debería haber matado primero al hermano demente: una casita apartada, cargarse también a la mujer; luego volverse tan pancho a Sussex y acabar con el luchador, para hacer por último una escapada rápida al oeste, a Longleat, y liquidar al contable. Aunque este último se hubiera enterado del asesinato de sus hermanos, sencillamente se habría largado con viento fresco a Albania, sin tomarse la molestia de matar y descuartizar antes a Callum.

Todo lo cual sirve para decir que Danny tendrá que ordenar la muerte de Jason Ritchie antes de hacer lo propio con Suzi.

Ha cogido una moto de agua, se ha dado una vuelta por la costa y la ha amarrado en una cala. Hay ahí un restaurante en el que sacan el pescado directamente de los barcos de pesca, te lo asan en una hoguera y te lo sirven con aceite de oliva y limón que vienen directos de las laderas montañosas que enmarcan la playa. Aunque también ponen hamburguesas, y eso es precisamente lo que Danny ha pedido.

—¿Cuándo podrás cargártelo? —pregunta Danny, echando un chorretón de kétchup al bollo de la hamburguesa.

El hombre se mira el reloj y piensa un momento.

—¿Mañana?

Danny asiente.

—¿Y dónde?

—Vive en una casa apartada —dice el hombre—. Le llevaré un pedido de Amazon que requiera su firma.

Los repartos de Amazon han sido una verdadera bendición para los asesinos a sueldo. La gente siempre espera uno en casa.

—¿Y luego irás directo al siguiente objetivo? —pregunta Danny.

El hombre asiente.

—Sale a las tres a recoger al niño. La esperaré fuera de casa.

Danny le da un sobre al hombre.

—Ahí van los primeros diez mil.

El hombre se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Te espero aquí este miércoles para los siguientes veinte mil —dice Danny—. Intenta que sea rápido y limpio.

El hombre asiente.

—No me marcaré un Callum.

—Exacto.

Danny da un mordisco a su hamburguesa. La carne está un poco fría por dentro, pero está rica de todos modos. Si todo marcha a pedir de boca, recibirá una llamada de la policía —tu mujer ha fallecido, ven a identificar el cadáver, etcétera—, y el miércoles por la noche podrá volar de vuelta con una coartada perfecta.

Puede vender la casa («demasiados recuerdos»), dejar al chico con su abuelo y ver un poco de mundo. Ampliar horizontes. Desde que llegó aquí, ya ha conocido a un falsificador marroquí y a un

alemán que vende vitaminas falsas en internet. Viajar ensancha la mente.

El hombre se pone en pie y se dan un apretón de manos.

—Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo —comenta Danny.

—Nos vemos el miércoles —dice el hombre.

37

Los jueves siguen reuniéndose en la sala de los puzles. Pero, como hoy no es jueves, celebran la reunión en el *jacuzzi*. Ron lo ha decidido.

No suele salirse con la suya, pero hoy sí lo ha conseguido. Sospecha que están a buenas con él por la información que ha obtenido sobre lord Townes.

Ron se está tomando una cerveza; Ibrahim, un agua mineral y un platito de aceitunas; Elizabeth se ha decantado por un batido de proteínas de esos a los que Bogdan la ha vuelto adicta, y Joyce se toma una taza de té bien caliente.

—Os diré cómo lo veo yo —dice Ron—. Sí, quizá lo hizo Dave de la Rave. Dispone de los medios. Pero también pudo ser el señorito Townes, porque...

—No lo llames señorito —replica Joyce, soplando en el té humeante y dirigiendo luego el aire hacia su frente—. Es un lord.

—Son lo peor de lo peor, Joycey —dice Ron—. Lo peor de lo peor. Aunque la desaparición de Nick Silver parece demasiado oportuna.

—Mmm —conviene Ibrahim.

—Alguien trata de asesinarlo —continúa Ron— y fracasa en el intento. Una bomba desaparece. ¿Alguien revienta su oficina y él te deja un post-it con una nota? ¿Ayúdame, ayúdame? ¿No te parece que esta historia hace agua por todas partes, Lizzie?

A Elizabeth le está costando chupar el batido de proteínas con la pajita.

—No lo veo claro, pero en cualquier caso no me gusta nada la pinta que tiene.

—Y luego va y desaparece, sin dejar rastro —prosigue Ron—. Y entonces, mira tú por dónde, su compinche es asesinada al día siguiente.

—Pero fue el padrino de boda de mi yerno Paul, Ron —dice Joyce —. Me cuesta mucho creer que...

—Si Holly era sospechosa de haberle puesto la bomba a Nick —la interrumpe Ron—, entonces, por lo menos hasta que demos con él, Nick lo será de habérsela puesto a Holly.

—Pero ¿los mensajes de texto? —replica Joyce—. Era evidente que no los había escrito él.

—Ya encontraremos el motivo que lo explique —responde Ron.

—¿Y qué motivo podría ser ese? —pregunta Joyce.

Ron se encoge de hombros. Las válvulas del *jacuzzi* expulsan de pronto unos potentes chorros y los pies de los cuatro flotan a la superficie.

En teoría, el *jacuzzi* es una «piscina de hidroterapia», pero Ron y Pauline fueron a uno en Tenerife y era de la misma marca y modelo que este. Por eso sabe que en realidad es un *jacuzzi*. Y, si los rumores son ciertos, este ha acogido la misma cantidad de movimiento que el de Tenerife. Hay un grupo de recién llegados en Wordsworth Court, unos chavales, poco más de setenta años, que han encargado unas insignias en las que se lee: «Me he apuntado al club del *jacuzzi*. ¿Y tú?». Una panda bastante molona, eso es lo que son. De hecho hay dos que incluso juegan al tenis. Desde que esas chapas empezaron a aparecer, Ron solo se mete en el *jacuzzi* cuando huele a lejía.

—Creo que deberíamos centrarnos en los códigos —sugiere Ibrahim—. Ron conoce a Bill Benson, y Connie Johnson es clienta del

Complejo. Lo que necesitamos son los códigos para abrir la caja de Holly y Nick.

—Eso si lord Townes no se nos adelanta —dice Joyce—. Llevaba unos calcetines desaparejados. Un lord, figúrate.

—¿Eso es todo lo que necesitamos, Ibby? —duda Ron—. ¿Los códigos? En fin, si algo tengo claro es que no pienso colaborar con Connie Johnson. Fin de la discusión.

—Me encantaría que os llevarais bien —dice Ibrahim.

—Colega —responde Ron, levantando la pinta según la venerable tradición de un hombre que está a punto de poner los puntos sobre las íes—, esa mujer es una narco armada hasta los dientes, obsesionada con cobrarse venganza, y resulta que fui yo quien la metió en la cárcel.

Su amigo reflexiona un momento.

—En ocasiones es mejor centrarse en lo que tenemos en común con los demás —dice Ibrahim—, en lugar de en lo que nos separa. ¿Cuántas veces te han amenazado de muerte a lo largo de los años? Sin embargo, aquí estás, en una piscina de hidromasaje con una pinta de cerveza en la mano. Y las burbujas de más que estás fabricando apuntan a que estás vivito y coleando.

Lo que ocurre bajo el agua se queda bajo el agua, ese es el mantra de Ron. Además, la gente ha hecho cosas peores aquí dentro.

—Con Connie o sin ella, no tenemos manera de encontrar esos códigos, Ibrahim —dice Elizabeth.

—Siempre la hay —replica él.

—Olvídate de los códigos y concéntrate en el asesinato —ordena ella—. Ron tiene más razón que un santo con lo de Nick Silver. Todo podría ser una cortina de humo. Pero Davey Noakes y lord Townes también habrían podido tener sus razones.

—Pero Davey hacía años que estaba enterado de lo de los Bitcoins —esgrime Ibrahim.

—Saltaba a la vista que lord Townes necesitaba dinero —les recuerda Joyce—. Ese pobre ciervo...

—Y seguimos sin saber nada de Jill Usher —señala Elizabeth—. La conexión de Mánchester.

—Davey Noakes, lord Townes, Jill Usher, Nick Silver —enumera Ibrahim.

—Uno de ellos la asesinó —dice Elizabeth, terminándose el batido de proteínas con una chupada final que la deja con un gesto sombríamente satisfecho—. ¿Has tenido suerte buscando al abogado misterioso, Ibrahim?

—He enviado un e-mail en el que preguntaba por Nick y Holly a más de cuatrocientos bufetes —responde Ibrahim—. Sin embargo, cometí el error de enviar los mensajes a las cuatro y diez de la tarde, de modo que he recibido más de trescientas respuestas automáticas de «hemos cerrado». Pero seguiré buscando.

Ron se da cuenta de que empieza a desconectar.

Sabe que sus amigos lo están pasando bien, y él también ha disfrutado del encuentro con Bill Benson, pero nota que le cuesta emocionarse con el caso de Holly Lewis. Debería estar ilusionado, y lo sabe. Una mujer joven ha muerto y hay dinero enterrado en alguna parte. Pero no siente ese cosquilleo. ¿Por qué?

Los cuatro amigos se recuestan en la pared del *jacuzzi*. Ron podría tirarse el día entero aquí dentro. En la otra piscina, ve a una mujer haciendo largos despacio —se llama Paula, no recuerda el apellido—, y a un hombre que ya ha cumplido los noventa —Dennis— haciendo anchos también despacio. Haz lo que puedas mientras puedas. La inevitable colisión de los dos nadadores, cuando se produce, es muy

amistosa, incluso seductora por el lado de Dennis. Sí, haz lo que puedas mientras puedas.

—Ha sido bonito ver a Kendrick —comenta Joyce.

Paula está ayudando ahora a Dennis a salir de la piscina. Él le hace un gesto con la mano para proponerle una copa de vino, y ella sonríe y baja la cabeza en sentido afirmativo. Una escena bonita. Paula echa una mirada rapidísima al *jacuzzi* y, al verlo ocupado, se vuelve. «No habrá hoy insignia para ti, Paula», piensa Ron.

—Sí —contesta Ron—. Ese chiquillo es un milagro.

—Ha sido precioso pasar tanto tiempo con él —dice Ibrahim—. Me he fijado en que Suzi no vino a recogerlo, ¿puede ser? Habría sido genial verla a ella también.

—Suzi anda muy ocupada —responde Ron.

Ron entiende que ese es el motivo de que su mente no esté en plena forma. Algo le está pasando a Suzi. Tiene que conseguir que Jason le cuente la verdad. Si Suzi y Danny van a divorciarse, lo asumirá. No solo lo asumirá, sino que además estará encantado. Y Jason lo sabe. Así que debe de estar ocurriendo otra cosa, y Ron prefiere no pensar en lo que podría ser.

—De verdad que espero que todo vaya bien —dice Joyce. Como es norma habitual en ella, manifiesta deseos en lugar de preguntar.

—Lo que más me preocupa es la línea defensiva del West Ham —repone Ron.

Está muy bien tener amigos, pero algunas cosas hay que afrontarlas solo. Por un instante, el hecho de que también le preocupe la defensa del West Ham le distrae de sus cavilaciones.

—Bueno, ya sabes dónde puedes encontrarme —dice Ibrahim—. Si hay algo que te inquiete...

—Sí —replica Ron—. Que quedes con una mujer que me quiere ver muerto.

¿Dónde está Danny? ¿Dónde está Suzi? ¿Por qué se ocupa Jason de llevar a Kendrick a la escuela? Hablará con Jason, es la única opción que le queda. Ron se niega a que lo protejan. Antes, debe poner orden en su familia.

Luego podrá empezar a concentrarse en los crímenes.

38

No tiene ningún compromiso anotado en su diario. Nadie lo llama. Nadie necesita la ayuda de un viejo con las facultades melladas.

Las últimas personas que le pidieron ayuda fueron Holly Lewis y Nick Silver, y no hay más que ver cómo ha resultado la cosa.

Puede quedarse sentado, esperar y lamentarse, o puede levantar el trasero y hacer algo de verdad. Mira el blasón de su familia, con el lema en latín abajo. ¿Será Robert el último vástago de su estirpe que viva en esta casa? ¿En estas tierras? Comparado con los bobos que lo precedieron y hoy crían malvas, quizá él haya sido el más bobo de todos.

Le cuesta trabajo pensar en algo que se le haya dado bien en la vida. Fue un alumno mediocre en la escuela, aunque la plaza en Oxford le esperaba de todos modos. Una licenciatura en clásicas. Poca idea tenía entonces del tema, y menos todavía la tiene ahora. Luego, directo a ponerse el traje y entrar a trabajar en el banco. ¿Se le dio medio bien aquello? Ni mejor ni peor que a cualquiera de los demás, sin duda. Robert había nacido para encontrar un camino sin obstáculos en la vida, más allá de los que él mismo se había creado. Una vida de perfecto desahogo, durante la cual no recuerda haberse puesto a prueba ni una sola vez.

Antes había gente que se dedicaba a tener limpio este sitio. También había dinero para calentar las habitaciones. Esas dos señoras que han ido a verlo hoy, Elizabeth y Joyce, ¿qué habrán pensado? Menuda impresión debe de causar en estos últimos

tiempos, con su ropa vieja, su pelo de viejo y su olor a viejo. A veces Robert baja a Fairhaven a ver una película en el cine. Los miércoles las entradas son a mitad de precio para los jubilados. Ve a gente de su edad vestida de cualquier manera. Vaqueros, sudaderas con capucha, zapatillas de deporte. No se ve haciendo lo mismo. De modo que todos los días saca la misma ropa de los mismos armarios y se encera los mismos zapatos, sin tener ningún sitio al que ir vestido de esa guisa.

En el cine también hay muchas parejas. Robert nunca le ha pillado el truco a nada. Nunca se ha visto en la necesidad de hacerlo.

Una vida sin preocupaciones ni carencias, eso es precisamente lo que le ha causado la ruina. ¿Cómo se habría hecho valer en otras circunstancias, si hubiera nacido en una casa normal, en una ciudad normal, con unos padres normales que no lo hubieran enviado a un internado a los siete años? Robert sospecha que no le habría ido nada bien. Porque no destaca ni en inteligencia, ni en sentido del humor ni en belleza.

En realidad no destaca en nada. Robert tiene la sensación de que ha terminado justo donde merece. Pasando frío y a solas en una casa que se burla de él, rodeado de retratos que lo juzgan. Aunque tampoco es que estén en condiciones de hacerlo. Muchos de esos rostros severos fueron unos bobos; la única diferencia es que tuvieron la suerte de desaparecer antes de que el dinero se acabara. Robert no solo ha sido mediocre: también ha sido un hombre desafortunado.

No, desafortunado, no. Sencillamente sobrevivió al día en que se le agotó la suerte.

¿Qué hacer entonces? ¿Sin nadie que lo ayude, sin nadie que le despeje el camino? Siempre tuvo maestros y jefes, esposas y

mecánicos, agentes de viajes y médicos, que le decían con exactitud lo que se esperaba de él. Pero ¿ahora?

Robert levanta la vista y mira el blasón de la familia. Recuerda que el día que lo mandaron al internado también lo miró. Su padre le ordenó a su madre que saliera del salón: iban a tener una conversación «de hombre a hombre». Robert no era un hombre todavía, y ahora, contemplando el escudo de armas, se da cuenta de que sigue sin serlo. La masculinidad se forja en las dificultades, ¿no? Robert no ha tenido esa suerte.

Su padre se puso detrás de él y lo agarró de los hombros. «El lema de la familia, Robert, es lo único que necesitas saber en la vida. Cíñete a estas palabras y no te desviarás demasiado del buen camino.»

Aut neca aut necare.

«Matar o morir.»

Ese lema no lo había ayudado en lo más mínimo durante todos esos años. Bien pensado, el lema no era ahora más que un recuerdo de su padre, y de la furibunda crueldad con la que se abrió paso a machetazos por la vida.

Pero ¿y si su padre tenía razón? Ese hombre había muerto muy mayor, rico y sin ningún remordimiento. Él, en cambio, no hay más que verlo. *Matar o morir*. ¿Y si esa era la clave que nunca había logrado entender?

Basta de lamentos. Robert Townes debe tomar su propia vida por los cuernos. Está genial quedarse sentado si recibe tus huesos una butaca bien mullida y te fumas un buen puro, pero ¿de qué sirve esperar sentado si tienes frío y estás solo, y nadie viene a salvarte?

Por eso Robert Townes cogió el teléfono ayer y llamó al Complejo.

Todavía está a tiempo de pensárselo, pero Robert no cree que lo haga. Después de toda una vida apartándose del camino, ha llegado

la hora de dar por fin un paso al frente.

¿El miércoles por la mañana, entonces? *Matar o morir*.

Ha llegado el momento de comprobar si su padre tenía razón.

Por primera vez desde que Holly Lewis y Nick Silver vinieron a verlo, lord Townes se siente dueño de su vida.

39

Joyce

Los lunes por la noche dan muchos concursos en la tele. Ponen *Mastermind*, que no se me da bien, luego *Only Connect*, que tampoco, y por último *University Challenge*, que también tampoco. Ibrahim suele venir a casa y trae una botella de vino. Yo voy a la cocina a calentar algo para cenar.

Él se sienta en el borde del sofá, con la mano en la barbilla, durante horas, gritándole feliz a la tele «Ana Bolena», «Argentina» o, si es fútbol, «Gary Lineker». A veces incluso acierta y me mira como si quisiera decirme: «Bueno, ¿qué te parece, Joyce?», y de hecho a veces me lo dice también de viva voz. Cuando no acierta, monta el numerito y dice que el presentador se ha equivocado, lo busca en Google y luego no se vuelve a hablar del tema. Él se lo pasa bien y yo me lo paso bien, porque puedo trastear un rato en la cocina y gritar de vez en cuando «Marilyn Monroe» o algo por el estilo. Alan también se lo pasa bien porque hay dos personas que lo acarician, y, cuando nota que empiezas a cansarte, se va a la otra persona a pedir mimitos.

En el *Mastermind* de esta noche, uno de los temas de especialidad era *¡Llama a la comadrona!* Ibrahim se ha puesto como un basilisco porque piensa que en *Mastermind* no deberían incluir ningún tema que sea posterior a 1950. Yo, en cambio, me he divertido mucho. No he acertado ni una, porque van demasiado deprisa, pero me ha gustado oír por una vez palabras que reconocía. Al concursante siguiente le ha tocado *Middlemarch*, e Ibrahim estaba mucho más contento. No he oído que acertara ninguna respuesta, pero ha asentido con gesto afirmativo un montón de veces.

Joanna me ha dejado un mensaje muy largo en el contestador mientras estaba fuera con Elizabeth. Me preguntaba si habíamos averiguado algo. Paul no ha recibido más mensajes de texto del pobre Nick Silver, lo que habla por sí solo.

En esta investigación nos toca trabajar rápido, lo cual es muy divertido. Hoy he ido a una mansión. Creo que es la primera vez que estoy en una mansión que no tenga tienda de regalos.

Salta a la vista que lord Townes —nos ha dicho que lo llamáramos por su nombre de pila, Robert, y casi me da un soponcio— anda escaso de dinero, pero por lo demás nos ha resultado muy convincente. Aunque los lores siempre lo son, ¿no? Supongo que ese es el secreto para convertirse en lord.

Davey Noakes parece un candidato mucho más probable para el asesinato. Hace un rato se lo comentaba a Ibrahim, pero él me ha hecho callar porque habían preguntado algo sobre terremotos y a Ibrahim le interesan ahora los terremotos porque un día se puso un pódcast sobre el tema.

Últimamente, cada vez que voy a verlo a su casa, siempre me lo encuentro escuchando un pódcast. Su favorito es uno en el que un científico y un sacerdote discuten sobre temas, pero parecen llevarse bien. Si me lo encuentro paseando por Coopers Chase, se quita los auriculares de las orejas y me dice: «La historia de Finlandia» o «Nubes» o algo por el estilo. Quizá haya algún pódcast que pudiera gustarme, pero no sé dónde se buscan. Se lo pregunté a Joanna y me dijo algo sobre «descargas», así que desconecté. Creo que Radio Sussex es más de mi estilo que esos pódcasts, porque conozco a la gente que interviene.

A lo mejor estoy siendo una ingenua con lord Townes. Igual tengo prejuicios porque él es lord y Davey Noakes fue narcotraficante. Suelen decirte que no tengas prejuicios, pero a mí me han ahorrado mucho tiempo. Los cerebritos, y por cerebritos me refiero a personas como Ibrahim o Elizabeth, están felicísimos cuando algo es insólito, inesperado o no tiene nada que ver con lo que imaginabas, pero las personas normales, como Ron o yo, para que os hagáis una idea, están contentas cuando un árbol es un árbol, un zapato es un zapato y un narcotraficante es un asesino.

Tal como lo veo yo —y se lo he intentado explicar a Ibrahim, pero no me ha hecho ni caso—, Holly y Nick fueron a la casa de Davey Noakes a pedirle consejo sobre los Bitcoins, Davey Noakes pensó que quizá sería su última oportunidad de hacerse con ese dinero y se le apareció el simbolito de la libra en los ojos, o más bien el del Bitcoin, cogió el teléfono y encargó a alguien el asesinato de Holly Lewis. Debió de encontrar el código de Holly en alguna parte y ahora, mientras escribo estas líneas, seguramente tenga a alguien torturando a Nick Silver para sonsacarle el código.

Al final no me ha quedado más remedio que explicarle mi teoría a Alan.

En *University Challenge*, uno de los estudiantes era una chica originaria de Egipto, y cada vez que acertaba las respuestas Ibrahim asentía y decía «¿Qué te parece?» y «Exacto, exacto». Ha habido una ronda sobre banderas y yo he dicho «Venezuela» en todas porque siempre digo «Venezuela» en las preguntas sobre países. Ibrahim se cabrea muchísimo.

En fin, esta noche, la tercera bandera que han enseñado era la de Venezuela, y le he dicho a Ibrahim «Te lo dije». Se lo ha tomado fatal. Yo he soltado un grito de alegría y Alan ha ladrado, e Ibrahim, que había contestado «Ecuador», ha dicho: «Las banderas de Ecuador y de Venezuela son muy parecidas», a lo que yo le he dicho: «Parecidas, pero no iguales», y él se ha puesto a acariciar a Alan con tanta saña que el pobre perro ha tenido que venir conmigo a buscar consuelo.

A veces le pregunto a Ibrahim si no le parece que nuestras noches de concursos de los lunes son demasiado estresantes, pero él me responde que son sus noches favoritas de la semana.

Cuando Ibrahim se marchaba, por fin he conseguido que me prestara atención y le he explicado que Davey Noakes es el hombre al que buscamos, que estaba convencida, pero él ha negado con la cabeza y me ha dicho: «Joyce, no descartes a lord Townes ni a Nick Silver. Creo que a estas alturas ya hemos aprendido a mirar más allá de lo obvio, ¿no?», a lo que yo he replicado: «Bueno, con lo de Venezuela tenía razón yo». Entonces, él me ha dicho muy despacito y educadamente: «Buenas noches, Joyce», y se ha internado en la oscuridad poniéndose los auriculares sin dejar de caminar.

Solo diré una cosa. Estoy tan convencida de que fue Davey Noakes como lo estaba de que era Venezuela. Lo he buscado en Google después de que Ibrahim se marchara y tenía razón en que la bandera ecuatoriana es muy parecida, pero en la vida solo hay una respuesta correcta, y lo único que importa es si aciertas o no.

40

Joanna y Paul han ido al teatro, y el veredicto de ella, como ocurre casi siempre, es que David Tennant ha estado magnífico, pero que el hueco para las piernas era muy deficiente. Están cenando después de la obra en un restaurante que despide un cálido resplandor sobre una oscura callejuela del Soho. El ruido de los comensales, por extraño que parezca, es una mezcla de murmullo y zumbido. Cuando era pequeña, Joanna soñaba con que ser mayor sería algo así. Paul está hablando de la obra.

—La silla rota era una metáfora del luto, creo —dice.

Joanna lo quiere, pero podría pasar sin este tipo de comentarios.

—No es casualidad que estuviera debajo del reloj de pared —continúa él—. El reloj se mueve; la silla no puede.

—¿Y los Maltesers que te has comido en el entreacto? —replica Joanna—. ¿De qué eran metáfora?

Paul se ríe.

—Me temo que tendrás que permitirme que sea pretencioso. De vez en cuando tengo que purgar el sistema. Puedo hacerlo aquí o en casa. Lo que prefieras.

A Paul le encanta el teatro, se sumerge por completo en las obras. Joanna siente envidia. Su capacidad de concentración simplemente no da para tanto. Joyce le dijo una vez que lo que más le gustaba del teatro era la tradición inglesa de tomarse una tarrina de helado en el entreacto, y Joanna, por puro reflejo, puso cara de pasmo y la llamó inculta. A lo mejor algún día le confesará a Joyce que el

helado también es lo que más le gusta a ella de ir al teatro. En una de sus primeras citas, Paul la había llevado a ver una obra titulada *La trilogía Lehman*. Duraba más de tres horas, detalle este que podría haber supuesto el final de su relación cuando ni siquiera había echado a andar, pero Paul le explicó que había dos entreactos y Joanna entendió a la perfección cómo los aprovecharía. Dos tarrinas pequeñitas de helado. De hecho, cuando Paul se ofreció a ponerse a la cola del helado por segunda vez, sin preguntas y sin juzgarla, tal vez fue el momento en que se enamoró de verdad de él.

Seguramente hay muchas cosas que debería decirle a su madre algún día. Pero ¿quién puede en realidad hablar con su madre? Con los años, se acumulan demasiadas interferencias en la transmisión.

—Y hablando del luto..., ¿cómo lo llevas tú? —pregunta Joanna. Hay un tema muy concreto del que ha deseado hablar con Paul desde el viernes. Su relación con Holly Lewis. Quizá ahora sea un buen momento.

—¿El luto? —Paul no parece entender de qué le habla. Joanna ve que no va de farol, y ese detalle le resulta interesante.

—Una de tus mejores amigas ha muerto —dice Joanna—. Y creo que no lo hemos hablado de verdad. Sé que estás preocupado por Nick, pero también puedes hablarme de Holly, si quieres. Lo sabes, ¿no?

Paul no quiere hablar de ella. Salta a la vista. Pero ¿por qué? ¿Le está ocultando una mentira pequeña o grande?

—¿Por qué no vino a nuestra boda? —pregunta Joanna. Mejor cambiar de estrategia para atacar el tema—. Y no me digas que tenía trabajo, ¿vale?

Paul ha estado empleando cuchillo y tenedor para recalcar sus opiniones sobre la obra, pero ahora los deja sobre el plato. La vida real, parece, no le provoca las mismas emociones.

—Discutimos —dice él—. Bueno, más bien discutió ella conmigo. Yo me quedé callado.

Un chef que Joanna ha visto en la tele se sienta en la mesa que tienen delante. Se lo contará a su madre.

—¿Y cuál fue el motivo de esa discusión unilateral?

—Que nuestra boda se celebrara entre semana —dice Paul—. En un día laborable. Me acusó de programar la fecha a posta.

—Pero si la decidí yo —replica Joanna.

—Lo sé —responde Paul—. Pero ya te lo he dicho: no me pareció que ella necesitara mis aportaciones a la discusión.

¿Así que Holly se enfadó porque la boda iba a celebrarse entre semana? ¿No podía tomarse un día libre para ver cómo se casaba uno de sus mejores amigos? Solo cabe llegar a una conclusión. Y es la misma conclusión a la que ya había llegado Joanna.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis saliendo?

—¿Mmm? —Paul, pobrecillo, está preguntándose si hay alguna manera de evitar el choque de trenes. Pero no la hay.

—Te prometo que no me enfado —dice Joanna—. Pero me parece muy raro que una amiga platónica pudiera reprocharte algo así.

—Tienes razón —admite Paul.

—Y también me lo parece que pudiera pensar que lo hiciste a posta —añade Joanna—. Así que ¿cuánto tiempo?

—Un par de años —contesta Paul—. Lo dejábamos y volvíamos. Una temporada cuando éramos veinteañeros. Luego otra vez hace unos años.

—¿Cuántos?

—Hará un par de años —responde Paul—. Un poco menos de un par.

—¿Lo dejamos, pues, en dieciocho meses?

—Por ahí andará la cosa, sí —confirma Paul.

—Entonces ¿fue tu última relación antes de la nuestra?

—A ver... —Paul finge hacer memoria—. Sí, supongo que sí. Supongo que fue la última, sí.

—Así que reavivaste una relación que tuviste a los veinte con una mujer atractiva...

—No sigas por ahí —la corta Paul. Los hombres pueden comportarse de una manera muy curiosa cuando hablan de sus relaciones anteriores. Ella tiene tres o cuatro relaciones en su pasado que ha borrado por completo de su memoria, así que lo entiende a la perfección. Sin embargo, ninguno de esos hombres ha muerto asesinado recientemente. En un caso particular, no habría nada que le hubiera gustado más.

—Lo intentáis de nuevo ya cuarentones —prosigue Joanna—. Volvéis a separaros, y después, poquísimo después, conoces a la mujer de tus sueños, una servidora, ¿y te casas a los seis meses?

Paul asiente.

—Yo tampoco habría ido a la boda —sentencia Joanna—. Estaría furiosa. Imagino que fuiste tú el que rompió, ¿no?

—Fue... —Paul está buscando palabras que sean fieles a la verdad, pero que no lo dejen en mal lugar. Esa es la lucha eterna de los hombres que han roto con sus parejas—. Al final era inevitable.

—Entonces ¿rompió ella contigo?

—No —reconoce Paul—. Ella es... es un ser humano difícil. Bueno, lo era. Nick te diría lo mismo. A menudo veía las cosas como no las ve nadie. Sus puntos de vista a veces me dejaban perplejo.

Paul quiere pronunciar la palabra *pesadilla* pero se niega a hacerlo. Otro motivo de que Joanna lo ame.

—¿Y aun así salisteis juntos? —dice ella, pinchando un poco de brócoli. Un golpe bajo, sin duda, pero también divertido. Joanna sabe lo que es salir con hombres que son una pesadilla. A veces, la

vida te coloca en estas situaciones. Y no tienes más remedio que darte el gusto.

—Yo... —Paul ya no está disfrutando de su lubina.

Joanna le coge la mano.

—Paul, escucha —le dice—. Nos hemos encontrado el uno al otro. Te prometo que nunca tendrás que preocuparte de estas cosas conmigo. Saliste con Holly, estoy segura de que era una mujer con muchas cualidades, pero quizá no estabas en tu mejor momento, ni ella tampoco. Pasaste página, tal vez ella no lo hizo, pero estás aquí, conmigo, en un restaurante maravilloso, y llevamos un anillo en el dedo y tenemos muchísimas muescas en el revólver...

Paul inclina la cabeza.

—Yo no diría «muchísimas». ¿Tú sí?

Joanna le hace callar.

—Me importa un bledo con quién hayas salido, cuándo o por qué.

Paul asiente. Sigue sin parecer muy satisfecho con su lubina, pero la tensión que le crispaba los hombros parece relajarse un poco.

Así pues, una mentira pequeña, no gorda. Es un alivio.

—Sí te diré una cosa. —Joanna se siente en la obligación de hacérselo saber, dadas las circunstancias—. La policía se interesará por el asunto. Y es muy posible que quieran hablar contigo en algún momento.

—Ay, Dios —dice Paul.

—Solo tienes que ser sincero con ellos —prosigue Joanna—. La gente tiene relaciones. Por lo general nuestras parejas no mueren asesinadas al poco de terminar la relación, pero es lo que hay. Simplemente no mientas. No hay necesidad.

El chef que sale en la tele acaba de quejarse de que su agua con gas tiene demasiadas burbujas. Joanna se lo contará a su madre, segurísimo.

—No sé qué puedo decirles yo de toda esta historia —dice Paul—. No sé nada del negocio, no sé nada de quién pudo matar a Holly, no sé nada de adónde puede haber huido Nick. Tengo la impresión de que nadie va a creerme. De que van a pensar que sé algo de esta historia.

—¿Y sabes algo? —pregunta Joanna—. Ahora que nos estamos sincerando, ¿hay algo que te estés guardando? ¿Quizá porque te sientes culpable o porque te da vergüenza?

—Sí, hay algo de lo que me siento culpable —reconoce Paul—. El dolor que siento no es tan profundo como debería. Me da mucha pena lo de Holly, y ha sido espantoso, pero ¿siento ese dolor por la pérdida? Creo que no. Quizá se despierte en algún momento, pero no me lo parece.

Joanna asiente.

—No podemos elegir a quién echamos de menos y a quién no. Hay un perro al que echo más de menos que a mi abuela, y créeme si te digo que quería mucho a mi abuela.

—¿Un perro que tuviste de niña?

—Ni eso. El perro de un vecino cuando ya había cumplido los treinta años. Solíamos hablar, cada uno desde su lado de la valla del jardín. Tenía una mirada muy sabia.

—Ostras. Ahora me da pena tu abuela.

Joanna asiente. Ese perro tenía algo muy especial.

—Pero a mí sí que me echarías de menos, ¿no? —suelta Paul.

—Esa pregunta es irrelevante —dice Joanna—. Porque tú no vas a morirte nunca. No lo voy a permitir.

Paul sonríe y por fin se decide a atacar a la lubina.

—Pero tengo una pregunta más —dice Joanna—. Fuisteis amigos toda la vida, también amantes, compartisteis muchos años de

cercanía emocional. ¿Se te ocurre qué código pudo elegir? ¿Quizá se parecía al de sus tarjetas de crédito o al del móvil?

Paul niega con la cabeza. El chef en la mesa de al lado está llamando ahora al *maître* porque hay un problema con la mantequilla. ¿Quizá tiene demasiada sal? ¿O le falta? La mujer que lo acompaña, que podría ser su hija o su esposa —aunque Joanna sabe por cuál de las dos opciones pondría la mano en el fuego—, parece llevar el sufrimiento con resignación.

—¿En qué año nació? —pregunta Joanna.

—En 1976 —responde Paul.

—Más joven que yo, entonces —señala Joanna.

—Aunque parecía mayor —replica Paul, lo cual, aun a pesar de la muerte de Holly, es la respuesta más indicada.

Joanna baja la voz.

—Por cierto, ¿has oído las cosas que dice el tipo de la mesa de al lado?

—Ay, Dios, claro que sí —contesta Paul—. Tu madre se pondrá contentísima.

Joanna llamará a Joyce mañana para contárselo todo. También para ponerse al día de Holly Lewis. Curioso que los crímenes sean uno de los pocos temas de conversación que les resultan fáciles. ¿Quizá porque es algo de lo que no hablaban cuando Joanna era pequeña? En este caso, no hay un lenguaje compartido que pueda dividirlas.

41

Jeremy Jenkins nunca se lleva el trabajo a casa.

Conoce algunos abogados que se meten en el coche cuando salen del bufete, cargan el asiento del pasajero de expedientes y luego trabajan hasta las tantas.

Pero si Jeremy Jenkins ha de responder a una carta tuya, lo hará entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. O más bien las cuatro, si es sincero; no conviene empezar nada cuando ya es casi la hora de marcharse a casa, ¿no? Porque la cosa podría alargarse más allá de las cinco. Lo peor son las ventas de casas. Recibes un e-mail a las cuatro y un minuto de la tarde de un comprador que necesita cerrar la transacción antes del cierre de operaciones de ese mismo día, en cuyo caso puedes tirarte en el despacho hasta las seis. No, gracias: las horas de oficina de Rochester, Clark, Hughes pueden consultarse en la página web, y basta una pizca de sentido común para entender que uno no puede ponerse a pedir cosas cuando queda una hora o menos para cerrar y que cada cual se vuelva a su casa.

Si es del todo sincero, tampoco es que ventile demasiadas cosas entre las nueve y las diez de la mañana, porque es importante tomarse un café y reflexionar sobre el día que te espera antes de zambullirte en él.

Pero a Jeremy le gusta pensar que entre las diez y las cuatro hace razonablemente bien su trabajo. ¿Hay abogados mejores en Kettering? Es posible. ¿Hay abogados mejores en Kettering que

hayan sabido conservar un equilibrio sano entre el trabajo y la vida? Jeremy lo duda mucho.

Hubo un tiempo en el que se consideró la posibilidad de que Rochester, Clark, Hughes pudiera convertirse en Rochester, Clark, Hughes, Jenkins, pero al final la idea se guardó en un cajón y nunca más se supo. Tampoco puede decirse que fuera una decisión injustificada, si te parabas a pensarlo.

Hoy, sin embargo, sí que se ha llevado un expediente a casa. El de la señorita Holly Lewis. Depositó ciertos documentos en el bufete hace unos años. Jeremy no trató con ella en persona, lo recuerda perfectamente, pero es obvio que quien fuera que lo hizo o bien dejó la empresa o bien ha muerto en los años que han transcurrido desde entonces (en los últimos diez años, cuatro abogados han abandonado la firma y dos han muerto, incluido el señor Rochester original, que se cayó de una escalera en Miconos), por lo que el nombre de Jeremy ha quedado unido al expediente.

Se lo han dejado en la mesa a las tres de la tarde, mucho antes del toque de queda, así que le ha echado un vistazo. La carpeta contenía dos documentos. Uno llevaba el encabezamiento «En el caso del fallecimiento de Holly Lewis», y el otro, «En el caso del fallecimiento de Nick Silver».

Su secretario —sí, es un hombre, pero resultó ser muy competente una vez que se habituó a él— le ha reenviado un e-mail del hospital de Kent, pues la tal Holly Lewis designó el bufete como familiar más cercano para cualquier emergencia, en el que se les informaba de su muerte. Cosa muy habitual en el ramo de los abogados. Ojalá no lo fuera.

El trabajo de Jeremy Jenkins consiste, pues, en localizar al señor Nick Silver. Darle noticia de que él, Jeremy Jenkins, tiene un sobre con su nombre, Nick Silver, escrito en la solapa.

Tenían un número de teléfono de Nick Silver. Su secretario ha intentado llamarlo, pero no contestaba. Después Jeremy se ha quedado mirándolo mientras lo intentaba de nuevo, porque los secretarios tienen por costumbre marcar mal los números de teléfono si no los vigilas como un halcón. No ha servido de nada.

Era habitual encontrar esas cartas de «Ábrase en caso de muerte» adjuntas a los testamentos de los clientes, pero este expediente solo consistía en una carpeta que contenía dos sobres y tres números de teléfono. Y eso no era normal. No había registro de correspondencia con la clienta más allá de esa petición inicial de que el expediente quedara depositado en el bufete.

Ha despertado el interés de Jeremy. Por supuesto, no estaba autorizado a abrir los sobres, pero sí tenía curiosidad por saber qué contenían. Podía entablar conversación con el tal Nick Silver y ver qué pasaba.

Si Nick Silver es un hombre trabajador, como lo es Jeremy, ¿quizá no le sea fácil atender a las llamadas durante el día? Las llamadas por asuntos personales también están mal vistas en Rochester, Clark, Hughes.

Ya ha llamado dos veces al número, sin suerte. Lo intentará una última vez justo antes de las nueve. Luego, dará la jornada por concluida y se acostará.

Y, como último recurso, hay un tercer número de teléfono en el expediente. Podría tratar de llamar a ese número mañana.

Martes

42

Da gusto vivir en días como hoy. A ver, le toca trabajar en el turno de noche porque el príncipe Eduardo ha decidido que quiere cenar en Nando's, y tendrá que vigilar la entrada hasta que el príncipe se haya terminado su pita de pollo marinado en limón y hierbas, pero por lo menos va a poder pasar un buen rato antes del mal trago.

Jill Usher. El nombre que le dio Elizabeth. Donna ha escarbado un poco y ha encontrado una mina de oro.

Ha ocurrido algo muy poco común: Elizabeth ha cometido un error, y Donna lo sabe. Es una sensación embriagadora.

Va de camino a Londres para hablar con Paul Brett, siguiendo las instrucciones de Elizabeth. No se le caen los anillos por hacerlo. Si te han invitado a la boda de alguien —o al banquete, para ser más exactos—, el novio no va a molestarse por que le hagas una visita para conversar sobre un crimen, ¿no? La cosa no va de policías, sino de amistad.

«Pero no se lo cuentes a Joyce.» Elizabeth fue rotunda a este respecto.

Sin embargo, pasarse antes por el apartamento de Joyce era un rodeo que valía la pena hacer. Y Donna está decidida a sacarle todo el jugo.

—¿No notasteis nada fuera de lo normal? —pregunta a Elizabeth y Joyce—. Cuando visitasteis a Jill Usher en Mánchester.

—Si tienes información —dice Elizabeth—, ten por favor la bondad de dárnosla. Puedes ahorrarte esa sonrisita de satisfacción, Donna.

No es nada profesional. Díselo, Bogdan.

—No es asunto mío —replica Bogdan, y razón no le falta. Se ha sumado a la fiesta porque Elizabeth tiene problemas con la calefacción radiante. No hay duda de que esta pandilla sabe explotarlo a su antojo. El sábado también subió a Coopers Chase para ocuparse de un problemilla que tenía Ron. Es agradable darles de su propia medicina de vez en cuando, aunque sea solo un poco.

—Solo quiero hacerme una idea general —dice Donna. Ve que Elizabeth está barajando distintas opciones mentalmente, pero sin llegar a ninguna conclusión.

Desde que recibió la información de Mánchester, Donna ha estado deseando que llegara el momento de tener esta conversación. Elizabeth pasa al ataque. Suele hacerlo cuando algo la inquieta. También cuando no la inquieta nada.

—Sí, algo raro sí notamos —responde Elizabeth—. Vimos que una maestra de guardería estaba relacionada de algún modo con un asesinato. ¿Es eso normal?

—¿Es eso normal? —piensa Donna en voz alta—. Diría que no. ¿A vosotras os lo parece?

—Nada normal —dice Joyce.

—Para nada —conviene Bogdan.

Joyce se lo piensa un poco más.

—Si me preocupara que pudieran asesinarme, no llamaría a una maestra de guardería, ¿no? Llamaría a Joanna. O, más bien, a Elizabeth, porque no querría preocupar a mi hija.

—Te lo juro, Donna —dice Elizabeth—. Si alargas más esta historia, voy a borrar a Bogdan de mi testamento. Y te aseguro que la herencia vale la pena.

—¿Estoy en tu testamento? —pregunta Bogdan.

—Tu nombre pende de un hilo —repone Elizabeth—. ¿Por qué llamó Holly Lewis a Jill Usher?

—Bueno, ese es el tema —explica Donna—. Creo que no llamó a Jill Usher.

—Oh —exclama Joyce—. ¿Qué se le ha escapado a Elizabeth ahora?

—¿No conocisteis a nadie más? —pregunta Donna—. En vuestro viaje al norte. —Se queda mirándolas y de pronto siente una oleada de amor por ambas.

—Al marido —contesta Joyce.

—Premio para Joyce —dice Donna—. El marido.

—El marido —repite Elizabeth. Donna ve que está enfadada consigo misma por no haberse dado cuenta.

—Siempre es el marido —afirma Bogdan, asintiendo con la cabeza.

—Jamie Usher —dice Donna, leyendo de su cuaderno—. Ese fue el motivo de que los Usher se marcharan de la costa sur. Tiene condenas por cobro fraudulento de prestaciones sociales, fraude a compañía aseguradora y fraude hipotecario. Se trasladaron al norte, a empezar de cero, y no ha vuelto a tener problemas desde entonces.

—Querrás decir que no lo han pillado por nada desde entonces —apostilla Elizabeth.

—Exacto —le da la razón Donna.

—Entonces ¿Holly no llamaba a Jill Usher? —pregunta Joyce—. ¿Quería hablar con Jamie Usher?

—Tendría mucho más sentido —opina Donna—. Quizá Jill compró el móvil, el contrato estaba a su nombre, no confiaba en él después de todo lo que había hecho, no quería perderlo de vista... ¿A quién

llamaría Holly? ¿A una maestra de guardería o a un estafador convicto?

Elizabeth piensa.

—Pero ¿no has descubierto ningún vínculo más entre Holly Lewis y Jamie Usher?

—Todavía no —admite Donna—. Pero la policía metropolitana de Mánchester irá a verlo hoy.

—Tenía los ojos muy juntos —recuerda Joyce—. Eso dice mucho.

—Como mi amigo Woyzeck —comenta Bogdan—. El pobre ni siquiera puede llevar gafas.

—En realidad no está mal lo que has descubierto —le dice Elizabeth a Donna—. Jamie Usher. Estás progresando mucho. Te sienta de maravilla no tener a Chris al lado.

—Muchas gracias —dice Donna—. ¿De verdad está Bogdan en tu testamento?

—Por ahora —repone Elizabeth—. Un dinerito, algunas armas.

Suena el interfono de Joyce y ella abre la puerta para que suban.

—¿Te quedas a tomar una taza de té, Donna? —pregunta Joyce.

—No, tengo que ir a un sitio —dice Donna. «Tengo que ir a Londres, Joyce, a hablar con tu nuevo yerno sobre un crimen.»

—Descuida —la excusa Joyce—. ¿Puedo envolverte un poco de tarta para el viaje? No es nada, tarta de frutas, pero vi que la hacían en *Cocina los sábados* y pensé en ti.

—Qué detalle, gracias —dice Donna.

—Te acompaño al coche —se ofrece Bogdan.

Donna coge el trozo de tarta y sale de la casa en compañía de Bogdan. Bajan por la escalera. ¿Puede comerse la tarta de Joyce antes de interrogar al yerno? Probará un bocado. Además, quizá Jamie Usher sea un sospechoso más sólido que Paul Brett, tal como están las cosas, ¿no? En cualquier caso, está disfrutando de su día

libre. Cuando salen del portal, prácticamente se dan de bruces con Ron.

—Mi agente de policía favorita —exclama Ron, dándole un abrazo —. Aunque no te emociones. Es como decir que eres mi jugador favorito del Millwall.

Ron y Bogdan se dan un apretón de manos.

Donna los mira a ambos.

—¿Puedo preguntarte algo, Ron?

—Solo si me detienes —bromea él—. Pues claro.

—¿Adónde fuisteis los dos el sábado? —pregunta Donna—. No he terminado de aclararlo.

Bogdan mira a Ron. Este le pone la mano en el brazo, como si quisiera indicarle que toma el mando de la situación.

—Fuimos a jugar a los bolos —dice Ron.

—¿A los bolos? —dice Donna—. ¿En serio fuisteis a una bolera?

—Sí —contesta Ron.

—Fuimos a jugar a los bolos —repite Bogdan—. A una bolera.

—¿Un sábado por la mañana?

—A mitad de precio para pensionistas —comenta Ron.

—¿Y dónde fue eso? —pregunta Donna.

—En Fairhaven —dice Ron.

—En Fairhaven —confirma Bogdan.

—¿Quién ganó? —pregunta Donna.

—Yo —responde Ron.

Bogdan mira a Ron, pero no discute.

—Lo arrasé, al pobre chaval —añade Ron—. El secreto está en tener buena muñeca. ¿Qué hacías en casa de Joyce?

—Nada, informar a Elizabeth de un cambio de candidato a sospechoso principal —responde Donna—. Jamie Usher.

—¿Jamie Usher? —pregunta Ron—. Creía que era Jill Usher...

—Elizabeth se equivocó —dice Donna.

Ron asiente.

—Bueno, ha estado desconectada una temporada.

—¿Debería preocuparme por lo que andáis tramando? —les pregunta ella.

—Claro que no —dice Ron—. Fuimos a jugar a los bolos.

—¿Bogdan?

—Claro que no —confirma él.

Es evidente que le está mintiendo, pero Donna sabe que tendrá sus motivos. Seguro que Ron lo ha mangoneado. Es muy fácil mangonear a Bogdan, basta con decirle que necesitas su ayuda.

43

Tia no para de encontrar objetos metálicos en su cuerpo. Cada vez que encuentra algo nuevo se disculpa. Monedas, un mechero Zippo, los pendientes, un *piercing* en la nariz, un pasador de pelo.

—Casi todo es religioso —dice Tia—. Gran parte de las joyas, me refiero.

El guarda de seguridad refunfuña. Tia sabe que no podrá ponerle un visto en el ordenador hasta que la máquina deje de pitar. Lo que le faltaba: hoy hay un tío nuevo en el control.

—Apaga la máquina y listo —sugiere Tia—. O nos tiraremos todo el día aquí. Siempre da la lata. No se lo diré a nadie.

—Me han dicho que no puedo hacerlo —replica el guarda.

—Jesús nos dio el libre albedrío —aduce Tia.

—Supongo que sí —conviene el guarda, y pulsa un interruptor.

Tia vuelve a pasar por el detector de metales.

—Ya no pita —dice Tia, y continúa adelante. El guarda activa de nuevo la máquina. Por eso hay que pagar bien a los empleados.

Tia baja por la rampa que la lleva a la gran plataforma de hormigón que rodea el almacén y se acerca a las puertas de los muelles de carga. ¿Está emocionada? Eso cree. Hay un poco de adrenalina, pero no tanta como en otras ocasiones. Algo la tiene inquieta.

Las puertas del muelle de carga están abiertas porque Hassan ha aparcado el toro justo debajo de los sensores de cierre. Si uno de los encargados lo ve, le pegará un grito a Hassan y seguirá su camino.

Tia entra en el almacén y se saca las dos armas del mono de trabajo. Cuando pasa junto a Hassan, le entrega con discreción una de las armas y luego se dirige al cuarto de las escobas. Pone su tarjeta sobre el control de acceso y la puerta del cuarto se abre. El pase de Tia se ha impreso a nombre de «Tracy-Ann Corbett» y la foto que lo adorna no es suya. Hasta ahora nadie se ha dado cuenta. Principalmente porque, hasta ahora, nadie se ha parado a examinar su pase. Saca el carrito de limpieza y guarda el arma en uno de los compartimentos.

¿Siente ya alguna emoción? No se lo parece. ¿Debería ser este golpe el mayor que ha dado en su vida? ¿El principio de cosas mejores y más importantes, el punto de inflexión? Después de este golpe, se terminó la escuela: será una gánster consumada con una buena hoja de servicios. ¿Quizá está un poco nerviosa y eso atempera la emoción? Una vez, pintó un caballo para un concurso de la escuela. Ganó y el subdirector la llamó al escenario para darle el premio. Se puso tan nerviosa al verse delante de toda la gente que a punto estuvo de vomitar. Y ahora mírala. Cómo cambian las cosas. Te haces mayor.

El camión de reparto debería llegar en cinco minutos, más o menos. Como todo está listo, Tia decide matar el tiempo haciendo un poco de limpieza de verdad. Le gusta la tarea, hacer que algo sucio pase a estar limpio. No lo haría nunca por el dinero que le pagan, pero es un buen trabajo. Igual en un hotel no, con todas las prisas que hay y donde la gente se cree en el derecho de dejarlo todo perdido, pero aquí, donde la gente es aseada y ordenada, y nadie te atosiga cada cinco minutos, no está tan mal. Hassan también se lo pasa bien manejando el toro. Si no hubieran decidido desvalijar el almacén, quizá habrían encontrado aquí un buen lugar en el que labrarse un futuro profesional.

¿Y si al final va a ser eso? Empujar un carrito en el que has escondido un arma. Esperar el momento para encañonar a un tipo que solo hace su trabajo. ¿Está bien hacer algo así?

Tia ha estado pensando últimamente en futuros profesionales. Se le dan bien un montón de cosas. Tiene una imaginación creativa, es organizada, cae simpática. Pero ¿cómo hace uno para encontrar trabajo? ¿Un trabajo de verdad? Connie la ha animado, es evidente que piensa que tiene madera, pero quizá, llegado el día, estaría bien dedicarse a algo que no sea ilegal.

Robar cosas, vender drogas, sablear a la gente a cambio de protección, todo maneras de mentirse a una misma y a los demás. Sería bonito empezar algo desde los cimientos, apostar por ti en serio. Pagar impuestos, contratar a gente. Competir en igualdad de condiciones. ¿Podría pintar caballos o algo parecido? ¿Dónde se encuentran los trabajos de eso? Es como si siempre se los quitara alguien que llega antes.

Tia busca con la mano el arma. Si tienes que apuntar con un arma a alguien, entonces es que no te estás ganando la vida como deberías. Te dedicas a aterrorizar a la gente, y eso es muy fácil. «Te mataré si no me das el dinero» parece una forma excesiva de ganarse la vida.

Es como la gente que dirige este almacén. Si no puedes permitirte pagar unos sueldos decentes a tu plantilla, estás haciendo trampa. No te ganas la vida honradamente. Estás robando.

Mira qué sitio. Seguro que hay empresas que le pagan a este almacén un buen dinero para enviar o recoger mercancía. Tia apostaría a que hay folletos con fotos de los sistemas de seguridad. Los folletos mostrarán los detectores de metales, los sensores y los guardas de seguridad, todo lo que falla cuando no pagas un sueldo decente a la gente. No necesitas un arma para hacer de comercial.

Tia podría serlo. Solo se trata de hablar con la gente, ¿no? A Tia le gusta hablar con la gente.

Oye el camión fuera del almacén. Ha pasado por las dos garitas, baja por la rampa y se acerca al almacén. Ganarse un dinerito, hacer que Connie se sienta orgullosa de ella.

Pero ¿ella se sentirá orgullosa de sí misma? Cuando ve pasar el camión por debajo de la valla de seguridad, no tiene la impresión de que vaya a ser así. El camión aparca y el conductor espera a que dos guardas uniformados salgan del puesto de seguridad que hay en el centro del almacén. Benny y Bobby, se llaman. Tia ha procurado evitar tener trato con ellos en la medida de lo posible, y ellos parecen haberse dado por satisfechos con la situación. Bobby y Benny van de uniforme, pero no llevan armas. El peor de los mundos posibles para Benny y Bobby.

En teoría, el conductor debería haber parado el camión al ver que la verja de seguridad estaba levantada. Si hay algo fuera de lo normal, te paras. Así es como llevaría Tia un sitio como este. Pagaría sueldos decentes a los empleados y les pediría que hicieran su trabajo decentemente. Pero sabía que el conductor no se pararía. Tendrá una lista interminable de entregas que hacer hoy. En estos tiempos que corren, nadie puede permitirse el lujo de parar. Cada minuto vale su peso en oro cuando no te pagan un sueldo que te dé para vivir. Por eso los repartidores te dejan los paquetes en la puerta aunque estés en casa. Ir más rápido de la cuenta y tomar atajos es la única manera de ganar dinero. Una verdadera pena para todos los implicados.

Cuando Bobby y Benny se encaminan hacia el camión, llaman a Hassan y este conduce el toro hasta la puerta trasera del vehículo. El conductor se baja de la cabina de un salto con un iPad en la mano. Hay una breve charla, seguramente sobre fútbol. Un equipo ganó un

partido a otro equipo, lo que ha hecho mella en la masculinidad de Bobby. Aunque ha encajado el golpe bastante bien.

Benny, con la masculinidad todavía intacta gracias al azar de los resultados de la jornada de fútbol, despacha el papeleo en el iPad y estampa su firma con la uña. Hassan salta del toro y rodea el camión por el ángulo ciego. Ha llegado la hora.

Tia saca el arma. Grita:

—¡Todos al suelo!

Benny, Bobby y el conductor se giran hacia ella. Ninguno se tira al suelo, se limitan a mirarse los unos a los otros. Hassan ya se ha subido a la cabina del camión.

Tia dispara al techo.

—¡Todos al suelo! —repite.

De mala gana, los tres hombres se dejan caer sobre sus rodillas y luego se echan bocabajo en el suelo.

—¿Una limpiadora con una pistola? —dice Bobby.

—No creo que sea limpiadora —señala Benny.

—Te conocemos —dice Bobby, levantando la vista.

Tia le apunta directamente con el arma.

—Pues dime cómo me llamo.

—Conocemos tu cara —dice Bobby.

—Lo dudo mucho —replica ella.

—Roba el camión y listo —dice el conductor—. Me dan el día libre si me robas el camión.

Tia ata a los tres hombres de uno en uno. Les quita los teléfonos. Mientras lo hace, Hassan pone en marcha el camión, y ahora Tia se sube a la cabina. No tiene mucho sentido maniatarlos —cuando el camión haya pasado por los controles de seguridad, la alarma ya habrá saltado más que de sobra—, pero nunca viene mal practicar el arte de atar a la gente. Podría serle útil la próxima vez.

¿La próxima vez? Tia resopla. ¿En serio? ¿Volver a hacer algo así? Hassan conduce el camión sobre la plataforma de hormigón y enfila la rampa. En el punto en el que debería frenar, acelera y el camión revienta las barreras de las garitas y a continuación hace lo mismo, aunque encontrando más resistencia, con la verja de la entrada. Los guardas, entre los que se cuenta la pareja que permitió que Tia colara las armas en el almacén hace menos de quince minutos, empiezan a perseguir sin convicción el vehículo, pero Hassan ya lo está dirigiendo a toda velocidad hacia la carretera de la costa.

La cosa no podría haber salido mucho mejor. Medio millón de libras, más o menos, atrás. Hay un viejo aparcamiento en uno de los solares junto a la central eléctrica, y Hassan ha aparcado allí una camioneta en un sitio discreto. Trasladarán los relojes de un vehículo a otro e irán directos a reunirse con Connie.

Ven un semáforo en rojo y Hassan comienza a frenar. Sabia decisión. Todavía tienen un par de minutos antes de que la policía se ponga a buscarlos, pero siempre puedes encontrarte con policías a la caza de gente que se salte los semáforos. El camión se detiene y al instante el sonido penetrante de una alarma llena la cabina. Tia mira a Hassan. Él pisa el acelerador, pero el camión no se mueve. Un humo rojo empieza a llenar la cabina, y oyen una voz electrónica que emite el mensaje: «Este vehículo ha sido robado. Informe a la policía, por favor. Este vehículo ha sido robado. Informe a la policía, por favor».

No hay mucha afluencia de peatones en el cruce entre un parque industrial y la carretera de la costa. No habrá «aspirantes a héroes» que quieran arriesgarse a practicar una detención ciudadana. Hassan intenta abrir las puertas del camión, pero se han cerrado a cal y canto, lo mismo que las ventanillas. Tia y Hassan están atrapados. Ella se agarra al asiento e impulsa las dos piernas con todas sus

fuerzas contra el parabrisas. Las piernas rebotan en el cristal, con un calambrazo de dolor. Saca el arma.

—Si el cristal es a prueba de balas, nos matarás a los dos —dice Hassan.

—Ya —repone Tia—. Pero si no lo es, no pasará.

Aprieta el gatillo y el cristal se rompe en un mar de diamantes. Tia y Hassan salen a través del parabrisas y saltan al asfalto. Se está formando un pequeño grupo de gente. Algunos hacen fotos. Tia corre hacia ellos y apunta con el arma a los fotógrafos.

—Lo siento mucho —dice mientras les quita los móviles.

Hassan cruza corriendo la carretera de la costa y baja a un paso subterráneo para peatones que conduce a la central eléctrica. Seguro que allí habrá un montón de sitios en los que perderse sin dejar rastro. Tia corre por la carretera en dirección este hasta que encuentra un recodo estrecho que da a una calle residencial. No ve cámaras y, mientras las sirenas comienzan a sonar a lo lejos, se esconde en una pequeña parada de autobús.

Tia no puede volver a casa de Connie. Lo sabe perfectamente. Si alguien la ve y la sigue, conducir a la policía a Connie habrá sido un crimen más grave que robar un puñado de relojes. Y tampoco puede subir a un autobús; todos tienen cámaras de seguridad, y no tardarían mucho en reconstruir todos sus movimientos. Mirando hacia el final de la calle de la urbanización, Tia ve las colinas blancas de los South Downs alzándose ante ella y decide que la única opción es echar a andar. No habrá cámaras en los South Downs.

Agachando la cabeza, Tia empieza a subir por la calle de camino a las colinas. ¿Qué hay al otro lado? Ni idea. Una retahíla de coches patrulla acaba de entrar en el parque industrial. Cuando Tia llega al final de la calle, ve una escalera en una cerca de madera que conduce a uno de los senderos que cruzan las colinas. Lleva un

mono de limpieza con unas Crocs rosa fosforito y tiene un arma cargada en el bolsillo. Pero la gente se viste con todo tipo de ropa cuando sale a dar un paseo.

Ahora sí siente emoción. Sin embargo, cuando está a punto de llegar a la escalerilla, un Tesla plateado le corta el camino. La ventanilla del lado del acompañante desciende y ve un rostro conocido.

—¡Connie! —exclama Tia.

Connie abre la puerta y le indica que se siente.

—El cinturón —le dice Connie, y maniobra para cambiar de sentido —. Cuando cumplí diez años, mi madre me dijo que ya podía ir sola a la escuela. Me sentí muy mayor. Al cabo de mucho tiempo me dijo que durante todo ese primer año me había seguido hasta la escuela. Eran todo un grupo de madres. Querían asegurarse de que no nos pasara nada.

—He metido la pata —se lamenta Tia.

—Bueno, lo has hecho lo mejor que has podido —replica Connie—. Y has salido por el parabrisas de un camión acorazado. No es moco de pavo.

Connie se incorpora a la carretera de la costa y al cabo de un rato pasan junto al camión abandonado. La carretera hacia el parque industrial ya está acordonada. Tia mira por la ventanilla y ve que la zona que rodea la central eléctrica también está llena de policías. Hassan no conseguirá llegar muy lejos. Pero tampoco se irá de la lengua con la policía.

—No sé si esto es lo mío —comenta Tia—. No lo he pasado bien.

—Te entiendo —dice Connie—. Si todo el mundo disfrutara con los atracos a mano armada, esto sería un caos, ¿no?

—Creo que necesito encontrar un trabajo.

—Pues no soy la persona indicada a la que pedírselo —repone Connie—. Pero lo que sí sé es que necesitas un sitio tranquilo donde esconderte unos días.

—Podría volver al sur de Londres. Seguro que alguien me presta un sofá.

—Tengo una idea mucho mejor —dice Connie, mientras sale de la carretera de la costa y se dirige al interior.

44

A Jamie Usher no le gusta ni un pelo la pinta que tiene esto.

Un coche patrulla de la poli de Mánchester fuera de su casa. Aparcado justo delante del caminito que lleva al garaje, así que no hay duda de a quién han venido a visitar. Las cortinas del salón están corridas, en una agradable tarde de verano. Eso significa que los agentes estarán dentro, hablando con Jill. Seguro que ha corrido las cortinas para que ningún vecino fisgón pueda ver lo que ocurre dentro. Ya tiene cierta experiencia en estas situaciones. Pobre Jill. Se la imagina corriendo las cortinas, maldiciéndolo por volver a traer problemas a casa.

Ya habrá tiempo para sentirse culpable. Lo que tiene que hacer es pensar con claridad. ¿Por qué ha venido la policía? Podrían ser varias cosas, pero sabe dónde ha de guardar el dinero. Y mira que esta vez ha tenido cuidado. O quizá no. A veces, a Jamie le da por pensar que a lo mejor no se le da tan bien todo esto. Tampoco puedes pasarte la vida entera engañándote a ti mismo, ¿no?

Jill estará furiosa. Lo sabe. Le aseguró que todas estas historias eran agua pasada cuando se mudaron a Mánchester. De hecho, por eso se mudaron al norte, para alejarse de los amigos y lugares que solía frecuentar. Pero no es tan fácil para él. Jill puede conseguir trabajo en una guardería, conocer a gente, hacer nuevas amistades. Pero ¿él? Las malas costumbres nunca mueren. Haces lo que se te da bien y punto.

Hasta ahora no había tenido problemas con la policía de Mánchester, que él supiera no había levantado ni una sola sospecha. Entonces ¿por qué están aquí un martes? Jill les habrá dicho que está volviendo a casa del trabajo. No lo encubrirá, no lo defenderá. Y hace bien, la verdad. Jamie lo entiende perfectamente. A las personas no puedes estar siempre machacándolas, por mucho que digan los votos matrimoniales. Jill querrá saber qué tiene que decirle la policía. Querrá saber en qué historias anda metido.

Observando la escena desde el coche, Jamie trata de imaginar qué error ha podido cometer. El error que ha desembocado en que la policía llame a su puerta. En realidad, ¿quién puede saber que vive aquí?

Jill les habrá preparado un té. Habrán charlado un rato. Seguro que no ha parado de regalarles sonrisas a los agentes, pero a él no le regalará ninguna. Esto será el final de su relación, está convencido. Ha hecho cosas malas, pero ella siempre lo ha perdonado. Le prometió que había pasado página, y ahora ella no le perdonará que haya roto su promesa. Esto no se arregla con un ramo de flores.

Pero todo eso es pensar a largo plazo y Jamie no puede permitirse pensar a largo plazo ahora mismo, de la misma manera que un zorro perseguido por una jauría de perros no puede permitirse pensar en el desayuno de mañana. ¿Qué está en su mano hacer ahora? Esa es la pregunta en la que debe concentrarse.

Tendrá que poner tierra de por medio. Eso seguro. Lleva algo de dinero encima y puede acceder a más si hace falta. No mucho más, pero suficiente para pasar unos días fuera y, quién sabe, tal vez averiguar qué quiere la policía de él. ¿Quizá es una falsa alarma? ¿Algo sin importancia? No estaría nada mal. ¿O una visita rutinaria? Igual su nombre ha aparecido en los ordenadores de la policía:

«Perdón por las molestias, caballero», «Estamos eliminando a personas de nuestras investigaciones, caballero». A fin de cuentas, solo es un coche patrulla. Ni siquiera parecen detectives. Aunque mejor no jugar con fuego antes de saberlo a ciencia cierta.

¿Dónde puede pasar la noche? Lo que está claro es que tiene que largarse de Mánchester. Si vinieron a Mánchester fue precisamente porque la policía no lo tenía fichado aquí. Y ahora sí que parece que van detrás de él, así que adiós, Mánchester. Y adiós, Jill, si la cosa es seria. Pero ¿cómo saberlo?

¿Y quién puede saber que vive aquí?

Jamie se acuerda de las dos viejitas que vinieron a ver a Jill. ¿Investigadoras? Puede ser. Pero menuda coincidencia que esas dos aparecieran de la nada y al cabo de dos días la policía se presente en su casa. ¿Y si ese coche patrulla, plantado en la calle a la vista de todos los vecinos, tiene algo que ver con esas dos mujeres? La más alta tenía algo que le dio mala espina, algo que le puso el radar a cien. Jamie se revuelve en el asiento del coche para meterse la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y sacar la tarjeta que le dio.

«Elizabeth Best», pone, seguido de un número de teléfono.

Jill debe de estar esperando a que llegue de un momento a otro. Si se retrasa, la policía sospechará, y, si la policía sospecha, quizá ordenen la búsqueda de su coche. Mejor poner unos cuantos kilómetros de por medio con Mánchester antes de que eso ocurra. Jamie arranca el coche y enfila la calle. Pasa por delante de su casa. La casa en la que deberían haber hecho borrón y cuenta nueva. Pero el nuevo Jamie enseguida ha vuelto a caer en las garras del viejo Jamie, así que en esas está ahora, otra vez a la fuga. Llega a la carretera. A la izquierda, el norte; a la derecha, el sur. Vuelve a mirar

la tarjeta de Elizabeth Best. ¿De dónde dijeron que venían esas dos? ¿De Kent?

Jamie Usher gira hacia la derecha y pone rumbo al sur. Sintoniza Radio 2. Un poco de Sara Cox para el largo viaje que le espera.

45

La gente monta unos números que no veas. Al final te terminas cansando. Lo único que pide Connie Johnson es poder vivir su vida. La policía quiere cazarla. Lo entiende, va con el sueldo de policía. La competencia quiere despellejarla, robarle su cuota de mercado, asesinarla. Y tampoco se queja, porque así es este negocio.

Lo que no entiende es esta clase de cosas. Pides un simple favor y esto es lo que recibes a cambio.

—Pero ¿por qué necesita esconderse? —pregunta Ibrahim—. Es lo único que no me encaja.

—Lo necesita y punto —dice Connie—. Por una vez en tu vida, no hagas preguntas.

Ibrahim se vuelve hacia Tia.

—¿Por qué necesitas esconderte?

Tia mira a Connie y esta niega con la cabeza. Es el sitio perfecto. ¿A quién se le ocurriría buscar a una adolescente que acaba de atracar un almacén a mano armada en el piso de un psiquiatra octogenario? Exacto, a nadie. Connie estaba orgullosa de la idea que había tenido y pensaba que Ibrahim la ayudaría encantado. Además, quizá también le haría sentirse útil.

—Ibrahim —dice Connie—. ¿Alguna vez te he pedido algo?

—Sí —responde él—. Muchas veces.

—Vale, pero ¿algo ilegal? —insiste Connie.

—Pues la respuesta es sí otra vez —dice Ibrahim—. ¿Debo entender entonces que esto es ilegal?

—Absolutamente ilegal —contesta Connie—. Pero seguro que no pasa nada.

—Connie. Voy a decirte lo mismo que le dijo el capitán Lee a Eddie en *Bajo cubierta*: «Tenemos un lazo de confianza. Confiamos en que nos diremos la verdad».

Ibrahim emplea constantemente frases de *Bajo cubierta* en sus mensajes de WhatsApp.

—La última vez que hablamos —dice Ibrahim—, Tia estaba asentándose en un trabajo de limpiadora y tú le dabas asesoramiento y consejos. Y ahora resulta que llegas a Coopers Chase sin previo avisar y Tia aparece con varias incisiones en la cara. La conclusión a la que llego es que, desde la última vez que os vi, ha ocurrido algo impropio, y, por más que desee ayudaros, si no me explicas de qué se trata tendré que pediros a las dos que os marchéis.

—Deberíamos irnos —le dice Tia a Connie—. No es justo para Ibrahim.

—Ibrahim sabe cuidar de sí mismo —replica Connie. ¿Por qué se han conchabado todos contra ella? Esto debería ser muy fácil. Dejar a Tia aquí, recogerla al cabo de unos días, cuando alguno de sus contactos en la policía le hubiese explicado cómo estaba la cosa, y entretanto Ibrahim y Tia podrían pasarlo estupendamente viendo la tele o resolviendo asesinatos o dedicándose a lo que sea que haga Ibrahim cuando no está con ella. Connie no tiene demasiado conocimiento de lo que hace el resto de la gente cuando no está con ella.

—Tia —dice Ibrahim—, te aseguro que no tengo inconveniente en que te quedes aquí. Pero Connie ha hablado de «esconderte» y, como comprenderás, he de cerciorarme de que todo esté en orden. ¿Te has peleado en el trabajo? ¿Con otra de las limpiadoras, quizá?

—Por el amor de Dios —exclama Connie—. Enséñale a Ibrahim tu arma.

Tia le lanza una mirada rápida a Connie como si quisiera preguntarle si está segura de que es buena idea.

—Ha visto más armas que yo en estos dos últimos años —le dice Connie.

Tia saca el arma de su mono de limpiadora y la deja sobre una de las mesillas del salón. Ibrahim desliza un salvamanteles por debajo.

—Tia ha atracado hoy un almacén —explica Connie—. Ese era su nuevo trabajo. Ha apuntado con esta pistola a un conductor y a dos seguratas. Luego, los ha atado y ha salido con un camión de un parque industrial con medio millón de libras en relojes Rolex en la parte de atrás. Un protocolo de seguridad por control remoto ha incapacitado el vehículo y ha tenido que disparar el arma para salir y huir, sin poder llevarse los relojes. Su cómplice ha sido capturado por la policía. A Tia, en cambio, como soy mentora responsable, la he recogido yo y la he traído a un lugar seguro, es decir, aquí, para que se quede con alguien en quien confío, es decir, tú.

Ibrahim y Tia se miran. Ella parece arrepentida. Ibrahim le señala una silla y ella se sienta. Acto seguido, Ibrahim se vuelve hacia Connie.

—¿Perdón? —dice.

Connie intuye que le va a caer la del pulpo, y no le gusta nada. Últimamente no suele meterse en líos. Cuando ocurre, por lo general le bastan unas buenas palabras o algún disparo para poner tierra de por medio. A ver, ha estado en la cárcel buena parte del año, pero estar metida en la cárcel no es lo mismo que estar metida en un lío. Es un problemilla administrativo. Ibrahim parece cabreado.

—Fue idea suya —dice Connie—. Yo la animé, tal y como me dijiste que tenía que hacer. La ayudé, le transmití los beneficios de

mis conocimientos y experiencia.

—¿Le permitiste planear un atraco a mano armada?

—Dicho así parece algo malo —coincide Connie—. Pero en realidad era una buena idea.

—Entonces ¿la has traído a mi casa para que escape de la policía?

—Los planes a veces se tuercen. Eso también se lo dije a Tia.

—Es verdad —confirma ella. Al menos alguien da la cara por Connie. Tia atraca un almacén, Ibrahim se niega a esconderla, ¿y resulta que ella es la mala de la película? Todo está patas arriba. Es el mundo al revés.

—¿E ibas a recibir una parte de las ganancias? —le pregunta Ibrahim. Connie sabe que no debe decir que sí, pero a ver: ¿qué clase de pregunta es esa? Claro que iba a recibir su parte.

—No lo habíamos hablado —dice Connie.

—¿Permitiste que una joven de dieciocho años, que todavía va por el mundo con la mochila de la escuela, atracase un almacén a mano armada? —insiste Ibrahim.

—Tendrías que haberla visto en la cárcel —repone Connie—. Encajaba de maravilla.

—Imagino que estaría asustadísima ahí dentro —dice él—. Después de todo lo que hemos trabajado juntos... ¿Después de todo el caos de tu vida? ¿Decides continuar el ciclo? ¿Convertir a Tia en alguien como tú?

—No sabía en quién más podía convertirla —se defiende Connie—. Soy el único ejemplo que puedo dar.

Ibrahim niega con la cabeza.

—No, no. Eso no es verdad. No eres estúpida. Entiendes el mundo mejor que la mayoría de la gente. Creo que lo has hecho porque te gustaba sentirte poderosa.

—Ibrahim —dice Connie. Pero luego no sabe continuar. Ya no le parece que esté cabreado. Está distinto. ¿Qué siente? Connie acerca la cara y estudia su gesto a fondo.

—Estoy triste, Connie —explica él—. Me has puesto triste. Sírvete de escapar a tiros de este problema si así lo deseas.

—¿Cómo puedo...? —Connie está desconcertada—. No quiero ponerte triste. Que estés triste por mi culpa. ¿Cómo puedo hacer que no lo estés?

—Podrías decir que lo sientes —sugiere Ibrahim—. Pero no antes de que lo sientas de verdad.

—Lo siento —dice Connie. Y lo dice de verdad. Así que esto es lo que se siente cuando te arrepientes de algo. Ibrahim le dijo hace tiempo que algún día lo entendería, y ella no le había creído. Connie espera que esta sensación no dure demasiado.

—No a mí —la corrige Ibrahim—. A Tia. Mientras estés a tiempo.

—No pasa nada —dice Tia—. De verdad.

Connie se vuelve hacia Tia. Tampoco ha hecho un mal trabajo, después de todo. Colar dos armas por un control de seguridad no es fácil. Debería haber sabido lo del camión, pero por lo menos no ha entrado en pánico. También saldrá de esta. Y esta experiencia le servirá para la siguiente. La primera vez que Connie le vendió droga a un desconocido, el chico, porque era un mocoso, se largó corriendo sin pagar y a ella le cayó una paliza de su jefe. No volvió a cometer ese error. Cometió otros, claro está, porque así es como se aprende, pero lo que no tiene justificación es caer dos veces en el mismo error. Buen ejemplo de ello es que ese primer jefe trató de darle otra paliza al cabo de unos meses y Connie lo dejó en el hospital con una bala en cada pierna. ¿La moraleja? Aprende de tus errores. Todo lo que es hoy Connie se remonta a ese primer error, a cómo reaccionó. Lo que ocurrió no es lo que te define en la vida. Lo

que hiciste luego es lo que te define. Y lo que Tia haga después de este atraco fallido la definirá. Si consigue levantarse después de morder el polvo, este trabajito será el principio de una larga y lucrativa carrera. Una buena vida en el mundo del crimen, con todo lo que la acompaña. Tia lo tiene al alcance de la mano. Podría ser su futuro, y ¿quién no querría un futuro así? Connie mira a Tia. Está acurrucada en el sillón de Ibrahim. Se acuerda de cómo era ella a esa edad. Cuando todo empezó.

Ibrahim pone la mano sobre el brazo de Tia. Podrían ser abuelo y nieta, estos dos. En ese caso, ¿ella qué sería?

—Lo siento, Tia —dice Connie.

Tia se queda mirándola. Luego mira a Ibrahim. Parece asustada. Connie no entiende por qué. Ibrahim se le acerca y le pasa un brazo por los hombros. Él también parece asustado. ¿Por qué están asustados estos dos?

Connie oye un ruido que no conoce y se da cuenta de que está llorando.

—La esconderemos —dice Ibrahim—. Y luego la ayudaremos.

Eso le gustaría mucho. También le gustaría hacer algo bueno. Quizá así dejaría de llorar.

46

Jason Ritchie ha hecho algunas llamadas. Nadie sabe dónde se ha metido Danny Lloyd. De lo que no hay duda es de que ha salido del país. Ya era hora.

Kendrick se queda en casa. Jason ha insistido en ello. Ahora está en el salón, haciendo los deberes. Matemáticas. Jason se ha ofrecido a ayudarlo, pero el niño le ha dicho: «Creo que es mejor que este ejercicio lo haga solo, tío Jason». Suzi pasará un par de días con unos amigos. Jason también ha insistido en ello.

Debe protegerlos a los dos de Danny Lloyd.

Suzi ya está recuperándose de sus heridas, por lo menos de las físicas, pero Jason debe asegurarse de que la historia termine aquí. Danny tendrá que cabalgar hacia el horizonte y dejar en paz a Suzi y Kendrick para siempre. Es fácil decirlo, no tanto conseguirlo, y Jason lo sabe perfectamente. Danny no es un hombre racional. Tiene orgullo, o por lo menos algo que podría pasar por orgullo en aquellos hombres que crecieron en un mundo que se lo negaba.

Antes no era tan cabrón, Danny. Siempre se las tuvo tiesas con la ley, pero Jason ha conocido a un montón de hombres decentes que no han trabajado ni un solo día de sus vidas en algo decente. A veces todo se resume en el sitio en el que te has criado. Si tu padre es contable, terminas siendo contable. Si tu padre atraca bancos, tú los atracas también. El padre de Danny se rompió la espalda cuando atravesó el techo de un supermercado Tesco hace la tira de años. Era imposible que Danny acabara siendo contable. Así que se dedicó

a robar en tiendas y oficinas durante una buena temporada. Sueldos, recaudaciones semanales, en cualquier sitio donde hubiera mucho dinero en metálico y no costara mucho trabajo robarlo. Luego, cuando ya tuvo bien cubiertos los riñones, se dedicó a las drogas. Dinero todavía más fácil. En esas estaba cuando Suzi lo conoció. Él se paseaba por un club nocturno con un fajo de billetes y con una gran sonrisa en la cara. A Jason le cayó simpático. Suzi se enamoró de él. Ron siempre se la tuvo jurada.

Pero fue la cocaína lo que le cambió la vida a Danny. Dejó de ser un tipo medio decente con el que podías echarte unas risas en Navidad para convertirse en un delincuente violento. Hay bastante gente que trafica con cocaína y nunca la toca —Connie Johnson, sin ir más lejos—, pero ese camino no era para Danny Lloyd. Y, cuanta más tomaba, más impredecible se volvía, menos divertido era, y más peligroso.

Kendrick vino al mundo y Danny se tomó las cosas con más calma un par de años. Se compró trajes caros, viajaba unas cuantas veces al año a Marruecos y Oriente Próximo, y los contactos que hacía eran cada vez más importantes. Sin embargo, volvió a caer en la coca, como su padre había caído a través de ese techo podrido en Crawley. El dinero era lo único que le quedaba para amortiguar la caída.

Un hombre racional se habría alejado de Suzi y Kendrick y habría cortado por lo sano. Que ellos se queden la bonita casa de Coulsdon; Kendrick siempre tendrá regalos en su cumpleaños y en Navidad; yo paso página y continúo con mi vida. Pero no era ese el estilo de Danny Lloyd.

Jason sonríe para sus adentros, porque tampoco es ese su estilo. Ha visto los cardenales de Suzi y sabe que no va a dejarlos pasar.

Hay que darle una lección a Danny Lloyd. La cuestión, supone Jason, es saber quién de los dos dará antes con el otro.

Kendrick aparece en la cocina.

—¿Tengo permiso para tomar naranjada de concentrado?

—¿Suelen darte permiso para tomar esa naranjada? —pregunta Jason.

—En casa, no —responde Kendrick—. Por el azúcar, pero en casa del abuelo, sí, porque dice que el azúcar nunca le ha hecho ningún daño.

Ron. ¿Cómo se tomaría Ron toda esta historia? Jason debe proteger a su padre todo el tiempo que pueda. Zanjar el tema antes de que se entere de lo ocurrido.

De pronto le viene a la memoria una imagen de su infancia. Echado en el sofá, con una naranjada y la tele encendida. Qué tiempos aquellos. A Kendrick no le desea otra cosa que lo que él tuvo de niño. Una casa en la que reinaban el ruido, el amor, la naranjada y la tele.

—Pues entonces te doy permiso —dice Jason.

—¿Y tienes? —pregunta Kendrick.

—No —responde Jason—. Soy un adulto. Ya no bebo esa naranjada.

—Pues deberías. Tiene calcio. Y está rica.

«Tiene razón —piensa Jason—, debería beber naranjada de concentrado. Está rica.» Suena el interfono inteligente. Echa un vistazo al móvil para ver quién hay en la puerta. Un repartidor de Amazon.

¿Estaba esperando algo? ¿Encargó ese libro del que hablaron en el programa de Graham Norton? Seguro que sí. A Jason no le importaría que lo invitaran al programa de Graham Norton, pero Graham Norton todavía no salía en la tele cuando Jason alcanzó su

máxima fama. Aun así, no le importaría que lo invitaran. Un rato de charla con Margot Robbie y Mo Farah. El interfono vuelve a sonar.

—¿Puedo abrir yo? —pregunta Kendrick, y Jason está a punto de decirle que sí cuando de pronto algo se lo impide. Una corazonada.

—No, ponte otra vez con los deberes —dice Jason. Vuelve a mirar la pantalla del móvil. El tipo lleva un uniforme de Amazon y carga con un paquete de Amazon, pero ¿por qué no ir sobre seguro? Jason pulsa el botón del micro en su móvil.

—Déjalo en la puerta, colega —dice.

El repartidor responde sin titubear.

—Hay que firmar la entrega.

Jason mira el paquete en la pantalla. Parece pequeño. Seguro que es ese libro. En el programa invitaron a un piloto de Fórmula 1. Lo sentaron al lado de Cher.

—Olvídalo, colega. Acabo de salir de la bañera.

El hombre calla un momento. Ese es el momento en el que un repartidor de Amazon se volvería a su coche o furgoneta. Pero este no lo hace. En vez de ello, mete la mano en una bolsa.

Jason corre al cuarto de estar, coge a Kendrick en brazos y salta con él por la ventana de atrás antes de que la primera bala atraviese con un golpe sordo la puerta de la casa.

Danny Lloyd ha sido el primero en actuar.

47

Kendrick no es tonto.

Si saben dónde vive el tío Jason, ¿quién dice que no van a saber también dónde vive el abuelo?

Por eso tienen que llevarlo a casa de Ibrahim. Van todo lo rápido que pueden. El tío Jason y su abuelo le dan la mano a cada lado mientras caminan. La mano de su abuelo tiembla, aunque no es la primera vez que Kendrick se lo nota. Cuando ve que le tiembla demasiado, se la aprieta con fuerza, porque no quiere que su abuelo se preocupe de que le tiemblen las manos.

Eso sí, nunca había notado que al tío Jason le temblara la mano. Es la primera vez.

—¿Todo bien, Kenny? —dice el abuelo, jadeando—. ¿Estás bien?

—Sí —confirma Kendrick, porque eso es lo que hay que hacer a veces.

Desde que vio a su madre con el arma y los moratones, la vida se ha acelerado, y Kendrick no se siente a gusto. Sigue encontrando piezas sueltas del puzle, pero nadie se digna a enseñarle la imagen completa que adorna la tapa. A Kendrick le gusta la información, y de momento no tiene suficiente.

—Era un perla —dice el tío Jason—. De tal palo tal astilla.

¿Dónde está su madre? Eso es lo que más le interesaría saber. El tío Jason le dice que está bien, y él confía en el tío Jason, pero aun así le gustaría verla. Le gustaría acurrucarse en el sofá con ella. A veces ven *Friends* juntos. Su personaje favorito es Phoebe, pero

Chandler también es guay. Le gustaría estar viendo *Friends* ahora mismo. En cambio, todos están asustados, y eso le asusta a él también.

Su abuelo llama al timbre en el portal del edificio en el que vive Ibrahim. El tío Jason intenta disimular que no mira a su espalda, pero a Kendrick no se le escapa casi nada.

El hombre que ha llamado a la puerta, el hombre que Kendrick sospecha ahora que no era un repartidor de Amazon, ha seguido disparándoles mientras el tío Jason se lo llevaba en brazos por el jardín trasero, saltaban una cerca y se perdían en el bosque. Han estado escondidos un buen rato, y esa parte ha estado bien. Es divertido jugar al escondite, y a Kendrick se le da muy bien. Se ha escondido muchas veces de su padre. Solo hay que hacerse pequeñito y no hacer ruido.

Abren desde arriba y su abuelo empuja la puerta. Jason hace pasar a Kendrick detrás de su abuelo. Aquí estará a salvo, Kendrick lo intuye. Pero ¿el abuelo y el tío Jason? ¿Y si vuelven a salir? ¿Estarán a salvo?

—¿Podréis quedaros aquí? —pregunta.

—Me quedaré esta noche —dice su abuelo—. Así te ayudo a instalarte.

Kendrick siempre ha tenido una sensibilidad muy fina para los problemas. Ruidos fuertes, llamadas telefónicas de madrugada, voces que gritan... Sin embargo, siempre había pensado que esos problemas estaban al otro lado del muro. De su lado del muro, estaban su madre, su abuelo, la escuela, las pegatinas y las listas de cosas que podías memorizar, como la de todos los países del mundo. Si te concentrabas en cualquiera de esas cosas, los problemas que había del otro lado del muro desaparecían y volvía a reinar la calma.

Pero ahora el muro se ha derrumbado.

El tío Ibrahim los recibe. Normalmente, hay una sonrisa y un abrazo, pero hoy también parece asustado. Los hace pasar a toda prisa y cierra la puerta enseguida.

—Debo avisarte, Ron —dice Ibrahim—. Tengo dos invitadas.

Entran en la sala de estar y hay una señorita de pelo rubio que le recuerda a una modelo o quizá a esas chicas que hacen lucha libre, no es fácil saberlo, y otra señorita que es mucho más joven, sentada en una silla con los pies metidos debajo del cuerpo, como a veces hace su madre.

—A Connie, ya la conoces, ¿no? —le dice Ibrahim al abuelo. Es la señorita rubia. ¿Igual se le parece a una piloto de carreras o a alguna de las concursantes de *Britain's Got Talent*? ¿O quizá a una maestra sustituta a la que nunca vuelves a ver? A Kendrick suele dársele bien adivinar a qué se dedica la gente, pero esta tal «Connie» se le está atragantando. Lo que sí puede ver es que ha llorado. Muchos adultos están disgustados en estos momentos, y a Kendrick no le gusta ni un pelo.

—Connie —dice el abuelo. Kendrick intuye que a su abuelo no le cae bien Connie.

—Ron —dice ella. Kendrick intuye que a esta señora no le cae bien su abuelo.

—Connie —dice el tío Jason. Tampoco le cae bien.

—Jason —dice ella. Y ya tenemos la baraja completa. Aunque Kendrick necesita más información.

—Aquí todos son un poco groseros con los demás, tío Ibrahim —comenta Kendrick.

—Bueno, tu abuelo ayudó a que metieran en la cárcel a Connie —le explica Ibrahim—. Y luego Connie amenazó con matarlo.

Vale. Con ese material Kendrick sí puede trabajar, pero todavía quedan algunas incógnitas por despejar. Mira a Connie.

—¿Tal vez te merecías estar en la cárcel? Por cierto, me llamo Kendrick. Y este es mi abuelo.

—Un placer conocerte, Kendrick —dice Connie—. Y sí, tienes razón, seguramente me lo merecía.

—Tampoco deberías decir que vas a matar a alguien...

—Kenny, déjalo —le ruega su abuelo.

—Tiene razón —asiente Connie—. Debía de estar muy enfadada, Kenny. Me llamo Connie, por cierto. ¿Puedo llamarte Kenny?

—Prefiero Kendrick —responde él—. Fluye mejor, ¿no?

—Debí de decirlo porque estaba muy enfadada, Kendrick —repite ella—. No me apetecía ir a la cárcel.

—No me extraña —dice Kendrick—. He visto fotos de cómo es.

Su abuelo se acerca a Ibrahim.

—¿Se puede saber qué hace ella aquí?

—Te presento a Tia —dice Ibrahim, ignorando la pregunta.

La otra mujer se pone de pie. Su abuelo le estrecha la mano.

—Un placer, Tia —la saluda—. ¿Eres amiga de Connie?

—Más bien alumna —responde ella—. Siento mucho que alguien haya disparado a tu nieto.

—Te lo agradezco, Tia —dice Ron—. Muy noble por tu parte.

Entonces, Tia le tiende la mano y Kendrick se la estrecha. Ella sonríe.

—Me encanta tu nombre.

Kendrick no sabe qué decirle a esta segunda mujer desconocida que habla con una voz tan dulce. Siempre sabe lo que debe decir, pero ahora su cerebro es un libro en blanco. Debe de ser por el impacto. Saltar por la ventana, correr por el jardín, esconderse en el bosque.

—Gracias a ti —dice finalmente. ¿«Gracias a ti»? ¿En serio? ¿Qué querrá decir eso?

—¿Os preparo a todos una taza de té? —propone Ibrahim.

Tia ha vuelto a sentarse en la butaca. Su pelo es muy brillante. Kendrick está seguro de que usa acondicionador. Segurísimo. Su madre lo usa también. Por eso lo sabe.

—Eso depende de si Connie todavía quiere matarme —replica el abuelo.

—Creo que a estas alturas ya puedo olvidarlo —dice Connie.

—Connie ha faltado a su honor —explica Ibrahim—. El pacto de confidencialidad entre médico y paciente me impide deciros por qué.

—¿Tiene algo que ver con Tia? —pregunta el abuelo. Es precioso el nombre cuando lo oyes en voz alta, ¿no? Tia. Como la campanilla de una puerta.

—No te lo puedo decir —responde Ibrahim—. Pero sí.

—¿Por qué no nos tomamos un whisky? —propone Connie. Kendrick sigue sin averiguar quién es o a qué se dedica esta mujer. ¿Quizá vende entradas en un circo?

—Connie —dice Kendrick—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí —contesta ella.

Sí que ha llorado. Salta a la vista. Ha intentado que no se le note, pero nunca puedes disimular del todo las lágrimas. A veces mamá se mete en su cuarto y duerme con él. Le dice: «He pensado que igual te apetecía un poco de compañía, Kendrick». Y cada vez ha estado llorando. Pero cuando está con él nunca llora, y Kendrick está muy orgulloso de ella por eso.

—¿A qué te dedicas? —le pregunta.

—Un poco de todo —dice Connie—. Los lunes hago unas cosas y los martes, otras.

Muchas cosas, Kendrick lo sabía. Ibrahim está sirviendo unos vasos de whisky con un decantador.

—Para mí, no, tío Ibrahim. Gracias —dice Kendrick.

Ibrahim asiente.

—¿Una naranjada, quizá? Creo que también me queda Sprite.

Kendrick se vuelve hacia el tío Jason.

—Tío Jason, ¿puedo beber Sprite?

—Tu madre dijo que nada de azúcar —le responde él.

—Seguramente también dijo que no debías permitir que nadie le disparara —salta su abuelo—. Deja que el niño se beba un Sprite.

El tío Jason le dice que sí con la cabeza a Ibrahim. Parece que todo va bien. Por un lado, puede tomarse un Sprite. Por otro, mamá le ha dado instrucciones al tío Jason. Dondequiera que ella esté, sigue al mando.

—¿Puedo tomarme un Sprite yo también? —pregunta Tia.

—Desde luego —responde Ibrahim—. Las latas están en la cocina. Estás en tu casa.

Bien, bien, bien. A Kendrick le gusta el Sprite y a Tia le gusta el Sprite. Vaya coincidencia, ¿no? Tia se marcha a la cocina. Le baila el pelo cuando camina. Seguro que es el acondicionador.

—Kendrick —le dice el abuelo—. ¿Por qué no vas a ayudar a Tia en la cocina? Vamos a tener una conversación aburrida de mayores.

Kendrick asiente. Qué interesante. Normalmente, lo que más le gusta del mundo son las conversaciones aburridas de mayores. Puede pasarse horas sentado escuchando a Joyce mientras ella habla sobre una amiga a la que acaban de ponerle una prótesis de cadera, pero fue a la privada y no paraba de darse humos contando la historia, pero resulta que le pusieron una barata, y ¿ahora quién tendrá que arreglar el desaguisado? Nuestra entrañable seguridad social de toda la vida, quién si no... A Kendrick le encantan esas conversaciones.

Sin embargo, en este momento, lo que le atrae es ir a la cocina.

Los mayores se han sentado. El tío Jason, el abuelo, Ibrahim y esa señora misteriosa, Connie, que hace un poco de todo. Kendrick se la imagina alquilando kayaks en una playa del Caribe.

Entra en la cocina y Tia le ofrece un Sprite.

—Gracias —dice Kendrick—. Te estoy muy agradecido.

Tia vuelve a sonreír.

—Tienes muy buenos modales.

Kendrick asiente. Siempre se ha preciado de sus buenos modales. No todo el mundo se da cuenta, pero Tia sí lo ha hecho.

—¿Vas a quedarte aquí? —pregunta Tia.

—Creo que sí —dice él—. ¿Y tú?

—Creo que sí —dice ella.

Kendrick necesita charlar un poco. Si estuviera en la cocina con el tío Ibrahim, podría decirle simplemente: «¿Cuánto rato crees que puede aguantar la respiración un elefante?». Con eso tendrían bastante para una hora. Pero teme que esta estrategia no funcione con Tia. Probará otra. Allá vamos.

—¿Te gusta *Friends*?

—Me encanta —contesta Tia—. Vamos a ver unos capítulos.

—Ibrahim tiene Amazon Prime —comenta Kendrick—. Se ha suscrito para ver *Bajo cubierta*. ¿Quién es tu personaje favorito de *Friends*?

—Joey —dice Tia—. ¿Y el tuyo?

Kendrick toma un sorbo de Sprite. Joey, ¿en serio? ¿No Phoebe? Quizá esté hablando el azúcar por él, pero tiene la sensación de que algo ha cambiado. ¿Quizá sea así la vida al otro lado del muro? Se oyen voces en la sala de estar, pero Kendrick no alcanza a descifrar lo que dicen.

Deja su Sprite sobre un posavasos y afirma:

—Tia, mi personaje favorito también es Joey.

48

Joanna es consciente de que Donna no está investigando este caso de forma oficial. Pondría la mano en el fuego a que ha sido Elizabeth quien la ha enviado. Descarta discretamente a Paul de la lista de sospechosos, ¿me harás ese favor, Donna?

No obstante, Joanna se alegra de verla. Necesita un favor, y Donna tal vez pueda ayudarla.

—Tienes una casa espectacular —dice Donna arrellanándose en un sofá—. Apuesto a que no lo has comprado en Ikea.

—Es de Marruecos —explica Joanna—. Pero en Ikea también venden cosas muy bonitas últimamente.

—Es como si oyera hablar a tu madre —dice Donna, riéndose. Joanna le lanza una mirada con la que le sugiere, quizá, que no le conviene seguir riéndose. Donna le hace caso.

—No imaginaba que serías tú, Donna. Tenía entendido que no trabajabas en este caso.

—Estoy de relleno —contesta Donna—. Los polis de verdad son los que se patean las calles buscando las pistas de verdad.

—Y protegen al príncipe Eduardo.

—No tengo muy claro qué son los fondos de cobertura —comenta Donna—. Igual debería aprender. Me gustaría tener un sofá así.

—A ver, hay más de trescientos millones de libras escondidos en un agujero en Sussex. Yo robaría ese dinero y punto.

—¿Que hay qué? —salta Donna.

Joanna se ríe.

—Claro, claro. No te lo han contado. Holly y Nick tienen Bitcoins en Sussex. Todo el mundo ha enloquecido intentando averiguar los códigos que abren la caja fuerte.

—Hostia —dice Donna—. Aunque no sea mi caso, no me cuentan nada.

—¿Cómo que no es tu caso? —pregunta Joanna.

Se oye un ruido en la cocina. Donna alarga el cuello para asegurarse de que Paul está en casa.

—No es mi caso. Elizabeth me ha pedido que venga.

—Eso es —dice Joanna—. La verdad. Creo que podemos dejar que Paul crea que has venido en misión oficial. Se asustará mucho más si sabe que te ha enviado Elizabeth.

—Solo quiere salir de dudas.

—Lo entiendo.

—¿De verdad hay trescientos millones enterrados en alguna parte?

—Más o menos. Pero, por favor, no le digas a Elizabeth que te lo he contado. No quiero que machaque a mi madre.

—Creo que suele ser al revés —dice Donna, riéndose—. Y ojalá nos tuvieran permitido robar dinero. En el curso de formación, nos dijeron que no podemos hacerlo.

Paul entra con una bandeja de bebidas.

—Dos *flat whites*...

Joanna coge las dos tazas y Paul le tiende la bandeja a Donna.

—Y un té fuerte con leche. Con ocho azucarillos.

Donna coge la taza de té.

Paul se sienta y Joanna busca su mano. Elizabeth tiene algunas preguntas que hacerle, huelga decirlo, pero Joanna se ha asegurado de estar presente en el interrogatorio. Donna es muy capaz de dárselas de poli local pasmada, pero no engaña a nadie. Esta mujer

tiene a Bogdan, nada menos, comiendo de la palma de su mano. De mujer a mujer, a Joanna no le queda otra que respetarla. Eso no lo consigue cualquiera.

Donna no es tonta, y Paul tampoco lo es. No vendrá mal que, con su presencia, rebaje un poco la tensión.

—Todo esto será un poco más fácil si hablo con Paul a solas —dice Donna.

—¿Fácil para quién? —pregunta Joanna, dándole un sorbo a su *flat white*.

—Me refiero a que será más sencillo —reformula Donna.

—Perfecto —responde Joanna—. Si puedes explicarme en cinco segundos por qué sería más fácil y sencillo para Paul que no esté aquí, me voy.

—Podrían plantearse ciertas cosas que no te apetezca oír —explica Donna.

—Prefiero que Joanna se quede —interviene Paul.

—Y aunque no quisieras —le dice Joanna a Paul—, me quedo. Soy más barata que un abogado. Soy más inteligente que un abogado. Y estoy enamorada de ti.

—Ahora me has recordado a una mezcla entre tu madre y Elizabeth —señala Donna. Ha sonreído al decirlo. Joanna sospecha que, si se diera la ocasión, las dos podrían fraguar una sólida amistad.

—Eso está mejor, pero sigue sin ser ideal —sostiene Joanna—. En fin, ¿quién mató a Holly? ¿Tu pandilla tiene alguna idea? ¿O debería preguntárselo directamente a mi madre y sus amigos? Tienen la sana costumbre de descubrirlo antes que vosotros, ¿no? A ver, ya sabían lo de los Bitcoins y tú no...

—Los informaré en cuanto vuelva al trabajo —dice Donna.

—¿No estás trabajando? —pregunta Paul.

—Me refería a cuando vuelva a la comisaría —se corrige Donna—. Estoy trabajando, sí. ¿Entiendes por qué podrías constar entre los sospechosos, Paul?

Él asiente.

—Desde luego. Supongo que ahora soy yo quien controla la empresa. Y seguramente vale una fortuna.

—No te olvides de los Bitcoins —indica Donna.

—Él no puede acceder a los Bitcoins —replica Joanna—. Nadie puede.

Donna toma nota mental de ello.

—Y no todos los miembros de tu familia tienen un historial intachable.

—En este país no se detiene a la gente por eso —dice Joanna—. O ya no, por lo menos.

—No —conviene Donna—. Pero podemos hablar como adultos sobre ello.

—Mi familia es interesante —contesta Paul—. Eso te lo reconozco. Nada que ver con la persona que soy, pero si quieres tomar un atajo que no te conducirá a ningún lado, no tengo inconveniente en hablarte de ello.

—¿Y cómo era tu relación con Holly Lewis? —pregunta Donna.

—No tan cercana como lo fue en el pasado —dice Paul—. Pero los viejos amigos nunca dejan de serlo, ¿no?

—No estuvo en vuestra boda —señala Donna—. Eso es bastante llamativo entre viejos amigos que viven en la misma zona, ¿no?

—Fuimos pareja un tiempo —dice Paul—. Supongo que pasar el día en el trabajo le pareció preferible a asistir a mi boda.

Donna se vuelve hacia Joanna.

—¿Sabías que habían estado juntos?

—Sí —responde Joanna—. ¿Y tú conoces a todas las mujeres con las que ha salido Bogdan en su vida?

—Tiene tatuajes de la mayoría —contesta Donna—. Le gusta quedar bien con la gente.

—Donna —dice Joanna—, Paul será muchas cosas: un profesor maravilloso, un buen amigo, un amante sorprendentemente imaginativo. Pero te aseguro que no es un asesino. Su tío Neil vende Ozempic ilegalmente por internet. Su primo Ben es ladrón de coches. Todo eso es verdad. Pero Paul no tiene experiencia con explosivos, y te aseguro que no lo perdí de vista en los cuatro días anteriores a la boda, ni en el día en que Holly murió. No encontrarás jamás ni el más mínimo indicio, porque Paul no tuvo nada que ver con este crimen, y lo sabes. Entiendo que tengas que interrogar a todo el mundo, pero ya va siendo hora de que todos reconozcamos que tus sospechas descansan por completo en un móvil más bien dudoso y un tío de Paul que todavía lo es más.

Donna sopesa las palabras de Joanna.

—Pero de todos modos le corresponde heredar una participación que le dará el control sobre la empresa, ¿no?

—Solo si Nick también está muerto —replica Paul—. ¿Qué están haciendo tus colegas al respecto?

—Están buscando —responde Donna.

—Diles que busquen más a fondo —replica Joanna.

—Les transmitiré el recado. Imagino que no se les habrá ocurrido hacerlo.

El teléfono de Donna vibra. Lee el mensaje. Luego vuelve a leerlo. Pega un puñetazo al aire de alegría.

—¿Buenas noticias? —pregunta Paul.

—Las mejores —responde Donna—. El príncipe Eduardo ha pillado un norovirus.

—Ah —dice Paul—. Bueno... Me alegro mucho por ti.

Donna sonríe. De pronto se le ha abierto el día de par en par. Menuda ironía. Ahora incluso podría ir a cenar con Bogdan a Nando's. A su chico le encanta poder rellenarse la bebida todas las veces que quiera. Lo que era un buen día está convirtiéndose en un día extraordinario.

—Ya que estás aquí —dice Joanna—, hay un pequeño favor que quizá pueda hacernos la policía.

—Un favor de la policía, ¿eh? Eres calcada a tu madre.

—A mí también me mangonean, ya lo sabes —repone Joanna—. En fin, Paul tiene permitido el acceso a las imágenes de las cámaras de seguridad del Complejo. Me pregunto si podrías asegurarte de que ese acceso sea efectivo. A estas horas, vuestro equipo de informáticos se habrá incautado de todo el material. Nos encantaría echar una ojeada, ver cómo funciona el negocio.

—¿Buscaríais algo en concreto en las imágenes? —pregunta Donna.

—La verdad es que no lo había pensado —contesta Joanna—. ¿Buscaríamos algo en concreto, Paul?

—No lo había pensado —responde Paul.

—Ya ves —dice Joanna—. Ninguno de los dos lo había pensado.

—¿El acceso solo sería para Paul? —quiere saber Donna—. ¿No será para tu madre ni para Elizabeth?

Joanna se encoge de hombros ligerísimamente.

—Bueno, supongo que eso dependerá de Paul, ¿no, Paul?

—Solo para mí —confirma él—. Joyce puede suplicar, pero no me doblegaré.

Joanna y Donna se miran.

—Sería a cambio de haberte dado la información sobre los Bitcoins —dice Joanna—. Me parece justo.

—No puedo —se niega Donna—. Yo...

—Te propongo una cosa —la interrumpe Joanna—. ¿Por qué no llamo a la comisaría de Fairhaven ahora mismo y les digo que estás aquí? A ver, no es nada que no sepan, pero les contaré que hemos estado hablando y...

—Vale —accede Donna—. Tus deseos son etcétera.

—Me lo figuraba —dice Joanna.

El móvil de Donna empieza a sonar y mira el número en la pantalla. Levanta la mano en señal de disculpa y coge la llamada. Al cabo de varios gestos de asentimiento, un «claro» y un «entendido», se pone de pie.

—Hostia —farfulla—. Alguien acaba de disparar a Jason Ritchie. Tengo que ponerme a trabajar.

—Ya estás trabajando —dice Paul de nuevo, pero Donna ya está saliendo por la puerta.

49

No está bien espiar las conversaciones de los demás, Kendrick lo sabe, pero el apartamento es muy pequeño. Imagina que podría ponerse los cascos, pero el cable está enredado y tardaría una eternidad en deshacer los nudos. Así que en estas está.

La policía ha llegado hace cinco minutos. Chris y Donna; ya los conoce de otras veces. El tío Jason les ha dicho que no quería hablar con ellos, y ellos le han dicho que debería hacerlo por el bien de todos, y entonces el abuelo ha replicado que, bueno, por su bien no sería, y Donna le ha preguntado si lo que había en su cenicero era la colilla de un porro de marihuana, y el abuelo le ha dicho: «Dios te libre de padecer un día de artritis, Donna», a lo que ella le ha respondido: «Dios me libre de tener que deteneros a ambos por posesión de drogas». Entonces el abuelo le ha hecho un gesto y le ha dicho que debía irse con Tia a la habitación de invitados, a lo que él le ha respondido: «Bien, así podré hacer un poco de deberes», aunque ya los tenía terminados, y ese es otro de los motivos por los que está espiando la conversación. Siempre es interesante escuchar hablar a los adultos cuando piensan que no los estás oyendo.

—Alguien ha disparado a través de la puerta de tu casa a plena luz del día —dice Chris—. Y has de saber que he acumulado algo de experiencia en armas de fuego últimamente.

—No voy a negar que he oído algo —acepta Jason—. Si tú lo dices, será eso lo que ha pasado.

—Tus vecinos han informado de que Kendrick y tú habéis huido de la casa saltando la cerca del jardín trasero para esconderos en el bosque —dice Donna.

A Kendrick le ha gustado que se mencionase su nombre.

El tío Jason se toma un momento antes de responder.

—Solemos salir a dar un paseo cuando Kendrick termina los deberes.

No es verdad, aunque le gustaría que lo fuese. Hay piñas detrás de la casa del tío Jason.

—¿Por qué está Kendrick contigo? —pregunta Chris.

—Me parece que eso forma parte de la intimidad de la familia —interviene el abuelo—. No es asunto de la policía.

«Eso es verdad», piensa Kendrick. Sabe que la policía es importante, y que hace un trabajo difícil, pero confía más en el abuelo y en el tío Jason que en Chris y Donna. Un policía vino un día a su escuela y les habló de los peligros de las drogas, pero Kendrick lo vio luego fumándose un cigarrillo y se plantó ante él para decirle que sabía que no era asunto suyo, pero que la nicotina también era una droga, y el policía se quedó mirándolo y le dijo: «Estoy fuera de servicio, chico», y siguió fumando tan tranquilo.

—Jason —dice Chris—, deja que te ayudemos. ¿Sabes quién te disparó?

—El de la puerta era de Amazon —responde el abuelo—. Quizá fue Amazon.

El abuelo está siendo impertinente aquí. Kendrick se da cuenta.

—No estoy suscrito a Prime —bromea el tío Jason—. Igual están molestos conmigo.

—He oído que Danny Lloyd se ha largado de la ciudad —dice Chris —. ¿Sabes algo del tema?

Es curioso oír el nombre de tu padre recitado al completo.

—¿Por eso Kendrick está contigo? —pregunta Donna—. ¿Una riña familiar?

Kendrick piensa en el ojo de su madre, morado e hinchado. Permanecerá en su recuerdo mucho más tiempo que la imagen de su madre apuntando con una pistola. *Riña* no le ha parecido la palabra adecuada para describir lo ocurrido.

—¿Ha enviado a alguien a dispararte? —inquiere Chris.

Kendrick se pregunta si eso será verdad. Es probable que lo sea, ¿no? Que papá haya enviado a alguien a disparar al tío Jason... ¿Y si le hubieran disparado a él también sin querer?

Kendrick oye que su abuelo se pone de pie.

—Sabéis los dos que me caéis bien. No es una novedad. Pero también sabéis que no podemos hablar con vosotros.

—Solo tienes que hablarnos como amigos, Ron —dice Chris—. Danos alguna pista. Hay alguien armado en la calle. Ayúdanos a localizarlo.

Su abuelo suspira.

—No puedo, muchacho. Sencillamente no puedo.

—No somos unos chivatos —repone el tío Jason—. Os pido que respetéis nuestra cultura.

«Nosotros no somos unos chivatos.» A Kendrick lo han educado para que no se le olvide nunca. «No hables con la policía.» No era algo de lo que hubiera tenido que preocuparse hasta ahora. Seguro que Chris y Donna podrían ayudarlos... Y si alguien ha hecho algo malo, seguro que se lo puedes decir a la policía, ¿o no? Menudo lío.

—No me vengas con esas, Jason —replica Donna—. Estamos en pleno siglo XXI. No eres como los gemelos Kray.

Kendrick está seguro de haber oído ese nombre en alguna parte. ¿Son esos gemelos rubios que tienen un canal de YouTube?

—Nos has ayudado otras veces —aduce Chris—. Hemos colaborado.

—Ahora no estáis tratando con el Club del Crimen de los Jueves —espeta el abuelo—. Estáis tratando con la familia Ritchie.

Kendrick se pregunta si a partir de ahora será un Ritchie y no un Lloyd. Le gustaría.

—No hagas ninguna estupidez, Ron —dice Chris—. Si alguien te mata, Elizabeth me comerá la oreja por teléfono.

Chris se ha reído un poco cuando lo decía, pero Kendrick también ha notado que estaba preocupado. No cree que nadie vaya a matar al abuelo, pero si un policía está preocupado, ¿quizá debería estarlo él también? Si su padre se ha marchado para siempre, y es algo que Kendrick desea con todas sus fuerzas, su familia se habrá vuelto muy pequeña. Mamá, el tío Jason y el abuelo. ¿Y si una de las responsabilidades de Kendrick es mantenerlos a todos a salvo en adelante?

—Última oportunidad, Ron —dice Donna—. Por favor, ayudémonos todos unos a otros.

—Lo siento, Donna —responde el abuelo—. Ya sabéis lo que pensamos. Hablar con la policía es el peor crimen que hay.

Kendrick está orgulloso de que su abuelo sea tan fuerte, aunque hay algo que le reconcome. Porque, si bien sabe que hablar con la policía está mal, también sabe que no es el peor crimen que hay.

50

—¿Crees que Donna y tú os casaréis algún día? —pregunta Elizabeth mientras Bogdan baja un portalámparas del techo de la cocina.

—Si me lo pide, quizá sí —responde Bogdan.

—A lo mejor ella espera que se lo pidas tú —dice Elizabeth.

—No —niega Bogdan, sacando un portalámparas nuevo de una bolsa de los grandes almacenes John Lewis—. Es ella la que se ocupa de estas cosas.

—Entiendo. ¿Y de qué cosas te ocupas tú?

Bogdan se encoge de hombros.

—De bajar la basura, supongo. Y de estar enamorado de ella.

—Ay, Dios —masculla Elizabeth.

Bogdan coloca la lámpara nueva en su sitio.

—¿Cuánto has pagado por esto?

—No lo sé —responde Elizabeth—. Estaba en la página web.

Satisfecho con su trabajo, Bogdan se baja de la isla de la cocina.

—¿Te parece que queda bien? —pregunta Elizabeth—. No se me da bien saber estas cosas.

Bogdan mira la lámpara.

—No está mal. A Stephen le habría gustado.

—Eso es lo principal.

—Pero es de John Lewis —añade él, mirando la caja mientras mueve la cabeza en sentido negativo—. Tendrías que haberme pedido consejo. Te la habría conseguido a mitad de precio.

—Stephen lo compraba todo en John Lewis —explica Elizabeth—. Yo no sabría en qué otro sitio comprar. Clico en las cosas y llegan a casa.

—Pues pregúntame siempre —dice Bogdan—. Te consigo todo lo que necesites directamente de proveedores de construcción. Todo lo que no consigo allí, me lo fabrico yo.

—Stephen lo compraba todo en John Lewis —insiste Elizabeth—. Y me gusta tenerlo feliz. Así que prefiero gastarme unas libras de más.

Bogdan se sienta en el taburete de la cocina.

—Te veo más feliz. No feliz, sino más feliz.

—No te avisan, Bogdan. Nadie te avisa.

—¿De la muerte?

—De la muerte —dice Elizabeth—. Mira todo lo que se ha escrito sobre el dolor por la muerte de un ser querido. Todos los versos que han escrito los poetas. Todas las palabras de todos los amigos que se mueren de pena delante de ti, todas las lágrimas que has derramado a lo largo de la vida. Cógelo todo y tíralo a un pozo. Nunca lo oirías llegar al fondo.

—Pero de todos modos hay que decir esas palabras.

—Supongo. Pero hay algo que debes saber. Mira su sillón.

Bogdan mira por el hueco de la puerta. El sillón está en el cuarto de estar.

—¿Dónde está él, Bogdan? —dice Elizabeth—. ¿Dónde está Stephen?

—Bueno. Creo que está en una cajita, te acuerdas, ¿no?

—No decía sus cenizas —responde Elizabeth—. Sé dónde están sus cenizas. Me pregunto qué diablos ha sido de él.

—¿Te apetece quizá una taza de té? —propone Bogdan.

Elizabeth va hacia la sala de estar y pasa la mano por el respaldo del sillón de Stephen.

—Nuestro mundo está tan lleno de personas y momentos.

Bogdan la sigue.

—Y de árboles. Hay muchísimas cosas.

Elizabeth levanta la cara y lo mira.

—Hay amor en todas partes, todos los días, y hay tristeza en todas partes, todos los días. Imagínatelo todo junto. Toda la tristeza y todo el amor. Todos los besos, todos los latidos de un corazón que espera segundo a segundo reunirse con la persona amada, e imagina todos los segundos en los que entiendes que tu amante no vendrá. ¿Puedes imaginártelo todo junto?

Bogdan mira hacia arriba y a la izquierda, intentándolo con todo su ser.

—Es imposible —dice Elizabeth—. Está más allá de todo entendimiento.

Bogdan parece aliviado.

—Y, sin embargo —continúa Elizabeth—, todo está aquí, en este sillón. Todo, hasta el más ínfimo detalle, en un sillón que compramos en un anticuario de Stratford o yo qué sé dónde. Y Stephen me aseguró que cabría en la parte de atrás del coche, pero no cupo, así que tuvo que amarrarlo a la baca. Cirencester, sí, allí fue, no en Stratford. Y nos volvimos a casa a treinta por hora, y Stephen estuvo todo el viaje con el brazo fuera de la ventanilla para sujetar el dichoso sillón, y, cuando llegamos a casa, tampoco hubo manera de hacerlo pasar por la escalera, así que tuvimos que llamar a alguien para que viniera a serrarle las patas...

—¿A quién llamasteis? —pregunta Bogdan.

—No me acuerdo —responde ella—. Alguien que le había hecho alguna chapuza a Penny.

Bogdan examina de cerca las patas delanteras del sillón. Niega con la cabeza.

—Ese alguien no siguió bien el grano de la madera. Ojalá lo hubiera hecho yo.

—Y, cuando por fin conseguimos subirlo a casa, no combinaba con las cortinas.

—No —confirma Bogdan—. Y sigue sin hacerlo.

—Pero Stephen se arrellanaba en él y ponía los pies sobre la mesilla. Stephen y el sillón. El sillón y Stephen.

—Y ahora el sillón está solo —dice Bogdan—. Porque Stephen... Ya sabes.

Elizabeth no puede reprimir una pequeña sonrisa.

—¿Sabes, Bogdan? No tienes por qué ser siempre tan literal. Intento ser poética.

Bogdan asiente.

—Vale.

—Y nadie te avisa porque no se puede —dice Elizabeth—. Es lo que pasa con la pena. La única persona que la conoce es la que la siente.

—He traído pilas nuevas para el mando de la tele —comunica Bogdan—. Me di cuenta de que las necesitabas.

—Es todo un detalle, Bogdan —se lo agradece Elizabeth.

—Con las pilas me las apaño —dice él—. Las palabras son más difíciles.

—Lo son —conviene Elizabeth—. ¿Sabes? Si algún día te apetece sentarte en el sillón de Stephen, puedes hacerlo. Me parece una pena que se quede ahí, sin nadie que se siente en él.

—No puedo sentarme en el sillón de Stephen —repone Bogdan.

—Claro que sí —dice ella—. A Stephen le habría gustado que lo hicieras.

—No puedo —insiste él—. Stephen sigue sentado ahí.

Elizabeth asiente.

—Me alegra que tú también lo veas. Qué cosa más ridícula, Bogdan. Un sillón no es más que un armazón de piezas de madera recubierto de tela, ¿no?

Bogdan piensa bien sus siguientes palabras, porque cree que son importantes.

—Bueno, ahora usan a menudo acero galvanizado, pero sí, este sillón es de madera.

Llega un mensaje al móvil de Bogdan. Echa un vistazo al nombre y lo ignora.

—¿Quién era, Bogdan? —pregunta Elizabeth.

—Nadie —responde él.

—No habría hecho ruido si no fuera nadie —replica ella.

—Un amigo.

—¿Qué amigo? —pregunta ella.

—Vale, era Ron.

—Muy bien. Léelo.

—No, no pasa nada.

—Léelo.

Bogdan lee el mensaje.

—¿Y qué quiere Ron de ti?

—Verme. Nada más.

—Vamos, entonces.

—Me ha dicho: «Sin Elizabeth».

Elizabeth le pone una mano en el hombro.

—¿Y qué crees que voy a decir a eso?

51

Ron vuelve a estar en su apartamento. Tiene mucho en lo que pensar. Jason se ha sincerado sobre todo el asunto, y la cosa pinta muchísimo peor de lo que había imaginado.

Su hija apaleada por el marido. Suzi apuntando con un arma a Danny, y Danny que huye. Y ahora Danny envía a alguien a matar a Jason. Se siente impotente.

Ron se ha sentido impotente otras veces. Es un vacío que siempre ha llenado de rabia. Si tuviera delante a Danny Lloyd en este mismo momento, Ron lo mataría. Lo mataría, lo enterraría y aquí paz y después gloria.

Y Ron sabe que no es en absoluto descartable.

—Voy a necesitar que me cambien la puerta —dice Jason, sentándose.

Están sentados frente a frente. Son padre e hijo, desde luego, pero dadas las emociones del momento son, sobre todo, dos hombres.

¿Qué deben hacer? ¿Y habrá que arreglarlo con puños y pistolas o con el cerebro? Ron desea que sea con puños y pistolas.

Al tajo. Kendrick se ha quedado con Ibrahim y Tia. Ron se ha sentido culpable al pedírselo, pero Kendrick parecía muy contento con la noticia. Luego ha hecho otra llamada. A alguien que quizá pueda echar una mano.

—Pero ¿Suzi está a salvo? —pregunta Ron a su hijo.

—Está con unos amigos —responde Jason—. Sabe que tiene que evitar llamar la atención.

—¿Cuánto hace que dura esto? —pregunta Ron. No quiere oír la respuesta, pero la primera regla de devolver los golpes es no recular por miedo.

—No sabría decirte —responde Jason—. Suzi nunca me contó nada. Le daría vergüenza.

—No —replica Ron—. Vergüenza, no. Sencillamente sabía que, si te lo contaba, te cargarías a Danny Lloyd.

—Es posible —conviene Jason—. Y tiene razón, porque me lo voy a cargar. Ha tenido una oportunidad de acabar conmigo y ha fallado. Ahora me toca a mí.

—Tenemos que actuar con inteligencia, Jase —dice Ron—. Y tenemos que hacerle saber que somos nosotros. Que sepa que es por Suzi.

Alguien llama al timbre, y padre e hijo se quedan paralizados. Ron se lleva el dedo a los labios y camina hasta el interfono. Ve exactamente lo que esperaba ver. El cuerpo enorme y tranquilizador de Bogdan. También ve algo que no había esperado ver: a Elizabeth, que tendrá su propia opinión sobre todo esto, una opinión que seguramente no incluirá la muerte de Danny Lloyd y el entierro de su cadáver en una tumba improvisada. Pulsa el botón para que pasen y deja la puerta entornada.

—Se ha traído a Elizabeth —dice Ron, volviendo a sentarse.

—¿Se lo vas a contar? —pregunta Jason.

—Claro —contesta Ron—. Claro que sí. Lo adivinaría igualmente.

—¿Cómo te ha sentado volver a ver a Connie Johnson? —se interesa Jason.

Ron se encoge de hombros.

—Con el humor que llevo encima, que intente matarme si quiere. A ver cómo le funciona.

—Me ha parecido que había estado llorando —comenta Jason.

—Lo dudo.

Bogdan empuja la puerta y entra con Elizabeth a la zaga.

—Lo siento —dice, haciendo un gesto hacia ella—. No iba a dejarme salir si no me acompañaba. En serio que lo he intentado todo.

—Es verdad —confirma Elizabeth—. Ha sido muy conmovedor.

Ron hace un gesto de incredulidad.

—Estás hablando de Elizabeth. No habrías podido hacer nada.

—Así que los chicos estáis celebrando una pequeña cumbre —dice Elizabeth, tomando asiento—. Sin duda ha de tratarse de algo demasiado fuerte para lo delicadas que somos Joyce y yo, ¿no?

—Es por Suzi —explica Ron.

—Ah.

—Así que puedes seguir tomándotelo a guasa, si quieres. O puedes sentarte con nosotros, escuchar y ahorrarte los juicios.

Elizabeth asiente.

—Puedo sentarme y escuchar, por supuesto.

—Su marido la maltrata —le comunica Ron.

—Lo siento, Ron —dice Elizabeth. Y es verdad que lo siente. No necesita añadir nada más.

Ron ignora el comentario, sin embargo. Ahora mismo no está para muestras de compasión.

—Suzi le apuntó con una pistola. Él se largó a algún lado como alma que lleva el diablo. Ahora ha intentado que alguien matase a Jason.

Elizabeth asiente.

—¿Y tú, Jason y Bogdan sois la caballería? ¿Vais a darle una lección?

—Esa es la idea —contesta Ron.

—Acabar con él antes de que él acabe conmigo —dice Jason.

—¿Para qué necesitáis a Bogdan?

—De chófer —dice Ron—. Nada más.

—¿Está bien? —le pregunta Bogdan a Elizabeth.

Ron sabe que ella le dirá que no.

—Claro que sí. Debes ayudarlos. —Elizabeth no solo siente pena: está cabreada.

Para Ron, eso es más fácil de encajar.

—No le cuentes a Donna lo de Bogdan —le pide él.

—¿Que no le cuente a una agente de policía que estáis planeando cargaros a alguien? Chicos, lo habéis pensado todo hasta el último detalle.

—No nos vas a disuadir —afirma Ron—. No lo intentes.

—Ni en sueños lo haría —replica Elizabeth—. Vosotros, adelante. Igual os meten a todos en la misma cárcel; eso facilitaría mucho las visitas.

—Nadie va a ir a la cárcel —dice Jason.

Elizabeth asiente, aliviada.

—Me pregunto si alguien que dijo justamente esas palabras terminó alguna vez en la cárcel... Seguro que no.

—Elizabeth, entiendes la venganza mejor que nadie.

—¿Y ese asunto vuestro no puede esperar a que resolvamos el asesinato de Holly?

—Alguien nos ha disparado a Kendrick y a mí hace menos de dos horas —informa Jason.

—Así que va a ser que no —remacha Ron—. El caso puede esperar.

Elizabeth mira a los tres hombres y vuelve a ponerse en pie.

—Bueno, chicos. Lo dejo en vuestras manos.

—¿En serio? —pregunta Ron—. ¿Vas a dejarlo en nuestras manos?

—En serio —responde Elizabeth—. Confío en que vais a hacer bien las cosas y no quiero saber nada más de esta historia. Solo os pido que me aviséis cuando esté hecho. Te pediría que le des recuerdos a Suzi de mi parte, pero imagino que preferirá que no me haya enterado de todo este asunto. Eso sí, debo pediros un favor.

«Ya estamos», piensa Ron. Ha llegado el momento en el que Elizabeth le dirá lo que debe hacer. Le dirá que está siendo un imbécil, que está permitiendo que su orgullo varonil y su rabia dicten sus actos. Que le ponga una denuncia a Danny en la policía. Que deje que ellos se ocupen del tema.

—Ron, hagas lo que hagas, no permitas que maten a Bogdan o que termine detenido —le pide Elizabeth—. Y Bogdan, hagas lo que hagas, no permitas que maten a Ron o que termine detenido.

—¿Y yo? —pregunta Jason.

—Tú ya eres mayorcito, Jason —responde Elizabeth.

—Yo también lo soy —dice Bogdan.

Elizabeth le da una palmadita en el hombro y se encamina a la puerta. Cuando la abre, se encuentra de bruces con Connie Johnson.

—Madre mía —suelta Elizabeth—. Hoy habéis salido con todo.

Connie le hace una reverencia y luego echa una ojeada a los tres hombres en el salón.

—Ibrahim me ha contado lo de tu hija, Ron —dice—. Me preguntaba si tendrías un hueco para una más en tu pequeña banda.

—Que Dios nos ampare —dice Elizabeth, y se marcha cerrando la puerta tras de sí.

—Vale —dice Ron—. Jason, Bogdan, Connie. Vamos a hablar.

52

—Es una zona con mucho futuro —dice el agente inmobiliario—. Estas casas no las querían ni regaladas hace unos años.

«Tiene que haber una tienda —piensa Joanna— donde los agentes inmobiliarios se compran los trajes.»

—Pero ahora la gente está marchándose de Londres —prosigue el agente—. Los precios expulsan a los vecinos del Triángulo de Peckham, así que se vienen aquí. Buen servicio de autobuses, había una escuela de primaria a tiro de piedra hasta que se incendió, también hay algunos arbolitos un par de calles más abajo.

Joanna y Paul tuvieron una larga discusión sobre si Paul debía vender su viejo apartamento o alquilarlo. Paul no es partidario de vivir de rentas y Joanna no ha podido sacarlo de esa idea por más hojas de cálculo sobre los beneficios económicos de alquilarlo que le haya enseñado. El rédito al que su marido estaba renunciando de buen grado la había dejado pasmada. Así que van a vender.

—Veo que tiene cuarto de baño —comenta el agente—. Eso es un extra.

Joanna oye que suena un teléfono. Debe de ser el teléfono fijo de Paul. Cuando empezaron a salir, ella lo llamó varias veces a ese número. Su madre y Paul eran las únicas personas que conocía que todavía tenían un teléfono fijo en casa.

—Vale —dice el agente, entrando en el dormitorio—. Aquí es donde ocurre la magia.

Joanna decide excusarse y responder a la llamada:

—¿Sí? —Será publicidad, piensa, pero ya le está bien con tal de darse un par de minutos de respiro.

—¿Estoy hablando con el señor Paul Brett? —pregunta una voz.

—Soy su mujer —contesta Joanna. ¿Es la primera vez que pronuncia esa frase?

—Gracias por la aclaración —dice la voz—. Me llamo Jeremy Jenkins. ¿Quiere que se lo deletree?

—¿Que me deletree «Jeremy Jenkins»? —se sorprende Joanna—. No, creo que no me hace falta.

—Estupendo —dice Jeremy Jenkins—. Me pregunto si, a la recepción de esta llamada, podría pedirle al señor Brett que se ponga en contacto conmigo tan pronto como le sea posible. Se trata de un asunto bastante peculiar.

—¿Puedo preguntarle en qué consiste ese asunto? —Esta última frase es sin duda la primera vez que la pronuncia. Hablar con abogados tiene su aquel.

—Tengo un sobre para el señor Nicholas Silver —anuncia Jeremy —. Debe abrirse en el caso de la muerte de una tal Holly Lewis, muerte que lamento informarle, si no ha tenido conocimiento previo de esta, se ha producido recientemente. ¿Le dice algo lo que le estoy explicando?

—Sí, ambos son amigos de Paul —dice Joanna—. Amigos de mi marido.

—He tratado de ponerme en contacto por teléfono con el señor Silver —continúa Jeremy—, pero ha sido en vano, pese a que he hecho todo lo posible. He pensado que el señor Brett podría indicarme la mejor manera de hacerlo.

—¿Puedo preguntarle cómo ha obtenido este número?

—Desde luego —dice Jeremy—. Tengo el número de Holly Lewis, a quien debía llamar en caso de la muerte del señor Silver, y tengo el

número del señor Silver, a quien debía llamar en caso de la muerte de la señora Lewis, que, como ya le he comentado, parece haberse producido. Y tengo un tercer número, este, al que debo llamar en caso de que tanto la señora Lewis como el señor Silver se encuentren indispuestos. Siento haber llamado aquí, pero, a tenor de la actual ausencia de Nicholas Silver, he pensado que no me quedaba otra alternativa.

—Entiendo —dice Joanna—. Y si, en un plano hipotético, Nick Silver hubiera fallecido, ¿qué medidas debería tomar usted?

—Bueno, espero de todo corazón que no sea el caso, pero, si hubiera ocurrido tal cosa, los dos sobres pasarían a ser propiedad de Paul Brett.

Joanna se queda callada.

—Su marido —dice Jeremy, por si es necesario precisar.

Miércoles

53

La llamada telefónica ha sido hace una hora. Luego Elizabeth ha desayunado —ha recuperado la costumbre— y ha llamado a Bogdan. Le ha preguntado si podía pasarse por casa si no estaba demasiado ocupado ayudando a Ron.

En tiempos recientes, si Elizabeth hubiera accedido a reunirse con alguien de quien pudiera temer que quisiera matarla, jamás habría celebrado la reunión en su apartamento. Por respeto a Stephen —también era su casa— y además para asegurarse de que su marido no recibiera un disparo. Era una de las renuncias a las que obligaba la vida matrimonial, «en la riqueza y en la pobreza» y todo el rollo.

Pero ahora es libre de citarse con posibles asesinos donde le venga en gana y, cuando Jamie Usher la ha llamado, ella lo ha invitado a su casa inmediatamente. Justo el hombre con el que quería hablar, y además les ahorraría a Joyce y a ella un viajecito.

Luego ha llamado a Bogdan para pedirle que se pasara por casa, porque no le había gustado nada la actitud de Usher cuando lo conocieron en Mánchester.

Hay tantos sospechosos que a Elizabeth no le cuadran en este caso... Davey Noakes, lord Townes, el marido de Joanna... En ninguno de ellos es capaz de ver al culpable. ¿Quizá se equivoca?

El resto de la pandilla espera noticias suyas, y Elizabeth es consciente de que necesitan urgentemente un golpe de suerte. Cuando suena el timbre de la puerta, Elizabeth sabe que todos están confiando en que Jamie Usher sea ese golpe de suerte. Si pueden

averiguar por qué Holly Lewis lo llamó esa noche, tal vez puedan aclararlo todo, llegar al asesino y al dinero.

—¿Quieres que me muestre amenazador o simpático? —le pregunta Bogdan.

—Si me muestro simpática, tú te pones amenazador —dice Elizabeth—. Pero si soy yo la amenazadora, te haces el simpático. Quiero que adoptes la actitud contraria a la mía.

—¿Y si intenta matarte?

—Abre las puertas del infierno.

Se encamina a la entrada, abre y ve a Jamie Usher estudiando los números de los apartamentos del rellano.

—Nos ha encontrado, señor Usher. Pase, por favor.

Jamie parece nervioso cuando entra por la puerta. Los signos de nerviosismo son siempre una distracción en las negociaciones, porque los culpables siempre están nerviosos, pero los inocentes también lo están. Como indicio, no conduce a ninguna parte.

—Siéntese, por favor —le ruega Elizabeth en un tono amable—. Le presento a Bogdan, un amigo.

Bogdan mira a Jamie con el ceño fruncido. Si le pides a Bogdan que juegue a «poli bueno, poli malo», lo hará sin rechistar. Por un lado, tiene un aspecto tan amenazador que da escalofríos, pero por otro es tan inconcebiblemente guapo que el impacto de su presencia no termina de surtir ese efecto.

—Gracias por recibirme —dice Jamie—. Yo solo... Usted no es investigadora genealógica, ¿verdad?

—No —confirma Elizabeth.

—Vale —replica Jamie—. Vale. La policía se presentó en mi casa.

—Siempre es una lata —dice ella.

—No me gusta la policía.

Bogdan se inclina hacia delante y le clava un dedo a Jamie en el pecho.

—Mi novia es poli, pedazo de mierda —le suelta.

Elizabeth le dice con los labios un «no te pases». Bogdan se arrellana en su butaca y refunfuña:

—Ya lo ha oído, agente de policía.

Elizabeth retoma la palabra.

—¿Qué cree que hacían en su casa? ¿Se le ocurre algún motivo?

—Se me ocurren unos cuantos —contesta Jamie.

—Menuda sorpresa —remacha Bogdan fríamente. Vamos mejorando. Cuanto más silencioso se muestra Bogdan, más miedo da.

—Pero es curioso que aparecieran dos días después que ustedes —indica Jamie—. Menuda casualidad, ¿no?

—No, ninguna —responde Elizabeth—. Ninguna en absoluto. Confieso que fuimos a ver a su esposa, pero luego vimos que usted era mucho más interesante. Para mí y también para la policía.

—¿Qué saben de mí? —pregunta Jamie—. ¿Qué está pasando aquí?

¿Qué está pasando aquí? Bueno, esa es precisamente la gran pregunta. Jamie no va a darles nada si Elizabeth no le da algo antes. A veces es mejor tirarse de cabeza a la piscina.

—Holly Lewis —dice Elizabeth.

Jamie se queda mirándola con gesto inexpresivo. Elizabeth se da cuenta de que Bogdan ha cerrado los puños. Lo ha visto utilizarlos y, si bien no sería algo que confesaría en compañía de personas educadas, disfrutó de la escena una enormidad.

—¿Nada? —pregunta.

—¿Holly Lewis? —repite Jamie—. No, nada. ¿Qué dice esa mujer que he hecho?

—Esa mujer no dice nada —responde Elizabeth—. Está muerta.

—Los muertos no hablan —gruñe Bogdan. Habrá oído la frase en alguna parte. Quizá en una película.

Jamie mira a Elizabeth a los ojos.

—¿Por qué vinieron a verme? ¿Qué querían de mí o de mi mujer? ¿La he molestado de algún modo?

—Si puso una bomba en los bajos del coche de Holly Lewis, sí que me ha molestado —responde ella.

—¿Una bomba? —dice Jamie. Si miente, lo hace bien. Pero a muchos criminales se les da bien mentir, y a los que no, no duran mucho—. ¿Por eso vino la policía a mi casa?

—¿Le sorprende esto, señor Usher? —pregunta Elizabeth—. Está representando de maravilla el papel de una persona sorprendida. ¿Por qué cree usted que la policía se presentó en su casa?

—Claro que me sorprende —dice Jamie—. Contraté dos hipotecas. Por dos pisos en el centro de la ciudad. Con nombres falsos. Un truco que suelo utilizar, pero pensaba que esta vez me había protegido bien.

—¿Pensaba que la policía había ido a su casa por eso?

—Sí, es ilegal —contesta Jamie—. Es la primera noticia que tengo de esa mujer y de esa bomba de la que me habla.

Bogdan salta de su butaca y agarra a Jamie.

—Deja de mentirnos.

Jamie se encoge todo lo que puede en su asiento y suplica.

—No miento. Estafo a los bancos. No me dedico a matar a la gente.

Elizabeth tira de Bogdan para apartarlo de Jamie. Sin embargo, decide ponerse a la par con Bogdan en lo que a actitud amenazante se refiere.

—Entonces ¿por qué? —le susurra, como un verdugo preparando la soga—. ¿Por qué le llamó la noche de su muerte?

—No me llamó —grita Jamie—. No la conozco de nada. ¡No me llamó!

—¡Deja de mentir! —ruge Elizabeth, y Jamie se encoge todavía más en el sillón, como una pelotita. Ella se ha puesto de pie y lo observa.

Se hace el silencio. La furia de Elizabeth planea sobre la sala de estar.

—¿Te apetece una taza de té, Jamie? —pregunta Bogdan.

Él niega con la cabeza y rehúye la mirada de Elizabeth.

—Si cambias de opinión, dímelo —insiste Bogdan—. No es molestia.

Jamie se serena.

—A ver si lo entendéis. Yo no soy nadie. Me gano la vida con estafas fáciles, nada más. No soy un criminal.

—Sí lo eres —objeta Elizabeth.

—Bueno, sí —reconoce Jamie—. Pero no tengo nada que ver con eso que decís. No pongo bombas, no mato a la gente. Soy un cobarde.

—No te fustigues —dice Bogdan—. Cada cual tiene sus puntos fuertes.

—Pero la pregunta sigue ahí —dice Elizabeth—. ¿Por qué te llamó la noche de su muerte? ¿Segundos antes de su muerte?

Jamie mira la sala de estar como si esperase que la respuesta pudiera surgir por arte de magia, pero no aparece.

—Os juro que no lo sé.

Elizabeth se acerca a su escritorio y coge un cuaderno. Busca la página en la que tiene apuntado el número de teléfono al que llamó Holly, regresa y se lo enseña a Jamie.

—¿Es tu número?

Jamie echa un vistazo y asiente.

—Sí, es mi número. ¿Llamó a este?

—Sí —dice Elizabeth—. Y luego se metió en su coche y tuvo una muerte instantánea. Por eso fuimos a ver a tu mujer y, cuando descubrimos tu historial, nos concentramos en ti.

Jamie vuelve a negar con la cabeza, como si quisiera librarse de esta realidad. Los criminales mienten bien, pero un criminal que mintiera tan bien como este que tienen delante sería mucho más rico que Jamie Usher. Este tipo no tiene ni la más remota idea de lo que le está contando Elizabeth. Holly Lewis no lo llamó a él la noche de su muerte, Elizabeth no tiene dudas.

—Tu esposa —dice ella—. Siéntate bien, Jamie. Nadie te hará daño. Tienes antecedentes penales. Me pregunto ahora si ella los tiene también.

—¿Jill? Nunca se ha metido en líos. Odia la idea.

—A veces no conocemos realmente a las personas que nos rodean —dice Elizabeth—. ¿Ella lo sabe todo de ti?

—No —responde él—. Claro que no. Me porto mal.

—Mmm... Es posible que ella también se porte mal y no te lo cuente. ¿Por qué os mudasteis a Mánchester?

—Jill quería empezar de cero —explica Jamie. Mira entonces a Bogdan y en tono sumiso le dice—: En realidad, no me vendría mal un té.

—Háztelo tú mismo —le gruñe él.

—Bogdan, ya podemos parar —dice Elizabeth.

Bogdan asiente con gesto feliz.

—¿Leche y azúcar? —le pregunta.

—Eh..., solo leche, por favor —dice Jamie, y Bogdan se marcha a la cocina.

—¿Así que la idea de mudaros a Mánchester fue suya? —inquiere Elizabeth.

—Bueno... —empieza a decir Jamie. Su cerebro está recalibrando la situación—. Sí, lo fue, pero por mi culpa.

—¿Y tenía ella alguna amistad íntima en el sur? —pregunta Elizabeth. ¿Es posible que les haya cegado el pasado de Jamie? ¿Se han dejado embaucar por esa entrañable maestra de guardería que quiere una vida sin líos? En este caso son muchas las personas que guardan secretos. ¿Tiene Jill Usher un secreto que lo explique todo?

—Unas cuantas. Amigas del trabajo y eso.

—¿Alguna vez mencionó el nombre de Holly Lewis?

Jamie niega con la cabeza, como si quisiera ayudar pero no pudiera.

—Sinceramente, no he oído ese nombre en mi vida.

Bogdan regresa con el té para Jamie.

—Gracias —dice este, antes de volverse de nuevo hacia Elizabeth —. ¿Quién eres? ¿Quién era la mujer que te acompañaba?

—Se llama Joyce. Estamos investigando el asesinato de Holly Lewis. Y toda la investigación parece colgar del motivo que la impulsó a llamar a tu número de teléfono.

—Tenéis que creerme —insiste Jamie—. Yo no tengo nada que ver, y Jill, tampoco. Es imposible.

Elizabeth mira a Bogdan. Él se encoge de hombros.

—¿Quizá se equivocó de número?

Ni Jamie ni Jill. Pero sería extrañísimo que se hubiera equivocado de número, ¿no? Aunque, tal vez, en un momento de pánico, pudo marcar mal los números.

¿O los marcó bien? Elizabeth casi se echa a reír.

—Tengo el código de Holly.

54

Bill Benson tira de la puerta de la jaula para abrirla. Entra lord Townes. El Complejo está equipado con tecnología punta en todos los aspectos, salvo en lo que respecta a la jaula. Esta jaula y su mecanismo se recuperaron de una mina de carbón en Betteshanger después de que echara el cierre. Debe de tener unos setenta años. Había estado en un museo del trabajo en Rye antes de que Nick Silver la comprara. Bill y Frank le dijeron a Nick que confiaban en ella más que en cualquier ascensor moderno, y cuando los conservadores del museo descubrieron la cantidad de dinero que podía compensar la pérdida de un ejemplar prístino del pasado industrial británico, su precio también había superado con creces el de cualquier ascensor moderno.

—Buenos días, lord Townes —saluda Bill.

—Buenos días, Bill —responde este.

Bill lleva siglos esperando el momento en que lord Townes le diga: «Por el amor de Dios, no me llames lord Townes, llámame Robert», pero ese momento se resiste a llegar. Era algo habitual. En los años setenta, el presidente de la Junta del Carbón era un «sir» y se negaba a continuar negociando con los representantes de los mineros, a menos que lo trataran como tal. Menuda majadería. Frank también se negaba a responder si no lo llamabas «camarada». Un motivo entre otros de que las negociaciones se alargaran tanto, supone Bill. Él no es un hombre politizado y puedes llamarlo como mejor te convenga.

—¿Qué tal día hace por arriba? —pregunta Bill.

—Un tiempo bonancible —contesta lord Townes—. Muy bonancible.

Bill asiente. Todavía no ha encontrado un tema de conversación que sea del agrado de lord Townes. Ha probado con el fútbol, que es siempre su baza más socorrida, pero nada de nada. También lo ha intentado con el boxeo y las carreras de caballos, porque a la gente fina suelen gustarles esas cosas, pero otra vez nada. El tenis no funcionó y el golf tampoco dio en el blanco. Ya lo ha probado todo. La jaula continúa su lento descenso.

—¿Es aficionado al snooker, lord Townes? —pregunta Bill.

—¿El snooker? No —responde él. Parece nervioso, y eso le pone nervioso, aunque ¿qué puede ir mal aquí, en realidad? Lord Townes solo quiere coger algo de su caja fuerte, nada en lo que Bill deba meter las narices. Ha avisado a Ron de la llegada del lord, le ha dejado un recado, pero todavía no ha recibido respuesta. Pero a Ron le interesará saberlo, ¿no?

Sí, lord Townes está nervioso, pero hay multitud de motivos para estarlo en la vida. Por ejemplo, Bill tiene un examen de próstata mañana y eso le pone nervioso.

Aunque no estará sudando como lord Townes suda ahora mismo.

La jaula anuncia su llegada al fondo del pozo con una sacudida tranquilizadoramente aterradora como no la podría imitar un ascensor moderno. Bill abre la puerta y sale delante de lord Townes.

En la puerta de la cámara acorazada, Bill se somete al escáner de retina y de huella del pulgar, y el piloto rojo se vuelve verde. Lord Townes hace lo propio, y un segundo piloto imita al primero. Bill agarra el brazo metálico de la puerta y la abre. Esta vez deja que lord Townes abra el camino.

La cámara es una sala rectangular, de no más de tres metros y medio por dos y medio, con las paredes cubiertas de cajas fuertes, del suelo al techo, en tiempos plateadas y hoy de un gris apagado, cada una con un teclado numérico a la izquierda. Bill y Frank se ocupan de limpiarla, pero no ofrece la imagen de un espacio reluciente y sofisticado. Es un lugar de trabajo.

Bill se da la vuelta y deja que lord Townes haga lo que haya venido a hacer. Caja fuerte 816, en la pared izquierda. Bill oye las pulsaciones del código, luego la portezuela que se abre y por fin algo que podría ser una cajita. Arriesga una mirada rapidísima; sabe que no debería, pero ¿y si la visita está relacionada con Holly Lewis? Ve que lord Townes guarda una cajita de madera en una bolsa que ha traído. En esa cajita no deben de caber muchas cosas.

La portezuela vuelve a cerrarse con un pitido repleto de confianza.

—Listo —dice lord Townes.

—Desde luego —responde Bill.

Frank siempre se pregunta qué guardará la gente en esas cajas fuertes —«Seguro que hay de todo, Billy, cosas que podrían derribar gobiernos»—, pero a Bill nunca le ha interesado lo más mínimo. El principal problema del mundo moderno era que había demasiada gente pensando demasiado. Piensa en tu jardín, vale; piensa en lo que vas a merendar, perfecto; piensa en cosas sobre las que tengas alguna autoridad, por supuesto; pero que todo el mundo se pase el día entero pensando en cosas sobre las que no tiene ninguna influencia... ¿Adónde nos llevará eso? Bill no sabe qué contienen esas cajas fuertes ni le importa. Nadie necesita saberlo todo. Dejemos que la gente tenga sus secretos.

Bill sigue a lord Townes al exterior de la cámara y vuelve a cerrarla. La jaula los espera en su sitio, y Bill escolta a lord Townes al interior. Este trabajo es más fácil que picar y cargar carbón

durante diez horas al día. Bill solo ha tenido dos visitas en toda la semana: lord Townes hoy y Davey Noakes el sábado. Debería haberle contado lo de Davey a Ron, ¿verdad? El resto del tiempo se lo ha pasado trabajando en su equipo del Fantasy Football y escuchando un pódcast sobre Gengis Kan.

La jaula empieza a ascender con un quejido que transporta a Bill directamente a los años setenta.

Lord Townes parece ahora más tranquilo. Ha encontrado lo que fuera que necesitase. Este hombre tendrá sus secretos, desde luego, y no puede más que desearle buena suerte. Escóndelos a buen recaudo, colega. No es asunto mío.

—Por casualidad —dice lord Townes, relajándose por fin—, ¿no verías anoche los dardos por la tele?

Por fin.

55

Joyce se aburría después de desayunar y ha decidido acercarse a ver a Ibrahim. Se alegra mucho de haberlo hecho. Está pasando de todo.

Kendrick está ahí. Acaba de explicarles cómo funcionan las bombas. Lo consultó tras la muerte de Holly y ahora es poco menos que un experto en el tema. También, y eso es toda una novedad, se ha puesto un toque de la colonia de Ibrahim.

Sentada delante del niño —y Joyce sospecha que ese es el motivo de la colonia— hay una joven encantadora que se llama Tia. Ibrahim se ha guardado muy mucho de contarles qué está haciendo en su casa. Solo les ha dicho que es un favor. Quizá sea la hija de una clienta que ya no sabía qué hacer con ella. En cualquier caso, Tia no se cansaba de hacerle preguntas sobre las bombas. De hecho, la mayoría de sus preguntas eran sobre cómo se desactivaban, y Joyce ha pensado que, en honor a la verdad, ese detalle decía mucho de la joven. Hay gente que se pasa la vida poniendo bombas, de ahí que el resto de los mortales tengan que pasarse la vida desactivándolas. Elizabeth, sin ir más lejos, ha puesto bombas. Y Ron. Y Joanna. Joyce las desactiva. Corta cables rojos y azules a diestro y siniestro.

—Joyce, estás hablando sola —le dice Kendrick.

—Es la mejor manera de encontrarle la vuelta a las cosas —replica Joyce—. ¿Ibrahim ya te ha puesto a buscar el código?

—¿Qué código? —pregunta Kendrick, con un ataque de emoción.

—Quizá sea un poco complicado para ti, ese código —dice Ibrahim.

—A mí me gustan los códigos —interviene Tia—. Bueno, me gustan las mates.

«¿Quién diablos es esta chica?», se pregunta Joyce.

—Hay una fortuna en una caja fuerte, y nadie sabe el código para abrirla.

—¿Y se supone que alguien lo conoce? —pregunta Tia.

—Dos personas conocían una mitad cada una —dice Joyce—. Pero una está muerta.

—Y la otra ha desaparecido —añade Ibrahim.

—La que ha muerto se llamaba Holly —dice Kendrick.

—Exacto —lo felicita Ibrahim—. Y mira que le dije a tu abuelo que no te hablaríamos de esto.

—No pasa nada —lo tranquiliza Kendrick—. Ha sido culpa de Joyce, y el abuelo no se enfadará con ella.

—¿Quién es Holly? —pregunta Tia.

—La copropietaria de una empresa de seguridad con grandes medidas de protección —responde Ibrahim.

—Su coche estalló —dice Kendrick—. Por eso me he puesto a leer sobre bombas. Si te asusta algo, lo que debes hacer es informarte al máximo.

—¿Cuánto dinero hay ahí? —pregunta Tia.

—Muchísimo —responde Ibrahim—. Sin duda mucho más del medio millón de libras que esperabas obtener con tu atraco. Pero no te hagas ilusiones. Ese dinero es intocable si no se consiguen los códigos.

Por algún motivo desconocido, Ibrahim parece haberlo dicho en un tono acusador.

—¿Son como tropecientos millones de libras? —pregunta Kendrick.

—Quizá no tanto —dice Ibrahim—. La mitad, más o menos.

—Y si descifras el código, ¿puedes quedarte con el dinero? —pregunta el niño.

—No exactamente —responde Ibrahim—. Pero saberlo nos ayudaría a cazar a la persona que mató a Holly.

—O bien la persona que mató a Holly podría adelantarse y robar el dinero —interviene Joyce.

La puerta del apartamento de Ibrahim se abre y Elizabeth entra como un vendaval.

—Pero si habíamos cerrado con llave —dice Kendrick.

Elizabeth se encoge de hombros.

—Hola, Kendrick. Tú debes de ser Tia. Ibrahim, tengo el código de Holly.

—¡Códigos! —exclama Kendrick emocionado.

—Yo también lo tengo, creo —dice Ibrahim—. El año de nacimiento, esa fue la pista principal. Setenta y seis, si le das la vuelta, da sesenta y siete.

Kendrick asiente.

—Holly Lewis no estaba llamando a Jill Usher ni a Jamie Usher —explica Elizabeth—. Lo que hizo fue escribir el código.

—Bien pensado —comenta Tia.

—07941 —dice Elizabeth—. Un prefijo como otro cualquiera para llamar. Así empezaba el número de teléfono de Holly. Luego, 416617. Ese es el código de Holly. Al unirlos, se estableció una llamada con Jill y Jamie Usher, pero la persona a la que pertenecía el número completo era aleatoria y no tenía la menor importancia. Por eso no pudimos encontrar ningún vínculo. El número en sí era lo importante. Holly hizo justo lo que le pedí: escribió el código para que alguien pudiera encontrarlo después.

—Muy inteligente —dice Joyce.

—Soy muy inteligente —responde Elizabeth—. ¿O no te acordabas?

—Pero seguís necesitando el otro código —señala Tia.

—Y podrías estar equivocada, ¿no? —aventura Ibrahim.

—Holly no tenía ningún motivo para llamar a Jill o a Jamie —replica Elizabeth—. No estaba llamando a nadie. Lo que hizo fue guardar un número.

Ibrahim asiente.

—Y veo ahora que ese número contiene un siete. Y dos seises.

56

Joyce

Elizabeth se merece un aplauso, ¿no os parece?

Necesitamos cuatro cosas para llegar a los Bitcoins.

Necesitamos la cooperación de Bill Benson. La hemos conseguido gracias a Ron.

Necesitamos a un cliente que baje con nosotros. Tenemos a Connie y la hemos conseguido gracias a Ibrahim.

Necesitamos el código de Holly. Elizabeth lo ha descubierto.

Solo nos falta una cosa más: el código de Nick Silver.

Y solo hay una persona que no haya aportado su granito de arena.

Una servidora.

Ese último código de seis dígitos podría ser el secreto que lo explicase todo. Pero no creo que yo pueda ser de gran utilidad aquí.

Ibrahim se pasó ayer con su estilográfica y un cuaderno y se puso a hacer todo tipo de cábalas. Quiso que participara, pero al final lo único que hice fue preparar el té. Cada cual tiene sus puntos fuertes, y hay que saber aprovecharlos.

Ahora mismo me siento un poco como la rueda de repuesto del grupo.

¿Por qué estaban Kendrick y Tia en el apartamento de Ibrahim esta mañana? Nadie me dice nada. Algo está ocurriendo aquí, y esperaré a que me lo cuenten. En lo que a mí respecta, lo que ahora nos ocupa a todos es dar con el asesino de Holly Lewis y averiguar el último código, pero ¿a lo mejor me estoy perdiendo algo? Suele pasarme.

Dejadme pensar un momento en el código de Nick.

Ibrahim me explicó cómo funcionaba el código de la máquina Enigma. Ese código que usaron los nazis durante la guerra. «Indescifrable, pensaban», me dijo Ibrahim, pero al parecer no lo fue, porque alguien pudo descifrarlo. Le pregunté quién, pero es evidente cuándo Ibrahim llega al final de sus conocimientos, porque siempre cambia de tema.

Se tiró un buen rato apuntando nombres, números y todo tipo de cosas. Los cumpleaños, ¿no? Esas fechas suelen usarse para los códigos.

Cuando te piden que elijas una contraseña, yo siempre uso la misma serie de números para todo. Porque, de lo contrario, ¿cómo te acuerdas? Y tengo ese código escrito en un papelito en mi cartera y en mi diario. Facilita mucho las cosas. Es el 6149.

Con las palabras es más difícil. Ojalá pudiera tener siempre la misma contraseña para todo, pero a veces no te dejan. He usado «GerryMeadow» muchos años, pero a veces también te piden números, así que uso «GerryMeadow42». Otras veces incluso te piden caracteres especiales, y entonces uso «GerryMeadow42!». Cuando tuve que usar esta última contraseña hace unos días, me la bloquearon porque me olvidé de que el signo de exclamación formaba parte de la contraseña. Pensé que el día en que la elegí estaba de muy buen humor.

El otro día recibí un e-mail en el que me decían que mi contraseña de *El mundo de la jardinería* constaba en una «filtración de datos» y que debía cambiarla inmediatamente. No sé por qué alguien iba a querer piratear mi cuenta de la revista *El mundo de la jardinería*. Lo único que hago es comprar semillas y escribir algo en la sección de comentarios de los artículos de Monty Don. Aun así, intenté hacer lo que me pedían. Escribí «GerryMeadow», y la página me dijo: «Contraseña no reconocida». Así que pedí cambiar mi contraseña. E intenté cambiarla a «GerryMeadow», y la página me dijo: «Su nueva contraseña no puede ser la misma que la anterior», lo cual no tenía el menor sentido, de modo que terminé cancelando mi suscripción.

Ibrahim le envió a Paul todo tipo de preguntas sobre Holly y Nick, y luego incorporó las respuestas a una base de datos. Al final obtuvo una lista de veinte códigos posibles que creía que podían abrir la caja fuerte. «Puedo afirmar con cierto grado de confianza que es uno de estos números», dijo. Y es verdad que lo dijo con cierto grado de confianza. Eso he de reconocérselo.

Al final Elizabeth le pasó la mano por la cara, y saltaba a la vista que se había llevado un buen chasco. Imaginaos lo furioso que se pondría si yo averiguara el código de Nick. Volveríamos a estar en las mismas que el día de Venezuela.

Aun así, qué inteligente. El número de teléfono era el código. Jamie Usher era un estafador, sí, pero no tenía ninguna relación en absoluto con Holly más allá de esos seis dígitos aleatorios.

De haber sabido cuando lo conocimos que era un estafador, le habría preguntado por qué iba a querer alguien piratearme la cuenta de *El mundo de la jardinería*. O quizá le habría pedido que le echara un vistazo a mi contraseña.

Fue agradable ver ayer a Donna. No quiso decirme adónde iba después, y lo entiendo perfectamente. Si se pasó a vernos, es que iba hacia el norte. Y era un viaje lo bastante largo como para aceptarme un trozo de tarta, pero lo bastante corto como para no ir al cuarto de baño antes de marcharse aprovechando la visita. Así que Londres tiene todas las papeletas, ¿no? Y solo se me ocurre una persona a la que pudiera querer interrogar en Londres, y es Paul.

Desde luego es natural que alguien lo interrogue, no soy boba. He investigado suficientes asesinatos como para saber quién es sospechoso y quién no. Pero, si Paul está implicado, ¿por qué le enviaron los mensajes de texto de Nick a él? ¿Y por qué nos los enseñó a nosotros? Y eso sin contar que confío en el buen juicio de Joanna. A lo mejor no me gusta el nuevo color de pintura que ha elegido para el pasillo (demasiado oscuro; un pasillo ha de ser acogedor), y también se equivoca con el sushi, pero tiene la cabeza de su padre sobre los hombros, y, si ella no sospecha de Paul, pues yo tampoco.

También me he fijado en que Donna no está investigando este caso, así que debe de ser otra persona la que le ha pedido que hable con Paul. Apostaría a que ha sido Elizabeth. Ni siquiera es una apuesta. Sé que tiene que haber sido ella.

Todo este caso zumba a mi alrededor, lo mismo que muchas otras cosas, parece. Me siento un poco inútil. ¿Quizá me ha bajado finalmente la adrenalina de la boda?

Alan me mueve la cola. A saber por qué. No he aportado nada a este caso. Ibrahim tiene la casa llena de invitados y nadie me dice por qué. Mi mejor amiga no confía lo suficiente en mí como para decirme que está interrogando a mi yerno. Los *brownies* me salieron mazacotes. Me olvidé de decirle a Joanna que la quiero.

¿De qué sirvo yo? No voy a descubrir el código de Nick Silver. Hay mujeres que hacen historia y hay mujeres que hacen el té. Nunca seré como Elizabeth.

Podría meterme en internet para encargar un bonito juego de té para Jasper. Eso es algo útil y práctico que puedo hacer.

La vida no consiste solamente en resolver crímenes, por más divertido que sea hacerlo. A veces hay que ayudar a la gente antes de que se muera.

Nunca seré como Elizabeth. Pero también es verdad que ella nunca será como yo. Quizá tengo mi propia misión en la vida.

Yo a lo mío, y que Alan menee la cola e Ibrahim descubra el código.

57

Ibrahim entra con tres tazas sobre una bandeja. Kendrick y Tia están echados en el suelo, coloreando planetas en un cuaderno escolar.

—Le he dicho que sería demasiado infantil —explica Kendrick, levantando la vista—. Pero Tia me ha dicho que no le importaba.

—En la cárcel tenían libros para colorear —aduce ella—. Eran muy populares.

—Me he preparado tres chocolates a la taza —los informa Ibrahim —. Pero tres son demasiados para una sola persona. ¿A lo mejor os apetecería compartirlos conmigo si tenéis sed?

Kendrick y Tia se ponen de pie de un salto. Es como si la chica hubiera perdido años desde que llegó a casa. Verla con Kendrick le recuerda que en realidad es tan solo una niña. Le da igual en qué quiera convertirla Connie. Ibrahim está decidido a impedírselo. A esta chica la vida puede depararle grandes cosas.

Se sienta en el sofá y Kendrick se coloca a su lado. Tia se queda con la butaca y, con las piernas recogidas, alarga la mano para coger una de las tazas.

—Elizabeth ha sido muy inteligente resolviendo el código de Holly —comenta Kendrick.

—Me gusta pensar que yo también he contribuido —dice Ibrahim.

—Y el abuelo —añade el niño—. Todos habéis ayudado. El Club del Crimen de los Jueves.

—En la cárcel también teníamos un club del crimen —afirma Tia—. Lo formaban las mujeres que habían matado. ¿Qué hace vuestro

club?

—Investigamos cosas —responde Ibrahim—. Y no se nos da mal.

—¿Cosas como el asesinato de Holly? —pregunta Tia.

—Bueno... —dice Ibrahim. La verdad es que no le apetece hablar de asesinatos con Tia. Podría entrar en conflicto con su plan de apartarla de ese tipo de vida. Pero también es cierto que le gusta conversar sobre crímenes y que las cartas ya están sobre la mesa. Tia está enterada de la explosión, el dinero y los códigos.

—Entonces, Holly tenía un código —dice Tia—. Y el tal Nick Silver tiene los otros seis dígitos.

—Exacto —responde Ibrahim—. Justo en el clavo.

—Pues seguro que Nick Silver la mató. Caso cerrado. Este chocolate está buenísimo.

—O eso o alguien distinto los ha asesinado a los dos —repone Ibrahim—. Nadie ha tenido noticias de Nick Silver desde la boda. Solo nos han llegado unos mensajes de texto que evidentemente no eran suyos.

—Ella muere, él desaparece —dice Tia—. Me juego una mano a que él la mató.

—Sí, yo también me la juego —conviene Kendrick.

—¿Ahora estás de acuerdo con todo lo que dice Tia, Kendrick? —se burla Ibrahim.

—Sí —responde Kendrick, inmune a la burla.

Ibrahim tiene sueño y está feliz. Esto es como vivir en familia.

—¿Cómo sabéis que los mensajes no eran suyos? —pregunta Tia.

—Te los enseño —dice él—. Y lo verás.

Va a buscar una de las impresiones del intercambio de mensajes y se la da a Tia. Ella empieza a leer.

—Él no hablaba así —explica Ibrahim—. Y desconoce información muy básica sobre su mejor amigo.

Cuando Tia empieza a leer, Kendrick se levanta del sofá y se coloca a su lado en el sillón. Caben los dos porque son dos niños: ella, huyendo de algo que Ibrahim todavía ha de descubrir; él, siendo protegido de algo que Ibrahim conoce muy bien. Kendrick apoya la cabeza en el hombro de Tia mientras ambos leen. ¿Cuántos años de infancia le quedan a este niño tan despierto? ¿Cuántos años antes de que la vida lo convierta en un adulto? ¿Hasta que sus zapatos tengan cordones y su corazón empiece a tener heridas? ¿Hasta que se imponga su sentido del ridículo, le cambie la voz y ya no quiera echarse en el suelo a colorear los planetas?

—Nadie habla así —dice Tia, releyendo los mensajes, y Kendrick asiente.

—Ya os lo he dicho —responde Ibrahim—. Elizabeth y yo les hemos dado mil vueltas. No sabemos quién los envió, pero sí estamos seguros de que no fue Nick Silver.

Tia asiente y vuelve a leerlos. Ahora mismo Ibrahim quiere salvar a estos dos niños del mundo. Salvarlos del padre de Kendrick y de los problemas de Tia. Ella le está señalando algo a Kendrick. Podrían ser hermanos, estos dos. Ibrahim siente que le vence el sueño. Ibrahim, Kendrick y Tia, tres niños perdidos. Desde luego, es imposible salvar a nadie del mundo. Lo único que puedes hacer es...

—Pero ¿no lo ves? —le dice Kendrick, e Ibrahim se despabila cuando ya está a punto de quedarse frito.

—¿Eh?

—¿No lo ves? —insiste Kendrick—. Elizabeth y tú, ¿no lo habéis visto?

—¿Ver el qué? —pregunta Ibrahim.

Tia le muestra el papel.

—¿Cuántas veces habéis mirado estos mensajes? —pregunta.

—Un par —dice Ibrahim. ¿Qué es lo que ha de ver?—. Cinco veces, como máximo. No, más. Pongamos doce.

Tia lo mira con la cabeza ladeada.

—¿Y no os habéis fijado?

Ibrahim intenta darle una respuesta, pero en ese momento no es capaz de encontrar ninguna.

—Los mensajes son de Nick Silver —afirma Kendrick.

—No me parece muy pro...

—¿De verdad que no lo ves? —pregunta Tia.

—Bueno, creo que... —balbucea Ibrahim—. Creo que capto la esencia, pero cualquier dato que podáis aportar... En fin, será muy bienvenido.

—Nick Silver está vivo —dice Tia—. Y tiene algo que deciros.

58

Elizabeth ha aprendido, a lo largo de su dilatadísima carrera, a aceptar cualquier ayuda, venga de donde venga. De nada sirve ponerse exquisita. Aun así, le encantaría poder descubrir por sí misma lo que Tia y Kendrick han visto en los mensajes sin que se lo digan. Ve que Ibrahim también los examina detenidamente.

—¿Es tinta invisible? —pregunta Joyce.

—Por supuesto que no —salta Elizabeth, aunque echa un vistazo rápido para asegurarse.

—Si tomamos las primeras letras de cada mensaje —dice Ibrahim —, el resultado es PNNEHL. Ahora bien, si me permitís...

Kendrick levanta un dedo.

—No sé si es de mala educación interrumpir, pero ¿alguien se animaría a leerlos en voz alta?

—¡Uuh, yo! —se ofrece Joyce.

—Lo harás superbién, Joyce —le dice Kendrick.

—¿Los leo todos? —pregunta ella.

—De uno en uno —pide Tia—. Si te parece bien...

Joyce echa un vistazo a la hoja impresa. Luego, levanta la vista y mira a Elizabeth, a Ibrahim y a Ron de uno en uno. No puede evitarlo. Le gusta dar tensión teatral a estas cosas.

> Paul, soy yo. Tengo que esconderme un tiempo,
> pero no estés preocupado. Sigo a salvo.

—«No estés preocupado. Sigo a salvo» —repite Tia.

Joyce continúa leyendo.

No hace falta, querido gurú.
No pasa nada. Solo quería
que supieras que estoy vivo.

—«Querido gurú. No pasa nada» —dice Kendrick.

No puedo llamarte esta noche. Más adelante, sí.
Eterna no será la espera.

—«Más adelante, sí. Eterna no será la espera» —dice Tia—. ¿Ya lo veis?

«No lo vemos», piensa Elizabeth, constatando al mismo tiempo que Tia tiene un potencial muy interesante. ¿De dónde habrá salido? Joyce sigue leyendo.

Esa pregunta no es inocua, tronco. ¿Pones a
prueba nuestra amistad? ¿Te hago saber que
estoy bien y me lo pagas así?

—«Esa pregunta no es inocua, tronco» —repite Kendrick.

Elizabeth ve que Ibrahim ha sacado el marcador fluorescente y la lengua.

Kendrick le levanta el pulgar a Joyce.

—Estás leyendo superbién —la felicita.

Hostia, Paul. Ya te lo insinué.
Vete al cuerno. ¿Cuando más
te necesito me vienes con estas? Los dos
sabemos el nombre
del coche. Deja de hacer el idiota y dile a la
gente que estoy bien.

—«Ya te lo insinué. Vete al cuerno» —repite Tia.

Lo siento si te he ofendido, Paul. Pensaba que
éramos amigos, desde los tiempos de nuestro
fancín. ¿Cómo es posible
que ya no pueda confiar en ti? Voy a desconectar
del todo.

—«Desde los tiempos de nuestro fancín. Cómo es posible» —repite Kendrick.

—Y ya lo tenemos —zanja Tia.

—¿Abuelo? —dice Kendrick—. ¿Ya lo has adivinado?

—Claro que sí —dice Ron—. Hace siglos. Solo espero a que los demás caigan en la cuenta también.

Elizabeth ha apuntado todas las frases, pero sigue sin verlo. ¿Quizá es argot? ¿Una cosa de jóvenes? Así lo espera. Sería una buena excusa para no haberlo visto.

—¿Puedes prestarme el marcador, tío Ibrahim? —pide Kendrick—. En la escuela no nos dejan usarlos, porque Nathan Pearson los esnifaba y...

—Aquí sí puedes —dice Ibrahim.

Kendrick pone la hoja sobre la mesa de Ibrahim para que todos puedan verla. Luego marca un trozo de cada mensaje.

No estés preocupa**DO. S**igo a salvo
querido gur**Ú. NO** pasa nada
Más adelante, **SÍ. ETE**rna no será la espera
Esa pregunta no es ino**CUA. TRO**nco
Ya te lo insi**NUÉ. VE**te al cuerno
Desde los tiempos de nuestro fan**CÍN. CÓ**mo es posible

Bueno, Elizabeth ha visto de todo a lo largo de su vida. Y ahí estaba la clave, desde el primer día. ¿La habría descubierto en sus

días de gloria? Sospecha que no.

—Dos, uno, siete, cuatro, nueve, cinco —lee Ron—. Maldita sea.

—Son seis mensajes, ¿lo veis? —exclama Tia—. Eso fue lo que nos dio la idea.

—Así que empezamos a buscar —dice Kendrick—. Seis números.

—Sigue vivo —afirma Elizabeth.

Ibrahim asiente.

—Y tenemos las dos mitades del código.

El jueves siguiente

59

Si quieres un trabajo bien hecho, hazlo tú mismo.

Danny Lloyd debe de estar furioso. Furioso porque el tipo al que contrató por un pastizal no ha conseguido cargarse a Jason Ritchie, y furioso también por estar sentado en un asiento de clase turista entre dos fracasados, volando de vuelta a Stansted. Era la última plaza disponible del vuelo, pero ahora el tiempo es oro.

Fue un error marcharse a Portugal: no puedes controlar la situación cuando no estás en el país. Danny se dirige a la costa sur. Conoce a gente, hay gente que lo conoce a él, y hay otros asuntos de los que podrá ocuparse mientras espera a que alguien zanje el asunto con Jason Ritchie sin pifiarla esta vez.

Chasquea los dedos, pero por lo visto el azafato no se da cuenta. No importa. Da lo mismo.

Es curioso, ¿no?, lo mucho que pueden cambiar tus prioridades. Lo que ayer era importantísimo puede pasar hoy a la recámara. Ayer, solo podía pensar en Jason Ritchie. Cargarse a Jason, cargarse a Suzi, ver cómo quedan las cosas cuando el humo se disipe. Danny Lloyd es un hombre al que le gusta romper con lo establecido. Las reglas son para los fracasados. Las reglas son para estos dos tipos entre los que está sentado. Danny no las necesita.

Tendrá que acabar con Jason de todos modos. Su cuñado lo sabe. No le habrá sentado muy bien que le disparasen, y, aunque Danny no teme a Jason, en este mundo más te vale andar con pies de plomo.

Sin embargo, se ha presentado algo que le hace más ilusión. Una de esas cosas por las que vale la pena un vuelo de dos horas en clase turista. El palurdo que se sienta a su lado mueve la pierna un centímetro. Danny se gira hacia él.

—Como tu pierna vuelva a rozarse con la mía, en cuanto desembarquemos en Stansted te la parto.

Danny le da la espalda y cierra los ojos. Hace un momento ha intentado meterse una raya de coca en el lavabo del avión, pero todas las superficies estaban inclinadas.

Espera poder echar una cabezadita. Tiene ganas de ver qué le traen los sueños.

60

En la jaula metálica solo caben dos. Ron y Connie están nariz con nariz bajo una tenue luz artificial. Inician el descenso y la jaula chirría y cruje en torno a ellos.

La pregunta que se hizo la pandilla era quién iba a bajar al Complejo con Connie, pero Ron se negó a discutirlo. Él iría. A nadie le pareció una buena idea. Elizabeth le dijo: «¿Tu plan es meterte en una jaula diminuta con una mujer que te ha amenazado de muerte y bajar a una cámara subterránea en la que deberás recuperar un papelito que vale trescientos cincuenta millones de libras? ¿Ese es tu gran plan?».

Pues sí, ese era su gran plan.

—¿Con quién vamos a hablar? —le dice Connie.

—¿Quién es tu jugador favorito del West Ham? —le pregunta Ron.

—¿Eso es lo que entiendes por hablar del tiempo? —replica Connie.

—Exacto —responde Ron—. Llevo años perfeccionándolo.

—Pues igual sí que me da por matarte —dice Connie—. Por cierto, te huele bien el aliento.

Ron asiente.

—Lo mismo digo. Mi jugador favorito del West Ham es Mark Noble. ¿Quién es tu James Bond favorito?

—Esa pregunta me gusta más. Pierce Brosnan. Me subiría a ese hombre como quien se sube a un árbol.

—Estoy de acuerdo —conviene Ron—. Salvo en la parte del árbol.

La jaula se estremece. No sería un sitio agradable en el que quedar atrapado.

—Hablando de hombres a los que me cepillaría hasta que perdieran el sentido —dice Connie—. ¿Tu Jason sigue con la mujer esa?

—Sí —contesta Ron—. Puede que vayan en serio.

—Lástima.

—No eres su tipo, Connie —dice Ron, y ella se ríe.

—Habría sido una buena nuera para ti, Ron. Habría corrido con los gastos de la boda y de todo. ¿Bogdan sigue saliendo con Donna?

—Que yo sepa, sí —responde Ron.

—¿Por qué están ocupados todos los hombres guapos con buenos brazos?

—Ni idea. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Es de fútbol? ¿Sobre el West Brom? —replica Connie.

—Se llama West Ham.

—¿Es sobre el West Ham?

—No —dice Ron.

—Adelante, dispara. No me iré a ningún lado —dice Connie, mirando a su alrededor, antes de volver a ponerse nariz con nariz con Ron.

—¿De qué habláis Ibrahim y tú? Ya sabes, cuando quedáis para hablar...

La luz baja aún más. Luego, vuelve a la vida con un parpadeo. Connie piensa un momento y resopla.

—No lo sé —contesta a ella—. Pero siempre me siento mejor después.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Cómo lo consigue?

—Creo que le gusta la gente. Ese es su secreto.

—Incluso nosotros —dice él.

—Incluso nosotros —confirma Connie.

—No me habrías matado de verdad, ¿no? —pregunta Ron.

—Te aseguro que sí.

—Bueno, ya estoy medio muerto —dice Ron. Su nariz de pronto está un par de centímetros por debajo de la de Connie—. Ya ni siquiera aguanto de puntillas.

—¿Quién crees que mató a Holly? —pregunta Connie.

—Elizabeth cree que quien la mató dará la cara más pronto que tarde en cuanto consiga ese papelito.

—Ya veremos... —dice Connie.

—Sí, ya veremos...

Connie lo mira a los ojos.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Ron piensa un momento.

—Estoy seguro —responde al cabo.

—Todavía puedes rajarte —insiste ella—. Consigues el papelito ese, se lo das a Elizabeth, eres el héroe... ¿Qué te parece?

—Ya es tarde para eso —dice Ron—. Muy pero que muy tarde.

La jaula llega a su destino. A través de los rombos de la reja ven la silueta de Bill Benson. Ron alza la cabeza y mira a Connie.

—Gracias. Sé que no tienes ninguna obligación de hacer esto. Y mucho menos por mí.

—Descuida —dice ella—. Le debo a alguien una buena acción.

Bill abre la reja de la jaula.

61

Joanna está comprando una empresa de telecomunicaciones en Brasil mientras Paul pone nota a los trabajos de sus alumnos.

Ella comparte llamada de Zoom con varios abogados, analistas empresariales y contables. La cosa hace ya tres horas y media que dura, porque comprar empresas de telecomunicaciones en Brasil siempre es más complicado de lo que habías imaginado en un primer momento. Ha silenciado su micrófono, sobre todo porque cualquier cosa que diga solo servirá para hacer más larga la reunión de lo que ya es, pero también para que una sala llena de abogados brasileños no pueda oír los sonoros lamentos de Paul sobre la inteligencia artificial mientras va leyendo una serie de trabajos calcados entre sí.

Joanna echa una mirada furtiva a su marido. ¿Lo conoce tan bien como imagina? Debería contarle de una vez la llamada de ese abogado, ¿no? ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Le asusta descubrir algo en su mirada? ¿Una mentira de las gordas y no una mentira piadosa?

Una mujer brasileña, ahora mismo a pantalla completa, está diciendo: «Los múltiplos financieros no nos cuadran. Estáis aplicando múltiplos europeos a un mercado que es mucho más elástico, y la oferta no lo tiene en cuenta...».

La oferta actual de Joanna asciende a trescientos millones. Los brasileños quieren quinientos; Joanna sabe que aceptarán una cifra

en torno a los trescientos setenta millones. Aun así, tendrá que tragarse varias horas más sentada antes de que den el sí.

Tiene abierta en la pantalla una ventana con imágenes de las cámaras de seguridad del Complejo. Desde hace un tiempo, suele hacerlo durante sus llamadas de Zoom. Cualquier movimiento le llama la atención, pero, como ocurre a menudo con las negociaciones para adquirir empresas de telecomunicaciones, casi nunca se mueve nada. Solo ve hojas secas arrastradas por el viento.

En cualquier caso, si tienes dos cosas aburridas que hacer, ¿por qué no hacerlas al mismo tiempo? ¿Y en realidad qué es lo que busca? Al principio, buscaba algo, lo que fuera, que pudiera ayudar a esclarecer la muerte de Holly. Ahora empieza a dominarla el miedo a que pueda aparecer el rostro de Paul en algún instante.

Cuando un hombre con una gorra empieza a hablar de sinergias y Paul masculla algo sobre Émile Durkheim, Joanna se concentra en las imágenes de las cámaras de seguridad. Es una tarea desagradecida, incluso si le das al botón de avance rápido. No sabe qué está buscando y, peor todavía, no sabe en qué momento de la grabación debería hacerlo.

Paul se vuelve hacia ella y agita ligeramente un trabajo con la mano.

—La mejor nota del grupo. Y eso que ni siquiera se molestó en asistir a mis clases. ¿En qué lugar me deja eso como docente?

Joanna se ríe y vuelve a concentrarse en las imágenes del Complejo. Ni siquiera se molestó en asistir. El comentario le hace pensar en Holly, y en lo que le había fastidiado que esa mujer no asistiera a la boda de uno de sus mejores amigos. Los celos, la envidia, no tienen nada de malo, e incluso son bienvenidos, en opinión de Joanna, pero... Venga ya. Salieron juntos, claro, pero la

gente pasa página, y, además, Nick Silver sí estuvo en la boda. Holly tendría que haber dado la cara.

Joanna sigue pasando la grabación a cámara rápida y, por un instante, la cara de un gato llena la pantalla de Zoom. ¿Valdría la pena echar un vistazo a las imágenes grabadas el día de la boda? La excusa que puso Holly fue que ese día tenía trabajo. ¿Quizá estaba trabajando en el Complejo?

Es muy aventurado, pero seguro que es más útil que ir pasando las imágenes al tuntún.

62

Ron estrecha la mano de Bill Benson.

—Bonita casa te has montado aquí abajo —le dice cuando entran en la cámara.

Bill asiente.

—Yo mismo la he decorado. ¿Queréis abrir la caja?

Ron asiente con gesto expectante.

—¿Qué pasa si tenemos mal el código?

Bill se encoge de hombros.

—El infierno. Todo el sitio queda cerrado a cal y canto. Solo nos ha pasado una vez. Tuvimos que quedarnos quitecitos hasta que Nick y Holly bajaron a desactivar el sistema.

—Pues esta vez no podrán —dice Connie.

—No —reconoce Bill—. Así que igual mejor si no os equivocáis con el código.

Ron mira el papelito que lleva en la mano. El código, apuntado con buena letra por Ibrahim. Primero, los números de Holly: 416617. Luego, los de Nick: 217495. La primera mitad, obtenida gracias a Elizabeth. La segunda, gracias a Kendrick y la chica que le gusta, Tia.

Desde luego, la siguiente pregunta que hay que hacerse es: ¿en qué orden hay que marcar las dos mitades? ¿Primero la de Nick y luego la de Holly? ¿O la de Holly primero y la de Nick después? Muchas cosas dependían de esa decisión. Y fue Ibrahim —menudo

cráneo, el suyo— el que se acordó de que Holly había dicho durante la cena: «Siempre Holly y Nick».

Holly y Nick. Siempre en ese orden. Bien pensado, Ibrahim.

Los números del teclado despiden un ligero brillo verdoso en la luz tenue de la cámara.

Ron mira el botón del número 4. Holly primero, luego Nick. Fácil. De pronto se da cuenta de que está canturreando. El himno del West Ham: *I'm Forever Blowing Bubbles*. Siempre le calma. Solía cantarle la canción a Jason en la cuna. Llega a la parte en la que se dice: «La fortuna siempre se esconde... La he buscado en todas partes». Se interrumpe y niega con la cabeza.

Ron ha tenido algunos problemillas últimamente. Está seguro de que no es nada grave, pero Pauline no ha parado de darle la lata con que tiene que ir al médico. La cosa empezó con los cordones de los zapatos. Se hacía un lío, como si los dedos no obedecieran del todo las instrucciones que les daba. Se lo tomó un poco a risa, pero la última vez que fue a comprarse unos zapatos, eligió unos sin cordones y ahora no se pone otra cosa. Nadie se ha fijado. O peor: todos se han dado cuenta y se lo han callado. Para la boda de Joanna, sabía que esos zapatos sin cordones no iban a colar, y Pauline tuvo que atarle unos zapatos normales, como si fuera un niño.

Ahora también ha de coger las pintas de cerveza con las dos manos, como hacían en los viejos tiempos los chicos del East End de Londres. Sus manos ya no son lo que eran.

Seguro que no era nada. Pero al final nada es nada hasta que termina siendo algo.

—Ánimo, Ron —dice Connie—. ¿Quieres que lo haga yo?

—Soy perfectamente capaz de hacerlo —replica él.

Pero no lo es. Los números están muy juntos. Nota que los dedos le tiemblan en el bolsillo y sabe que no es por los nervios ni por el frío. Es fundamental abrir esta caja fuerte. Por una vez en su vida, no es momento de bravuconerías. Se vuelve hacia Connie.

—¿Lo haces tú? —le pregunta.

¿Así es como termina todo? Cada día una nueva indignidad. Cada día, un hombre que jamás había pedido ayuda se ve de pronto a merced de la amabilidad de los demás. ¿Qué pensaría Pauline cuando le ató los cordones? Ron se acuerda del día en el pub, cuando vio a ese hombre al que le cortaban la comida. Pasito a pasito, regresas a la infancia.

—Estoy un poco nervioso. Me tiemblan los dedos.

Bill le pone una mano en el hombro.

—Yo estoy igual.

Ron baja los ojos y ve que Bill también lleva zapatos sin cordones.

Connie, calzada con unos zapatos de altísimos tacones que parecen cubiertos de piedras preciosas, le quita el papel de las manos.

—¿Este es el orden? —pregunta.

—Holly primero, luego Nick —responde Ron—. Siempre ha sido en ese orden. En las tarjetas de visita, en el papeleo legal, en todo... Ibrahim fue el que se dio cuenta.

—¿De verdad? —dice Connie, volviendo a mirar los números—. Tiene toda la lógica.

—Toda la lógica, sí —conviene Ron—. Y todo el sentido. Ya conoces a Ibrahim.

—Pero... —empieza a decir Connie, negando con la cabeza—. Si te vas a tomar la molestia de decidir un código...

Ron piensa un momento.

—¿Por qué no darle una vuelta de tuerca?

Connie lo mira y asiente.

—¿No te parece?

—Pero Ibrahim estaba seguro —afirma Ron.

—Siempre lo está —replica ella, y razón no le falta—. Pero ¿qué habrías hecho tú si fueras Holly y Nick?

—¿Yo? Les habría dado la vuelta —responde Ron.

—Yo también —dice Connie.

—En cualquier caso —dice Bill—, preferiría que no nos quedáramos atrapados. Sudarían la gota gorda para sacarnos. Seguramente tendrían que venir los bomberos, y luego la policía, y luego vendría la tele cuando corriera la voz de que nos hemos quedado encerrados. Demasiadas preguntas sobre lo que hacemos aquí.

—¿Tenéis comida aquí abajo? —quiere saber Ron.

—Tengo un KitKat —responde Bill—. Yo ya he comido.

Connie y Ron se miran. Este le dice que sí con la cabeza, de manera casi imperceptible.

—Primero Nick y luego Holly —dice Connie—. Si acertamos, el premio son trescientos cincuenta millones de libras. Si nos equivocamos, nos convertimos en esos mineros chilenos.

—Buenos chavales, esos mineros chilenos —murmura Bill.

Connie da un paso hacia la caja fuerte. Dice en voz alta cada número a medida que pulsa los botones.

—Dos, uno, siete, cuatro, nueve, cinco...

—De hecho, creo que el KitKat también me lo he comido —dice Bill.

—Cuatro, uno, seis, seis, uno, siete.

Por un instante no pasa nada. Bajo tierra, muy muy hondo, en un sitio al que jamás ha llegado ningún sonido ni la luz del día, el exminero, la narcotraficante y el hombre de dedos temblorosos

contienen el aliento. Ron mira a Bill; Connie mira a Ron. Los tres se vuelven hacia la caja fuerte.

Ron niega con la cabeza.

—Creo que estamos...

Entonces, se oyen tres pitidos breves y la puerta se abre. Ron se pone las manos sobre las rodillas en un gesto de alivio, mientras Connie busca dentro de la caja y saca un papel. Ron vuelve a incorporarse y ella se lo da.

—¿No hay nada más? —pregunta.

Connie pasa el dedo por el papel.

—¿Ves todos esos números y letras? Es la clave, algo parecido a un número de cuenta bancaria. Sirve para demostrar que esos Bitcoins son tuyos.

—Lo que me faltaba por ver —farfulla Bill—. Ron, tus colegas van a pensar que eres un héroe, viejo.

—Lo dudo mucho —dice él.

—¿Queréis que os envíe de vuelta a la superficie?

Ron mira a Connie.

—¿Estás preparada?

Connie asiente.

—¿Y tú?

Ron suelta un suspiro muy muy profundo.

—No del todo, Connie. Pero qué remedio.

63

Joyce

Estoy viendo *Todos con el mazo* —no malpenséis, es un programa de antigüedades—, pero no consigo concentrarme. Ha ocurrido una cosa rarísima, y ninguno de nosotros sabe cómo afrontarla.

Ron y Connie han bajado a la mina para abrir la caja fuerte. Tenemos los códigos, o eso creemos, y tenemos el orden de los códigos, o eso cree Ibrahim, y todos pensábamos que se merecía una victoria.

Los demás nos hemos quedado en lo alto del acantilado. Tia, Kendrick y yo nos hemos tomado un helado. Lo hemos comprado en una camioneta que hay en el aparcamiento. Luego nos hemos sentado en un banco con vistas al canal de la Mancha. Tia nunca se había comido un cucurucho con una barrita de chocolate, cosa que me ha parecido inconcebible. Le he preguntado si no había camiones de los helados donde creció, y ella me ha contestado que sí había uno, pero que el heladero también lo utilizaba para vender crack, y que un día alguien le pegó un tiro y prendió fuego al camión, así que no me sorprende que su madre no tuviera muchas ganas de que la niña fuera a por helado. El heladero que vivía en mi pueblo cuando era pequeña terminó en la cárcel, pero no por vender crack.

Eran tiempos distintos.

Hacía sol y las gaviotas volaban en círculos. Me chiflan los graznidos salados que transporta la brisa. Es como una llamada que me avisa de que estoy en casa.

Hay una señora en *Todos con el mazo* que parece convencida de que su jarrón es un Troika original, pero yo estoy segura de que lo vi en el Ikea de Croydon. Coopers Chase nos organizó una excursión allí en el minibús. Había oído hablar largo y tendido de Ikea, pero nunca había estado en una de sus tiendas, porque no se puede ir si no tienes coche, ¿no? En fin, superó con creces todo lo que había imaginado. Me tumbé en todas las camas y me senté en todos los sillones, y al

final de la visita me compré una vela y unas albóndigas en la cafetería. Fue un día perfecto, sin un solo pero, y lo recomendaría con los ojos cerrados.

Ah, por lo visto la señora del programa tenía razón y su jarrón vale catorce mil libras. A ver si me sirve de lección.

Pero me estoy desviando del tema. Tia, Kendrick y yo estábamos en ese banco. Elizabeth e Ibrahim se habían marchado a dar un paseo por el camino de la costa, seguro que a tramar algo, y Jason y Bogdan se turnaban haciendo flexiones y luego se ponían a hablar de las flexiones que había hecho cada uno.

Me alegraba tener un ratito para hablar a solas con Kendrick y Tia, porque todavía no tengo del todo claro qué están haciendo aquí y empiezo a pensar que me están marginando. Desde la noche de la explosión, me parece que siempre hay algo importante que se me escapa.

De lo que no me cabe duda es de que algo pasa con Kendrick. A Jason lo veo inquieto, cosa insólita. Incluso en ese programa que dan en la tele, *Acuarelas de famosos*, al que lo invitaron hace tiempo, vi que era capaz de mantener la calma. ¿Treinta minutos para pintar el castillo de Corfe? Eso te lo dejo a ti, Jason.

Tia apareció con Connie Johnson, lo cual no puede augurar nada bueno, pero aun así la chica es todo un encanto. Salta a la vista que Kendrick está embelesado con ella, y yo también. Ambos necesitan un sitio seguro en el que alojarse unos cuantos días, y, si algo puede decirse de Coopers Chase, es que sin duda se trata de un buen sitio en el que quedarse unos días. Si alguna vez necesitáis mimitos, venid a hacernos una visita. Decid que venís de parte de Joyce.

La versión oficial es que Suzi, la hija de Ron, se ha marchado unos días a casa de una amiga y que Tia es la hija de una de las antiguas compañeras de escuela de Connie y que necesita un sitio en el que pasar unos días mientras terminan unas obras en su casa de Brighton.

La mujer del programa acaba de decir que no venderá el jarrón, y os puedo decir que me merece la misma confianza que esas dos historias.

Le he preguntado a Kendrick si estaba preocupado por que su abuelo estuviera en un pozo minero con una asesina. Debería haber elegido mejor las palabras, pero ya conocéis a Kendrick, estas cosas se las toma con filosofía. Me ha dicho que nadie se atrevería a matar a su abuelo, a lo que yo he replicado que Elizabeth sí se atrevería, y él me ha dicho que su abuelo contra Elizabeth sería como Iron Man contra la Viuda Negra, pero yo no he pillado la referencia, aunque sí me he hecho una idea, y los dos nos hemos reído a carcajada suelta.

Pero todo el rato he estado pensando que Ron llevaba mucho tiempo sin dar señales. Confío en mis amigos, claro que sí, pero, a ver, Ron es Ron, ¿no?

He visto que Elizabeth e Ibrahim volvían de su paseo. Ella se ha mirado el reloj. Había dicho desde el principio que aquello era una mala idea, y se le veía en la cara una expresión que era mezcla de preocupación y fastidio, con una pizca de alegría ante la posibilidad de que el tiempo le diera la razón. Elizabeth es muy capaz de vivir muchas emociones distintas a la vez. Yo, en cambio, prefiero centrarme en una y luego en otra. De hecho, en esos minutos, mi emoción principal era un instinto protector hacia esas dos criaturas que se comían un helado conmigo.

Tia ha comentado que pensaba que quien hubiera matado a Holly también querría matarnos a todos porque es una verdadera fortuna lo que está en juego, y que esa persona ya había demostrado más que de sobra que no tenía inconveniente en cargarse a la gente. Yo le he respondido que no le faltaba razón. Entonces Kendrick ha dicho: «¿Sabías que en Italia al helado lo llaman *gelato*?». Yo le he dicho que no había estado nunca en Italia, pero que había visto el país en la tele, y que sí había estado en Francia, si le interesaba saberlo, a lo que Kendrick ha contestado que sí le interesaba y que qué era lo que más me había gustado de Francia, y yo le he contado que una vez había encontrado una tienda en la que vendían comida inglesa y me había comprado unas galletas Digestive, y él ha asentido como si mi respuesta le pareciera perfectamente respetable porque es un chico muy cortés. Alguien lo ha educado bien, y sospecho que no fue su padre.

Tengo que contaros lo que ocurrió a continuación, pero en *Todos con el mazo* alguien acaba de comprar unas postales pornográficas victorianas. Luego os cuento cómo ha ido la cosa.

Decía que no sabía de dónde ha salido Tia, pero el caso es que me he encariñado de ella y me recuerda un poco a Elizabeth. Solo un poco. Sin mirar a Kendrick, ha dicho: «Aquí estamos solo Joyce y yo: ¿tu padre le pega a tu madre?».

Lo del brazo en torno al hombro es algo que yo haría, y Elizabeth no.

Hacer esa pregunta es algo que Elizabeth haría, y yo no.

Kendrick ha asentido con un gesto afirmativo, y Tia ha asentido también, pero los dos seguían sin mirarse. Luego le ha preguntado si aquello le ponía triste o le enfadaba, y él ha dicho que una mezcla de las dos cosas. Luego le ha preguntado dónde estaba su madre, y él ha dicho que no lo sabía. Por último le ha preguntado si estaba preocupado por ella, y él ha contestado que sí.

Ha manejado la situación con mucha dulzura y le ha concedido toda la dignidad al chico. Yo también le he rodeado con el brazo y nos hemos puesto a mirar un portacontenedores que desfilaba por el horizonte, y entonces he pensado que

debía tomar ejemplo de Tia. Porque en realidad lo sabía desde el principio, ¿no? Sabía que ese era el motivo de la repentina aparición de Kendrick, pero cierta vergüenza me había impedido preguntarlo directamente. Me había impedido ayudar a este niño bondadoso, inteligente y asustado. La culpa era mía: a veces prefiero no conocer la verdad porque es demasiado dolorosa. No quería que esa fuera la explicación.

Así que le he pedido que me dijera de verdad si le asustaba que su abuelo estuviera en esa mina, y él me ha mirado, ha negado con la cabeza y ha dicho: «¿El abuelo? No. El abuelo puede con todo».

Y entonces he pensado en Ron, con sus achaques en las rodillas, el oído y la vista, y me han dado ganas de decirle a Kendrick que quizá sí hubo un tiempo en el que su abuelo podía con todo, pero que ese tiempo había pasado y que ahora era un señor muy mayor en un pozo muy profundo, y que a medida que transcurrían los minutos cada vez estaba más asustada por él.

Pero la sinceridad no lo cura todo, de modo que le he dado un apretón en el hombro y le he dicho que sí, que su abuelo podía con todo.

Y entonces he caído en la cuenta de que Ron debía de saber desde hace dos semanas lo que le había ocurrido a su hija, y que se había callado como una tumba. También necesitaba darle un buen abrazo, pero Ron no aparecía por ningún lado.

Como si los hubiéramos llamado, Elizabeth e Ibrahim han llegado justo entonces a nuestro lado. Ibrahim ha consultado su reloj, luego ha mirado los helados y finalmente ha dicho que los helados son aire en un sesenta por ciento, así que estábamos comiendo un aire por el que habíamos pagado, a lo que yo le he preguntado si también le apetecía un helado, y él se lo ha pensado un momento, ha dicho por fin que sí y se ha encaminado hacia la camioneta.

Elizabeth nos ha preguntado de qué habíamos hablado, y Kendrick ha dicho «de dinosaurios» y Tia ha dicho «de heladeros que venden crack», y yo he dicho «de nada en especial» y le he preguntado de qué había estado hablando ella y ha dicho también «de nada en especial».

Luego ha comentado que Ron llevaba mucho tiempo sin aparecer, y ha sido en ese instante cuando Ibrahim ha regresado de la camioneta de los helados y nos ha dicho que había recibido un mensaje de Ron.

Los códigos habían funcionado, habían conseguido la clave, la misión había sido un éxito.

Lo que hacía obligada la siguiente pregunta: ¿dónde demonios se había metido Ron? Porque no había vuelto.

Y, ahora que escribo estas líneas, unas seis horas después, todavía no ha vuelto.

Ha sido Elizabeth quien ha hecho otra pregunta que no se me había ocurrido, aunque debería.

Ha preguntado: «Ron ha dicho que tenían la clave. ¿Él y quién más?». Porque, si Ron no había vuelto, eso significaba que Connie Johnson tampoco había vuelto.

Así que en estas estamos. O bien Ron tiene la clave o bien la tiene Connie, o bien la tienen los dos. Y no tenemos la menor idea de dónde se han metido, juntos o por separado...

Perdonadme, me llama Joanna, y tengo mucho que explicarle.

Para concluir os contaré que el experto de *Todos con el mazo* ha dicho que hay muchos «coleccionistas ávidos» de pornografía victoriana. ¿«Coleccionistas ávidos»? ¿Ahora resulta que los llamamos así?

64

Joanna escribe «24 de julio», el día de su boda, en las grabaciones de las cámaras de seguridad y pasa las imágenes a cámara rápida desde la oscuridad de las primeras horas del día. A las seis de la mañana, ve a Bill Benson llegar por la avenida arbolada y desaparecer en la caseta. Unos veinte minutos después, ve a Frank East recorrer el mismo camino en sentido contrario.

¿Qué debía de estar haciendo ella a las seis de la mañana del día de su boda? Estaba despierta, por supuesto; de hecho no está segura de que pudiera pegar ojo la noche anterior. Su madre le había escrito a las cinco de la madrugada y luego a las cinco y media para decirle que no podía dormir, pero Joanna fingió que no había visto los mensajes. ¿Por qué? Bueno, seguramente porque quería demostrarle que era una mujer hecha y derecha, y no una niña que no podía dormir la víspera de Navidad por los nervios.

Pero eso era justo lo que había sido esa noche. Una niña pequeña, emocionada, que quería que fuera mañana.

Debería haberle contestado, ¿no? Debería haberle dicho a su madre que ella tampoco podía conciliar el sueño. Entonces, Joyce habría ido a su habitación y juntas se habrían tomado un chocolate a la taza tiradas en la cama, y habrían hablado de papá, de Paul y del amor.

¿Por qué no lo había hecho? Es una muy buena pregunta. ¿Por qué aparta siempre a su madre? Hay algo en la relación entre ambas, algo que tiene que ver con el hecho de ser su hija, y la

necesidad que sienten los hijos de independizarse, de ir más allá de las cosas que les han enseñado y de cómo los han educado. ¿La necesidad, hasta cierto punto, de darle una lección a la persona que tantas lecciones te ha enseñado a lo largo de los años? El amor de Joyce por ella es incondicional, y Joanna lo sabe, pero a fin de cuentas el amor incondicional tiene un terrible defecto. Si ese amor es independiente de todo lo que pueda hacer la persona a la que va destinado, al final no importa quién seas en realidad. Si alguien ama tu esencia, lo más profundo de tu ser, ¿qué puedes hacer para que esa persona te quiera más o te quiera menos? No puedes hacer nada, porque no hay espacio. Así que la única alternativa que te queda es llevar ese amor al límite, ponerlo a prueba, tensarlo o incluso burlarte de él.

Y no solo se trata de eso. El amor incondicional presenta además otro problema, ¿no? Porque ¿qué pasa si no te quieres a ti mismo? ¿Qué pasa si, como le ocurre a Joanna, estás obsesionado con tus defectos y flaquezas, te tiras toda la vida actualizando el debe y el haber de tu personalidad y siempre llegas a la conclusión de que estás en números rojos? En tal caso, el amor incondicional de tus padres no es más que el síntoma de lo poco que te conocen. Si de verdad te conocieran, su amor estaría trufado de salvedades: «Te quiero, pero...».

Conocer a Paul le ha permitido comprender que es ella, y no su madre, la responsable de todas estas cosas. Joanna debería quererse a sí misma tal y como la quiere Joyce: eso es precisamente lo que Joyce ha tratado de enseñarle. Su madre es muy consciente de sus defectos; no los esconde. Pero aun así la quiere. De hecho, la quiere más todavía por sus defectos.

Ese es el amor que Paul le ha demostrado, y ella lo ha aceptado, porque Paul la ha elegido y ella lo ha elegido a él. Ha aprendido a

aceptarlo, y ahora debería aprender a aceptar el amor que le ofrece Joyce. Aceptar ese amor y, a su vez, mostrarle el suyo. Dejar de empeñarse en demostrar que es distinta de la niña que fue, sostenida por los brazos de su madre.

Debería intentarlo, por lo menos. Debería intentarlo porque habría sido precioso estar tirada en la cama esa mañana con su madre hablando del amor.

Hay movimiento en las imágenes, y Joanna las pone a tiempo real.

Y así, justo cuando un analista financiero estadounidense que lleva gafas de sol bajo techo está diciendo: «Sin un límite a los beneficios, la adquisición es insostenible...», y Paul se pregunta en voz alta: «¿Qué diantres significa que Karl Marx tenía mucho *flow*?», Joanna ve bajar a Holly Lewis por la avenida arbolada.

Y a su lado camina un sesentón. ¿Cuál era el nombre que le había mencionado Joyce?

Joanna echa un vistazo rápido a Instagram y encuentra de inmediato la respuesta. Un sesentón, sí, levantando una copa de champán hacia la cámara, vestido de esmoquin, con tatuajes. Bueno, bueno, bueno.

Conque Holly no pudo ir a la boda porque tenía trabajo. La semana anterior, Holly había ido en compañía de Nick Silver a hablar con un tal Davey Noakes. Sin embargo, el 24 de julio, cuando sabía que Nick estaría ocupado, Holly Lewis se había reunido a solas con Davey Noakes en el Complejo.

Joanna ve en las imágenes de las cámaras de seguridad que ambos hablan. ¿De qué hablarían?

Joanna decide que ha de llamar a Elizabeth. Coge una gran cartulina negra que ha comprado para sus llamadas de Zoom y la baja centímetro a centímetro sobre la pantalla para simular que la

aplicación está fallando. Luego, apaga el ordenador y busca su móvil.

Elizabeth querrá saber exactamente por qué Holly Lewis y Davey Noakes se reunieron en privado ese día.

Sin embargo, cuando está a punto de hacer la llamada, Joanna cambia de parecer.

Y decide llamar a su madre.

La línea suena las siete u ocho veces de rigor. Joanna sabe que a su madre le gusta ponerse presentable antes de responder al teléfono.

—Hola, al habla Joyce Meadowcroft. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? —Su madre también pone una voz especial para las llamadas.

—Soy yo, mamá —dice Joanna.

—Oh —exclama Joyce. Siempre suena tan emocionada cuando la llama que se le rompe el corazón con solo pensar todas las veces que ha preferido no hacerlo a lo largo de los años—. Espera, voy a bajar el volumen de *Todos con el mazo*.

—También puedes parar la reproducción, mamá —dice Joanna.

—Mi televisor no tiene botón de pausa —replica Joyce.

—Sí lo tiene, mamá. Te enseñé cómo funcionaba la última vez que bajamos a verte.

—Sí —dice Joyce—. Pero el botón que pulsaste ya no hace la pausa.

—Sí la hace, mamá. Seguro que te equivocas de botón.

—No me equivoco de botón. Pulso el que me dijiste.

—Mamá, no estás pulsando el que te dije. Si lo hicieras, entonces... —Amor incondicional, Joanna, amor incondicional—. Bueno, quizá ha dejado de funcionar. Le diré a Paul que le eche un vistazo la próxima vez que vayamos a verte.

—Oh, gracias —contesta Joyce—. Se le dan muy bien este tipo de cosas. Tu padre era igual.

—A mí también se me dan bien... —Déjalo, Joanna, déjalo—. Dime todo lo que hayáis averiguado sobre Davey Noakes.

—No sé demasiado —dice Joyce—. Lo que sí sé es que lo hemos descartado como sospechoso del asesinato de Holly, porque siempre supo de la existencia de ese dinero.

—¿Os contó que se había reunido en privado con Holly el día de mi boda?

—No —responde Joyce—. No lo hizo.

Joanna también ha captado el interés de Paul. Deja los trabajos de sus alumnos y se acerca a echar un vistazo a la pantalla. Joanna pone el manos libres para que pueda oír a su madre.

—He estado mirando las imágenes de las cámaras de seguridad y los he visto juntos —dice Joanna—. Sería más que suficiente para incluirlo entre los sospechosos, ¿no?

—Yo diría que sí —responde Joyce—. ¿Se lo has dicho a Elizabeth?

—¿Por qué iba a decírselo a Elizabeth? —pregunta Joanna—. Tú eres el cerebro de la operación.

—¿Yo? —dice Joyce, riéndose—. Pues por el mismo precio habrías podido llamar también a Alan. Ahora mismo está escondido en el dormitorio porque se ha asustado al ver una piel de plátano.

—A mí me pasa lo mismo con los champiñones —dice Paul.

—¡Hola, Paul! —exclama Joyce.

—Hola, queridísima suegra —responde él.

Joanna oye que su madre contiene un gritito de emoción.

—Aunque estoy segura de que Alan sí sabrá manejar el mando a distancia —dice Joanna, porque los buenos modales estarán muy bien, pero una no puede abandonar la lucha por completo.

—¿Tienes las imágenes que han grabado hoy las cámaras de seguridad? —pregunta Joyce.

—¿Las de hoy? Sí, claro. ¿Qué estás buscando?

—Una cosa rarísima —dice Joyce—. Ron ha bajado hoy a abrir la caja fuerte con Connie Johnson y...

—¿Connie Johnson? —Joanna levanta una ceja mirando a Paul.

Él le responde levantando las dos.

—Es una historia muy larga —dice Joyce—. Ron se ha empeñado. Pero ambos han desaparecido. ¿Crees que las cámaras los habrán grabado al salir? Estamos preocupados por Ron.

Joanna escribe la fecha de ese día en el sistema.

—¿A qué hora más o menos?

—Han entrado sobre las dos —responde Joyce—. Así que a partir de las dos y media.

Paul empieza a revisar las imágenes, y Joanna intuye que se le presenta una oportunidad.

—Mientras estamos con esto, mamá, ¿podrías hacerme un favor? ¿Ves el botón del mando a distancia grande, no el del mando pequeño, el del grande? Busca un botón con dos rayitas paralelas. Cuando lo encuentres, ¿podrías pulsarlo?

—Anda, ha funcionado —dice Joyce—. Antes no iba.

—¿Seguro que pulsabas ese botón, mamá?

—Juraría que sí —responde Joyce.

—Me alegra que hayamos podido arreglarlo sin tener que pedir auxilio a un hombre fuerte —dice Joanna.

Y justo cuando dice esas palabras ve a Ron y Connie salir de la cabaña. Desaparecen detrás del edificio, y Paul cambia de cámara. Se dan un abrazo —Ron Ritchie y Connie Johnson, ver para creer— y luego echan a andar en direcciones distintas.

—Han salido a las tres, mamá —anuncia Joanna—. Acabo de verlos.

—Entonces ¿dónde puñetas se ha metido Ron? —pregunta Joyce —. ¿Os ha parecido que lo secuestraban?

—No lo parecía —responde Paul—. Parecía más bien que estaban confabulados.

—Ay, qué expresión más hermosa. Es una palabra muy de Paul. ¿Adónde se habrán ido esos dos?

—Eso vamos a averiguar, ¿no? —dice Joanna—. Bajaremos a veros.

—Ay, qué bien —exclama Joyce—. Mañana por la mañana tengo que ir de compras, pero estaré en casa al mediodía.

—Mamá, bajaremos ahora —le explica Joanna.

—Pero yo me acuesto a las nueve y media —se queja Joyce.

—Pues hoy va a ser que no —dice Joanna—. En una hora estamos ahí.

—Madre mía —suelta Joyce. Ha valido la pena perderse el precio de la pornografía victoriana por esta llamada—. ¿Qué le digo a Elizabeth?

—Dile que Joyce y Joanna Meadowcroft están en la ciudad.

—Oh —exclama Joyce.

—Y Paul —añade Paul.

—Y Paul —acepta Joanna—. Y dile que iremos todos juntos a ver a Davey Noakes.

65

¿Ha dado lo mejor de sí? Al final supo resolver la parte de Jamie Usher, pero ¿aparte de eso? No, Elizabeth tiene que reconocer que no ha dado lo mejor de sí. ¿Es comprensible? Sí. Es una mujer mayor, se siente oxidada y está de luto. ¿La convierte eso en una inútil? No.

Nick Silver acudió a ella en primer lugar porque sabía qué clase de persona era. Lo que había hecho. Y es posible que no vuelva a ser esa mujer —la mente afilada como una navaja, el cuerpo flexible y rápido como un resorte, el alma dura como la pared de granito de un acantilado—, aunque no es necesario que lo sea.

Porque ahora forma parte de un equipo. Un equipo peculiar, no tiene inconveniente en reconocerlo para sus adentros, mientras está sentada en el sofá de Davey Noakes, entre Joyce y Paul, con Ibrahim posado sobre una banqueta, porque lo ayuda a mantener la postura de la espalda. Pero sí, un equipo, a pesar de todo.

El gran plan de Elizabeth no había funcionado como esperaban. Encontrar la clave y a verlas venir. Porque habían encontrado la clave, sí, para perderla inmediatamente después, ya fuera a manos de Ron o de Connie Johnson. Podía entender los motivos de Connie para robar la clave, pero esa mente afilada suya no acertaba a penetrar en los de Ron.

¿Dónde se habían metido los dos? Elizabeth se ha alegrado muchísimo al ver en las imágenes de las cámaras de seguridad que

tomaban caminos distintos. Aunque ello no permita descartar que Connie lo siguiera después para asesinarlo.

Joanna se ha quedado con el sillón, el asiento alfa, que, por tradición, le habría correspondido a Elizabeth. Pero se lo ha ganado con todo merecimiento. Ha sido ella la que ha encontrado las imágenes de Holly y Davey celebrando una reunión a la que ninguno de los dos había hecho referencia. Eso tiene que ser significativo.

Si Elizabeth no tiene la clave, lo que ha descubierto Joanna es la mejor alternativa. Davey Noakes sabe algo que no les ha contado. Si ese detalle lo convierte en el asesino de Holly o no, todavía está pendiente de resolver, pero sin duda se trata del motivo de que todos se hallen reunidos en su casa al filo de la medianoche.

Hay todavía muchísimas preguntas sin responder: ¿quién mató a Holly?, ¿dónde está Nick Silver?, ¿por qué tanto Davey Noakes como lord Townes visitaron el Complejo la semana anterior? Quizá ya iba siendo hora de que Elizabeth diera un paso al frente y consiguiera algunas respuestas.

Nota una vibración del móvil y ve que ha recibido un mensaje de Donna. «Lo siento mucho, Donna, tendrás que esperar, estamos resolviendo un caso», se dice. Ha sido raro. Todo un caso sin que Donna o Chris hayan participado en lo más mínimo.

—En fin, esto es una maravilla —dice Davey Noakes—. ¿Empezamos con unos cotilleos insustanciales?

Joyce se lo toma al pie de la letra.

—Pues estaba viendo *Todos al mazo*...

Pero es evidente que Joanna quiere asumir con la seriedad exigida la posición de responsabilidad que le otorga el sillón alfa.

—¿Por qué te reuniste con Holly Lewis en el Complejo ese jueves al amanecer?

Huelga decir que Elizabeth no habría empezado por ahí. Lo primero que hay que hacer es bailar un poco en torno al tema. Joyce era enormemente útil en este aspecto: domina el arte de la cháchara como Elizabeth jamás podría. Pero Joanna es una mujer de gran éxito en su campo, y quizá en el mundo de los fondos de cobertura la gente no se ande por las ramas y llame a las cosas por su nombre desde el primer momento.

—Directos al grano, veo —dice Davey.

—Es una pregunta muy sencilla —replica Joanna.

Desde luego, siempre hay circunstancias en las que este tipo de estrategia es la adecuada. Elizabeth recuerda el día en que un pasajero se coló por los controles del aeropuerto de Heathrow con un maletín cargado de uranio enriquecido que luego entregó en un hotel de Londres. Cuando localizaron a este mensajero, fue imperativo ir al grano, ya que la capacidad de producir armas nucleares podía caer en las manos de una banda criminal, de ahí que el interrogatorio fuera bastante directo. Directo y firme. Pero Elizabeth no está segura de que los mismos principios sean de aplicación en las actuales circunstancias.

Davey echa una mirada llena de curiosidad a Joanna.

—Yo no daría por sentado que eso sea necesariamente de tu incumbencia.

Por lo visto, Davey es de la misma opinión que Elizabeth.

—Os he invitado a mi casa —continúa él—. Es muy tarde y sois muchos. Estaría aún más molesto si no me hubierais traído a este bombón.

Señala a Ibrahim con el pulgar, y este dice:

—Me pongo crema hidratante.

—Ya lo creo —conviene Davey.

«Vale, Elizabeth, pon en marcha tu cerebro y a ver cómo funciona.»

—Exacto —dice Elizabeth—. Joanna tiene una serie de preguntas que hacerte, y todos queremos conocer las respuestas. Sin embargo, dadas las circunstancias, tal vez tú tengas algunas preguntas que hacernos a nosotros también. Discúlpame, Joanna.

Elizabeth le hace una discreta reverencia con la cabeza, en señal de deferencia hacia el sillón alfa. Hay que tener cuidado con la gente. Pero Elizabeth no observa que Joanna se ponga a la defensiva ni agresiva. Solo inclina la cabeza con gesto cómplice. Es lo bastante inteligente para leer bien la situación en un instante y permitir que otros adopten una estrategia distinta. Tras su dureza y capacidad para ir al grano, Joanna tiene la finísima empatía de su madre. No es de extrañar que sea tan rica.

—Gracias —dice Davey a Elizabeth, y así, en un abrir y cerrar de ojos, el asiento alfa pasa a encontrarse en el centro del sofá, entre una exenfermera soñolienta y un profesor universitario con los calcetines desaparejados.

Elizabeth ve que Ibrahim le guiña el ojo discretísimamente.

—Imagino que no tenéis los Bitcoins, ¿no? —pregunta Davey.

—Sí los tenemos —dice Elizabeth.

—¿Averiguasteis los dos códigos?

—Así es —confirma Elizabeth.

—¿Cómo lo conseguisteis?

—Aplicamos una variedad de técnicas —dice Ibrahim—. Un poco de imaginación creativa, un poco de fuerza bruta. ¿La suerte tuvo algún papel? Bien, me atrevería a decir que siempre es necesaria en este trabajo. Pero a veces tengo la sensación de que, cuanto más duro trabajas, más suerte tienes.

Ibrahim parece encantado con su aportación. Y Elizabeth se alegra de ello.

—¿Y dónde están ahora los Bitcoins? —pregunta Davey—. ¿Planeáis venderlos?

—¿Estarías interesado en comprarlos, de ser así? —Vuelve a ser Joanna. No es una mala pregunta.

—¿Yo? No —responde Davey—. Pero sí me interesaría saber que es una operación segura.

«¿No es eso precisamente lo que queremos todos?», piensa Elizabeth.

—Absolutamente segura —dice, sin embargo.

Davey se vuelve hacia Joyce.

—Estabas comentando algo sobre *Todos al mazo*, ¿verdad?

—Solo que alguien compró pornografía victoriana —responde Joyce—. Me perdí el momento de la puja, pero fue interesante de todos modos.

El teléfono de Elizabeth vibra otra vez. Vuelve a ser Donna.

—Cinco mil libras —dice Davey—. Solo he visto el final porque no quería perderme *Diario de noche del sureste*.

—Yo he dejado en pausa *Diario de noche del sureste* porque estos dos han llegado a medio programa —dice Joyce, poniendo la mano sobre el brazo de Paul—. Es mi yerno.

—Encantador —dice Davey—. ¿Y tu yerno tiene nombre?

—Paul —interviene Paul.

—Es el botón con dos rayitas paralelas —afirma Joyce.

Elizabeth ve que Joanna empieza a moverse inquieta. A veces es importante no ser demasiado directo, aunque también es posible pecar de todo lo contrario.

—¿Alguna pregunta más? —exhorta Joanna.

—Entonces, si no tenéis pensado vender —dice Davey—, ¿cuál es el gran plan?

Elizabeth va a responder a esta.

—Solo queremos usar los Bitcoins para descubrir al asesino de Holly y, con un poco de suerte, saber qué demonios le ha pasado a Nick Silver.

—Pues yo puedo ayudaros con las dos cosas —dice Davey.

En grupo se está más seguro, desde luego, pero si Davey Noakes eligiera matarlos a todos sería muy capaz de hacerlo.

—Voy a preparar té para todos —anuncia Davey—. Joyce, ¿te apetece venir conmigo a la cocina y así aprovechamos para charlar un poco sobre *Diario de noche del sureste*? Estoy coladito por Mike Waghorn.

Joyce no necesita que se lo pidan dos veces y se levanta del sofá apoyándose en el brazo de Elizabeth. Qué penosamente frágiles se sienten las dos, cómo se les ven los huesos.

Llega un tercer mensaje de Donna.

—Y, cuando volvamos —continúa Davey—, os diré exactamente quién mató a Holly Lewis.

—¿Y también dónde está Nick Silver? —pregunta Elizabeth.

—Eso no os lo puedo decir a ciencia cierta —responde Davey, cogiendo a Joyce del brazo—. Pero sospecho que ambas cosas están más que relacionadas.

66

Ron espera sentado en la oscuridad. Las luces están apagadas, las cortinas están corridas. Desde la calle, un observador despreocupado pensaría que no hay nadie en casa, pero Ron sabe que alguien lo ha seguido. Está asustado porque ¿y si...? ¿Y si...?

Sin embargo, Ron se ha hartado de tener miedo.

—¿Estás seguro de que no quieres que te prepare un té? —le pregunta Pauline.

—¡Baja la voz! —pide Ron. Le ha dicho a Pauline que no debería estar ahí, teniendo en cuenta lo que está a punto de suceder. Pero es el apartamento de Pauline, y a ella no hay quien le tosa, así que ha decidido no moverse. Ron también le ha dicho que no puede jugar al bingo en el móvil mientras esté escondido, ante la perspectiva de un tiroteo, y ella ha aceptado.

Oyen pasos en el rellano. Ron le indica que se vaya al dormitorio.

—Buena suerte, mi amor —dice Pauline, y le da un beso en la cabeza antes de escabullirse a la habitación para dejarlo a solas.

Ron se pregunta dónde estarán los demás. Se preocuparán por él, lo sabe. Ha apagado su móvil, pero Joyce ha llamado varias veces a Pauline. Ella ha tenido que mentir y decirle que no sabía dónde estaba Ron.

No le ha gustado pedirle que mintiera por él, pero Pauline le ha dicho que no tenía importancia, y que se lo ha pasado bien mintiendo. Ha tenido suerte encontrando a una mujer como ella.

Toda la banda habría venido enseguida al apartamento si se hubieran enterado de que estaba aquí. Y Elizabeth montaría en cólera si supiera qué es lo que se dispone a hacer. Todos montarían en cólera.

Gran parte de lo que está a punto de hacer les molestaría. Pero no pasa nada. Porque la vida de los cuatro no se reduce a ser los integrantes del Club del Crimen de los Jueves, ¿no? También son personas independientes, con sus propias historias, y ahora mismo Ron tiene una historia que contar. La historia de un viejo que todavía quiere demostrar que puede proteger a su familia. Aun si pierde la vida en ello.

Oye lo que estaba esperando oír: alguien que fuerza la cerradura de la puerta de Pauline. Ron cierra la mano en torno a un papelito que vale trescientos cincuenta millones de libras. Se lo guarda en el bolsillo derecho de los pantalones, pero enseguida recuerda algo y se lo cambia al bolsillo izquierdo.

Ese alguien empieza a empujar lentamente la puerta. A continuación, se oyen unos pasos amortiguados en el recibidor. Ron vuelve a pensar en la pandilla. Lo perdonarán, lo sabe. Quizá le echen un rapapolvo, pero entre los cuatro descubrirán quién asesinó a Holly y todos volverán a ser amigos. Eso si sale con vida de esta.

Ron queda deslumbrado cuando se encienden las luces. Se encuentra frente a frente con el cañón de un arma.

—Sorpresa, sorpresa —dice Danny Lloyd.

«Ahí le has dado», piensa Ron.

67

Davey y Joyce vuelven al salón con una bandeja cada uno, y todos cogen una taza de té o de café. A Ibrahim le preocupa que, si toma cafeína tan tarde, luego no pegará ojo, y ha pedido que le echen un chorrito de whisky a su taza para contrarrestar los efectos excitantes de la bebida.

—¿Empezamos? —dice Davey.

—Por favor —responde Elizabeth, ahora ya al mando total de las operaciones—. ¿Por qué querías ver a Holly? ¿Entiendes que parezca sospechoso? Una reunión de la que no sabíamos nada, justo el día antes de que fuera asesinada.

—Lo entiendo —dice Davey—. Pero ¿estás haciendo la pregunta pertinente?

—Normalmente es lo que hago —replica ella.

Paul, que suele quedarse callado, aunque también es verdad que eso es lo que le ocurre a casi todo el mundo cuando está en compañía del Club del Crimen de los Jueves, empieza a levantar la mano.

—Paul —dice Elizabeth—, ¿tienes algo que comentar?

—Bueno... Se trata más bien de una observación —murmura él.

—Paul es muy observador —señala Joyce—. Un día perdí la manopla del horno y él me la encontró, ¿verdad, Paul?

—La encontré yo, mamá —la corrige Joanna.

—Bueno, el caso es que Paul estaba ahí cuando la manopla fue encontrada —dice Joyce—. No hace falta convertirlo en un capítulo

de *CSI: Miami*.

Paul espera a que terminen y, viendo que por el momento parece que sí acaban, retoma la palabra.

—Holly sería muchas cosas, pero nunca fue una pusilánime. Y, Davey, a ti no te conozco tan bien, pero te veo bastante tranquilo con lo que haces y la persona que eres.

—Un piquito de oro, este chico —dice Davey.

Ibrahim está de acuerdo. Con la idea, en todo caso, no tanto quizá con la forma de expresarla.

—Cuando Joanna ha descubierto las imágenes en las que aparecías reunido con Holly, se nos ha planteado una pregunta obvia —continúa Paul—, la pregunta que te ha hecho Elizabeth. ¿Por qué querías tú, Davey, ver a Holly?

—Lamento mucho que mis preguntas sean tan obvias —repone Elizabeth.

Ibrahim se da cuenta de que Elizabeth no puede descargar su furia contra Paul, por más que le apetezca, ya que sabe que disfruta de la férrea protección de Joyce.

—No es obvia —se corrige Paul—. Disculpa, me he expresado muy mal. Creo que *obligada* sería una palabra más fiel a la realidad. Le has planteado la pregunta obligada.

Ibrahim asiente. No se le da nada mal a este chico.

—Pero revisemos lo que sabemos —continúa Paul—. No es mucho, desde luego, pero algunas cosas sí sabemos. Por ejemplo, sabemos que Davey ha tenido conocimiento de la existencia de ese dinero desde hace muchos años y que en todo este tiempo no ha hecho nada al respecto. No ha mostrado ningún interés. Asimismo, sabemos que Holly y Nick acababan de acordar que era el momento de hacer caja, de lo que se deduce que tal vez era Holly quien de los dos tenía una mayor motivación, ¿verdad?

—Excelente —dice Joyce—. Excelente.

—¿El qué es excelente? —le pregunta Joanna.

Ibrahim ya sabe adónde quiere llegar Paul. Si no se equivoca en su juicio sobre Paul, ahora dejará que sea Elizabeth quien plantee la pregunta pertinente. A ver.

—Así pues, una manera distinta de formular la pregunta sería tal vez... —Paul le hace un gesto a Elizabeth, como si le interesara saber lo que podría aportar ella. De manual.

—La pregunta podría ser —le toma la palabra Elizabeth—: ¿por qué te pidió Holly reunirse contigo?

—Bingo —dice Davey—. Fue ella la que pidió reunirse conmigo.

—Buen trabajo, Elizabeth —la felicita Ibrahim. Quizá ya va siendo hora de que él también se marque algún tanto.

—¿Y qué quería? —pregunta Elizabeth.

—Mi visto bueno —dice Davey—. Para un plan.

—Continúa, por favor —pide Elizabeth.

—Holly y Nick eran socios desde hacía muchísimos años —explica Davey—. Pero ¿quizá no fueron siempre amigos durante todo ese tiempo?

—Es verdad —confirma Paul—. La empresa iba bien; la amistad, no tanto.

—Holly era una pesadilla —dice Davey.

—Yo no diría eso —discrepa Paul.

—Nadie conocía sus códigos —prosigue Davey—. Y era imposible que nadie los descubriera.

—*Au contraire* —lo corrige Ibrahim.

—Pero entonces Holly me contó que, como medida de seguridad, habían depositado el código en un bufete de abogados. Uno cualquiera, a muchos kilómetros de distancia. No tengo ni idea de dónde.

—En Kettering —apunta Joanna.

—Sí, algo por el estilo —dice Davey—. Así pues, Holly viene y me dice que ha matado a Nick Silver y, para ser sincero, me pareció que pensaba que la noticia iba a dejarme impresionado.

—¿Holly? —se extraña Joyce—. No me lo puedo creer.

—Yo sí —interviene Paul.

—Que le ha puesto una bomba lapa en los bajos del coche —continúa Davey—. La había comprado en internet.

—Dios mío, allí encuentras de todo —comenta Joyce—. La mujer que vive en el apartamento de arriba del mío se compró un horno para pizzas.

—A la muerte de Nick —dice Davey—, Holly iba a recibir su parte del código, y quería que yo me ocupara de negociar todo el pastel. Los trescientos cincuenta millones. Estaba más contenta que unas pascuas.

—¿Le preguntaste por qué? —interviene Elizabeth.

—Sí —responde Davey—. Y me dijo que trescientos cincuenta millones era un número mayor que ciento setenta y cinco.

—¿Y qué hiciste tú? —se interesa Joanna.

—Le pregunté si la bomba había estallado, y ella me dijo que no lo sabía. Consultamos las noticias y no vimos nada, de manera que le dije que no se dejara ver durante unas horas mientras yo investigaba. No sabía qué hacer con ella, no podía llamar a la policía...

—¿Por qué no podías llamar a la policía? —pregunta Joanna.

—No es un chivato —dice Joyce.

—No es un chivato —coincide Paul.

—Envié a Holly a su casa —dice Davey—. Y yo me fui directamente a la de Nick con uno de mis hombres. Encontramos la bomba. No estaba mal hecho, el cacharro. Nos la llevamos. No iba a

permitir que esa mujer se cargara a Nick estando yo al tanto. No me parecía justo.

—¿Le salvaste la vida a Nick? —pregunta Paul.

—Eso espero —dice Davey—. Pero eso está por ver, ¿no?

—¿Conservas la bomba? —inquiere Elizabeth—. Me gustaría mucho verla, si es posible.

—No está aquí —responde Davey—. Pensé que lo mejor sería guardarla en un lugar seguro hasta que pudiera ayudar a Nick. Ahora las bombas son bastante estables, no como en los viejos tiempos.

—Más razón que un santo —concede Elizabeth.

—Intenté encontrar a Nick —continúa Davey—. Contarle lo que estaba pasando, pero ya había desaparecido.

—¿Por qué reventaste su oficina? —pregunta Elizabeth.

—No fui yo —dice Davey—. En fin, Nick había desaparecido, pero todo indicaba que estaba vivo. Y a mí me tocaba arreglar el estropicio. Ocuparme de Holly.

—¿Y matarla fue tu manera de ocuparte de ella? —suelta Ibrahim.

—Dios, no —lamenta Davey—. ¿Qué motivo iba a tener aparte de que no me parecía bien que intentara cargarse a Nick? Si tuviera que matar a todas las personas que hacen cosas que no me parecen bien, no tendría un minuto de descanso.

—A mí me pasa lo mismo —conviene Joyce—. La gente que no paga hasta que ha terminado de meter toda la compra en las bolsas. Esos serían los primeros en caer.

—Solo quería darle un toque de atención —dice Davey—. Hacer que se lo pensara mejor. Que supiera que no era aceptable.

—Me pregunto cómo le diste ese toque de atención —comenta Elizabeth.

Davey baja la cabeza y asiente, como si asumiera una culpa inconfesa.

—Bueno, ahí es donde me toca asumir cierta responsabilidad. Le dije a mi chico que le devolviera la bomba lapa. Solo quería que supiera que la habían calado. Con una notita en la bomba que dijera: «Juega limpio».

—¿Y dónde se la devolvisteis? —pregunta Elizabeth, aunque todos conocen ya la respuesta.

—Mi hombre la siguió el viernes por la noche —contesta Davey—. Y ya sabéis adónde fue. Mientras Holly estaba cenando, dejó la bomba sobre el asiento del acompañante. La dejó perfecta, segura, con la notita encima. Allí no podría dejar de verla.

—A menos que se olvidara las gafas —propone Elizabeth.

—Aun en ese caso —dice Davey—, tuvo que tirar algo encima muy pesado para detonarla.

Ibrahim mira a Joyce. Pues sí que le habían salido mazacotes esos *brownies*. Joyce le devuelve la mirada con gesto arrepentido.

—¿Así que a Holly la mató su propia bomba? —pregunta Joanna.

—Sí —contesta Davey—. Esa bomba se fabricó con la intención de que solo uno de los dos cobrara el dinero. Y no hay duda de que lo consiguió.

—¿Y dónde está Nick ahora? —quiere saber Paul.

—Supongo que pensó que yo quería matarlo —responde Davey—. De modo que se puso en almacenamiento en frío.

—¿Está en el Complejo? —se sorprende Joyce.

—Qué va —dice Davey—. Quiero decir que se ha refugiado donde yo no pueda encontrarlo. Ha cortado todas las comunicaciones. No usa el móvil, ni sus tarjetas, ni el coche, ni ningún ordenador, ni se deja ver en las cámaras de seguridad. Se habrá encerrado en algún sitio. En un hotelito anodino en el que puedes pagar en efectivo y

alimentarte de las máquinas expendedoras. Y creedme si os digo que lo he buscado. Ni rastro de Nick.

—Por eso él acudió a mí —dice Elizabeth.

—Eso creo yo también —conviene Davey—. Pensaría que quizá podríais encontrarlo cuando las cosas se calmaran un poco. Imagino que tendréis vuestras técnicas, ¿no? Quizá, aunque yo no pueda, vosotros sí podáis...

—Seguro que a Jasper se le ocurre algo —le dice Elizabeth a Joyce, y esta da una palmada.

—¿De verdad no puedes encontrar a Nick? —pregunta Joanna.

—Ese hombre es muy pero que muy bueno en su trabajo —dice Davey—. Estará desaparecido mientras piense que quiero matarlo.

—¿Crees que lord Townes también fue al Complejo por el mismo motivo? —pregunta Joyce.

—¿Lord Townes? —dice Davey—. No lo sé. Tendría sus razones.

Elizabeth se recuesta en el sofá. Entonces ¿Holly fue la causante de su propia muerte? ¿Murió a consecuencia de su propia avaricia? Hay en ello cierta justicia poética que Elizabeth sabe valorar.

Parece que todo encaja bastante bien. Nick habría escenificado el allanamiento del despacho para hacer que Elizabeth se interesara por el asunto. Luego, tal vez envió su código a Paul como medida de protección contra Davey Noakes. ¿Quizá encaja todo demasiado bien? ¿Como la escena en el despacho de Nick? ¿Es esto también un montaje?

—¿Cómo te defenderías de la insinuación de que Nick Silver y tú estáis aliados en esto? —pregunta Elizabeth—. Has dicho que todo fue idea de Holly. Solo tenemos tu palabra para confirmarlo. Igual Nick te contrató, y, cuando finalmente regrese a la luz del día, hará caja con los Bitcoins y tú le pedirás que te pague el doble de tu porcentaje... Una auténtica fortuna.

—Ese plan tendría un problema —responde Davey—. Un problema que no le va a gustar a nadie.

68

La inspectora Varma está comiéndose un sándwich en su escritorio y no logra resolver un crimen.

Los datos recabados por la científica no sirven de nada. No han encontrado el móvil de Holly, y sus e-mails personales están tan bien encriptados que es imposible sacar nada en claro. Pensó que habían dado un gran paso en la investigación cuando hallaron una huella incompleta en un fragmento de la bomba y la enviaron al laboratorio para que la analizaran de urgencia. La decepción fue general cuando descubrieron que la huella pertenecía a la propia Holly. Debió de tocar la bomba justo antes de morir. ¿Quizá fue ese contacto lo que la hizo detonar?

En los libros del Registro de Empresas consta que Holly dirige una especie de centro de almacenamiento. Sin embargo, tras semanas de investigación, no han conseguido dar con las instalaciones. Su socio en la empresa es un tal Nicholas James Silver, pero no parece estar en casa. Un sospechoso evidente, aunque de momento ha sido imposible dar con su paradero. Sería de esperar que Varma se esforzara un poco más en este caso, pero en fin... Ya se sabe cómo funciona esto.

Luego les llegó esa pista sobre los Bitcoins... Fue otra agente quien se la dio. ¿Cómo se llamaba? Sí, De Freitas. Trescientos cincuenta millones de libras. La pista al final resultó ser útil.

La Unidad de Delitos Financieros se puso en contacto con ella después de que les escribiera un e-mail con la pista de los Bitcoins.

Un tal lord Townes llevaba días dando la lata a todo el mundo con que estaba a punto de cerrar un negocio morrocotudo relacionado con unos Bitcoins. Había levantado sospechas, porque no encajaba con su estilo. Varma le había echado un vistazo y, en fin, fíjate tú, vio que era vecino de la zona, así que no cabía descartar una posible relación con el caso.

Un par de uniformados se pasaron por su casa, pero no estaba, así que volverán mañana. Igual sí que debería esforzarse un poco más.

Dicen que siempre quieres resolver el último caso de tu carrera, pero Varma no cree que le caiga esa breva.

Va bajando por la pantalla del ordenador. Si de verdad va a dedicarse a la alfarería a tiempo completo, necesitará tener un buen horno. Puedes alquilarlos o compartirlos, pero lo que ella quiere es comprar uno. Comprometerse a fondo.

Varma tiene una foto de lord Townes, así que quizá se pase por Coopers Chase otra vez a preguntar si alguien lo vio la noche del crimen. Nunca se sabe. En estos días que le quedan de inspectora, no estaría de más que hiciera honor a su rango e inspeccionara un poco.

No echará de menos el trabajo, como sabe también que el trabajo no la echará de menos a ella. Aun así, sería bonito resolverlo, claro que sí. Sería bonito atar todos los cabos sueltos. Igual lord Townes es...

¡Anda, hay alguien en Horsham que vende un horno de segunda mano!

69

—Señor Noakes —dice Ibrahim—, ¿por qué no va a gustarnos ese problema?

—Insisto —responde Davey Noakes—, no voy a quedar muy bien cuando os lo cuente, pero aquí estamos. La idea de pagar a Holly y Nick en Bitcoins fue mía. En Ámsterdam me propusieron abonarme en Bitcoins una entrega de anfetaminas, y lo acepté porque era una novedad. Hacía poco que había leído algo sobre el tema y pensé: «¿Por qué no?». Luego, Holly y Nick aceptaron el trato, supongo que por la misma razón que yo. ¿Por qué no probar suerte? Solo eran veinte mil libras y todos podíamos permitirnos perderlas, si se daba el caso.

—Pero ahora valen trescientos cincuenta millones —dice Joanna—. Y muy pocas personas podrían permitirse perder esa cantidad, ¿no crees?

Davey asiente.

—Tienes toda la razón. La cosa ha ido creciendo como la espuma con los años.

—Una suma suficiente para matar por ella, de hecho —señala Elizabeth—. Y fue aquí donde aparecimos nosotros.

—Trescientos cincuenta millones de libras es una cantidad más que suficiente para matar a alguien —conviene Davey—. Pero me temo que los Bitcoins de Holly y Nick no alcanzan ese valor ni de lejos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Paul.

Davey suelta un gran suspiro.

—Los Bitcoins con los que me pagaron hace tantos años...

—¿Los Bitcoins de las anfetaminas? —pregunta Joyce.

—Los Bitcoins de las anfetaminas —confirma Davey—. Cuando cerré el trato con Holly y Nick, y me di cuenta de que lo único que tenía en mis manos era un papelito con una serie de números y letras...

—¿Sí? —lo exhorta Ibrahim.

—En fin, que me dio por pensar que Holly y Nick no se darían cuenta —continúa Davey—. Así que cogí otro papelito. Y apunté otra serie de números y letras en lugar de los buenos.

Elizabeth dice que no con la cabeza.

—¿Y eso es lo que había en la caja fuerte de Holly y Nick? ¿Cero Bitcoins?

—Eso me temo —contesta Davey—. Solo un papelito con letras y números al azar. Eso sí, me aseguré de que la combinación tuviera toda la pinta de ser auténtica. En todo caso, si algún día intentaban venderlos, ese papel no valdría ni un carajo.

—Ay, Davey —exclama Joyce.

—Lo sé —dice él—. Lo sé. Pensé que no había ningún riesgo. Imaginé que era una moda que no duraría. Fui haciendo caja con los Bitcoins a lo largo de los años, en varios máximos de cotización, y la verdad es que no puedo quejarme del dinerito que me saqué, pero también era consciente de que mi pequeña estafa de veinte mil libras iba creciendo con los años para convertirse en una estafa gigantesca.

»Cuando alcanzó las doscientas mil libras, pensé que igual debía confesarles la verdad, ¿no? Decirles que había sido un error, aflojarles doscientas mil libras... Pero me gusta apostar, no puedo negarlo.

—A mí también me gustan las apuestas —dice Ibrahim.

—Siempre pensaba: la cotización volverá a bajar, seguro que vuelve a bajar, pero no lo hizo, y cuando el valor de esos Bitcoins empezó a contarse en millones de libras pensé: vale, no es una moda pasajera, pero antes muerto que apoquinar millones de libras para compensar a Holly y Nick por una estafa la mar de inocente.

—Entonces ¿cuál era el plan? —pregunta Joanna.

—No había plan —responde Davey—. Aquello no tendría la menor importancia siempre y cuando Holly y Nick no decidieran vender. Hice un trabajo de primera durante años, convenciendo a uno u otro de que todavía no había llegado el momento de hacerlo. Confiaban en mí...

—Y entonces, hace dos semanas —dice Elizabeth—, se presentan Holly y Nick en tu casa, después de acordar finalmente que ha llegado la hora de vender.

Davey asiente.

—Era demasiado dinero como para no hacer nada, supongo. Tarde o temprano iba a pasar. Mi única esperanza de salvar la situación era morirme antes de que llegara el día. Después de que se marcharan, llamé a mi contable para que me hiciera una revisión del inventario. Tengo el dinero repartido por un montón de sitios y quería saber cuánto tenía en total.

—Yo lo hice con mi pensión —interviene Joyce—. Vi en un anuncio que podías poner todos tus ahorros en un solo sitio. La verdad es que es un buen negocio.

Davey asiente.

—Mi capital ascendía a unos treinta y un millones de libras.

—Bien —dice Joyce—. Eso está... bien.

—Ni de lejos una cantidad suficiente para compensar a Holly y Nick. Holly me llamó, me dijo que quería verse conmigo, y pensé:

«Hora de abrocharse los cinturones».

—¿Ibas a decírselo? —pregunta Paul.

Davey asiente.

—Estaba a punto de decirle la verdad, y entonces ella se puso a contarme lo de la bomba en el coche...

—Y las circunstancias doblegaron tu voluntad —dice Ibrahim.

—Es una bonita forma de expresarlo —conviene Davey.

—Entonces ¿el papel que sacamos de la caja fuerte esta tarde...? —pregunta Elizabeth.

—No vale absolutamente nada —concluye Davey—. Lo siento en el alma.

70

Ron se lleva la mano al bolsillo y cierra los dedos en torno a un papelito que vale trescientos cincuenta millones de libras.

Danny Lloyd está sudando. Sobre todo porque se ha tomado, evidentemente, un montón de rayas de cocaína.

Un hombre que te odia, de coca hasta las cejas, apuntándote con un arma a la cara. Incluso para un hincha del West Ham es un terreno incómodo.

—Por una vez te has decidido a enfrentarte cara a cara con un hombre, ¿no, Danny? —plantea Ron.

—Calla la boca, Ron —responde él—. Y dame los Bitcoins.

—¿Los Bitcoins? —pregunta Ron.

—Los Bitcoins —repite Danny—. Estás a punto de aprender la norma más antigua del manual del criminal, Ron. Nunca confíes en Connie Johnson. Me ha llamado en cuanto te has montado el plan. ¿De verdad creías que iba a compartir el dinero contigo?

Ron se encoge de hombros.

—No, sabía que no lo haría.

—Nos hemos echado unas buenas risas a tu costa esta tarde —dice Danny.

—Bueno, reírse siempre es bueno, ¿no? Es importante.

—Dame ese papel, Ron —le exige Danny.

—Si te doy el papel, me matarás —replica Ron.

—Quizá no lo haga —dice Danny—. Es muchísimo dinero.

—¿Cuánto te paga ella? —pregunta Ron.

—Una pasta —responde Danny.

—Me halaga saberlo —dice Ron—. Pero no te paga para birlarme los Bitcoins; habría podido hacerlo ella misma esta tarde. Te paga para matarme.

—Viene a ser lo mismo —replica Danny—. Trabajo y placer, todo a la vez, si te soy sincero. Nunca te caí bien, ¿eh, Ron?

—¿Le has caído bien a alguien alguna vez? —pregunta Ron—. ¿Tienes amigos que no trabajen para ti? Eres un mierdecilla, un hombre asustado y débil. Llevo toda la vida teniendo que soportar a gente como tú.

—Los Bitcoins —insiste Danny.

—¿Y qué gano yo dándotelos? —replica Ron.

—Nada.

—Hostia, Danny, además de débil, resulta que eres imbécil. Si vas a matarme, no tengo ningún incentivo para decirte dónde están los Bitcoins, ¿no? Que esto es de primero de básica, muchacho.

Ron mira a su yerno. A ese hombre guapo y patético. A ese debilucho musculoso del que se enamoró su hija. Dios, los hijos no dan más que problemas.

—En fin —añade Ron—, vamos a negociar. Tú me darás lo que yo quiero; yo te diré dónde están los Bitcoins. Luego puedes matarme.

Danny suda y sorbe por la nariz. El arma le tiembla un poco en la mano, pero Ron sabe que Danny tiene experiencia disparando. Cuando apriete el gatillo, no fallará.

Danny asiente.

—¿Qué quieres?

—Un par de cosas. No volverás a ver a Suzi. Y nada de cartas de abogados, ni nada por el estilo. La dejas en paz.

—Hecho. En realidad, será un placer.

Ron incluso había abierto regalos con ese elemento unas Navidades.

—Lo siguiente —sigue Ron—. No volverás a ver a Kendrick. Ni siquiera cuando seas un viejo y estés pudriéndote en una cárcel. Dejarás que crezca tranquilo para que se convierta en un hombre de verdad.

—Hecho —vuelve a decir Danny—. Pero nunca terminaré en la cárcel. Soy demasiado listo para que me pase eso.

—Y lo último. Le dices a tu sicario que no toque a Suzi, a Kendrick ni a Jason. Los dejas en paz, para siempre.

—Desde luego. A cambio de los Bitcoins.

—¿Y estás seguro de que puedo confiar en ti? —pregunta Ron.

Se fija en que Danny tiene las manos sudadas. Si se le escurre el dedo en el gatillo, estará muerto.

—Puedes confiar en mí —responde Danny.

Ron asiente.

—Demuéstramelo.

—¿Eh? —exclama Danny.

Ron recuerda un día en el que los dos estuvieron tirados en el suelo, ayudando a Kendrick a montar una estación de bomberos de Lego. «Los bomberos están bien —le dijo Danny a su hijo—. Se parecen un poco a los policías, pero no lo son.»

—¿A quién has contratado para matar a Jason? —le pregunta.

—Ron, ya sabes que no somos chivatos —responde Danny.

Ser un chivato. El peor crimen que existe.

—Entonces hazme el favor de llamarlo. Llámalo ahora mismo, dile que todo está cancelado. Tú me devuelves la vida de Jason y puedes llevarte la mía.

—Podría llamar a cualquiera.

Ron piensa unos segundos, el tiempo suficiente para que se le ocurra un plan.

—Ponlo en manos libres —dice Ron—. Déjame escuchar. Si quedo convencido de que es el hombre al que contrataste para matar a Jason, los Bitcoins son tuyos.

A Danny le gusta el intercambio. Ron se pregunta cómo interpretaría Elizabeth toda esta situación. Vio todo lo que hizo por Stephen. Hasta dónde está dispuesta a llegar por sus seres queridos. Ella lo entendería mejor que nadie.

Danny va pasando el dedo por la pantalla del móvil, pero no encuentra nada. Luego, se saca un móvil distinto del bolsillo y empieza a buscar.

¿Joyce? ¿Qué pensaría Joyce? Ron recuerda el día en que un cisne se puso a perseguir a Alan. Desde entonces, cada vez que va a dar de comer a los cisnes, se asegura de que el que persiguió a Alan se quede con el pico vacío. Ron le preguntó cómo los distinguía, y Joyce le respondió que era fácil, que solo había que buscar al malvado.

De modo que sí, Joyce también lo entendería.

Danny ha encontrado el número y acaba de poner el altavoz. En una mano tiene el móvil, en la otra la pistola con la que todavía apunta a Ron. Este oye el sonido metálico de los tonos en el altavoz.

¿Ibrahim? Si lo encuentran muerto, ¿qué pensaría Ibrahim? Esta respuesta se le resiste. En este caso no hay Stephen ni cisne que valgan. Solo su mejor amigo, con su soledad a cuestas. ¿Lo perdonaría Ibrahim? Tampoco importa, porque Ron no está seguro de que pueda perdonarse a sí mismo. Si sale de esta con vida, le dirá a Ibrahim lo mucho que significa para él. Ninguno de los dos disfrutará del momento, pero lo hará de todos modos.

Si sale con vida de esta.

Responden a la llamada de Danny.

—Bobby.

—Bobby, soy Alfa 4.

—Estoy en ello. Está casi hecho.

—Misión cancelada. Abandona el objetivo.

Al oírlo, la voz del interlocutor empieza a abandonar el tono militar forzado.

—¿Y mis veinte mil, Danny? Dijiste diez de anticipo y veinte cuando Ritchie estuviera muerto.

Danny mira a Ron. Este le da un sí rotundo con la cabeza.

—Los tendrás igualmente.

—¿Y tu mujer? ¿No vamos a matarla tampoco?

Esta vez Danny no mira a Ron.

—Eso también queda cancelado.

—Pero ¿también recibiré los veinte mil por ella? He hecho muchos preparativos.

—Claro que sí. Tendrás los cincuenta mil totales, pero no mates a ninguno de los dos.

Una jornada de trabajo fácil.

—Gracias, Danny. Alfa 4, gracias, Alfa 4.

Danny arriesga ahora una mirada a Ron. Este vuelve a asentir, dándole a entender que la conversación ha sido aceptable. ¿Así que pretendía matar también a Suzi? Desde luego que sí. Ron jamás olvidará la imagen de Suzi, con el ojo morado, la nariz y la mejilla que empezaban a hincharse y brillar. Eso es lo que le hizo el animal que tiene ante sí. Claro que iba a matarla. Es lo que hacen los animales.

Con sus músculos desarrollados con esteroides y sus trajes pagados con el dinero de la cocaína, Danny siempre le ha recordado a esos dibujos que hacen los niños de un hombre mayor. Ahora se

da cuenta de que el dibujo lo había hecho el propio Danny. Se había convertido en alguien que jamás tendría que enfrentarse a sus flaquezas y a su vulnerabilidad, que huía corriendo de todas aquellas cosas que hacen que un niño se convierta en hombre de verdad. Frente a Ron, no era más que una estafa de hombre, el vacío que queda cuando un cuerpo no contiene nada real o verdadero. Pero un hombre cuyos actos tenían consecuencias en la vida real. Ese ojo morado era real, por más que el puño que lo había causado tan solo estuviera hecho de bravuconería y aire.

—¿Satisfecho? —pregunta Danny.

—¿Ibas a matar también a Suzi? —replica Ron.

—Así funciona la cosa —dice Danny—. Es la ley de la selva.

—Creciste en Kent. Elegiste tu propia ley. ¿Contrataste a alguien para matar a mi hijo y contrataste al mismo hombre para matar a mi hija?

—Y ahora te los cambio a los dos por matarte a ti. Los Bitcoins, por favor.

Ron se incorpora del sillón y echa a andar hacia el dormitorio. Al principio, Jason no le había contado lo de Suzi. No quiso que su viejo se disgustara. No creía que Ron pudiera protegerla. Pero Ron es un león viejo, y los leones viejos siempre protegen a sus vástagos. Cueste lo que cueste. Esta mañana, a primera hora, Jason ha recogido a Ron y a Kendrick y juntos han ido a ver a Suzi. Han hablado, toda la familia Ritchie. Han hablado y han llorado.

Desde el mismo instante en que Ron vio la fotografía de Suzi, supo que lo sacrificaría todo con tal de salvar a su hija. Y eso es exactamente lo que se dispone a hacer. El mayor sacrificio de todos.

Ron abre la puerta del dormitorio y tres policías armados, con chaleco y casco antibalas, irrumpen gritando en la sala de estar.

—¡Policía armada, policía armada, tire el arma, tire el arma!

Ron oye el fragor mientras Pauline le da un abrazo.

—Lo has hecho genial —le dice ella—. Estoy orgullosa de ti.

Ron vuelve a mirar por la puerta abierta.

Danny Lloyd, tras confesarlo todo, está tendido bocabajo en el suelo mientras es esposado. Connie Johnson se lo ha entregado en bandeja de plata, tal y como le había prometido. Solo Dios sabe lo que hará ahora con el dinero. Sigue siendo un misterio quién mató a Holly Lewis, pero, por ahora, Ron ha terminado su parte del trabajo.

Uno de los agentes se quita el casco y le levanta el pulgar a Ron.

Es el inspector Chris Hudson. Ron había echado de menos a este grandullón.

—Gracias, Chrissy —le dice—. Bonita arma.

Es importante tener principios en la vida, vaya si lo es, pero mientras ve que se llevan a Danny, con el rostro desencajado por la furia, entiende que ha hecho lo que debía. Lo habló a fondo con Suzi y Jason. También lo habló a fondo con Connie. Cómo pararle los pies a ese hombre que había pegado a su esposa.

Al final fue cosa de Kendrick. Había oído una conversación que Ron y Jason habían tenido con Chris y Donna, y el niño, como suele ser habitual en él, tuvo que dar su opinión al respecto. Al final, Ron cogió el teléfono y llamó al inspector Chris Hudson, porque todos habían llegado a la misma conclusión.

Ser un chivato no es el peor crimen que existe.

Las seis semanas y cuatro días siguientes

71

Incluso en una tarde agradable de agosto las aguas del canal de la Mancha están quebradas por las olas. El pequeño yate se aproxima con temor a cada cresta y enfila cada descenso con alivio. Lord Townes se alegra de que la singladura no sea demasiado larga.

No se le dan mal los barcos. Hace tiempo, incluso tuvo uno amarrado en el puerto deportivo de Brighton. Veinticuatro metros de eslora, un par de camarotes, un *jacuzzi* en la cubierta de popa. La travesía más larga que hizo fue hasta Santander, aunque, en el último momento, la que había de ser su compañera de viaje, una mujer a la que había conocido jugando al golf, pilló una gripe, y a lord Townes no le quedó más remedio que hacer el viaje sin compañía.

Su yate se llamaba *Bonus 98*, porque lo pagó con eso, una prima de noventa y ocho millones.

Su actual embarcación pertenece a un viejo colega, Leonard, que ganó decenas de millones invirtiendo en derivados del zinc y que ahora cumple condena en la cárcel por un malentendido con los impuestos que debía pagar por los beneficios. Leonard está aprendiendo mandarín para matar el tiempo en la cárcel, porque China es el futuro.

Dios, el futuro, qué idea más curiosa. El futuro es importantísimo hasta el día en que deja de serlo.

El destino, la suerte, el azar, lo que sea que zarandee tu vida de un lado a otro como el canal de la Mancha zarandea ahora el

pequeño yate. Dicen que no puedes controlarlo, pero Robert debe discrepar sin faltarle el respeto a nadie. Conoce una manera de hacerlo.

La caja que Robert se llevó del Complejo está a buen recaudo en el camarote de este pequeño yate. Su seguro de vida siempre ha estado en esa caja.

Una noche sin una nube en el cielo, lo cual es un buen detalle. El firmamento es una pared de granito azul y el mar es un charco de sangre negra. La luna riela sobre el mar, formando vetas que se trenzan con las olas.

Fue el último golpe de suerte en una larga lista, el de los Bitcoins. Cuando Holly y Nick decidieron confiarse a él, Robert se mantuvo impasible y adoptó un gesto profesional, aunque por dentro se sintió salvado. Podría haber gritado de alegría. Siempre le sonreía la fortuna en el último momento.

Ya solo la comisión por una operación de esa envergadura sería más que suficiente para mantener la mansión en años venideros. Le serviría para volver a poblar sus dominios con cocineros, jardineros y chóferes. Le daría para vivir desahogadamente veinte años por lo menos y estirar la pata en paz, dejando a todo el mundo convencido de que había sido un gran tipo. Los retratos lo saludarían bajando la cabeza cuando recorriera las estancias caldeadas de la casa. «¡Te has salvado por los pelos, muchacho! —le dirían—. ¡La magia de los Townes vuelve por sus fueros!»

Había nacido con una fortuna inmensa bajo el brazo. Una fortuna de muerte. Lo único que tenía que hacer era no despilfarrarla.

Cuando se ha encontrado en situación de máxima necesidad, siempre ha surgido algo que lo ha sacado del trance. El maná de los Bitcoins no era más que el último eslabón en una larga cadena de golpes de suerte. Una plaza de alumno en Oxford que quedó

vacante en el último momento, pese a que sacó unas notas lamentables en las pruebas de acceso a la universidad. Ese banco que no contrataba a nadie y que de pronto necesitó a alguien que arrimara el hombro. La muerte prematura de su padre. Una serie de azares afortunados en la que la visita de Holly y Nick fue tan solo la guinda del pastel.

Volvió a intimar con ese viejo amigo suyo, el optimismo, leyó todo lo que encontró sobre los Bitcoins, tan solo para asegurarse de no quedar como un memo. Luego, visitó a algunos viejos colegas suyos de Londres, y todos parecieron encantados de verlo, como no podía ser de otro modo, ya que iba a liderar con mano de hierro una operación por trescientos cincuenta millones de libras. De pronto, pareció que el mundo volvía a sonreírle. Almuerzo en el club social de alguien, una cabezadita en el tren de regreso a casa, y un taxi desde la estación, pues ¿por qué no?

Y desde luego consultó los precios, calculando una y otra vez a cuánto podía ascender su comisión de un tres por ciento por la compraventa. La última vez que lo miró había alcanzado los diez millones y medio, y apuntó la cifra en un papel. Se acostó con una sonrisa en la cara y desayunó con la noticia de que Holly Lewis había sido asesinada. Llamó entonces a Nick Silver, pero fue en vano. Nick había desaparecido, y con él parecía haberse esfumado también la oportunidad.

Robert entra en el puente de mando y apaga el motor. Es un sitio tan bueno como cualquier otro. El barco está lejos de la costa, a la deriva, aunque lo cierto es que ya hace años que su vida también va a la deriva. Saca la caja de madera y la deja sobre la cubierta. Se sienta en la tarima desnuda y, con las piernas colgando a un lado del barco, la abre. Vuelve a pensar en lo que ha ocurrido en las últimas semanas.

Cuando todo parecía perdido, Robert hizo lo que mejor se le da hacer: cruzar los dedos y encomendarse a su buena suerte. ¿Quizá Nick Silver volvería a aparecer y todo iría bien? ¿O quizá Nick Silver no volvería a dar señales de vida y él sería la única persona que estuviera enterada de lo que contenía esa instalación de almacenamiento en frío? Quizá toda esa fortuna sería suya si se alineaban los astros, como le había ocurrido tantas otras veces. ¿Qué dirían entonces los retratos familiares, si lo vieran pasearse por la casa con esos millones bajo el brazo?

Pero Nick Silver no reapareció.

Incluso ahora, mecido por las olas, en alta mar, sin nadie a su lado, Robert otea el horizonte en busca de alguna tabla de salvación. Un majestuoso galeón blanco que lo invite a subir a bordo y le dé buenas noticias de casa. En su libro infantil favorito, salía un galeón. Su madre se lo leyó hasta que tuvo que marcharse al internado. El galeón iba cargado de tesoros de las Indias orientales, y Robert soñaba con él todas las noches. Las costumbres frecuentadas toda una vida no son fáciles de quitar, ¿no? ¿Fueron esos días los últimos en que fue feliz? No, eso no es justo, porque había vivido muchos otros momentos felices a lo largo de los años, viajes, amistades, el golf... Aun así, estar sentado en el regazo de su madre, a los siete años, fue quizá la última vez en que fue de verdad él mismo.

Ha tenido una vida muy afortunada, pero no puede decir que la haya disfrutado. ¿Quién lo ha querido? A Robert no se le ocurre nadie. Su madre, tal vez, pero ¿no ha llovido mucho desde entonces? La vida, para Robert, no había sido más que una serie interminable de lances encadenados, siempre esperando a ver qué le deparaba el siguiente momento. Hay que ser auténtico para conseguir que te pasen cosas, y Robert sabe desde hace mucho que no lo es.

Lo único que ha sabido hacer es ganar dinero. Y al final también lo ha perdido.

Vuelve a pensar en cómo podría haber sido su vida en una casa normal, en una ciudad normal, con unos padres normales. Nunca lo sabrá, aunque le habría gustado haber conocido esa vida.

Aut neca aut necare. Matar o morir. Tomar la iniciativa, de vez en cuando... Quizá esa era la clave, ¿no? No permitir que la vida sea la que decida por ti.

Robert abre la caja y saca el arma. Era de su padre. Nunca le permitieron tocarla. «No te confiaría una pistola —le dijo su padre una vez—. Seguramente te volarías la tapa de los sesos.»

Su padre, que había doblegado al mundo a su antojo durante toda su vida, murió de un infarto en una sauna de Marrakech. Lo habían encontrado, gordo y desnudo, e hicieron falta cuatro sanitarios para sacarlo. La sauna cerró al cabo de unas semanas. Incluso muerto exigió ser el centro de atención.

Robert se incorpora y se sienta sobre la barandilla de la cubierta. Si se dispara desde este ángulo, su cuerpo caerá de espaldas en el mar. Nadie tendrá que limpiar nada. No causará ninguna molestia a los demás.

Se alejará flotando y será como si nunca hubiera estado en este barco.

Aunque también podría surcar las olas hasta Francia y empezar allí una nueva vida. Dejar atrás la casa y las deudas y confiar en su suerte... ¿Suerte? Es muy posible que ya haya tenido más de la que suele concedérsele a la gente para toda una vida.

Robert levanta el arma. Su lengua encuentra una pequeña fisura en uno de sus dientes superiores. Lleva allí algún tiempo, y la verdad es que debería haber ido al dentista. Ahora ya no hace falta. Se

acabaron los dientes fisurados, los agujeros en el tejado de la casa, las facturas criando polvo en el felpudo de la entrada.

Apunta el arma hacia su cabeza y mira el fondo del cañón. Sonríe. Su padre estaría furioso.

Cuando su dedo aplica presión al gatillo, a lo lejos, en la mirada de Robert, se perfila algo. Tiene que volver a mirarlo para cerciorarse, pero lo ve.

Y lo que ve son las anchurosas velas blancas del galeón. Regresa de las Indias orientales, cargado de tesoros.

72

—¿Timothy Dalton? —dice Ron—. ¿En serio? ¿Timothy Dalton?

—Desde luego —responde Ibrahim—. ¿No es el James Bond favorito de todo el mundo?

—¿Puedes explicarme cómo es posible que seamos amigos? —pregunta Ron.

—Ambos tenemos cierta energía masculina —replica Ibrahim—. Somos como los reyes de la jungla. ¿Qué tal está tu infusión de escaramujo?

—Deliciosa —contesta Ron, antes de tomar otro sorbo de una taza de porcelana—. Entonces ¿me has perdonado por haberos mentido a todos?

—Claro que sí —dice Ibrahim—. Usaste un papelito sin ningún valor para meter en la cárcel a un hombre violento.

—Pero no sabía que no tenía valor —repone Ron—. ¿Y si llega a matarme y termina con trescientos cincuenta millones de libras en el bolsillo?

—En tal caso, Connie lo habría matado —afirma Ibrahim—. Aunque me alegra que no haya acabado así la cosa. Me habría resultado muy duro desde un punto de vista profesional.

—También lo habría sido para mí —dice Ron—. Que me mataran de un disparo.

Ibrahim asiente.

—¿Y Suzi está bien?

—Físicamente, sí. De lo otro, quién sabe. Está hecha de una pasta más dura que yo. Y está feliz de volver a tener a Kendrick.

—Yo estoy orgulloso de Connie —dice Ibrahim—. Creo que Tia al final logró llegarle al alma. Consiguió que por último se decidiera a hacer algo bueno por los demás. ¿No te preocupaba que se quedara con el dinero y te dejara en la estacada?

—Ni por un instante —contesta Ron—. Sabía que no lo haría.

—¿Cómo podías saberlo? —pregunta Ibrahim.

—Porque me contó por qué quería ayudarme. Y me lo creí.

—¿Y por qué quería ayudarte? —se interesa Ibrahim.

—Porque quería que estuvieras orgulloso de ella —dice Ron—. Quería demostrarle al gran Ibrahim que era una persona que valía la pena.

—¿Lo hizo por mí? —se extraña Ibrahim.

—Eso es —confirma Ron—. Nos propuso que llamáramos a Chris y sus compañeros de armas. Incluso accedió a chivarse para hacerte feliz.

—Pues sí que me hizo feliz —conviene Ibrahim—. Fue todo un detalle por su parte.

—Hay algo que creo que no terminas de pillar, viejo amigo —dice Ron—. Y me molesta, como amigo tuyo que soy, que no lo entiendas.

—Hay muy pocas cosas que no entienda, Ron —replica Ibrahim—. Atesoro una visión muy clara y precisa de mi propia persona y de mi mundo.

—Oh, eres un chaval muy espabilado, eso no te lo discuto. —Ron toma otro sorbo de la infusión—. Pero creo que no te das cuenta de que eres una persona muy querida.

Evitan mirarse.

—Bueno, yo... —Ibrahim también toma otro sorbo—. El amor es un concepto que abarca un terreno amplísimo. Puede significar muchísimas cosas.

—Connie te quiere —dice Ron—. Yo te quiero, que Dios me pille confesado. Joyce y Elizabeth te quieren. Kendrick también. Sé que no es el amor que quizá tuviste en el pasado, y eso es asunto tuyo, pero sigue siendo amor. Eres un hombre muy especial, Ibrahim, y estoy orgulloso de conocerte. Y eres muy querido.

—Bueno, supongo que, en parte, podría estar de acuerdo —empieza a decir Ibrahim—. Percibo, por lo menos, que en ocasiones la gente se alegra de mi presencia. Puedo ser un poco cargante, lo sé... Ron, no me interrumpas, sé que puedo serlo...

—Nadie te ha interrumpido —dice Ron.

Ibrahim continúa:

—Pero puedo llamar a la puerta de Joyce y sé que se pondrá contenta de verme. Aunque todavía estoy que echo chispas por lo de Venezuela. Acertó de pura chiripa. Y también sé que tú y yo podemos sentarnos a charlar, algo de lo que no pude disfrutar durante muchísimos años. Amistad, lo llamaría yo. Una profunda amistad enlazada a un profundo cuidado recíproco.

—Solo les he dicho «te quiero» a tres hombres en mi vida —dice Ron—. Jason; Billy Bonds después de que el West Ham ganara la final de copa de 1980, cuando lo vi en el Broadway Market, y a ti ahora, Ibrahim. Cuando cumpla los dieciocho años, Kendrick será el cuarto.

—Y supongo que también puedo ser una persona útil para los demás —continúa Ibrahim—. Ayudé con el código. Con el orden correcto: Holly primero y luego Nick.

—No lo habríamos logrado sin ti —le dice Ron—. Ahí diste en el clavo.

Ron levanta la delicada taza de porcelana e Ibrahim hace lo propio. Ambos se concentran en dar sorbitos a la infusión. Ninguno de los dos quiere ser el primero en retomar la palabra. Finalmente, el silencio se rompe.

—¿Necesitas que te diga lo mismo? —pregunta Ibrahim—. ¿Que yo también te quiero?

—Ahora no —contesta Ron—. Pero algún día sí lo necesitaré. Dios sabe cuánto nos queda en este mundo, Ib, a los cuatro. Igual podríamos decirle a la gente lo que sentimos.

Ibrahim asiente.

—Lo que hiciste fue muy peligroso, Ron. Muy temerario. Pero creo que no tenías alternativa. Tenías que proteger a tu familia.

—Tenía que demostrar que aún podía —admite Ron.

—Tenías que demostrar que aún podías —repite Ibrahim—. Y hace unos años no lo habría entendido. No especialmente. Pero si alguien amenazara a Joyce, a Elizabeth o... a ti, movería cielo y tierra para protegeros. Quiero que lo sepas.

—Pues suena a que nos quieres.

—Me importa todo lo que os pase.

—Suena a que te importa mucho.

—Me preocupa una enormidad. Pero prefiero no ponerle una etiqueta al sentimiento.

—¿Ya se ha marchado Tia? —pregunta Ron—. Creía que la policía aún la buscaba...

—Elizabeth se la ha llevado a comer —dice Ibrahim.

—Pobre Tia. De las garras de Connie a las de Elizabeth.

Ibrahim baja los ojos.

—Vale, Ron. Hay algo que quiero decirte.

Ron se inclina hacia delante.

Ibrahim respira hondo, mira al techo y luego a Ron.

—El motivo de que Timothy Dalton sea el mejor James Bond es su mezcla de elegancia y formación en la tradición teatral shakespeariana.

Ron le tira un cojín a su mejor amigo.

73

—¿A qué te refieres con la cárcel? —pregunta el hombre.

—Una cárcel normal y corriente —dice Tia—. Inodoros de metal, palizas por venganza, clases de arte.

—Me recuerda a mi internado —comenta el hombre—. Con la diferencia de que no teníamos clases de arte. ¿Y no te has metido en líos desde que saliste?

—No —afirma Tia.

—Atracó un almacén a punta de pistola —interviene Elizabeth.

El hombre asiente.

—Pero ¿aparte de eso?

Tia mira a Elizabeth.

—Aparte de eso —dice Elizabeth—, ha sido una ciudadana modélica.

—¿Y por qué te has fijado en ella? —pregunta el hombre.

—Resolvió algo que yo no supe resolver —responde Elizabeth.

—Madre mía —se sorprende el hombre.

—Vamos al grano —dice Elizabeth—. Si Tia hubiera estudiado donde tú estudiaste, sospecho que habría tenido unos inicios de vida muy distintos. Así pues, ¿por qué no dárselos ahora?

—Dieciocho años me parecen pocos —repone el hombre.

—No lo son para recibir un poco de formación —objeta Elizabeth —. Podríais enviarla a alguna parte, darle un arma...

—También podría llevar la mía —propone Tia.

El hombre reflexiona.

—Tendría que ser extraoficial. La condena de cárcel descarta cualquier contrato oficial.

—Creo que eso sería incluso más divertido —dice Elizabeth.

—¿Puedo hacer una pregunta? —interviene Tia.

El hombre le indica con la mano que por supuesto que puede.

—¿En qué consiste en concreto el trabajo?

—Esa pregunta todavía me la hago yo —dice el hombre—. Después de cuarenta años en el trabajo.

—Pero ¿es legal? —pregunta Tia.

—Muchas veces, sí —contesta el hombre—. En torno al ochenta por ciento de las veces.

—¿Qué te parece? —pregunta Elizabeth al hombre.

—Que sería anómalo —responde el hombre.

—Igual que nosotros —dice Elizabeth—. Y por eso estás en lo más alto.

—¿Lo más alto de qué? —pregunta Tia.

—Oh, de todo el tinglado —aclara el hombre—. De todo el percal. Tia, si quisiera enviarte tres meses a Belice, ¿qué dirías?

—Diría: «¿Dónde está Belice?», y: «¿Cuándo quieres que vaya?».

74

Joyce

Las fotos de la boda acaban de llegar. Al principio estaban en un lápiz de memoria para el ordenador, y le dije a Joanna que no tenía la menor idea de cómo utilizarlo y que cuándo llegarían las fotos de verdad, en papel, para que pudiera tenerlas en las manos.

Me explicó que podía llevar el lápiz de memoria a Snappy Snaps y que allí me las imprimirían, pero me pareció muy dudoso. Así que Joanna dijo que ella se encargaría de imprimirlas por mí, y eso es lo que acaba de llegar a casa.

Me pidió que eligiera mis favoritas, y le dije que las quería todas, y ella me dijo: «Mamá, hay más de mil, y algunas son casi idénticas», y yo le dije que me traía sin cuidado y que las quería todas. Ahora que las veo, en una gran pila, me doy cuenta de que tenía toda la razón. Las he ojeado hace un rato y hay diez fotos de una de las tías de Paul levantando una copa y mirando a la cámara. Aunque esa tía en concreto me resultó simpática, he de confesar que esas diez fotos han ido directas al cubo de la basura. Por favor, no se lo digáis a Paul.

Había fotos de otra invitada, una colega de Paul de la universidad, algo mayor que él, que llevaba el mismo sombrero que yo. Me temo que esas también han terminado en la basura. Bastante tuve con tener que aguantarla paseando el palmito, y el sombrero, todo el día. No necesito un recuerdo imborrable.

Se la ve tan guapa y tan feliz a Joanna en las fotos. Estar guapa y estar feliz son cosas que suelen ir de la mano, ¿no? A mí se me ve muy vieja, me doy perfecta cuenta de ello, pero también parezco feliz. Y, cuando se te ve esa felicidad en la cara siendo tan mayor, seguro que has hecho algo bien en la vida.

Hay un montón de fotos de Nick Silver antes de vomitar, muchas menos de después. Aún no lo han encontrado. Davey Noakes tiene un plan para encontrarlo con drones, y Elizabeth tiene el suyo, que implica el uso de una nueva máquina

relacionada con el ADN de la que no estaba autorizada a hablarme, aunque lo hizo de todos modos.

Paul y Joanna vinieron ayer a casa a merendar. Joanna se enfada siempre conmigo porque digo «Paul y Joanna». Me pide que de vez en cuando diga «Joanna y Paul», pero yo le dije que no me sonaba del todo bien, que había algo mal en esa fórmula, y ella me contestó que sí, que tenía razón, que yo era lo que estaba mal en la fórmula, así que en adelante trataré de recordarlo de vez en cuando, aunque solo sea para vivir un poco más tranquila.

Paul también tiene un plan para encontrar a Nick, aunque me parece que Davey y Elizabeth tienen acceso a más recursos.

Si finalmente encuentran a Nick, le espera un buen susto, ¿no? Descubrirá que Holly ha muerto y que el supuesto dinero no tiene ningún valor. Me alegra mucho que Holly no asistiera a la boda. Habría tenido que tirar muchas más fotos.

La policía parece tener su propia hipótesis sobre el asesinato de Holly. La inspectora Varma se pasó por aquí hace unos días para hacernos otra ronda de preguntas. Después de mucho insistirle, accedió a tomarse una taza de té con nosotros y nos dijo que un tal lord Townes había estado pavoneándose con algunos amigos de Londres de que le había caído del cielo un buen dinero en Bitcoins. Quería interrogarlo. Al cabo de unos días, el lord embarcó en un yate en el puerto de Newhaven y nunca más se supo. Así que, a falta de otras pistas más sólidas, se decanta a considerarlo el principal sospechoso de la muerte. Nosotros le regalamos los oídos con un montón de exclamaciones de sorpresa en los momentos oportunos. Nos mostró una foto de lord Townes y nos preguntó si lo reconocíamos, y yo le dije que me sonaba de algo, a lo que ella me preguntó si cabía la posibilidad de que lo hubiera visto en Coopers Chase la noche de la muerte de Holly, y yo le contesté que no podía descartarlo, lo que pareció ponerla contenta.

Aun así, me pregunto adónde puede haber ido. Lo que me preocupa, después de haberlo conocido, es que se haya quitado de en medio para siempre. Por lo visto, todavía no han encontrado el yate, así que quién sabe...

De todos modos, el tema de estas últimas semanas no ha sido el asesinato de Holly Lewis, ¿no? Pensé que lo sería, desde luego: su coche voló por los aires justo al lado del aparcamiento para las visitas. Por cierto, pese al destrozo y la investigación policial, la zona de aparcamiento para las visitas volvió a abrir a la tarde siguiente. La Comisión de Aparcamiento de Coopers Chase no tarda semanas en arreglar las cosas. En este sentido, me recuerda mucho a China.

Cuando estalla una bomba en la vida real, lo normal es que despierte tu atención, ¿verdad? Sin embargo, cuando pienso en esa noche, todo lo que recuerdo es a Kendrick en pijama, de la mano de Ron. El tema de esta historia fue ese desde el primer día, ¿no? Un niño asustado, una madre asustada que trata de protegerlo, y un abuelo que lo da todo por protegerlos a los dos.

Nos quedamos todos mirando la explosión. El calor que despedía el fuego, el ruido. Por eso se nos escapó lo más importante. Cuando hay alboroto, y todo el mundo te reclama que mires algo en ese mismo instante, no debes olvidarte de todas las cosas que siguen ocurriendo en los rincones discretos. Por un lado tenemos las noticias; por el otro, la vida.

Al final no había dinero y al final nadie mató realmente a Holly. Murió víctima de su propia avaricia. A ver, podría discutirse que Davey no debería haber dejado la bomba dentro de su coche, pero a nosotros no nos oiréis defendiendo ese argumento, y desde luego no es algo que le hayamos comunicado a la policía. «No voy a chivarme dos veces», así lo veía Ron.

Pero lo que sí hubo fue la valentía de Ron, y la de Kendrick, y sobre todo la de Suzi. Ron se habrá sentido muy hundido, eso seguro. Ni me imagino lo que habrá sufrido. Y eso que ahora ya tengo cierta experiencia con los yernos.

Danny Lloyd está detenido en la comisaría, y eso se lo debemos a Suzi, Kendrick y Ron.

Es posible que Ron ya no pueda dar los puñetazos y las patadas de antes, pero aún sabe pelear.

De verdad espero que encuentren a Nick Silver. Sin embargo, a pesar de todas las emociones, esta historia tampoco trata sobre él. Y, aunque sé que tengo todas estas fotos en la mesa, las fotos de un día precioso con mi preciosa hija, tampoco me parece que esta historia trate sobre mí. Supongo que es la historia de esos rincones discretos, ¿no? Las historias que no se cuentan porque no hay nadie que les preste atención, o porque la gente está demasiado distraída por ruidos más potentes.

No era una historia de códigos y secretos, de gente armada y de dinero, de una joven que pierde la vida cuando su coche vuela por los aires.

Era la historia de una mujer fuerte atrapada en su casa con un marido maltratador. Y era la historia de un hombre solitario con demasiados gatitos de decoración, y de otro hombre solitario en una casa fría en plena canícula.

Mañana subiré a Purley a ver a Jasper. Le voy a regalar una bonita tetera que compré en la tienda benéfica de la fundación Sue Ryder en Fairhaven. También le llevaré una botellita de leche.

No es mucho, lo sé, pero ¿quizá sea un primer paso?

75

—Ayer estaba vaciando el apartamento —comenta Paul, metiéndose en la cama—. Y recibí una llamada que creo que podría interesarte.

—¿Mmm? —dice Joanna. Está leyendo un artículo sobre Uruguay en *The Economist*.

—Mmm —confirma Paul—. Hablé con un señor que se llama Jeremy Jenkins.

Joanna interrumpe la lectura sobre Uruguay en *The Economist*.

—Ah.

—Por lo visto tenía mucho interés en hablar conmigo.

—Vale —dice Joanna—. ¿Cómo ha quedado el aparta...?

—Lo curioso —continúa Paul— es que me preguntó si mi esposa me había trasladado el recado acerca de los sobres.

Joanna asiente.

—¿Cómo? Vaya... Vale. ¿Te gustó, por cierto, que alguien se refiriera a mí como tu esposa? Es bonito, ¿no?

—Oh, es precioso —conviene Paul—. Me hizo mucha ilusión. ¿Dijo que había hablado contigo por teléfono?

—¿Sabes qué? Sí, empieza a sonarme. Jeremy Jenkins. ¿Abogado, puede ser?

—Abogado, sí —confirma Paul—. Me dijo que te lo había contado a ti. Lo de los dos sobres. Los sobres que sabemos que contienen los códigos.

—Ah, era eso —exclama Joanna—. Ahora me está viniendo todo. Los códigos. Lo siento. A veces mi mente es un colador.

—¿Se te olvidó contármelo?

—Eso ha debido de ser —dice Joanna—. Sabes lo ocupada que he estado. La operación brasileña. Y acabo de casarme.

—Ya —replica Paul—. Se te olvidó. Son cosas que pasan. Pero, solo para quedarme tranquilo, ¿no te lo callaste porque en ese momento dudaste un poquito de mí?

—¿Dudar de ti? —dice Joanna—. No. No, por Dios. Nunca he dudado de ti ni un segundo.

—Pero de todos modos no me lo dijiste, ¿no?

—No te cuento cada llamada telefónica que cojo —alega Joanna —. ¿Te imaginas qué vida tendríamos si lo hiciera?

Paul sonríe y le coge la mano.

—¿Has pensado alguna vez que nos precipitamos? ¿Tú y yo? ¿Casándonos?

—¿Si nos precipitamos? —dice Joanna—. No. Lo supe al instante.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que igual no lo sabías todo sobre mí? —pregunta Paul—. ¿Que quizá tendríamos que haber dejado pasar un tiempo?

—Ni por asomo —contesta Joanna.

—¿Nunca te preocupó?

—Sí, claro —responde ella—. A ver, sabía que eras mi hombre, pero quién sabe, en la vida.

—Quién sabe, en la vida —conviene Paul—. A primera vista, puedo parecer un profesor de sociología, pero ¿y si en realidad fuera un asesino que ha matado a dos personas?

—Sí —dice Joanna—. Algo me decía que, con la suerte que suelo tener con los hombres, tampoco sería tan raro. Al final todo tiene siempre alguna pega, ¿no?

—Entonces ¿cogiste la llamada de Jeremy Jenkins o no?

—Sí.

—¿Y hubo algo en ti, por pequeño que fuera, que pensó que quizá yo era el asesino de Holly?

—Sí —confiesa Joanna—. Y de Nick, si te soy sincera. No pensé que lo hubieras hecho tú, pero un rinconcito de mi ser sí pensó: «¿Y si sí?». A ver, he conocido a tus tíos.

Paul asiente.

—Supongo que es comprensible.

—¿De verdad?

—Claro que sí —dice Paul—. Le dije al tal Jeremy Jenkins que se guardara los sobres, que Nick se pondría en contacto con él en cuanto pudiera.

—Eso siempre que Elizabeth y Davey consigan dar con él —señala Joanna—. Esos dos se han aliado, pero de momento no les ha servido de mucho.

—Supongo que a alguien se le ocurrirá tarde o temprano alguna forma inteligente de localizarlo —dice Paul—. Gracias por decirme la verdad.

—Siempre voy a decirte la verdad —responde Joanna—. A partir de ahora. Eso sí, ¿puedo hacerte yo a ti una pregunta ahora?

—Desde luego —accede Paul—. ¿Vas a preguntarme si he cometido otros asesinatos antes?

Joanna se ríe.

—¿Tuviste dudas alguna vez? ¿De que nos estuviéramos precipitando? ¿De que quizá no nos conocíamos bien todavía?

Paul vacila.

—¿Nos estamos diciendo las verdades?

—Se acabaron las mentiras —responde Joanna—. Grandes o pequeñas. Siempre la verdad, salvo para fiestas sorpresa o regalos. O si dan una serie que quiera ver, entonces tendrás que fingir que

no la has visto y tendrás que verla otra vez conmigo. Son las únicas excepciones.

—Trato hecho —dice Paul—. Tuve un momento de vacilación. No de vacilación. Más bien dudaba de mí mismo, en alguna medida. Es decir, nunca dudé de ti, pero sí de mí. ¿Me explico?

Joanna vuelve a pensar en la conversación que mantuvo con Ibrahim. La seguridad de él, como un reflejo de la seguridad que ella ya sentía en su corazón.

—Sí. ¿Cuándo fue?

—La mañana de la boda, por increíble que parezca.

—Pues te lo tenías muy calladito —dice Joanna, sonriendo—. ¿Qué hiciste? ¿Hablar con Nick?

Paul niega con la cabeza.

—Esperé a que llegaran los invitados y hablé con Ibrahim.

—Pues me parece que hablaste con la persona indicada —afirma Joanna—. Yo habría hecho lo mismo. ¿Te tranquilizó?

—Sí.

—Deja que lo adivine. ¿Te dijo que ya conocías la respuesta a tus dudas? ¿Que acudiste a él en concreto porque sabías que te diría que sí?

—No —contesta Paul—. ¿Eso fue lo que te dijo a ti?

—No hablé con...

—Nada de mentiras —la interrumpe Paul—. Ni grandes ni pequeñas.

—Sí —responde entonces Joanna—. Eso fue lo que me dijo. ¿A ti qué te dijo?

—Que no fuera un idiota —declara Paul—. Y luego añadió que iba a casarme con alguien que me daba mil vueltas.

—Ibrahim es muy versátil. Eso hay que reconocérselo.

—Luego me dijo que, contigo, había que entender un detalle clave —continúa Paul.

—Ay, Dios —suelta Joanna—. ¿Qué detalle clave hay que entender de mí?

—Que tienes buena genética —dice Paul.

Joanna se echa a reír y ve que no puede parar. El amor al que ha abierto las puertas de su vida es abrumador. Paul. Su madre. La seguridad, la sinceridad, la pura dicha de la verdad. No más mentiras. Ni grandes ni pequeñas.

—Pasando a temas más emocionantes —dice Paul, con aire satisfecho—, y hablando de sorpresas: adivina quién nos ha regalado dos entradas para el concierto de Mumford & Sons del día 17.

—¿El 17? —miente Joanna—. ¿Estás de broma? No puedo ir.

—Tu asistente personal me dijo que estabas libre —repone Paul.

—Mi calendario de trabajo está libre —dice Joanna, pensando rápido—. Pero ese día operan a mi madre del glaucoma.

Y eso no es mentir, es solo buena genética.

76

Nick Silver es consciente de que muy probablemente ha batido el récord anterior por un amplio margen. Es imposible que nadie se haya alojado en este hotel de carretera más de dos o tres días seguidos, por no hablar de ocho semanas y media. Pero ¿qué iba a hacer, si no?

No se equivocó al elegir a Elizabeth Best, ¿verdad? La citó y luego reventó su propia oficina antes de que ella llegara. Seguro que esa mujer no iba a poder resistirse a intentar encontrarlo y descubrir quién le había puesto la bomba lapa. Aunque parece bastante obvio que fue Davey Noakes. Si no fue él, ¿quién? ¿Lord Townes? Lo duda mucho.

Está convencido de que los mensajes que envió a Paul habrán surtido el efecto deseado. Elizabeth los leerá, sabrá que está vivo y lo localizará antes de que Davey pueda hacerlo.

Entonces ¿por qué no lo ha encontrado Elizabeth todavía? ¿Con sus habilidades y experiencia? Debe de ser porque todavía no ha vuelto la calma. Es lógico. Por eso ha decidido quedarse en este hotelito.

Pero ¿y si Davey también ha asesinado a Elizabeth Best? ¿Y si esa es la explicación de que Elizabeth todavía no haya ido a buscarlo? Abre el enésimo KitKat y enciende la radio de la habitación. Es viernes, y los viernes por la noche dan Pete Tong's Club Classics*. Unos temas de música house le levantarán un poco el ánimo.*

Toma un sorbo de la lata de Lucozade. En la máquina no quedaban otras bebidas. Lo primero que hará cuando lo encuentren es comerse un plato de brócoli. A menos que sea Davey Noakes quien lo encuentre y acabe con él.

Muerte o brócoli. Esas parecen ser sus únicas opciones.

Sin duda es tentador, pero sabe perfectamente que no debe conectarse a ninguno de sus dispositivos, que no debe mostrar su rostro a ninguna cámara de vigilancia, que no debe dejar ningún rastro, por ínfimo que sea, que pueda conducir a Davey a su paradero. Todas las noches ve el telediario de la cadena local en el minúsculo televisor de su habitación. Nunca se sabe qué noticias pueden dar. «Vecina asesinada. Exespía hallada muerta en una comunidad de jubilados»; «Davey Noakes, empresario de Sussex, adquiere el club de fútbol Brighton and Hove Albion», cualquier cosa que pueda darle una pista de por dónde van los tiros. Pero, de momento, nada.

Desde luego, siempre cabe la posibilidad de que se haya escondido demasiado bien. Pero Elizabeth conoce todos los secretos de su oficio, y los de otros también. En cuanto la situación sea segura, irá a buscarlo.

Nick piensa que ojalá ese dinero no hubiera existido nunca. No ha sido más que una maldición, enterrado como el corazón delator, latiendo cada vez más fuerte con el paso de los años. Si es sincero consigo mismo, ese dinero empezó a destruir su relación de amistad con Holly: ambos sabían que estaba ahí, esperándolos, pero también sabían que ninguno de los dos podía disponer de él sin el consentimiento del otro.

Nick había querido hacer caja casi desde el primer día. Cuando alcanzó las cien mil libras, intentó convencer a Holly, pero ella tenía aspiraciones más altas. Nick lo entendió: cada cual tiene sus

necesidades. Cien mil libras no eran suficientes para ella, después ni siquiera lo fue un millón. La cotización subió a los diez millones y luego volvió a bajar, pero ni por esas Holly quiso abandonar la posición. Fue la avaricia, ni más ni menos, aunque ella jamás lo habría reconocido, ni siquiera para sí misma. La amistad se rompió por completo después de que Holly y Paul lo dejaran por segunda vez. Ella lo acusó de haber tomado partido. La boda fue la gota que colmó el vaso. Finalmente accedió a vender, porque ¿qué alternativa le quedaba? Era evidente que sus caminos iban a separarse, ¿no? Vender los Bitcoins no era más que el gesto que marcaba el final de sus años como socios.

Sí, trescientos cincuenta millones de libras. A Nick le asombra lo poco que desea ese dinero.

Podía imaginarse a sí mismo gastando cien mil libras. ¿Quién no podría? Pregúntale a cualquiera y a ver qué te dice. Saldar deudas, comprarse un coche nuevo, la entrada para un piso, un pellizco para una organización benéfica, otro para mamá y papá en señal de gratitud. Lo que todo el mundo sueña.

Nick también podía imaginarse gastando un millón de libras. Comprar una casa más grande, comprar otra para mamá y papá, reservarse un palquito en el fútbol. Ingresar con discreción mil o dos mil libras al banco de alimentos de la ciudad todas las semanas.

Pero ¿cien millones? ¿Cómo te gastas esa cantidad de dinero? ¿Una casa todavía más grande, con un terreno vallado, un largo camino de acceso y seguridad privada? ¿Un garaje para cuatro coches? ¿Una caja fuerte en las profundidades de una mina para guardar todos tus secretos? La gente que se hacía muy rica parecía perder la chaveta. Como si fuera imposible seguir siendo una persona normal. Como si el único motivo concebible que pudiera

explicar su enorme riqueza fuera que hubiera nacido con superpoderes que jamás conocerían los mortales.

Nick quiere lo mismo que tiene su amigo Paul. Un trabajo que le gusta, una esposa, una meta en la vida. Si algún día consigue salir de esta habitación de hotel, ese será el objetivo. Brócoli, y luego un poco de normalidad. Ya tiene dinero. No necesita más.

Así pues, si el dinero sigue en el Complejo y termina en sus manos, ¿qué hará? Donarlo a organizaciones benéficas, imagina.

No, quedarse cien mil libras y el resto a beneficencia. Disfrutará gastándose esas cien mil libras. Holly se largará a alguna parte sin dejar rastro, eso seguro. Qué final más triste para una larga amistad.

Pete Tong acaba de pinchar Insomnia *en la radio. Menudo viaje en el tiempo. Con Holly y Paul, había visto a Pete Tong pinchando en directo en un club cuando todavía estudiaban en la universidad. ¿Ha habido una época mejor que la década de los noventa? Nick lo duda mucho. Luego, cuando tuvieron un poco más de dinero, también fueron con Paul a Ibiza a ver a Pete Tong. Qué tiempos, aquellos, cuando los sueños eran jóvenes y cada billete de veinte libras era un milagro.*

Si alguna vez Nick y Paul no salían un viernes por la noche, seguro que estaban escuchando Club Classics*: bailando en el salón si estaban juntos o mandándose mensajes de texto y recordando los buenos tiempos si no lo estaban. Esas canciones eran su máquina del tiempo personal.*

«¿Qué vas a poner ahora, Pete? ¿Adónde me harás viajar?»

—Esta la ha pedido Paul, de Londres. Paul quiere que pinchemos The Key: The Secret *de Urban Cookie Collective para su viejo amigo Nick Silver. Qué buen nombre, Nick Silver. Es nombre de pirata. Paul te manda este mensaje de voz: «Nico, te echamos de menos.*

Espero verte mañana. Ojalá estés escuchando esto». Claro que lo estará escuchando, Paul...

Claro que lo escucha. Nick saca la tarjeta SIM de una cartera con un forro metálico y la introduce en un móvil de prepago. Llama a Paul. La respuesta es inmediata.

—Claro que lo está escuchando —dice Paul.

—¿No hay peligro? —dice Nick.

—No hay peligro —confirma Paul—. ¿Dónde te has metido? Te han buscado por todas partes.

Nick mira por la ventana y ve el muro negro de un garaje abierto las veinticuatro horas, tres contenedores de reciclaje llenos a rebosar y la lluvia que cae entre el alumbrado de la autopista.

—Ahora mismo es como si estuviera en Ibiza.

—Holly ha muerto, amigo —dice Paul.

—Dios —suelta Nick—. ¿Quién la ha matado?

—No sabría decirte.

—¿Y el dinero? ¿No lo has encontrado?

—Bueno, sobre eso... —empieza Paul.

Los dos viejos amigos, a muchos kilómetros de distancia, siguen con los pies el ritmo de una canción que les encanta. Una canción que les recuerda lo que es importante de verdad. La amistad, la alegría, bailar.

—Sobre eso tengo buenas y malas noticias.

Agradecimientos

Qué maravilla reunir de nuevo a Joyce, Elizabeth, Ibrahim y Ron, verlos volver a las andadas en circunstancias más felices (tampoco nos pasemos). Espero que hayáis disfrutado del reencuentro con ellos. No os imagináis la de dudas que he tenido escribiendo «reencuentro». ¿Cuántas es hay que ponerle? ¿Una o dos? Por lo visto el diccionario admite ambas formas. Ver que el corrector no me lo subrayaba con una rayita roja ha sido todo un alivio. Si algún día os apetece pasar un buen rato escribiendo un párrafo breve, aseguraos de que incluya la palabra *reencuentro* y otras parecidas (creo que no he tecleado «agradecimiento» correctamente a la primera ni una sola vez en mi vida). Le darás el día a tu corrector. Y a ti la mañana se te pasará volando.

Son muchas las personas a las que debo dar las gracias. A mi maravillosa agente Juliet Mushens y a todo su equipo: Alba Arnau Prado, Catriona Fida y Emma Dawson. A mi estupenda editora Harriet Bourton y a toda su pandilla de la editorial Viking en el Reino Unido: Rose Poole, Rosie Safaty, Rosey Battle (reitero que todas las Rosies del equipo, que no son pocas, escriben su nombre de manera distinta para facilitarle la vida al departamento de administración), a la incomparable Olivia Mead, Kayla Fuller, Yazmeen Aktar y Joe Cooper, que acaba de incorporarse al grupo.

Gracias a los equipos de ventas: Autumn Evans, Lucy Keeler, Caitlin Knight, Emily Cornell, Chris Wyatt, Grace Dellar, Jessica Sacco, Carrie Anderson, Jessica Adams, Nadia Patel y Charlotte Owens. Y

vaya un agradecimiento muy especial, como siempre, para Samantha Fanaken.

Muchísimas gracias al fantástico equipo de audiolibros: Meredith Benson, Helena Sheffield y Carmen Byers.

Una vez más, estoy en deuda con el brillantísimo ojo clínico de Donna Poppy, Natalie Wall, Annie Underwood y Leah Boulton, así como con la inagotable maestría creativa de Richard Bravery y Alisha Kruse.

En Estados Unidos, mi gratitud eterna es para Pamela Dorman, Jeramie Orton y el equipo de Pamela Dorman Books. Creo que ya los he conocido a todos y puedo confirmar que son encantadores. Gracias a Brian Tart, Natalie Grant, Andrea Schulz, Patrick Nolan, Kristina Fazzalaro y a la única hincha del Fulham que hay en el equipo, Kate Stark. Vaya también mi gratitud a Tricia Conley, Tess Espinoza, Diandra Abernathy (qué buen nombre para un personaje), Mike Brown, Jason Ramirez, Claire Vaccaro, Mary Stone, Anna Brill, Rebecca Marsh, Magdalena Deniz, Andy Dudley y Rachel Obenschain.

He tenido la gran fortuna de coincidir con muchos de mis editores extranjeros este año y estoy deseando ver a muchos más en los próximos meses.

Gracias de todo corazón a los libreros y bibliotecarios del mundo. Seguís haciendo que este mundo sea mejor al elegir el amor, la empatía, la imaginación y la comprensión.

Debo un agradecimiento muy especial por *Una fortuna de muerte* a mi inteligentísimo cuñado Matt Bessey, porque me hizo de cicerone en el mundo del «almacenamiento en frío». Matt es especialista en ciberseguridad (lo comento por si algún día necesitáis a alguien que os eche una mano), pero también es un tipo frío que no se amilana ante nada: hace tan solo tres días se las apañó para sintonizar una

señal de tele a medio ascenso de una montaña italiana para que todos pudiéramos ver el festival de Eurovisión. No sabéis cuánto me alegro de haberme unido a esta familia.

Gracias a Dan Hatfield por haber hecho un donativo a Action for Children para que uno de los personajes llevara su nombre. Eso sí, Dan, siento haberte cortado el brazo. Vaya también un agradecimiento a Luna y familia por tantos consejos útiles, y buena suerte en vuestras próximas aventuras.

A vosotros, los lectores, nunca me cansaré de daros las gracias. No hay palabras para deciros lo feliz que me hace poder compartir estos mundos con vosotros. Ojalá podamos disfrutar de muchos más momentos juntos. Acabo de empezar la nueva aventura de Resolvemos Asesinatos y, cuando la termine, retomaré el Club del Crimen de los Jueves. Muchos asesinatos, ya lo sé, pero también hay mucho amor y muchas risas.

Como siempre, no podría hacer nada de esto sin mi familia y mis amigos. Gracias por todo. Solo destacaré a mi madre, Brenda, que es el corazón que da aliento a estos libros, a mis hijos Ruby y Sonny, y al amor de mi vida, ahora y para siempre, mi esposa Ingrid.

Sé, sin embargo, que a Ingrid no le gustará que su nombre sea el último en estos agradecimientos, porque, junto a nuestra vieja gata Liesl, siempre maravillosa, tenemos ahora una gata nueva, Lottie, que por la pura fuerza de su personalidad exige un lugar de estrella en los créditos de este libro. Forman la pareja ideal: si Lottie es caótica como Ron, Liesl es tranquila como Ibrahim.

Brindemos por el caos y el amor, por la vida y los libros. ¡Hasta la próxima!

Una fortuna de muerte
Richard Osman

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Una fortuna de muerte*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imágenes de la cubierta: © Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-670-7904-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
1. Joyce
Jueves
2
3
4
5
6. Joyce
7
Viernes
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Sábado
22
23
24
25
26
27

28
29. Joyce
Domingo
30
31
32
33
34
Lunes
35
36
37
38
39. Joyce
40
41
Martes
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Miércoles
53
54
55
56. Joyce
57
58
El jueves siguiente

59
60
61
62
63. Joyce
64
65
66
67
68
69
70
Las seis semanas y cuatro días siguientes
71
72
73
74. Joyce
75
76
Agradecimientos
Créditos